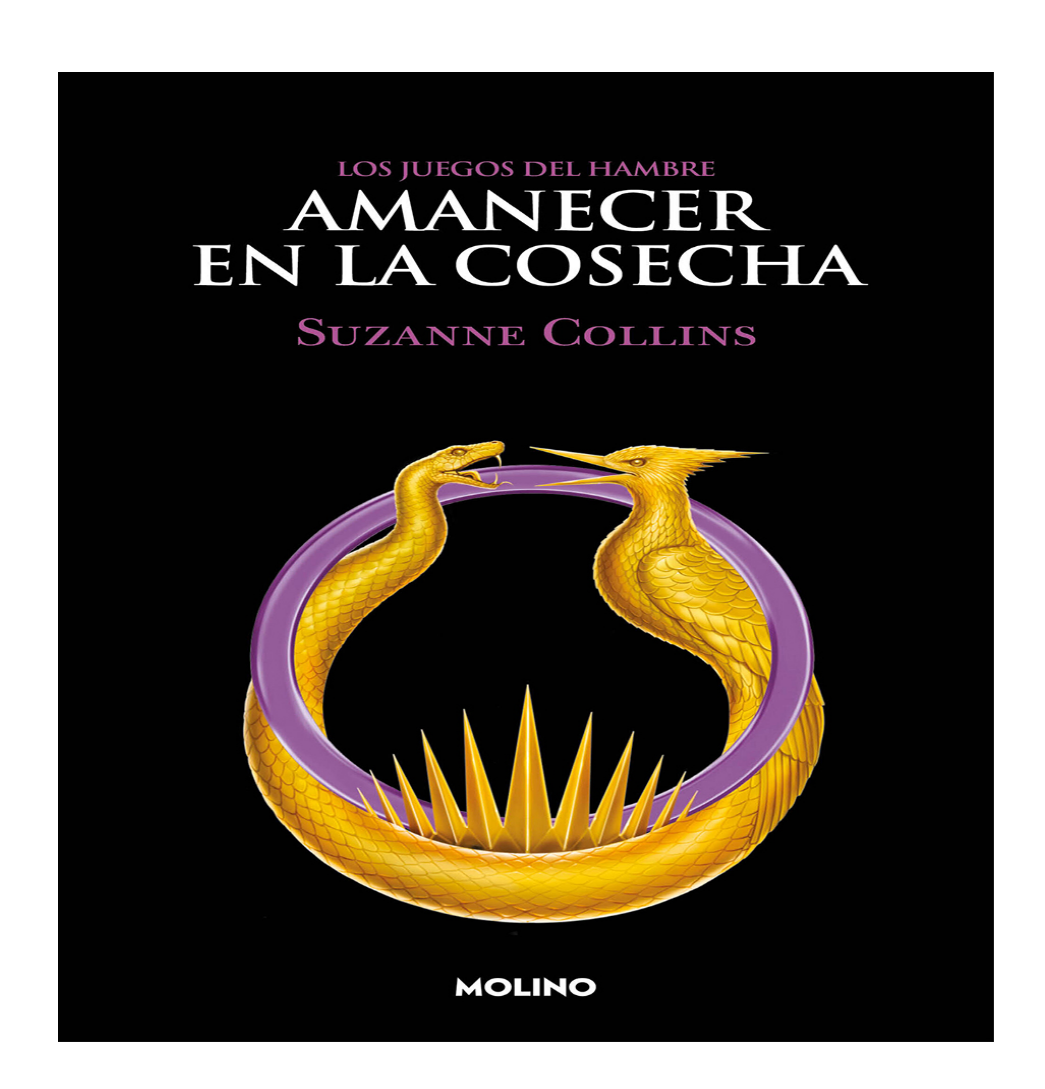
LOS JUEGOS DEL HAMBRE

AMANECER EN LA COSECHA

SUZANNE COLLINS



MOLINO


LOS JUEGOS DEL HAMBRE
AMANECER
EN LA COSECHA
SUZANNE COLLINS
MOLINO



AMANECER EN LA COSECHA

SUZANNE COLLINS

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

MOLINO



Para Richard Register

Toda propaganda es mentira, incluso aquella que cuenta la verdad. Creo que eso no importa, siempre y cuando se sepa lo que se está haciendo y por qué.

GEORGE ORWELL

Una verdad contada con mala intención
es peor que mentir por pura invención.

WILLIAM BLAKE

Nada resulta más sorprendente para los que reflexionan sobre los asuntos humanos desde una perspectiva filosófica que la facilidad con la que la mayoría se deja gobernar por unos pocos; así como la sumisión implícita con la que los hombres renuncian a sus sentimientos y pasiones en favor de los de sus dirigentes. Si investigamos a través de qué medios se obra este portento, descubriremos que, como la fuerza siempre está del lado del gobernado, el único apoyo con el que cuentan los gobernantes es la opinión. Por lo tanto, el gobierno se basa tan solo en la opinión; y esta máxima abarca desde el más déspota y militar de los gobiernos hasta el más libre y popular.

DAVID HUME

Que el sol no vaya a salir mañana es una afirmación tan ininteligible e implica tantas contradicciones como afirmar que sí lo hará.

DAVID HUME

Primera parte

EL CUMPLEAÑOS

1

—¡Feliz cumpleaños, Haymitch!

Lo bueno de haber nacido el día de la cosecha es que puedes quedarte durmiendo hasta tarde en tu cumpleaños. A partir de ahí, todo va cuesta abajo y sin frenos. Un día sin clase no compensa el terror del sorteo de nombres. Y, aunque sobrevivas a eso, a nadie le apetece comer tarta después de ver cómo se llevan a dos críos al Capitolio para asesinarlos. Me doy la vuelta en la cama y me tapo la cabeza con la sábana.

—¡Feliz cumpleaños! —Mi hermano Sid, que tiene diez años, me sacude el hombro—. Me dijiste que fuera tu gallo. Me dijiste que querías llegar al bosque en cuanto saliera el sol.

Es verdad. Espero terminar mi trabajo antes de la ceremonia para dedicar la tarde a las dos cosas que más me gustan: perder el tiempo y estar con mi chica, Lenore Dove. Mi madre convierte ambas cosas en un reto, ya que no deja de anunciar a quien quiera oírlo que no hay ningún trabajo demasiado difícil, sucio o complicado para mí, e incluso los más pobres son capaces de reunir como pueden unos cuantos peniques para que otros se encarguen de lo que no les gusta. Sin embargo, dados los dos acontecimientos del día, creo que me concederá un momento de libertad, siempre que termine antes la tarea. Los Vigilantes de los Juegos son los que podrían fastidiarme los planes.

—¡Haymitch! —gimotea Sid—. ¡Que ya sale el sol!

—Vale, vale, ya estoy levantado.

Ruedo del colchón al suelo y me pongo unos pantalones cortos hechos con la tela de un saco de harina proporcionado por el Gobierno. Tienen las palabras cortesía del capitolio estampadas en el trasero. Mi madre no tira nada. Como se quedó viuda muy joven, al morirse mi padre en un incendio en la mina de carbón, nos ha criado a Sid y a mí encargándose de lavar la ropa de los demás y aprovechando hasta el último pedacito de todo. Las

cenizas de la leña del brasero exterior se guardan para el jabón de sosa. Las cáscaras de huevo se trituran para abonar el huerto. Algún día, estos pantalones se cortarán en tiras y se trenzarán para hacer una alfombra.

Termino de vestirme y meto de nuevo a Sid en su cama, donde se entierra bajo la colcha de retales. En la cocina, cojo una rebanada de pan de maíz; es algo especial, solo por mi cumpleaños, mucho mejor que la masa oscura y arenosa que se hace con la harina del Capitolio. En la parte de atrás, mamá ya está removiendo con un palo un caldero humeante lleno de ropa; se le marcan los músculos al darle la vuelta a un mono de minero. Solo tiene treinta y cinco años, pero las penurias de la vida le han surcado de arrugas el rostro, como suele pasar.

Me ve mirándola desde el umbral y se seca la frente.

—Felices dieciséis. Hay salsa en la cocina.

—Gracias, mamá.

Doy con una sartén llena de ciruelas guisadas y me echo un poco en el pan antes de salir. Las descubrí en el bosque el otro día, pero es una agradable sorpresa encontrármelas calentitas y con azúcar.

—Necesito que hoy llenes la cisterna —me dice mi madre cuando paso junto a ella.

Tenemos agua corriente fría, aunque el chorro que sale es muy fino y se tardaría una eternidad en llenar un cubo. Hay un barril especial de agua de lluvia pura por la que cobra un extra, ya que deja la ropa que se lava con ella más suave de lo normal, pero usa el agua del pozo para casi toda la colada. Con todo lo que hay que bombear y cargar, llenar la cisterna es un trabajo de dos horas, incluso con la ayuda de Sid.

—¿No puede esperar a mañana?

—Me estoy quedando sin agua y todavía tengo ahí una montaña de ropa —responde.

—Pues esta tarde —le digo, intentando ocultar mi frustración.

Si la cosecha termina a la una, suponiendo que no forme parte del sacrificio de este año, puedo acabar con lo del agua a las tres y tener un rato para ir a ver a Lenore Dove.

Una manta de niebla envuelve con aire protector las casas maltrechas y grises de la Veta. Resultaría una visión reconfortante de no ser por los gritos dispersos de los niños que sueñan que los persiguen. En las últimas semanas, a medida que se acercaban los Quincuagésimos Juegos del

Hambre, esos sonidos se han vuelto más frecuentes, igual que los pensamientos que, motivados por la ansiedad, he tenido que mantener a raya. «El segundo Vasallaje de los Veinticinco. El doble de niños». Me digo que no tiene sentido darle vueltas, que no puedo hacer nada al respecto. «Como dos Juegos del Hambre en uno». No hay forma de controlar el resultado de la cosecha ni lo que ocurre después, así que no alimentes las pesadillas. No te dejes llevar por el pánico. No le des esa satisfacción al Capitolio. Ya nos han quitado más que de sobra.

Sigo por la calle vacía cubierta de carbonilla que lleva a la colina donde está el cementerio de los mineros. Un revoltijo de lápidas toscas sobresale de la pendiente. Hay de todo, desde piedras con nombres y fechas grabados hasta tablas de madera a las que se les pela la pintura. Mi padre está enterrado en la tumba familiar. La parcela de los Abernathy, con una sola lápida de piedra caliza para todos nosotros.

Tras echar un vistazo rápido alrededor por si hay testigos (aquí no suele venir gente, y menos al alba), me arrastro por debajo de la valla para salir al bosque que linda con el Distrito 12 y poner rumbo al alambique. Fabricar licor blanco con Hattie Meeney es un negocio arriesgado, aunque un paseo por el campo comparado con matar ratas o limpiar los retretes de fuera. Espera de mí que me esfuerce al máximo, pero ella también lo hace y, aunque ya dejó atrás los sesenta, es capaz de trabajar más que una persona el doble de joven. Hay que hacer muchas tareas monótonas: recoger leña, cargar con el cereal, guardar las botellas llenas y transportar las vacías para volver a llenarlas. De eso me encargo yo: soy la mula de Hattie.

Me detengo junto a lo que llamamos el depósito, una zona pelada oculta por las ramas colgantes de un sauce donde Hattie deja las provisiones. Dos sacos de doce kilos de maíz triturado me esperan, y me echo uno a cada hombro.

Tardo una media hora en llegar al alambique, donde me encuentro a Hattie frente a una olla llena de malta remojada, junto a los restos de una pequeña fogata.

Me ofrece una cuchara de madera con un mango muy largo.

—¿Por qué no lo remueves un poco?

Suelto los sacos de maíz bajo el techado en el que guardamos las provisiones y alzo la cuchara, victorioso.

—¡Toma, un ascenso!

Que me deje encargarme de la malta es nuevo. Puede que Hattie empiece a entrenarme para que algún día seamos socios. Dos de nosotros fabricando licor a tiempo completo aumentaría la producción, y siempre hay más demanda de la que puede cubrir, incluso de la porquería imbebible que hace con el cereal del Capitolio. Sobre todo de esa, porque es lo bastante barata para que los mineros puedan permitírsela. El licor bueno lo compran los soldados alborotadores (los agentes de la paz, vamos) y la gente más rica de la ciudad. Sin embargo, el contrabando incumple mil leyes distintas, así que basta con que nos pongan un nuevo jefe de los agentes de la paz (uno al que no le gusten las bebidas fuertes) para que acabemos en el cepo o algo peor. La minería es un trabajo duro, pero no te cuelgan por hacerlo.

Mientras Hattie mete las botellas de medio litro de licor blanco en una cesta forrada de musgo, yo me agacho y remuevo a ratos la malta. Cuando se enfría un poco, la echo en un cubo profundo y ella añade la levadura. Dejo la malta remojada en el techado para que fermente. Hattie no va a destilar hoy porque no quiere arriesgarse a que el humo llame la atención si la niebla se disipa. Puede que nuestros agentes locales hagan la vista gorda con la destilería y el puesto en el Quemador, un viejo almacén que nos sirve de mercado negro, pero le preocupa que sus colegas del Capitolio nos localicen desde sus aerodeslizadores ocultos, que siempre vuelan bajo. Hoy tampoco vamos a transportar las botellas, así que me toca cortar leña para la semana. Cuando repongo la pila entera, le pregunto qué más hay que hacer y ella niega con la cabeza.

Hattie se ha ganado mi cariño dejándome una propina de vez en cuando. No en sueldo, porque eso se lo paga directamente a mi madre, sino con algún que otro detalle a escondidas. Un puñado de maíz triturado que le puedo llevar a Lenore Dove para sus gansos, un paquete de levadura con el que puedo comerciar en el Quemador y, hoy, medio litro de licor blanco para uso propio. Esboza una sonrisa llena de dientes rotos y dice:

—Feliz cumpleaños, Haymitch. Me parece que, si eres lo bastante mayor para prepararlo, eres lo bastante mayor para beberlo.

Tengo que darle la razón y, aunque no soy un gran bebedor, me alegro de tener la botella. No me va a costar nada venderla o cambiarla por otra cosa, e incluso podría dársela al tío de Lenore Dove, Clerk Carmine, a ver si cambia su opinión sobre mi persona. Cabría pensar que el hijo de una lavandera es alguien inofensivo, pero los Abernathy éramos unos rebeldes

muy conocidos en su día y, al parecer, todavía apestamos a sedición, un aroma que resulta seductor y escalofriante a partes iguales. Hubo muchos rumores tras la muerte de mi padre; se sospechaba que el incendio no había sido un accidente. Algunos dicen que murió saboteando la mina, otros que su equipo fue víctima de los jefes del Capitolio por ser una pandilla de agitadores. Así que puede que el problema sea mi familia. No es que Clerk Carmine sienta simpatía por los agentes de la paz, pero tampoco es de los que tiran de su cadena. O puede que no le guste que su sobrina vaya por ahí con un contrabandista de alcohol, aunque el trabajo sea estable. En fin, al margen del motivo, el caso es que apenas me saluda con la cabeza y una vez le dijo a Lenore Dove que yo era de los que morían jóvenes, y no creo que lo dijera como un cumplido.

Hattie chilla cuando, siguiendo un impulso, le doy un abrazo.

—Venga, déjalo ya. ¿Todavía estás camelándote a esa chica de la Bandada?

—Al menos lo intento con ganas —respondo, entre risas.

—Pues ve a molestarla a ella. Hoy no me sirves de nada.

Me echa un poco de maíz triturado en la mano y me ahuyenta con aspavientos. Me guardo el maíz y me voy antes de que cambie de idea sobre su mejor regalo: tiempo con el que no contaba para estar con mi chica. Sé que debería irme a casa y adelantar el trabajo con la cisterna, pero no soy capaz de resistirme a la idea de unos cuantos besos robados. Es mi cumpleaños y, por una vez, la cisterna puede esperar.

La niebla comienza a clarear mientras corro por el bosque hacia la Pradera. Casi todo el mundo habla sobre lo bonita que es, pero Lenore Dove la llama «la amiga de los condenados» porque te esconde de los agentes de la paz. Suele ver el lado más oscuro de las cosas, aunque ¿qué cabría esperar de una persona a la que le ponen el nombre de una chica muerta? Bueno, la mitad por Lenore, la chica muerta de aquel viejo poema, y la otra mitad porque Dove es un tono de gris, cosa que descubrí el día que nos conocimos.

Fue justo el otoño después de cumplir los diez años y la primera vez que me colé por debajo de la valla que rodea el distrito. Tanto la ley como la amenaza de depredadores salvajes (pocos pero reales) me habían disuadido hasta entonces. Al final, mi amigo Burdock había conseguido convencerme de tanto insistir, diciéndome que él lo hacía todo el rato, que no tenía

importancia y que todavía quedaban manzanas, si sabías trepar. Y yo sabía trepar y me encantaban las manzanas. Además, como él era menor que yo, me sentía como un gallina por no hacerlo.

—¿Quieres oír algo? —me preguntó Burdock mientras nos internábamos en el bosque.

Entonces echó la cabeza hacia atrás y cantó con aquella voz tan bonita que tiene. Era aguda y dulce, como la de una mujer adulta, pero más limpia, sin gorjeos. Todo pareció guardar silencio y, de repente, los sinsajos empezaron a imitarlo. Yo sabía que cantaban para los demás pájaros, pero nunca los había oído cantar para una persona. Fue bastante impresionante. Hasta que una manzana le cayó a Burdock en la cabeza y lo cortó en seco.

—¿Quién le está graznando a mis pájaros? —exigió saber una voz de chica.

Y allí estaba, a unos seis metros del suelo, despatarrada en la rama como si viviera en ella. Coletas torcidas, pies descalzos y sucios, comiéndose una manzana mientras sostenía en la mano un librito encuadernado en tela.

Burdock ladeó la cabeza y se rio.

—Hola, prima. ¿Te dejan estar aquí sola? Seguro que no.

—Bueno, no te he visto.

—Ni yo a ti. Tíranos algunas, ¿vale?

A modo de respuesta, se puso de pie sobre la rama y empezó a saltar de un lado a otro; las manzanas nos llovieron encima.

—Espera, tengo un saco con el arco.

Burdock salió corriendo. La niña bajó por las ramas y saltó al suelo. No era una de las primas de Burdock Everdeen, aunque me habían dicho que tenía algunas lejanas por parte de madre. La había visto en el colegio y me había parecido tímida, pero eso era poca cosa para iniciar una conversación. Ella tampoco parecía tener prisa por hacerlo y se quedó allí plantada, mirándome, hasta que rompí el silencio.

—Soy Haymitch.

—Yo soy Lenore Dove.

—¿*Dove*, como una paloma?

—No, *dove*, como el color.

—¿Qué color es ese?

—El mismo que el de la paloma.

Eso hizo que me diera vueltas la cabeza y supongo que no me ha parado

de dar vueltas desde entonces. Poco después, en el colegio, me llamó para enseñarme un diccionario con una esquina doblada y señaló: «*Dove*: Color gris cálido con un ligero tono violáceo o rosáceo». Su color. Su pájaro. Su nombre.

Después de eso, empecé a fijarme en otras cosas de ella. En que sus camisas y petos desteñidos escondían pinceladas de color: un pañuelo azul vivo que le asomaba del bolsillo, una cinta frambuesa cosida al interior del puño. En que terminaba rápido los ejercicios, pero no alardeaba de ello, sino que se dedicaba a mirar por la ventana. Y entonces vi que movía los dedos pulsando unas teclas imaginarias. Tocaba canciones. Sacaba el pie del zapato y seguía el ritmo con el talón, silencioso dentro de la media sobre el suelo de madera. Como toda la Bandada, llevaba la música en la sangre. Aunque, por otro lado, no era como ellos. Le interesaban menos las melodías bonitas que las palabras peligrosas. Las que conducían a actos rebeldes. Las que la habían llevado ya dos veces a la cárcel. Como solo tenía doce años, la dejaron marchar. Ahora sería distinto.

Al llegar a la Pradera me meto por debajo de la valla y me detengo a recuperar el aliento y beberme con los ojos a Lenore Dove, que está encaramada a su roca favorita. La luz del sol resalta los reflejos rojos de su pelo al inclinarse sobre un acordeón decrépito. Le arranca una melodía al cacharro jadeante y regala una serenata a la docena de gansos que pastan en la hierba; su voz es tan suave y evocadora como la luz de la luna.

> A ella la azotan y a él lo cuelgan del cuello
> por robar un ganso que es del pueblo,
> pero dejan libres a los bellacos
> que despojan de su terreno a los gansos.

Atesoro los momentos en los que canta, ya que nunca lo hace en público. Nadie lo hace en la Bandada. Sus tíos son más músicos que cantantes, de modo que tocan la melodía y dejan que cante el público, si así lo desea. Lenore Dove lo prefiere, de todos modos. Dice que cantar delante de los demás la pone nerviosa. Se le forma un nudo en la garganta.

Clerk Carmine y su otro tío, Tam Amber, la han criado porque su madre murió al dar a luz y su padre siempre ha sido un misterio. No son familia de

sangre, ya que ella es una Baird, pero la Bandada siempre cuida de los suyos. Hicieron un trato con la alcaldesa, que es la única que tiene un piano de verdad en todo el Distrito 12. Lenore Dove puede practicar con él a cambio de tocar de vez en cuando en alguna cena o reunión, ataviada con un vestido verde desvaído, con el pelo recogido en una cinta marfil y los labios teñidos de naranja. Cuando su familia toca por dinero en el Distrito 12, ella se apaña con el instrumento que toca ahora mismo, al que llama «concertina».

La ley nos exige pagar un precio
cuando nos llevamos lo que no es nuestro,
pero deja a señores y señoras en paz
para que nos quiten todo lo que se quieran llevar.

Esta canción no es de las que sus tíos le dejan tocar en la casa de la alcaldesa. Ni siquiera cuando toca para la gente del Distrito 12. Se arriesgaría a que alguien conozca la letra y monte follón. Es demasiado subversiva. Y debo decir que estoy de acuerdo con Clerk Carmine y Tam Amber. ¿Por qué buscarse problemas? Ya hay problemas de sobra sin necesidad de ir a por más.

No hay escapatoria para los desgraciados
que conspiran para saltarse lo estipulado.
Y así debe ser, pero también soportan
a los que estipulan lo que los ahoga.

Recorro con la mirada la Pradera. Es un sitio apartado, pero hay ojos por todas partes. Y los ojos vienen con un par de orejas.

La ley a todos nos va a encerrar
si el ganso al pueblo vamos a quitar,
pero a los gansos el terreno les va a faltar
hasta que por fin lo vayan a recuperar.

Lenore Dove me explicó una vez que el terreno de uso común era aquel que podía utilizar todo el pueblo. A veces, los agentes de la paz los echaban a ella y a sus gansos de la Pradera, sin motivo alguno. Dice que ese problema no es más que una gota en un río de injusticias. Me preocupo por ella, y eso que soy un Abernathy.

Unos cuantos gansos graznan para anunciar mi llegada. El rostro de Lenore Dove fue lo primero que vieron al salir del cascarón, así que no quieren a nadie más que a ella. Sin embargo, como tengo maíz, hoy me tolerarán. Lo lanzo lejos para alejar de ella a sus guardaespaldas y me inclino para darle un beso. Después, la beso de nuevo. Y de nuevo. Y ella me lo devuelve.

—Feliz cumpleaños —dice cuando paramos para respirar—. No esperaba verte hasta después.

Se refiere a la cosecha, pero no quiero hablar de eso.

—Hattie me ha dejado salir temprano. Y me ha dado esto… Es un regalo, por mi gran día —digo, sacando la botella.

—Bueno, no te va a costar cambiarlo por algo. Y menos hoy. —Aparte de Año Nuevo, hoy es el día que se emborracha casi todo el mundo—. Cuatro niños… Va a afectar a muchas familias.

Supongo que voy a tener que hablar del tema.

—No pasará nada —respondo, lo que suena a falso.

—No te lo crees ni tú, ¿verdad?

—Puede que no. Pero lo intento. Porque la cosecha va a pasar crea yo lo que crea. Tan seguro como que el sol saldrá mañana.

Lenore Dove frunce el ceño.

—Bueno, no hay ninguna prueba de que eso vaya a pasar. No puedes contar con que algo pase mañana solo porque haya pasado antes. Es una lógica errónea.

—¿Sí? Porque más o menos así es como la gente planifica su vida.

—Y eso forma parte del problema. Pensar que las cosas son inevitables. Creer que los cambios no son posibles.

—Supongo, pero de verdad que no me imagino que mañana no amanezca.

Una arruga se forma entre las cejas de Lenore Dove, que medita su respuesta.

—¿Te imaginas que amanezca en un mundo sin cosecha?

—No en mi cumpleaños. Nunca he celebrado uno sin la cosecha.

Intento distraerla con un beso, pero está decidida a que lo entienda.

—No, escucha —me dice, seria—. Piénsalo. Estás diciendo: «Hoy es mi cumpleaños y hay cosecha. El año pasado fue mi cumpleaños y también hubo cosecha. Así que todos los años habrá cosecha el día de mi cumpleaños». Pero no tienes forma de saberlo. Vamos, que la cosecha ni siquiera existía hasta hace cincuenta años. Dame una buena razón por la que tenga que seguir celebrándose solo porque sea tu cumpleaños.

Para ser una chica a la que le da miedo hablar en público, en privado habla hasta por los codos. A veces me cuesta seguirla. Lenore Dove siempre es paciente cuando me explica algo, no arrogante, pero quizá sea demasiado lista para mí. Porque, aunque es una idea bonita, cuando pienso en un mundo sin cosecha, de verdad que no lo veo. El Capitolio tiene todo el poder, y se acabó.

—No he dicho que la haya solo porque es mi cumpleaños. He dicho… —¿Qué he dicho? Ahora no puedo recordarlo—. Lo siento, me he perdido.

—No, soy yo la que lo siente —dice, algo triste—. Es tu cumpleaños y yo me pongo a parlotear sobre vete a saber qué. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un paquetito envuelto en un retazo de tela de color gris, atado con una cinta del mismo tono verde moteado de sus ojos—. Feliz cumpleaños. Lo ha hecho Tam Amber. Conseguí el metal a cambio de unos huevos y lo ayudé a diseñarlo.

Aparte de tocar la mandolina como nadie, Tam Amber es el mejor herrero del Distrito 12. Es a quien acuden todos cuando necesitan una herramienta nueva o que les arregle las piezas rotas de una máquina antigua. Burdock tiene una docena de sus puntas de flecha y las trata como si fueran oro, y la gente más rica de la ciudad tiene joyas de oro y plata de verdad; le llevan sus reliquias familiares, y él las funde y las transforma en otra cosa. No se me ocurre qué puede haberme hecho, pero desato con impaciencia la cinta.

En un primer momento, no identifico el objeto que me cae en la palma de la mano. Es una fina tira de metal con forma de ce. Por instinto, la agarro por el dorso en curva mientras examino los animales coloridos de la abertura, el uno frente al otro. La cabeza de la serpiente sisea al pico de un pájaro de cuello largo. Abro la mano y veo que sus escamas y plumas esmaltadas recorren la pieza hasta fundirse y hacerse indistinguibles. Hay dos anillitos soldados, uno detrás de cada cabeza. ¿Para una cadena, quizá?

—Es precioso. Es para colgármelo, ¿no?

—Bueno, ya sabes que me gustan las cosas bonitas y prácticas —responde crípticamente Lenore Dove para obligarme a descubrirlo yo solo.

Le doy la vuelta al objeto y vuelvo a coger la ce, aunque esta vez tapo las cabezas de los animales con los dedos. Entonces veo para qué sirve. El borde de acero suave no es solo decorativo.

—Es un eslabón, un encendedor de pedernal —concluyo.

—¡Sí que lo es! Pero no necesitas pedernal. Te valdrá con cualquier piedra que pueda soltar chispas, como el cuarzo.

En casa tenemos un eslabón viejo y muy maltrecho, herencia de la familia de mi madre. Es feo y opaco. En las largas noches de invierno, me hacía practicar con él hasta ser capaz de encender un fuego, para así no gastar dinero en cerillas. Dinero ahorrado, dos veces ganado.

Recorro con el dedo el elegante damasquinado de las plumas del cuello.

—Me daría pena estropearlo.

—No lo vas a estropear. Está hecho para eso. —Toca primero la cabeza de la serpiente y, después, la del pájaro—. Cuesta mucho romper a estos dos. Son supervivientes.

—Me encanta. —Le doy un beso largo y tierno—. Y te quiero más que el fuego a las brasas.

«Salir del fuego para caer en las brasas» es una expresión típica de la Bandada, pero esta frase es solo nuestra. Suele arrancarle una sonrisa, pero hoy está muy seria.

—Y yo a ti.

Nos besamos hasta que noto el sabor a sal. No tengo que preguntar por qué.

—Oye, no pasa nada —le aseguro—. No nos va a pasar nada. —Asiente, aunque las lágrimas siguen brotando—. Lenore Dove, vamos a superar este día, igual que el año pasado y el anterior, y, al final, lo dejaremos atrás.

—Pero nunca lo dejaremos atrás de verdad —responde amargamente—. Nadie lo hace en el Distrito 12. El Capitolio se asegura de que los Juegos del Hambre se nos graben en el cerebro. —Le da un toquecito a la botella —. Supongo que Hattie ha elegido el negocio correcto: ayudar a olvidar.

—Lenore Dove —la llama Clerk Carmine, que no grita, pero tiene una de esas voces resonantes que no lo necesitan. Está al borde de la Pradera, con

los puños dentro de los bolsillos de su mono parcheado. Como es violinista, se protege mucho las manos—. Será mejor que te vayas preparando.

—Ya voy —responde ella mientras se seca los ojos.

Clerk Carmine no hace ningún comentario sobre su estado, sino que, antes de dar media vuelta, se limita a lanzarme una mirada que dice que me considera responsable. No me prestaba mucha atención hasta que lo mío con Lenore Dove empezó a ser más serio. Desde entonces, parece que no hago nada bien. Una vez le dije a Lenore Dove que su tío odiaba el amor. Fue entonces cuando me reveló que llevaba unos treinta años con el tipo de la ciudad que se encarga de sustituir las ventanas rotas. Tienen que mantenerlo en secreto porque, si amas de una manera distinta, te metes en líos con los agentes de la paz, te quedas sin trabajo o acabas detenido, incluso. Dada su situación, cabría pensar que Clerk Carmine defendería nuestro amor (yo defiendo el suyo, sin duda), pero supongo que cree que Lenore Dove podría encontrar a alguien mejor.

Como ella odia que no nos llevemos bien, solo le digo:

—Creo que empieza a cogerme cariño. —Eso le arranca una risa que basta para aligerar el humor del momento—. Puedo pasarme después. Tengo algunas tareas pendientes, pero calculo que acabaré a las tres. Iremos al bosque, ¿vale?

—Iremos al bosque —me confirma con un beso.

De vuelta en casa, me doy un baño con varios cubos de agua fría, y me pongo los pantalones con los que se casó mi padre y una camisa que mi madre ha cosido usando los pañuelos de la tienda del Capitolio en la que compran los mineros. Tiene que parecer que te arreglas para la cosecha, al menos. Si apareces con la ropa andrajosa, los agentes de la paz te pegan o detienen a tus padres porque no estás demostrando el debido respeto a los muertos del Capitolio durante la guerra. Da igual que entre los nuestros también hubiera víctimas de sobra.

Mi madre me da sus regalos de cumpleaños: ropa interior de saco para el año entero y una navaja nueva, con instrucciones estrictas de no usar esta última para lanzarla ni para ningún otro juego de cuchillos. Sid me da un trozo de pedernal envuelto en un papel marrón mugriento y me dice:

—Lo encontré en la carretera de grava junto a la base de los agentes. Lenore Dove me dijo que te gustaría.

Saco mi eslabón y lo pruebo: saltan unas chispas estupendas. Y, aunque a

mi madre no termina de caerle bien Lenore Dove porque es una distracción, le gusta tanto el regalo que usa un cordón de zapato de cuero para meterlo por las anillas metálicas y atármelo al cuello.

—Es un eslabón fantástico —dice Sid, que toca el pájaro con anhelo.

—¿Qué te parece si esta noche te enseño a usarlo? —sugiero.

Se le ilumina el rostro con la promesa de hacer cosas de adulto, unida a la promesa de que no me voy a ninguna parte.

—¿Sí?

—¡Sí!

Le alboroto el pelo, de modo que los rizos se le disparan por todas partes.

—¡Para! —me grita mientras me aparta la mano—. ¡Ahora voy a tener que peinarme otra vez!

—¡Pues date prisa! —le respondo.

Sale corriendo, y yo me meto el eslabón por debajo de la camisa porque no estoy preparado para compartirlo con el mundo precisamente el día de la cosecha.

Me sobran unos minutos, así que me dirijo a la ciudad para hacer un trueque. No corre el aire y el ambiente está cargado, lo que augura tormenta. Se me revuelve el estómago al ver la plaza llena de carteles y abarrotada de agentes de la paz, con sus uniformes blancos y sus armas. Últimamente, el lema ha sido «Si no hay paz», y los eslóganes nos bombardean por todas partes: ¡SI NO HAY PAZ, NO HAY PAN!, ¡SI NO HAY PAZ NO HAY SEGURIDAD! y, por supuesto, ¡SI NO HAY AGENTES DE LA PAZ, NO HAY PAZ!, ¡SI NO HAY CAPITOLIO, NO HAY PAZ! Colgada detrás del escenario temporal frente al Edificio de Justicia hay una enorme banderola con el rostro del presidente Snow y las palabras EL MEJOR AGENTE DE LA PAZ DE PANEM.

En la parte de atrás de la plaza, los agentes apuntan a los participantes en la cosecha. Como hay poca cola, me lo quito de encima de una vez. La mujer no me mira a los ojos, así que supongo que todavía es capaz de sentir vergüenza. O quizá sea solo indiferencia.

La farmacia tiene una bandera de Panem en la ventana, lo que me cabrea. Sin embargo, es donde conseguiré el mejor trato a cambio de mi licor blanco. Dentro, el fuerte olor a productos químicos me irrita la nariz. Contrasta con el aroma dulce y tenue que brota de un ramo de flores de manzanilla que esperan en un tarro a que las transformen en infusión y

medicina. Sé que Burdock las recogió en el bosque. Hace poco que ha añadido las hierbas silvestres a la caza.

No hay nadie en la tienda, salvo mi compañera de clase, Asterid March, que está colocando unas botellitas diminutas en un estante tras el mostrador. Una trenza rubia muy larga le cae por la espalda, pero el calor húmedo le ha sacado unos mechones que le enmarcan el rostro perfecto. Asterid es la belleza de la ciudad y es rica, en comparación con el resto de los habitantes del Distrito 12. Antes se lo echaba en cara, pero una vez apareció ella sola en la Veta para tratar a una vecina a la que habían azotado por responder con insolencia a un agente de la paz. Llevaba un ungüento que había preparado y después se marchó con sigilo, sin mencionar nada de pagos. Desde entonces, es la persona a la que la gente pide ayuda cuando un ser querido cae bajo el látigo. Supongo que Asterid tiene más sustancia de lo que cabría pensar al ver a los presumidos de sus amigos. Además, Burdock está loco por ella, así que intento ser agradable, aunque mi amigo tiene tantas posibilidades de ligársela como un sinsajo a un cisne. Las chicas de la ciudad no se casan con los chicos de la Veta, a no ser que todo se descontrole.

—Hola, ¿te sirve esto para algo? —le pregunto al dejar la botella de licor blanco en el mostrador—. ¿Para el jarabe de la tos o algo así?

—Seguro que le encuentro uso. —Asterid me ofrece un precio justo y añade una ramita de manzanilla—. Para hoy. Dicen que da buena suerte.

Me meto el tallo en un ojal.

—¿Quién lo dice? ¿Burdock?

Ella se ruboriza un poco y me pregunto si habré calculado mal las posibilidades del chico.

—Puede que fuera él, no me acuerdo.

—Bueno, a todos nos vendría bien un poco de suerte hoy.

Le echo un vistazo a la bandera, a través de la ventana. Asterid baja la voz.

—No la queríamos poner. Los agentes de la paz insistieron.

¿Qué les habrían hecho de no aceptar? ¿Les habrían reventado la tienda? ¿Se la habrían cerrado para siempre? Me siento mal por haberlos prejuzgado.

—Entonces, no os ha quedado otra. —Señalo con la cabeza la manzanilla —. Ponte tú también una ramita, ¿vale?

Ella me sonríe, triste, y asiente.

Me acerco a la tienda de dulces de los Donner, que está al lado, y compro una bolsita de papel blanco llena de gominolas de colores (las favoritas de Lenore Dove) para compartirlas después. Ella las llama gominolas arcoíris y jura ser capaz de distinguir los diferentes sabores, aunque saben todas exactamente igual. Merrilee Donner, que está en mi clase, me atiende con un vestido rosa nuevecito y cintas a juego en el pelo de color rubio oscuro. Nadie va a detener a los Donner por ir desastrados. Por suerte, Asterid me ha pagado en metálico, porque los Donner no aceptan pagarés, que es lo que reciben del Capitolio los mineros. Técnicamente, solo vale en la tienda del Capitolio, pero muchos de los comerciantes de la ciudad los aceptan y a mi madre le dan muchos por hacer la colada.

Cuando salgo, sonrío un segundo al ver la bonita etiqueta de los caramelos de los Donner y pensar en reunirme con Lenore Dove en el bosque. Entonces me doy cuenta de que ya ha llegado la hora. Las enormes pantallas que flanquean el escenario se han iluminado con la bandera ondeante en honor a los Juegos del Hambre. Hace unos cincuenta años, los distritos se alzaron contra la opresión de nuestro Capitolio, lo que dio inicio a una sangrienta guerra civil en Panem. Perdimos y, como castigo, el 4 de julio, los distritos tienen que enviar a dos tributos cada uno, una niña y un niño de entre doce y dieciocho años, para luchar a muerte en la arena. Quien quede con vida se corona vencedor.

La cosecha consiste en sacar los nombres de los elegidos para los Juegos. Han marcado dos rediles con cuerdas naranjas, uno para las chicas y otro para los chicos. Lo tradicional es que los de doce años se coloquen delante y detrás se vayan colocando los mayores por edades hasta llegar a los de dieciocho. La asistencia es obligatoria para toda la población, aunque sé que mi madre dejará a Sid en casa hasta el último momento, así que no me molesto en buscarlos con la mirada. Como no veo a Lenore Dove por ninguna parte, me dirijo a la zona designada para los chicos de entre catorce y dieciséis años, pensando en mis opciones.

Hoy tengo veinte papelitos con mi nombre en la cosecha. Todos los niños reciben automáticamente uno por cada año, pero yo tengo tres más porque siempre compro tres teselas para alimentar a mi familia. Una tesela te proporciona una ración para una persona de aceite en lata y un saco de harina marcado con la frase «Cortesía del Capitolio» que se recogen todos

los meses en el Edificio de Justicia. A cambio, tu nombre entra en el sorteo de ese año una vez más por cada tesela que pidas. Esos papelitos se quedan contigo y se van sumando. Cuatro entradas al año por cinco años, así he llegado a veinte. Pero, para empeorar las cosas, como este año es el segundo Vasallaje de los Veinticinco, en el que se celebra el cincuenta aniversario de los Juegos del Hambre, cada distrito debe enviar el doble de niños. Supongo que, en mi caso, es como tener cuarenta papeletas dentro. Y no me gustan mis probabilidades.

Cada vez hay más gente, pero veo que uno de los niños de doce años de delante intenta ocultar que está llorando. Dentro de dos años, Sid estará ahí. Me pregunto si seré yo o mamá quien se siente antes con él para explicarle su papel en la cosecha. Que tiene que tener buen aspecto, mantener la boca cerrada y no dar problemas. Aunque suceda lo impensable y su nombre salga elegido, tiene que aguantarse, reunir todo el valor posible y subir al escenario, porque resistirse no es una opción. En caso necesario, los agentes de la paz lo arrastrarían hasta allí por mucho que pataleara y chillara, así que al menos hay que irse con algo de dignidad. Y que siempre recuerde que, pase lo que pase, su familia lo querrá y estará orgullosa de él para siempre.

Y si Sid pregunta «Pero ¿por qué tengo que hacerlo?» solo podemos decirle «Porque así son las cosas».

Lenore Dove odiaría esa última parte, pero es la verdad.

—Feliz cumpleaños —me dice alguien al chocarse contra mi hombro, y ahí está Burdock, con un traje raído, y nuestro amigo Blair, que ha heredado una camisa de vestir de su hermano mayor y le queda tres tallas más grande de la cuenta.

Blair me pone contra el pecho un paquete de los cacahuetes tostados de la tienda del Capitolio.

—Y que todos tus deseos se hagan realidad.

—Gracias. —Me guardo los cacahuetes y las gominolas—. No hacía falta que os arreglarais por mí.

—Bueno, queríamos que tu día fuera especial —dice Blair—. Hay que ser muy idiota para nacer el día de la cosecha.

—Es que es de esos que se crecen con los retos —dice Burdock.

—Solo juego con las cartas que me han tocado en suerte. Pero ya sabéis

lo que dicen: «Desafortunado en el juego, afortunado en amores». —Me recoloco la manzanilla—. Oye, mira lo que me ha dado tu novia, Burdie.

Nos volvemos hacia el redil de las chicas, donde Asterid habla con Merrilee y su hermana gemela idéntica, Maysilee, la más estirada de la ciudad.

—¿Sus amigas saben lo vuestro, Everdeen? —pregunta Blair.

—No hay nada que saber —responde él, sonriente—. Al menos por ahora.

Los altavoces cobran vida y nos devuelven a la realidad. Justo entonces, veo a Lenore Dove esquivar a un agente de la paz y meterse en el redil. Está muy guapa con el vestido rojo manzana con volantes que en ocasiones se pone para tocar y el pelo recogido con las peinetas metálicas que le ha hecho Tam Amber. Guapa y alicaída.

La grabación del himno berrea por toda la plaza y me hace castañetear los dientes.

Joya de Panem,
poderosa ciudad.

Se supone que debemos cantarlo, pero lo que hacemos es mascullar lo que se nos ocurre, mover los labios en el momento oportuno. Las pantallas proyectan imágenes del poder del Capitolio: ejércitos de agentes de la paz en tierra, flotas de aerodeslizadores en el aire, tanques desfilando por las amplias avenidas del Capitolio, camino de la mansión presidencial. Todo está limpio, y es caro y letal.

Cuando termina el himno, la alcaldesa Allister se sube al podio y lee el Tratado de la Traición, que es, básicamente, las capitulaciones de la guerra. La mayoría de los habitantes del Distrito 12 ni siquiera habían nacido por aquel entonces, pero pagamos el precio, de eso no cabe duda. La alcaldesa intenta mantener un tono neutro, aunque se le nota tanto el desagrado que seguro que la sustituyen pronto. Es lo que pasa con los alcaldes decentes.

A continuación, recién llegada del Capitolio, aparece Drusilla Sickle, una mujer con cara de plástico que acompaña todos los años a nuestros tributos hasta los Juegos del Hambre. No tengo ni idea de cuántos años tiene, pero lleva viniendo desde el primer Vasallaje de los Veinticinco. ¿Tendrá más o

menos la edad de Hattie? Cuesta saberlo, porque una hilera de elegantes chinchetas le rodea el rostro y le tira de la piel hacia atrás para sujetársela bien. El año pasado, cada una de las tachuelas estaba decorada con una diminuta hoja de sierra circular. Este año, el tema parece ser el número cincuenta. En cuanto a la ropa, se ha esforzado por incorporar dos tendencias de moda, la militar y la descarada, y el resultado es el traje que lleva en estos momentos: una chaqueta de agente en color amarillo limón a juego con unas botas hasta los muslos y un sombrero de copa con ala de visera. De lo alto del sombrero brota un abanico de plumas que le da el aspecto de un narciso demente. Aun así, nadie se ríe porque aquí ella es el rostro del mal.

Dos agentes de la paz colocan a ambos lados del podio unas bolas de cristal gigantes en las que llevan las papeletas de los tributos.

—Las damas primero —dice Drusilla al meter la mano en la bola de la derecha y sacar una única tira de papel—. Y la afortunada es… —Hace una pausa teatral, le da vueltas al nombre entre los dedos y sonríe antes de clavar el cuchillo—. ¡Louella McCoy!

Se me revuelven las tripas. Louella McCoy vive a tres casas de mí, y es la niña de trece años más lista y valiente del mundo. Un murmullo de enfado recorre a la multitud, y noto que Blair y Burdock se tensan a mi lado cuando Louella sube los escalones hasta el escenario, se echa atrás las coletas negras y frunce el ceño todo lo que puede para intentar parecer dura.

—Y este año, ¡las damas también después! A Louella se le unirá… —Drusilla agita las papeletas de la bola y pesca otro nombre—. ¡Maysilee Donner!

Busco la mirada de Lenore Dove y lo único que puedo pensar es: «No eres tú. Al menos, este año. Estás a salvo».

La multitud reacciona de nuevo, aunque más sorprendida que enfadada porque Maysilee es una chica de ciudad de pura cepa, altiva a más no poder, con eso de que los Donner son comerciantes y que todos están de acuerdo en que su padre será el que suceda a la alcaldesa Allister. Los chicos de la ciudad rara vez salen elegidos como tributos porque, en general, no piden tantas teselas como los de la Veta.

En el redil de las chicas, Maysilee agarra con fuerza la mano de Asterid mientras Merrilee, entre sollozos, la abraza, de modo que las tres cabezas rubias se juntan formando un nudo apretado. Entonces, Maysilee se suelta

con cuidado y se alisa el vestido, que es idéntico al de su gemela, solo que de color lavanda, en vez de rosa. Casi siempre va por ahí con la barbilla bien alta, pero, ahora, la levanta más alto que nunca de camino al escenario.

Ahora les toca a los chicos. Me preparo para lo peor mientras Drusilla saca un papel de la bola de la izquierda.

—Y el primer caballero que acompañará a las damas es… ¡Wyatt Callow!

Hace un tiempo que no veo a Wyatt Callow por el colegio, lo que seguramente quiere decir que ha cumplido los dieciocho y trabaja en la mina. La verdad es que no lo conozco. Vive al otro lado de la Veta y siempre va con la cabeza gacha. Me odio por el alivio que siento al verlo acercarse al escenario; avanza con pasos comedidos y una expresión vacía que no desvelan nada. También me siento mal por él. Wyatt debe de estar a punto de cumplir los diecinueve, que es una edad importantísima en los distritos porque es cuando te libras de la cosecha.

Cuando Drusilla vuelve a meter la mano en la bola, empiezo a pensar que es demasiado pedir que tanto Lenore Dove como yo escapemos de este horror. Que dentro de unas horas estemos lejos de esta plaza, abrazados a la sombra fresca del bosque. Contengo el aliento, preparado para mi condena a muerte.

Drusilla le echa un vistazo al último nombre.

—Y el chico número dos es… ¡Woodbine Chance!

Un resoplido involuntario se me escapa entre los labios y varios chicos lo secundan como un eco. Lenore Dove me mira e intenta sonreír, pero no puede evitar centrarse en la última víctima.

Woodbine es el menor y más guapo de los locos hermanos Chance. Se les va tanto la cabeza cuando beben que Hattie no les vende licor blanco por miedo a que la líen con los agentes de la paz, así que tienen que comprárselo al viejo Bascom Pie, que no tiene escrúpulos y se lo vende a todo el que pueda pagarlo. Si los Abernathy huelen un poco a sedición, los Chance directamente apestan a ella, y he perdido la cuenta de los familiares que han perdido en la soga. Se rumorea que Lenore Dove es pariente suya por parte de padre. Parecen tenerle mucho cariño, aunque no sea algo oficial. En cualquier caso, Clerk Carmine no aprueba ese vínculo.

Veo a Woodbine, que está unas cuantas filas por delante de mí, proyectado en la pantalla. Hace ademán de seguir a Wyatt, pero un brillo de

desafío le asoma a los ojos grises, se vuelve y corre hacia un callejón. Sus parientes le gritan palabras de ánimo e, instintivamente, se colocan para bloquear a los agentes de la paz. Justo cuando creo que va a conseguirlo (los Chance corren que se las pelan), alguien dispara desde el tejado del Edificio de Justicia y a Woodbine le estalla la base del cráneo.

2

Las pantallas se oscurecen durante un segundo y después regresa la bandera. Está claro que no quieren que el resto del país sea testigo de la revuelta en el Distrito 12.

El caos se adueña de la plaza cuando algunas personas corren hacia los callejones laterales y otras van a ayudar a Woodbine, aunque de poco le servirá ya. Los agentes de la paz siguen disparando, sobre todo como advertencia, pero aciertan a algunos desgraciados que están un poco más allá. No sé adónde ir. ¿Voy a buscar a Sid y a mi madre? ¿Saco a Lenore Dove de la plaza? ¿O corro a refugiarme?

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido? —grita Drusilla.

Alguien empuja hasta el borde del tejado del Edificio de Justicia a un agente de la paz joven y desconcertado.

—¡Imbécil! —lo insulta la mujer desde abajo—. ¿Es que no podías esperar a que llegara al callejón? ¡Mira la que has montado!

Y la ha montado, sí. Veo a Sid y a mi madre al fondo, y doy un paso hacia ellos cuando una tosca voz masculina resuena por los altavoces.

—¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo! ¡Ahora!

Automáticamente, me hinco de rodillas y me pongo en posición: manos entrelazadas detrás del cuello, frente contra los ladrillos ennegrecidos de la plaza. Por el rabillo del ojo, veo que casi todo el mundo me imita, pero Otho Mellark, un atontado enorme, hijo de los dueños de la panadería, parece desorientado. Le cuelgan las manos carnosas a los lados y arrastra los pies adelante y atrás, y entonces me doy cuenta de que tiene el pelo rubio manchado de la sangre de otra persona. Burdock le da un buen puñetazo detrás de la rodilla, lo que basta para que caiga y salga de la línea de fuego.

Por el micrófono abierto oímos retumbar la voz de Drusilla, que grita a su equipo.

—¡Tenemos cinco minutos! ¡Una tregua de cinco minutos y después tendremos que terminar esto en directo! ¡Deshaceos de cualquiera que sangre!

Por primera vez comprendo que, cuando muestran la cosecha en directo, en realidad no lo es. Debe de haber un retardo de cinco minutos en la retransmisión, por si ocurre algo como esto.

Las botas de los agentes se abren paso entre el público, y los soldados levantan a cualquiera que tenga sangre encima, incluido Otho, y se los llevan a las tiendas cercanas para esconderlos.

—¡Necesitamos a otro chico! ¡El muerto no nos sirve! —dice Drusilla, que baja los escalones que dan a la plaza.

Se oye un gemido agudo seguido de las órdenes de los agentes. Entonces distingo la voz de Lenore Dove y mi cabeza se gira hacia ella como si tuviera vida propia. Está intentando ayudar a la madre de Woodbine, que se ha aferrado a la mano de su hijo mientras un par de agentes de la paz intentan llevárselo. Lenore Dove tira del brazo de uno de los soldados y le suplica que deje a su madre quedarse con él, que la permita verlo un minuto más. Pero no parecen tener un minuto.

Esto no va a acabar bien. ¿Debería acercarme? ¿Sacar de ahí a Lenore Dove? ¿O empeoraré la situación? Es como si tuviera las rodillas pegadas al suelo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Drusilla—. ¡Sacad ese cadáver de la plaza!

Un pelotón compuesto por otros cuatro agentes se dirige hacia ellas.

Cuando la madre de Woodbine oye decir que su hijo es un cadáver, pierde por completo los papeles. Empieza a chillar y le rodea el pecho con los brazos para intentar apartarlo de los soldados. Lenore Dove se le une y agarra las piernas de Woodbine para ayudarla a liberarlo.

Mi madre me va a matar por intervenir, pero no puedo quedarme humillado contra el suelo mientras Lenore Dove está en peligro. Me levanto y corro hacia ella con la esperanza de conseguir que suelte a Woodbine. Veo que uno de los agentes de la paz que se acercan levanta su arma para golpearla.

—¡Para!

Doy un salto para escudarla, justo a tiempo de interceptar la culata del fusil que se estrella contra mi sien. La cabeza me estalla de dolor y veo

destellos de luz que atraviesan mi campo visual. Antes incluso de caer, unas manos de hierro me sujetan por los antebrazos y me arrastran hacia delante, dejándome la nariz a pocos centímetros de los ladrillos. Después me sueltan de bruces delante de un par de botas amarillas. La punta de una de ellas me levanta la barbilla antes de dejarla caer de nuevo al suelo.

—Bueno, creo que hemos encontrado a nuestro sustituto.

Lenore Dove está detrás de mí, suplicando.

—No os lo llevéis… ¡No ha sido culpa suya! ¡Ha sido culpa mía! ¡Castigadme a mí!

—Ay, por favor, pegadle un tiro de una vez a esa chica —dice Drusilla. Un agente de la paz cercano apunta con su fusil a Lenore Dove, pero Drusilla resopla, exasperada—. ¡Aquí no! Bastante sangre tenemos que limpiar ya. Buscaos un sitio discreto, ¿vale?

Cuando el soldado da un paso hacia Lenore Dove, un tipo con un mono violeta aparece y le pone una mano en el hombro.

—Espera. Si me permites, Drusilla, me encantaría contar con ella para una despedida dramática. Al público le encantan esas cosas y, como siempre nos recuerdas, es todo un reto que se fijen en el Distrito 12.

—Vale, Plutarch. Lo que tú quieras. Pero pon en pie a los demás. ¡Arriba! ¡De pie, cerdos de los distritos! —Cuando me levantan, me fijo en que Drusilla lleva una fusta enganchada al lateral de una bota y me pregunto si es meramente decorativa. Noto su aliento a pescado en la cara—. Pórtate bien o te disparo yo misma.

—¡Haymitch! —grita Lenore Dove.

Empiezo a responder, pero Drusilla me agarra la cara con sus larguísimos dedos.

—Y dejo que ella lo vea.

Plutarch le hace un gesto a uno de los miembros del equipo.

—Apunta con una cámara a esa chica, Cassia, por favor. —Después sigue a Drusilla—. Tenemos grabados a los agentes de la paz controlando a la multitud. Podría ser una oportunidad para vender el enfoque de «Si no hay agentes de la paz, no hay paz».

—¡No tengo tiempo, Plutarch! ¡Apenas me quedan unos minutos para dejar las cosas como estaban! Ve a por el primer chico… ¿Cómo se llamaba?

—Wyatt Callow.

—Vuelve a meter a Wyatt Callow en el redil. —Drusilla se da un golpe en la frente—. ¡No! —Lo medita un momento—. ¡Sí! Los llamaré a los dos. Quedará más natural.

—Te costará otros treinta segundos.

—Pues vamos a ello. —Me señala—. ¿Cómo te llamas?

—Haymitch Abernathy —respondo, y es como si fuera el nombre de un desconocido.

—Haymitch Abernanny —repite ella.

—Haymitch Abernathy —la corrijo.

Ella se vuelve hacia Plutarch, exasperada.

—¡Es demasiado largo!

Él garabatea en su portapapeles y arranca una hoja. Ella la coge y lee:

—Wyatt Callow y Haymitch… Aber… nathy. Wyatt Callow y Haymitch Abernathy.

—Madre mía, eres toda una profesional —la alaba Plutarch—. Será mejor que te pongas en posición. Yo lo coloco a él. —Cuando Drusilla sube a toda prisa los escalones, él me agarra por el codo y susurra—: No seas estúpido, chaval. Si la lías otra vez te matará con tan solo un chasquido.

No sé si se refiere a chascar los dedos o a una forma de morir extrahorrenda y rápida. En cualquier caso, no quiero morir con un chasquido.

Plutarch me conduce a un punto más cerca del escenario.

—Aquí va bien. Quédate donde estás y, cuando te llame Drusilla, subes muy tranquilo al escenario, ¿vale?

Intento asentir. Me palpita la cabeza y los pensamientos me dan tumbos como piedras dentro de una lata. ¿Qué acaba de pasar? ¿Qué está pasando ahora? En algún lugar de mi interior, lo sé. Soy un tributo en los Juegos del Hambre. Dentro de unos días, moriré en la arena. Sé todo eso, pero es como si le pasara a otra persona mientras yo lo observo de lejos.

Los demás miembros del público se han puesto ya de pie, aunque no han recuperado la compostura. Todos se susurran e intentan averiguar qué está pasando.

—¡En directo en treinta! —grita alguien por los altavoces—. Veintinueve, veintiocho, veintisiete…

—¡Callaos! —chilla Drusilla al público mientras alguien le empolva el rostro sudoroso—. ¡Como no os calléis ahora mismo os mataremos a todos!

Como si deseara enfatizar la amenaza, el agente de la paz que tiene al lado dispara unas cuantas balas al aire y un aerodeslizador sobrevuela la plaza.

Todo se queda en silencio muy deprisa y oigo la sangre latirme en los oídos. Siento el impulso de huir, como Woodbine, pero me viene la imagen de su cerebro colgándole del cráneo.

—… diez, nueve, ocho…

En el escenario, todo está como antes del tiroteo: Louella y Maysilee, los agentes de la paz, y Drusilla, que rompe a toda prisa el papel que le ha dado Plutarch y mete las tiras en la pila del interior de la bola de cristal.

Busco con las manos a Burdock y a Blair para sujetarme, pero, claro, no están. Solo hay un par de críos más pequeños que me dan todo el espacio del mundo.

—… tres, dos, uno y ¡en el aire!

Drusilla finge sacar un nombre.

—Y el primer caballero que acompañará a las damas es… ¡Wyatt Callow!

En una especie de extraña repetición de los acontecimientos, veo a Wyatt, tan impasible como antes, acercarse y ocupar obedientemente su lugar en el escenario.

La mano de Drusilla flota sobre la bola y después saca una tira con precisión quirúrgica.

—Y nuestro segundo chico será… ¡Haymitch Abernathy!

Me quedo donde estoy por si esto es una pesadilla y estoy a punto de despertarme en mi cama. Todo está mal. Hace unos minutos, había esquivado esta bala. Me iba a casa, después al bosque, y estaría salvo durante otro año.

—¿Haymitch? —repite Drusilla, que me está mirando.

Mi cara ocupa toda la pantalla de encima del escenario. Empiezo a mover los pies. Veo que enfocan a Lenore Dove, que se ha llevado una mano a la boca. No llora, así que Plutarch no obtendrá la despedida dramática que buscaba. Ni de ella ni de mí. No permitiré que nuestras lágrimas les sirvan de entretenimiento.

—Damas y caballeros, ¡demos la bienvenida a los tributos del Distrito 12 de los Quincuagésimos Juegos del Hambre! —Drusilla nos mira—. ¡Y que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte!

Empieza a aplaudir y oigo por los altavoces que la gente la imita, aunque solo veo a un puñado de personas aplaudir en la plaza.

Localizo a Lenore Dove entre la multitud y nos miramos a los ojos; empezamos a sentir de verdad la desesperación. Por un momento, todo lo demás desaparece y estamos solo los dos. Ella baja la mano y se la lleva al corazón mientras, con los labios, forma las palabras en silencio. «Te quiero más que el fuego a las brasas».

«Y yo a ti», respondo de la misma manera.

Los cañones rompen el hechizo. Me cae encima una lluvia de confeti que cubre también todo el escenario y la plaza. Pierdo a Lenore Dove de vista entre los trocitos voladores de papel.

Drusilla abre mucho los brazos.

—¡Feliz segundo Vasallaje de los Veinticinco a todos!

—Y… estamos fuera —dice la voz de los altavoces.

La retransmisión ha pasado a la cosecha del Distrito 11. Los aplausos enlatados se cortan, y Drusilla gruñe y se deja caer con mucho teatro contra el podio.

Los miembros del equipo de televisión del Capitolio estallan en vítores cuando Plutarch aparece por un lateral del escenario gritando:

—¡Maravilloso! ¡Bravo a todos! ¡Fluidez absoluta, Drusilla!

Drusilla se recupera y se arranca el sombrero de narciso tirando de la correa de la barbilla.

—No sé ni cómo lo he hecho. —Se saca de la bota un paquete de cigarrillos y enciende uno; deja escapar el humo por la nariz, como una chimenea—. Bueno, ¡es una gran historia para contarla en las fiestas!

Uno de los ayudantes aparece con una bandeja cargada de copas con un líquido pálido y me ofrece una por accidente.

—¿Champán? —pregunta, antes de darse cuenta de su error—. ¡Huy, no! ¡Nada para los niños!

Drusilla coge una copa y se fija en los habitantes del Distrito 12 que esperan allí parados, en silencio y abatidos, mientras les caen encima los últimos trocitos de confeti.

—¿Qué estáis mirando? Bestias mugrientas. ¡Marchaos a casa! ¡Todos! —Se dirige a un agente de la paz—. Sácalos de aquí antes de que se me pegue su olor en el pelo. —Se huele un mechón y hace una mueca—. Demasiado tarde.

El agente da la señal y los soldados empiezan a empujar a la multitud para echarla. Aunque veo que Burdock y Blair se resisten, la mayoría corre hacia los callejones, encantada de escapar del calvario de la cosecha para volver a casa, abrazar a sus hijos y, los que frecuentan el puesto de Hattie, emborracharse a fondo.

Me entra el pánico al ver a un agente de la paz del Distrito 12 sujetar a Lenore Dove. ¿Por qué no intervine antes? ¿Por qué esperé hasta que no me quedó más opción que desafiar a ese soldado? ¿Tenía miedo? ¿Estaba desconcertado? ¿O solo me sentía indefenso ante esos uniformes blancos? Ahora estamos los dos condenados. El agente está sacando las esposas cuando Clerk Carmine y Tam Amber aparecen. Hablan con él deprisa, en voz baja, y creo ver dinero que cambia de manos. Es un alivio cuando el hombre mira a su alrededor, la suelta y se aleja. Lenore Dove intenta ir hacia mí, pero sus tíos se la llevan por un callejón.

Los otros desafortunados seres queridos de los tributos de este año se quedan atrás.

El señor Donner se acerca corriendo al escenario con un puñado de dinero, con la esperanza de comprar la libertad de Maysilee, mientras que su esposa y Merrilee se abrazan cerca del escaparate de su tienda.

—¡Papá, no! —grita Maysilee, pero su padre no deja de agitar los billetes delante de la cara de la gente.

En una familia, supongo que los Callow, una mujer llora histéricamente mientras que los hombres han empezado a pegarse.

—¡Lo has gafado! —acusa uno a otro—. ¡Es culpa tuya!

Nuestros vecinos, los McCoy, abrazan a mi madre, que apenas se mantiene en pie. Sid cuelga de su mano y tira de ella hacia delante mientras berrea:

—¡Haymitch! ¡Haymitch!

Ya los echo tanto de menos que me siento morir. Sé que tengo que ser fuerte, pero verlos así me destroza. ¿Cómo se las van a apañar sin mí?

Lo que se supone que pasa ahora es que los tributos entran en el Edificio de Justicia para una despedida final con sus amigos y familiares. Lo he hecho antes. Mi madre y mi padre me llevaron cuando eligieron a Sarshee Whitcomb, la hija del antiguo jefe de la cuadrilla de mi padre. Se había quedado huérfana ese mismo año porque su padre, Lyle, había muerto de la enfermedad del pulmón negro. Mi madre les dijo a los agentes de la paz que

éramos familia y nos metieron en una sala de estar con muebles incómodos y polvorientos. Creo que fuimos sus únicas visitas.

Sé que debería esperar a la despedida oficial, pero ahora lo único que me importa es abrazar a Sid y a mi madre. Como el señor Donner y Maysilee están formando un escándalo, aprovecho para acercarme al borde del escenario, agacharme y alargar los brazos para recibirlos.

—¡De eso nada! —Un agente de la paz tira de mí mientras Drusilla sigue hablando—. Para esta gente no hay despedidas. Tras su intolerable comportamiento, han perdido ese privilegio. Llévatelos directos al tren y vámonos de esta pocilga.

Un par de agentes tiran al señor Donner del escenario. Mientras está en el aire, se le escapa el dinero, que baja flotando y se mezcla con el confeti del suelo. Después sacan las esposas.

Louella, que ha estado aguantando muy bien, ahora me mira, muerta de miedo. Le pongo una mano en el hombro para darle fuerzas, pero, como si fuera metal frío al tocar piel, deja escapar un chillido que suena a cachorro en una trampa. Al oírlo, las familias corren al frente, desesperadas por reclamarnos.

Los agentes los retienen mientras Plutarch dice:

—No quiero ser un grano en el culo, Drusilla, pero la verdad es que tengo pocas reacciones de la multitud para el resumen. ¿Podría grabar unas cuantas?

—Si no hay más remedio… Pero si no estás en el tren dentro de quince minutos, te vuelves andando a casa.

—Te debo una —dice Plutarch, que les echa un vistazo rápido a las familias y nos señala a Louella y a mí—. Dejadme a esta y a este.

Los agentes se llevan a Maysilee y a Wyatt al Edificio de Justicia, y golpean a sus parientes con las porras cuando intentan seguirlos. No sé cómo, pero Merrilee se les escapa y, por un momento, las gemelas Donner son una sola persona, fundidas en un abrazo, con la frente y la nariz pegadas. Una imagen en espejo que los agentes de la paz desgarrarán en dos. Veo que Wyatt le echa un último vistazo a la Callow histérica antes de cruzar la puerta.

Louella y yo corremos hacia nuestras familias, pero Plutarch interviene.

—Vamos a conseguir esas tomas.

El equipo barre el confeti de una zona frente a las tiendas. Un cámara se

coloca en posición, y Plutarch sitúa a los padres de Louella y a su media docena de hermanos y hermanas delante de la panadería.

—Esperad, si estabais en la cosecha, salid del plano. —Dos de los niños se apartan—. Bien. Muy bien. Ahora, lo que necesito que hagáis es que reaccionéis exactamente igual que cuando oísteis que anunciaban el nombre de Louella. En tres, dos, uno, acción.

La familia McCoy lo mira, paralizada.

—¡Y corten! —Plutarch se acerca a los McCoy—. Perdonad. Está claro que no lo he explicado bien. Cuando oísteis que llamaban a Louella os quedasteis conmocionados, ¿verdad? «¡Oh, no!». Puede que se os escapara un jadeo o que gritarais su nombre. El caso es que algo hicisteis. Y ahora necesito que repitáis para la cámara, ¿vale? —Retrocede—. Así que en tres, dos, uno, ¡acción!

Los McCoy se quedan más impávidos todavía que antes, si cabe. No es confusión: es que se niegan en redondo a actuar para el Capitolio.

—Corten —dice Plutarch, que se restriega un ojo y suspira—. Llevaos a la chica al tren.

Los agentes meten a Louella en el Edificio de Justicia mientras los McCoy por fin se quiebran y gritan su nombre, angustiados. Plutarch hace un gesto para que el equipo grabe su reacción. Cuando los McCoy se dan cuenta de que su desgracia ha quedado recogida en la cinta, se enfurecen, pero los agentes los echan a la fuerza de la plaza.

Plutarch se vuelve hacia Sid y mi madre.

—Escuchad, sé que esto no es fácil, pero creo que podemos ayudarnos mutuamente. Si consigo una reacción que pueda usar, os doy un minuto con Haymitch. ¿Está claro?

Veo que Sid mira un momento al cielo, ya que suena un trueno que parece una advertencia. Miro la cara pálida de mi madre y los labios temblorosos de mi hermano. Las palabras me salen sin que se lo pida.

—No lo hagas, mamá.

Sin embargo, ella me desautoriza y se dirige a Plutarch.

—No, lo haré. Lo haremos los dos, si nos dejas abrazarlo por última vez.

—Trato hecho. —Plutarch los coloca uno al lado del otro, pero mi madre se pone detrás de Sid y lo abraza—. Muy bonito. Me gusta. Vale, así que estamos en plena cosecha, Drusilla está sacando las papeletas de los chicos. Acaba de decir «Haymitch Abernathy». Y tres, dos, uno, acción.

Mi madre ahoga un grito y Sid, desconcertado, como sin duda estaba en aquel momento, gira la cabeza para mirarla.

—¡Corten! Ha estado genial. ¿Podemos intentarlo otra vez y, quizá, jadear un poco más fuerte? Vale, en tres, dos, uno…

Al final no es una vez. Plutarch no deja de pedir respuestas más dramáticas («¡Grita su nombre!», «¡Esconde la cara en el vestido!», «¿Puedes echarte a llorar?») hasta que Sid empieza a llorar de verdad y mi madre parece a punto de desmayarse.

—¡Basta! —estallo—. ¡Ya basta! ¡Tienes suficiente!

Entonces crepita el walkie-talkie que lleva colgado del cinturón y oigo a Drusilla decir con impaciencia:

—¿Dónde te has metido, Plutarch?

—Terminando. Estoy contigo en cinco minutos. —Plutarch les hace un gesto a Sid y a mi madre para que se me acerquen, y ellos corren a abrazarme—. Tenéis dos minutos.

Los aplasto contra mí y sé que es la última vez. Pero no hay tiempo que perder y somos una familia muy práctica.

—Tomad esto.

Vacío en sus manos el contenido de mis bolsillos, dinero y cacahuetes en las de mamá, cuchillo y la bolsa blanca de gominolas en las de Sid. Les lego los restos de mi vida en el 12.

Sid levanta las gominolas.

—¿Para Lenore Dove?

—Sí, asegúrate de que le lleguen, ¿vale?

Sid está ronco por culpa de las lágrimas, pero habla con decisión.

—Las tendrá.

—Lo sé. Porque siempre puedo contar contigo. —Me arrodillo frente a mi hermano menor y le ofrezco la manga, como hacía cuando era diminuto para que se limpiara la nariz—. Ahora eres el hombre de la casa. Si fueras otro crío, estaría preocupado, pero sé que tú puedes hacerlo. —Sid empieza a negar con la cabeza—. Eres el doble de listo que yo y diez veces más valiente. Puedes hacerlo. ¿Vale? ¿Vale? —Asiente y le revuelvo el pelo. Después me levanto y abrazo a mi madre—. Tú también puedes, mamá.

—Te quiero, hijo —susurra.

—Y yo a ti.

A través de la estática del walkie-talkie de Plutarch, oigo de nuevo la voz

impaciente de Drusilla.

—¡Plutarch! ¡No te creas que no soy capaz de irme sin ti!

—Tenemos que irnos, amigos —dice Plutarch—. Drusilla no espera a nadie.

Los agentes de la paz se acercan para separarnos, pero mi madre y Sid me agarran con fuerza.

—¿Recuerdas lo que le dijo tu padre a la hija de Whitcomb? —me pregunta mi madre a toda prisa—. Todavía vale.

Hago memoria, recuerdo el Edificio de Justicia, a la niña llorando y el olor enfermizo a flores medio marchitas que impregnaba aquel lugar. Mi padre habla con Sarshee y le dice: «No dejes que te usen, Sarshee. No…».

—¡Plutarch! —chilla Drusilla—. ¡Plutarch Heavensbee!

Los agentes de la paz nos separan a la fuerza. Me llevan en volandas mientras Sid suplica:

—¡No os llevéis a mi hermano, por favor! Por favor, no os lo llevéis. ¡Lo necesitamos!

No puedo evitarlo, debería ser un buen ejemplo para él, pero forcejeo para soltarme.

—¡No pasa nada, Sid! Todo va a ir…

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo y me quedo sin fuerzas. Noto que los talones de las botas rebotan en las escaleras y en las moquetas del Edificio de Justicia, y que se arrastran por la grava del camino que hay detrás. En el coche, permito que me esposen sin resistirme. Tengo el cerebro adormecido, aunque sé que no quiero que vuelvan a darme una descarga. Con piernas temblorosas, subo los escalones metálicos del tren y me lanzan a un compartimento con una sola ventana con barrotes. Aprieto el rostro contra el cristal, pero lo único que veo es un vagón mugriento lleno de carbón.

A pesar de todas las quejas de Drusilla, nos pasamos una hora sin movernos. El cielo se oscurece y estalla la tormenta. El granizo golpea la ventana, seguido de una manta de lluvia. Para cuando las ruedas del tren empiezan a girar, se me han aclarado las ideas. Intento memorizar todas y cada una de las imágenes fugaces de mi casa: los relámpagos iluminando los almacenes maltrechos, el agua cayendo por los montones de escoria y el brillo de las colinas verdes.

Entonces veo a Lenore Dove. Está en lo alto de una cumbre, con el

vestido rojo pegado al cuerpo y la bolsa de gominolas en la mano. Al pasar el tren, echa la cabeza hacia atrás y le chilla al mundo su pérdida y su rabia. Y, aunque me destroza, aunque golpeo con los puños el cristal hasta que se me ponen morados, agradezco su último regalo: que le haya negado a Plutarch la oportunidad de retransmitir nuestra despedida.

El momento en el que se nos rompió el corazón nos pertenece solo a nosotros.

3

Al cabo de un rato, me deslizo por la pared acunándome las manos hinchadas, jadeando. El dolor me atraviesa el pecho y me pregunto si el corazón se puede romper de verdad. Probablemente. La expresión «tener el corazón roto» ha de venir de alguna parte. Me imagino que el mío estalla en una docena de pedazos rojos vidriosos y los bordes afilados se me clavan en la carne con cada latido. Por poco científico que sea, encaja con lo que siento. Parte de mí cree que moriré ahora mismo, que me desangraré por dentro. Pero no va a ser tan sencillo. Al final, se me calma la respiración y la desesperanza se apodera de mí.

No volveré a ver a Lenore Dove. No volveré a oír su risa bajar hasta mí desde lo alto de los árboles. No volveré a sentir su calor en mis brazos, tumbados en un lecho de agujas de pino, con mis labios contra el hueco de su cuello. No volveré a quitarle una pluma de ganso del pelo ni a escucharla tocar su concertina, ni a apretar con un dedo la arruga que se le forma entre las cejas cuando reflexiona sobre algo. No volveré a ver cómo se le ilumina la cara con una bolsa de gominolas o una luna llena, o cuando le susurro «te quiero más que el fuego a las brasas».

Me lo han quitado todo. Mi amor, mi hogar, mi madre, mi dulce hermanito… ¿Por qué le he dicho que ahora era el hombre de la casa? No ha sido justo. Es demasiada carga para alguien tan pequeño y optimista. Mi nana por parte de padre decía que Sid había nacido viendo el lado bueno de las cosas. Yo creo que se ha perdido gran parte de los problemas de aquí abajo, en la tierra, porque siempre está examinando el cielo. Le fascinan el sol, las nubes, los astros que salen por la noche. Tam Amber le enseñó a Lenore Dove todo lo que sabía sobre las estrellas, ya que la Bandada las usaba hace tiempo para guiarse, y ella se lo enseñó a Sid. En las noches claras, nos arrastra a todos afuera para observar los dibujos que forman. «Esa es el cazo, como el que tenemos en el cubo. Esa es el cazador, con el

arco. Se parece a Burdock, ¿verdad? Esa es el cisne, pero Lenore Dove dice que es un ganso. Y esa es la tuya, mamá, ¿ves la uve doble? Es la tuya. Uve doble por tu nombre, Willamae, y, si le das la vuelta, ¡es la eme de mamá!».

Y mi madre siempre se pone contenta porque ¿cuántas veces le regalan algo bonito, y menos algo tan bonito como su propio grupo de estrellas? Siempre es ella la que nos da cosas. Anoche fingí no verla cuando trajo un pollo que seguro que pensaba freír para mi cumpleaños. Es probable que aceptara trabajo extra para permitírselo. ¿Será capaz de llegar a fin de mes sin mi paga de Hattie? Lo hará o morirá en el intento. Mamá… Ay, mamá…

Plutarch tenía razón: la he liado. La he liado bien. Y lo pagaré con mi muerte, y con el corazón roto y la vida de todas las personas que me quieren.

Me quedo mirando los árboles que pasan a toda velocidad. Siempre pensé que, si alguien se libraba del 12, sería Lenore Dove. Los suyos antes eran grandes viajeros, iban de un distrito a otro tocando su música. Tam Amber lo recuerda porque tenía mi edad cuando terminó la guerra y los agentes de la paz reunieron a la Bandada, mataron a todos los adultos y encerraron a los niños en nuestro distrito. No hay nada que le guste más a Lenore Dove que esas historias de los viejos tiempos, cuando su familia iba por ahí en una camioneta destartalada. Cuando empezó a escasear el combustible, la engancharon a unos caballos. Para cuando los condujeron a la fuerza al Distrito 12, los caballos tiraban de una vieja carreta y casi todos ellos iban a pie, pero se apañaban. Cocinaban en fogatas al aire libre, llegaban hasta los pueblos, tocaban en almacenes como el Quemador, o en campos si no había techo disponible, eran famosos a su manera entre los locales. Seguro que tenían sus dificultades, pero ella lo ve desde una perspectiva muy romántica, así que no se lo menciono. Regresar a eso es imposible, ya que nadie puede salir del distrito y, además, a sus tíos no se les ocurriría volver a la carretera. Pero Lenore Dove está convencida de que tiene que haber gente fuera de Panem, más al norte. A veces desaparece en lo más profundo del bosque y me preocupa que no vuelva. Bueno, no mucho, pero sí un poco. Supongo que ahora puedo dejar de preocuparme.

O adelantamos a la tormenta o ella nos adelanta a nosotros. Las gotas de lluvia que quedan en la ventana me recuerdan a la cisterna y que salí corriendo a ver a Lenore Dove en vez de volver a casa para llenarla. No lamento ese preciado encuentro final con mi amor, pero ojalá les hubiera

dejado a Sid y a mi madre un depósito lleno, no solo los pocos litros del barril para el agua de lluvia. Aunque tampoco creo que mamá sea capaz de hacer la colada esta semana. O, no sé, quizá sí. No perdió ni un día cuando murió papá. Se limitó a preparar una olla gigante de sopa de alubias con jamón, que es lo que hacemos en la Veta siempre que muere alguien, y volvió al trabajo. Recuerdo estar sentado junto al fuego de la cocina, con las lágrimas cayendo en el suelo a pocos centímetros del charco que formaba una camisa de minero. En invierno hay que tender la ropa dentro para que se seque, así que siempre hay algo chorreando.

El tren sigue adelante y me aleja cada vez más de todo lo que he amado o esperado. Mis sueños de conseguir que mi madre dejara algún día de lavar ropa. Mi empeño en que Sid hiciera los deberes para que le dieran uno de los codiciados empleos de la mina que no eran bajo tierra, como encargarse de la contabilidad o cargar trenes, donde siempre pudiera ver el cielo. Y una vida con Lenore Dove, amarla, casarme con ella, criar a nuestros hijos, que ella les enseñara música mientras yo hacía lo que fuera, extraer carbón o fabricar licor blanco; me habría dado igual, siempre que ella estuviera a mi lado. Todo se ha perdido, no me queda nada.

Woodbine ya no me parece tan temerario, porque al menos él ha muerto en el Distrito 12 y no en una arena sádica del oeste, como me pasará a mí. Hace unos años, la arena se oscurecía sin motivo, y unas comadrejas gigantescas y negras como el carbón se desprendían de las sombras y atacaban a los tributos. Pienso en esos dientes puntiagudos arrancándole la cara a la chica del Distrito 5…

Debería haber huido. Debería haber dejado que los agentes de la paz me volaran la cabeza en la plaza. Hay muchas cosas peores que una muerte rápida y limpia. Ahora podría estar envuelto en lino blanco, durmiendo con mi familia bajo la losa de los Abernathy. Nosotros no solemos dejar que los cadáveres se pudran al sol.

Pasan varias horas hasta que alguien gira una llave en la cerradura y Plutarch asoma la cabeza.

—¿Te apetece unirte a los demás?

Lo dice como si me estuviera recuperando de un dolor de barriga, no de una descarga de pistola eléctrica y una vida rota. No sé qué pensar de este Plutarch. Lo odio por obligar a Sid y a mi madre a actuar para las cámaras, aunque me dejó abrazarlos después de que Drusilla dijera que no podía. Y

seguramente le haya salvado la vida a Lenore Dove al pedirles que la reservaran para la despedida lacrimógena. Es más impredecible que un relámpago. Puede que sea buena idea llevarse bien con él.

Además, tengo que ver cómo está Louella. Ahora soy lo único que tiene.

—Claro —respondo.

Plutarch ordena a los agentes de la paz que me quiten las esposas y me lleva por el movidito pasillo del tren hasta otro compartimento. En los laterales hay asientos de plástico moldeado en una amplia variedad de colores fosforitos. Me siento al lado de Louella, frente a Wyatt y Maysilee.

—¿Alguien tiene hambre? —pregunta Plutarch. Nadie responde—. Voy a ver qué están preparando.

Se retira y cierra con llave la puerta del vagón.

Le doy un codazo a Louella.

—Hola, chica —le digo, y le ofrezco una mano.

Ella desliza la suya, helada, en la mía.

—Hola, Hay —susurra—. Lo que te ha pasado no ha sido justo.

Por primera vez, pienso en ello. ¿Justo? Claro que no. Mi cosecha ha sido irregular, puede que incluso ilegal. Pero la cantidad de personas del Capitolio ante las que puedo exponer mi caso es exactamente cero. No soy nada más que una anécdota divertida que Drusilla contará entre el caviar y los hojaldres rellenos de crema.

—Ni para mí ni para nadie —le digo. Está tan compungida que, antes de pensarlo bien, le suelto—: Bueno, ¿qué? ¿Vas a ser mi aliada, preciosa?

Sonríe de verdad. Es una broma nuestra. Cuando ella tenía cinco años y yo ocho, decidió que era mi novia; me seguía a todas partes y se lo contaba a todo el que quisiera escucharlo. Duró como una semana, después me sustituyó por un chico que se llamaba Buster y le había regalado una rana toro. Creo que, de todos modos, no habría tardado en pasar página, ya que no se puede sentir tanto amor por alguien con el que mantienes competiciones de eructos, pero seguimos siendo buenos amigos. Si tuviera una hermana pequeña de su edad, querría que fuera como Louella, y he albergado la esperanza de que esperase a que creciera Sid antes de decantarse por un novio de verdad. Ahora no tiene ninguna oportunidad de crecer, claro. Se quedará estancada para siempre en los trece años.

—Seré tu aliada —dice—. Tú y yo podemos confiar el uno en el otro.

Cabría pensar que eso daría pie a una alianza general del Distrito 12,

pero, mientras observo a los otros candidatos, no estoy seguro de que sea buena idea. No consigo captar a Wyatt. Por un lado, esa mirada vacía no indica una mente demasiado aguda. Por otro, es bastante grande y nunca he oído hablar mal de él, que es más de lo que puedo decir de Maysilee. De ella tengo información de sobra, casi toda de primera mano, y ninguna demasiado halagüeña.

Maysilee Donner… ¿Por dónde comenzar? Ya desde que empezamos en el colegio, Merrilee y ella me llamaron la atención. No solo por sus modales de ciudad, sino porque mi madre acababa de perder gemelas. Dos niñas, unas criaturas diminutas que llegaron antes de tiempo. Las lloró mucho, a su manera, restregando la ropa hasta hacerla pedazos contra su tabla de lavar, y, aunque mi padre no era de los que demuestran sus sentimientos, lo oí sollozar cuando creía que yo estaba dormido. Las gemelas de los Donner siempre me han fascinado porque me preguntaba cómo habrían sido mis hermanas. No como ellas, espero. Supongo que Merrilee no está tan mal, excepto que tiende a seguirle la corriente a Maysilee en todo lo que hace. Y Maysilee se ha creído demasiado buena para nosotros desde el primer día. Va por ahí pavoneándose con sus zapatos relucientes y su esmalte de uñas, y siempre luce algún tipo de adorno. A esa chica le encanta la joyería.

Ahora mira por la ventanilla del tren, con los dedos enredados en las vueltas de media docena de collares. Algunos de cuentas, otros de cordón trenzado, otros con colgantes y, como mínimo, uno de oro de verdad. Mientras que los habitantes de la Veta puede que guarden como un tesoro un adorno o dos, nadie tiene seis collares. Y, si los tuviera, no presumiría llevándolos todos puestos a la vez.

Plutarch abre la puerta corredera y da un paso atrás para dejar pasar a un ayudante del Capitolio que carga con una bandeja llena de sándwiches. Cada uno de ellos está relleno de una carne que costaría la paga de un día entero (jamón fresco, rosbif o pollo cortado en lonchas finas formando un buen montón) y coronado por una banderita de Panem pinchada en lo alto. Se me hace la boca agua y me doy cuenta de que no he comido nada desde el desayuno.

El ayudante le ofrece la bandeja a Louella, que vacila, abrumada por tanta abundancia. Los McCoy se pueden pasar varias semanas sin carne y, cuando la consiguen, suele venir en lata. El ayudante nota su incomodidad y adopta un tono paternalista.

—¿Hay algún problema, señorita?

Louella se ruboriza (los McCoy tienen orgullo de sobra), pero, antes de que pueda responder, Maysilee le suelta:

—¡Pues claro que hay un problema! ¿Acaso esperas que se lo coma con las manos? ¿O es que en el Capitolio no tenéis platos y cubiertos?

Ahora le toca ruborizarse a él, que tartamudea:

—Solo son sándwiches. Vamos, que la gente los come con las manos…

—¿Sin servilletas, siquiera? —pregunta Maysilee—. Lo dudo mucho.

El ayudante se vuelve hacia Plutarch, confundido.

—¿Les podemos dar servilletas?

—Sin duda. Son nuestros invitados, Tibby —dice apaciblemente Plutarch —. Voy a comprobar una cosa en la cocina. A ver si también podemos sacar unos cuantos platos. Perdonadnos.

Cuando se cierra la puerta, se me escapa la risa.

—Calla —le dice Maysilee—. Mira, Louella, si permites que te traten como un animal, lo harán. Así que no se lo permitas.

Es demasiado para la chica, que entorna los ojos y responde:

—No pensaba hacerlo. Alguien me interrumpió.

—Como quieras —dice Maysilee—. No necesitas mi ayuda.

—No necesito la ayuda de alguien que dijo que mi hermana usa polvo de carbón para maquillarse —responde Louella.

Maysilee sonríe un poco al recordarlo.

—Después de eso, se limpiaba mucho mejor.

Eso me recuerda a cuando tenía seis años y me picaron los ácaros rojos, y Maysilee me apodó «Haymitchita pica pica». Durante dos semanas, nadie se acercó a mí, aunque les expliqué que no era contagioso. Diez años después, ese nombre todavía me horroriza.

Así desaparece cualquier intención de formar equipo con Maysilee.

—Nos está poniendo muy fácil lo de aliarnos —le digo a Louella.

—Y tanto —responde ella, que cruza los brazos.

Entonces, algo le llama la atención y frunce el ceño. Sigo su mirada hasta Wyatt, que parece tan remoto como siempre y tiene los ojos clavados en el cartel de la puerta que pone cuidado al pasar. Algo refleja la luz de última hora de la tarde; con gran habilidad, se pasa un pagaré en moneda por los nudillos. Al oír la llave en la cerradura, la moneda desaparece.

Tibby entra con un carro cargado con las cosas de la cena. En este tren

todo parece de plástico: el carro, los asientos, los utensilios, las tazas, los platos. Fácil de rociar y desinfectar cuando salgamos, supongo.

—Lo he comprobado y hay una sorpresa de postre —nos tienta Plutarch desde la puerta.

Como si hoy necesitáramos más sorpresas.

Tibby se pone delante de Louella.

—¿Qué puedo servirte? Tenemos pollo, jamón y rosbif.

—Jamón —responde Louella.

—¿Seguro que no quieres también uno de rosbif? El chef usa una marinada que le da un toque muy especial —dice Tibby.

—¿Por qué no? —dice Louella, que acepta su plato, la servilleta, cubiertos y una botella de limonada.

Cuando Tibby se vuelve hacia Maysilee, su amabilidad desaparece.

—¿Y tú?

Maysilee se toma su tiempo para examinar la bandeja.

—El rosbif, lo menos hecho posible. —Extiende la servilleta para protegerse la falda y dispone los cubiertos encima—. Tampoco nos vendrían mal unas bandejas, pero qué le vamos a hacer.

Después de servirnos a Wyatt y a mí unos platos bien cargados (he pedido los tres sándwiches), el ayudante y Plutarch se retiran. Miro a Maysilee, que, con mucha delicadeza, corta el suyo en pedacitos y los pincha con el tenedor. Juro que nadie más en todo Panem (ni en el Capitolio ni en los distritos) se come así un sándwich. Decido empezar por el de jamón y le doy un bocado enorme. Madre mía, qué bueno. Ahumado, salado y con unas gotas de algo que sabe al chow-chow de mi madre. Veo que Louella levanta el pan de arriba para echarle un vistazo.

—Venga, come —le digo, porque a mi aliada no le vendría mal algo más de carne en los huesos, y lo hace.

No tardo en pulirme los sándwiches y beberme toda la limonada. La comida me anima un poco. Puede que haya una escapatoria. Como saltar del tren y salir corriendo. Mientras le doy vueltas a cómo hacerlo, Plutarch aparece de nuevo y nos invita a pasar al coche salón con él. En el pasillo, busco posibles vías de escape, pero hay agentes de la paz bloqueando todas las salidas.

Nos reubicamos en la parte de atrás del tren, donde hay una zona decorada como si fuese un salón. Los muebles de plástico tapizados son

más blandos y pegajosos que los asientos de nuestro vagón. En la pantalla empotrada en la pared están poniendo las noticias del Capitolio, y, cuando nos acomodamos, empieza el resumen de la cosecha de hoy.

—He estado toda la tarde trabajando en el segmento del Distrito 12 —dice Plutarch—. Le he dado el viejo toque Heavensbee. Los cuatro habéis quedado estupendamente.

Drusilla se tambalea en la puerta, con una copa alta y roja en la mano, decorada con verduras. La pechera de su chaqueta militar amarilla, ahora desabrochada, no deja de abrirse para dejar al aire la ropa interior. Plutarch le ofrece un asiento.

—Te he reservado el mejor.

Ella se deja caer en él, saca un tallo de apio de su bebida y empieza a comérselo.

—¿Cuántos años parecía tener hoy, Plutarch?

—Ni un día más de treinta —le asegura él—. Todo el mundo lo comentaba.

—Bueno, consigues lo que pagas —dice ella, arrastrando las sílabas mientras se tantea el pómulo con el apio. Entonces señala la pantalla y se ríe—. ¡Ja! ¡Ahí está Juvenia! La señorita perfecta no ha contado con la ayuda de las nubes. Está horrorosa, ¿verdad?

Juvenia, una señora tamaño mini con vestido de lunares rosas y encaramada a unos tacones de quince centímetros, empieza a anunciar los nombres del Distrito 1. El programa avanza y van sacando el sorteo de cada distrito. Además de nosotros, hoy han cosechado a otros cuarenta y cuatro tributos, la mitad chicas y la mitad chicos, de todas las formas y tamaños. Como siempre, los de los distritos 1, 2 y 4 hacen honor a su sobrenombre de «profesionales», lo que significa que han estado entrenando para los Juegos desde que nacieron. El azar ha querido que haya unos cuantos críos fuertes, aparte de ellos, pero también hay muchos flacuchos para compensar. En la escala entre fuerte y flaco, no salgo mal parado, sobre todo por todos esos sacos de cereales que cargo para Hattie. Sin embargo, algunos de esos profesionales podrían aplastarme como a un insecto. Y Louella todavía no ha pegado el estirón.

Cuando un chico fornido sube al escenario en el Distrito 11, Drusilla comenta lo evidente.

—Espero que se os dé bien correr.

Ni siquiera lo dice con maldad, lo que da más miedo todavía.

—Hay otros factores en juego: inteligencia, habilidad, estrategia. Y nunca se debe descartar la suerte —dice Plutarch—. Vuestros mentores os hablarán de todo eso.

Nuestros mentores. Nuestros guías, nuestras mentes maestras, nuestros protectores en los Juegos del Hambre. Salvo que el Distrito 12 no tiene mentores automáticos, ni uno, porque somos el único distrito sin vencedores vivos, y el trabajo suele tocarles a esos.

En cincuenta años, solo hemos tenido un vencedor, y eso fue hace mucho tiempo. Una chica de la que nadie parecía saber nada. Por aquel entonces, en el Distrito 12 apenas nadie tenía televisor, así que los Juegos eran más bien de oídas. Nunca la he visto en las grabaciones de las ediciones antiguas, aunque esos primeros intentos rara vez se emiten, ya que dicen que estaban mal rodados y les faltaba espectáculo. Mis padres todavía no habían nacido, y ni siquiera nana podía contarme mucho sobre la chica. Le comenté lo de nuestra vencedora unas cuantas veces a Lenore Dove, pero no quería hablar de ella.

—¿Y quiénes son nuestros mentores? —pregunto.

—Los están seleccionando entre los vencedores que no han sido elegidos para supervisar a los tributos de sus distritos —responde Plutarch—. No os preocupéis, hay candidatos con mucho talento.

Sí, candidatos que se convertirían en parias si condujeran a la victoria a un tributo del Distrito 12 mientras los de su distrito mueren. La mayoría de los años, ni siquiera me entero de quién es el mentor de los chicos del 12. Seamos realistas: estamos solos.

Drusilla deja escapar un grito ahogado.

—¡La luz del sol es letal!

Han pasado al Distrito 12, donde se sella nuestro destino.

—Y, a pesar de eso, estás radiante —le asegura Plutarch.

Observo, entre fascinado y asqueado por la impecable transición de la elección de Maysilee a la de Wyatt y la mía. Ni rastro del disparo a Woodbine ni de la revuelta posterior. Y ahí está mi nombre, y ahí estoy yo, y ahí está mi madre ahogando un grito, Sid llorando y Lenore Dove con la mano en la boca.

—Eso no es lo que ha pasado —digo.

—No hemos manipulado nada; no había tiempo para hacerlo, la verdad

—comenta Plutarch—. Solo he jugado un poco con las cartas que me han tocado.

—¿Que has hecho qué? —pregunta Louella.

Antes de que pueda responder, interviene Wyatt, que no ha abierto la boca salvo para comer desde que salimos de casa.

—Quiere decir que ha usado lo que tenía para favorecernos. Ha mezclado las tomas para darnos ventaja.

—¡Exacto! —exclama Plutarch, sonriente.

A Louella le tiembla un poco la comisura de los labios.

—Como en los juegos de cartas, quieres decir. Cuando la gente apuesta. ¿Eso no es hacer trampas?

—Sí y no —responde Plutarch—. Mirad, tenemos que venderos a los patrocinadores. Si le hubiera mostrado al público lo que sucedió de verdad, que al hijo de los Chance le volaron los sesos, que hubo que controlar a la multitud, que Haymitch atacó a los agentes de la paz…

—Yo no ataqué a nadie —protesto—. Ellos atacaron a mi chica y yo intervine.

—Es lo mismo —dice Drusilla—. No se os permite interferir en el trabajo de nuestros agentes de la paz.

—Intento mostrar vuestra mejor cara —añade Plutarch.

Maysilee pone los ojos en blanco.

—Como cuando en nuestra tienda llamamos «masticables» a las nubes de azúcar rancias. Y después cobramos un penique más por ellas.

La miro con el ceño fruncido. He caído más de una vez en el timo de las nubes «masticables».

—Enfatiza lo positivo, ignora lo negativo —dice Plutarch.

—En vez de cuatro cerditos violentos de los distritos que odian al Capitolio… —empieza Drusilla.

—¡Sois un cuarteto de chicos atractivos que se subieron de un salto al escenario entre los vítores de vuestro distrito, ansiosos por empezar! —concluye Plutarch.

—Deberíais arrodillaros para besarle los pies a este hombre. Puede que no consigáis patrocinadores, pero al menos no los habéis ahuyentado. Os ha proporcionado un cambio de imagen total —dice Drusilla.

—Quieres decir que le ha proporcionado un cambio de imagen total al

Capitolio —se burla Maysilee—. Os ha hecho parecer competentes cuando ni siquiera habéis sido capaces de sacar adelante la cosecha.

—Prefiero pensar que el beneficio ha sido mutuo —dice Plutarch—. Y el público no se ha enterado de nada. Me he asegurado de ello.

No soy más que un juguete del Capitolio. Me usarán para entretenerse y después me matarán, y la verdad no tendrá nada que ver con todo el proceso. Plutarch se comporta como un amigo, pero sus favores (la despedida de mi familia, sus sándwiches elegantes) son solo su forma de controlarme, porque los juguetes felices son más fáciles de manejar que los enfurecidos. Para conseguir sus tomas, seguirá haciéndome favores hasta que esté en la arena.

Como para confirmarlo, la puerta del salón se abre de golpe, y por ella entra Tibby con una tarta de cumpleaños gigante coronada por dieciséis velas que le iluminan la cara.

4

En mi casa no comemos tarta de cumpleaños. No parece lo más adecuado para el día de la cosecha, y mi madre piensa que es injusto que Sid y ella tengan tarta si yo no la tengo. Así que prepara algo rico para desayunar, como el pan de maíz y la salsa, y se guarda todas sus ganas de preparar tarta para el día de Año Nuevo.

Empieza a reservar ingredientes con meses de antelación: las manzanas secas, el jarabe de sorgo, la harina blanca. Las especias (jengibre, canela y lo que sea) son tan caras que las compra en la botica de los March, dentro de papelitos. Un par de días antes de Año Nuevo, prepara el relleno de manzana y las seis capas de bizcocho, y los alterna (bizcocho, relleno, bizcocho, relleno) hasta que se forma una pila enorme y preciosa. Lo envuelve todo en una toalla para que repose, y así el dulce relleno de manzana empapa el bizcocho. Entonces, el día de Año Nuevo, a la hora de la cena, sirve a todo el mundo un gran vaso de leche cuajada y comemos tarta hasta reventar.

Así que la tarta que tengo ante mí, con sus elegantes flores glaseadas, no debería existir. Las velas huelen a Capitolio. Y la canción que Tibby empieza a cantar para que los agentes de la paz lo acompañen, aunque habitual en el Distrito 12, jamás se canta en mi casa porque sería tan poco apropiada como una tarta de cumpleaños.

¡Feliz cumpleaños
para una persona muy especial!
¡Y que cumplas muchos más!

¡Una vez al año,
celebramos tu cumpleaños,
Hay-ay-ay-mitch!

¡Y que cumplas muchos más!

Que el cámara del equipo de Plutarch cuele su lente por encima del hombro de Tibby para grabar mi reacción es la guinda del fiasco del pastel. Está claro que Plutarch quiere captar mi alegría para después retransmitirla a todo Panem. «Mirad qué bien trata el Capitolio a los tributos y qué compasivos son con su enemigo. Está claro que son superiores a esos cerditos apestosos».

Ya he visto más de una vez vídeos similares en los que tratan a los tributos como a mascotas mimadas. Los acicalan, los alimentan y los halagan, y ellos lo aceptan con entusiasmo. Le hacen el juego a la propaganda del Capitolio. Puede que así consigan más patrocinadores, pero, si ganan, al volver a casa no los van a recibir con desfiles.

«No dejes que te usen, Sarshee. No les dejes pintar sus carteles con tu sangre, siempre que puedas evitarlo».

Eso es. Eso es lo que mi padre le dijo a Sarshee en el Edificio de Justicia. Eso es lo que mi madre quería que recordara. A pesar de que (o quizá sobre todo por eso) acababa de dejar que Plutarch los usara como marionetas a Sid y a ella. Donde mi madre ha fracasado, quiere que yo sea fuerte.

Plutarch puso a mi familia entre la espada y la pared cuando estábamos desesperados por abrazarnos por última vez, pero ahora no tiene nada que yo desee. Me levanto mientras sopeso mis opciones. Podría tirar la tarta al suelo y escupir en ella, o aplastarla contra la estúpida cara de Tibby. Sin embargo, lo que hago es ponerme en plan Maysilee Donner, darle la espalda y acercarme a la ventanilla para mirar por ella.

En el reflejo, veo que Tibby se desinfla.

—Está rellena de piña —comenta.

Niego un poco con la cabeza.

—Un error de cálculo por mi parte —dice Plutarch—. Llévatela, Tibby. Lo siento, Haymitch.

¿Una disculpa? ¿De un tipo del Capitolio? Entonces entiendo lo que es: otra de sus formas de manipularme fingiendo que soy un ser humano, merecedor de una disculpa. Hago como si no lo oyera.

Pero me hace sentir fatal. Esa tarta. Lo que me faltaba ya era un enorme recordatorio del Capitolio de que este será mi último cumpleaños. Lo

mismo puede decirse de los demás. Y, aunque no seamos todos aliados, agradezco que nadie grite: «¡Eh, no os la llevéis, que yo quiero un trozo!».

Después de que tanto mi tarta como los cantantes del Capitolio se hayan retirado, Plutarch sigue hablando.

—De vuelta a lo nuestro. Además de los mentores, al Distrito 12 se le asignará su propio estilista.

—Y menos mal —resopla Drusilla, que examina el vestido a cuadros de Louella—. En serio, ¿de dónde sacan esas cosas?

—Lo hizo mi madre —responde Louella sin perder la calma—. ¿De dónde has sacado el tuyo?

Louella se defiende bien, pero Maysilee apostilla el insulto.

—Me estaba preguntando lo mismo. Es como si alguien hubiera apareado a un agente de la paz con un canario y… magia, ahí estás tú.

—¿Qué? —exclama Drusilla, que se levanta de la silla, aunque se tambalea un poco antes de recuperar el equilibrio sobre sus tacones con pinchos.

—Cuidado —dice Maysilee, dulce como la miel mientras ataca a la yugular—. Quizá sea el momento de pensarse mejor lo de esas botas. Para alguien de tu edad, sería más seguro no alejarse tanto del suelo.

Drusilla se abalanza sobre Maysilee y le da una bofetada, pero la chica, sin perder un solo segundo, se la devuelve. Una guantada de las buenas. Drusilla pierde pie en sus botas de tacón y cae en la silla que acabo de dejar libre. Todo el mundo se queda paralizado y me pregunto si nos ejecutarán en el acto.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —advierte Maysilee, cuyo rostro ha empalidecido, salvo por la huella de la mano de Drusilla.

Hay que reconocérselo: nadie va a usar una grabación de esta chica para hacer propaganda.

—¿Por qué no nos tomamos todos un momento para respirar hondo? —propone Plutarch—. Ha sido un día difícil. Todo el mundo tiene los nervios de punta y…

Drusilla se levanta de un salto, se desengancha la fusta de la bota y empieza a pegar con ella a Maysilee, que grita y levanta los brazos para protegerse la cabeza. Pero la otra no deja de golpearla y la tira al suelo.

—¡Drusilla! ¡Para! ¡Drusilla, mañana tenemos que ponerla delante de las

cámaras! —le advierte Plutarch, que tiene que llamar a dos agentes de la paz del pasillo para que la aparten de Maysilee.

—Criatura asquerosa y desagradable —jadea Drusilla—. Te destruiré antes de que llegues a la arena.

En los brazos y el cuello de la chica ya han empezado a salir los verdugones, aunque no les hace caso. Dudo que le hayan pegado antes, y menos azotado. A mí tampoco. Mi madre me daba coscorrones en la cabeza, pero más para que le prestara atención que para hacerme daño. Maysilee se levanta poco a poco del suelo, usando la pared para apoyarse, antes de responder:

—¿De verdad? ¿Cómo? No eres una Vigilante de los Juegos. Ni siquiera eres una estilista. No eres más que una acompañante de baratillo que se aferra como puede al distrito más cochambroso de todo Panem.

Eso mete el dedo en la llaga. A Drusilla se le nota un instante de miedo antes de recuperarse.

—Y tú vas de camino a una muerte sangrienta y dolorosa.

Maysilee deja escapar una carcajada amarga.

—Cierto. Sí. Entonces ¿por qué va a importarme lo que me digas? A no ser que gane, por supuesto. Pero, incluso así, ¿quién crees que sería más popular? ¿La vencedora del Vasallaje de los Veinticinco… o tú?

A Drusilla le cambia la cara y esboza una sonrisa maliciosa.

—Espero que ganes. No tienes ni idea de lo que te espera después. No sabes nada.

Se aleja cojeando hacia la puerta.

—Sé que mi abuela tenía una chaqueta como la tuya, pero no la dejábamos ponérsela fuera de casa —responde Maysilee.

Drusilla se tensa, aunque intenta salir con dignidad.

Tras una larga pausa, Plutarch dice:

—Entiendo que Drusilla os parezca ridícula, pero tenéis que ser listos. No contáis con un mentor de vuestro distrito. El trabajo de vuestro estilista empieza y acaba con vuestra aparición. Aunque no sea justo, puede que Drusilla sea la mejor baza con la que contéis en el Capitolio. Pensad en eso antes de quemar por completo ese puente.

Se marcha y cierra la puerta en silencio al salir.

—¿Estás bien? —le pregunto a Maysilee.

—Mejor que nunca —responde, pero se toca con cuidado los verdugones

y se le saltan las lágrimas.

No puedo evitar sentir lástima por ella, aunque también me ha impresionado cómo se ha enfrentado a Drusilla. Por muy rica que sea, no está intentando hacerle la pelota a los del Capitolio. Todos por igual estamos por debajo de ella.

—Ahí estaba yo, intentando hacerme el digno con la tarta, y vas tú y te revuelves como una gata salvaje.

Maysilee esboza una sonrisita.

—Bueno, la moda es muy importante para mí.

—No me cabe duda —comenta Louella.

—Ya era hora de que alguien le dijera a la señorita Conjuntitos que está horrorosa —dice Maysilee—. Pero tú estás bien, Louella. Tu madre hizo un gran trabajo con ese dobladillo.

Las chicas se miran. Siento que el hielo se derrite un poco, pero Louella se limita a responder:

—Yo también lo creo.

Una agente de la paz nos llama para que la sigamos por el tren hasta un compartimento con dos literas empotradas en las paredes. Una puerta conduce a un cuartito de baño con retrete y lavabo.

—Hay cepillos de dientes y toallas en el baño, y tenéis una cama para cada uno.

Espera, como si aguardase algún tipo de agradecimiento, pero la única que responde es Maysilee.

—Aquí dentro huele a col cocida.

—En los viejos tiempos, os metíamos en los vagones para el ganado —contesta la agente antes de encerrarnos.

Hay pijamas sobre las almohadas, así que los distribuimos según la talla. Nos turnamos para ir al baño y nos retiramos a nuestros catres. Las persianas de las ventanillas se bajan automáticamente, y las bombillas del techo se oscurecen y nos dejan en penumbra. Wyatt se queda dormido casi de inmediato, a juzgar por los ronquidos, y Louella no tarda en seguirlo. Maysilee está sentada en la cama de arriba de la litera que tengo enfrente y se refresca los verdugones con una toalla mojada. Me tumbo boca arriba, miro al techo e intento encontrarle sentido al día de hoy.

Rodeo con los dedos el eslabón que me cuelga del cuello. En ese momento me cae encima la imagen de Lenore Dove empapada y gimiendo

bajo la tormenta, y el corazón se me astilla de nuevo. Cierro los ojos con fuerza e intento llegar a ella a través del espacio que nos separa, sabiendo que ella también intenta llegar a mí. La oigo cantar parte de su poema, la canción de su nombre.

Largo tiempo a esa oscuridad estuve asomado,
preguntándome, temiendo, dudando,
soñando sueños que ningún mortal se atrevió a soñar
jamás;
pero el silencio permaneció y la quietud no cesó,
y la única palabra que allí se pronunció fue aquel
susurro, «¿Lenore?».

Conozco toda la letra de la canción porque me la aprendí para el cumpleaños de Lenore Dove el diciembre pasado. Es lo que ella llama pegadiza, lo que significa que se queda contigo lo quieras o no, así que no me costó mucho. Y de verdad que resulta adictiva, que rima y se repite de un modo que te reta a parar mientras te cuenta una historia inquietante. Se la canté en una vieja casa junto al lago, frente a una fogata. Estábamos tostando nubes y nos habíamos saltado las clases, por lo que después nos la cargaríamos. Ella me dijo que era el mejor regalo que le habían hecho en la vida…

Y, tras mi susurro, un eco la palabra me devolvió,
«¡Lenore!».

—¿Qué es eso?

Intento no hacer caso de Maysilee.

Solo eso y se acabó.

—¿Qué llevas al cuello?

La conexión se ha roto. Lenore Dove ha desaparecido. Miro a Maysilee y

la descubro con la vista clavada en mí; sus ojos parecen muy grandes en la oscuridad.

—Un regalo de cumpleaños. De mi chica.

—¿Puedo verlo? Colecciono joyas.

No es algo que suela oírse en el Distrito 12, pero el señor Donner tiene a sus hijas muy consentidas. Lenore Dove me contó que, cuando cumplieron trece años, su padre les regaló unos broches de oro puro que habían pertenecido a su madre. Los había hecho Tam Amber hacía más de treinta años. No los vi nunca, pero el de Merrilee tenía un colibrí y el de Maysilee, un sinsajo, ya que los pájaros son uno de los grandes amores de la Bandada. Al parecer, Merrilee llevó el suyo unos cinco minutos antes de perderlo en un pozo. Maysilee se pilló una rabieta porque decía que los sinsajos eran unas criaturas muy feas, y que por qué Tam Amber no lo fundía y le hacía algo más bonito, como una mariposa. Cuando él se negó, ella metió la insignia en un cajón y no se la puso ni una vez.

Lenore Dove se enfureció cuando oyó lo de las gemelas, ya que le parecía que ninguna de las dos apreciaba ni se merecía el arte de Tam Amber, y durante un tiempo estuvo diciendo que pensaba colarse en la casa de los Donner para robarle la insignia del sinsajo. Burdock y yo la convencimos para que no lo hiciera. Después de dos detenciones recientes, no parecía lo más sensato. Pero todavía la carcome por dentro. Sé que no querría que las manos de uñas perfectas de Maysilee tocaran mi collar.

—Es bastante personal —le digo—. Vamos, que no pienso quitármelo nunca. Además, no es una joya, la verdad.

Ella asiente y no insiste. Deja su toalla en la baranda de la cama, se mete bajo las sábanas y se gira para mirar hacia la pared. Estoy congelado por culpa del aire refrigerado del tren, así que me tapo hasta arriba con la manta del Capitolio, que está tiesa y huele a algo químico. No tiene nada que ver con la suave colcha de retales que mi madre seca al sol los domingos, cuando la mina está en silencio y hay poco hollín, para que así huela a aire fresco. Mamá… Sid…

No espero dormirme, pero el día ha sido tan agotador que el movimiento del tren me deja en un estado de semiinconsciencia. Unas cuantas horas después, me despierto con un sobresalto y veo que alguien me sacude la pierna.

—Hay. ¡Hay! —susurra Louella por encima de los ronquidos de Wyatt.

Me apoyo en un codo y la miro con los ojos entornados para distinguirla en la penumbra.

—¿Qué pasa?

—No quiero a Wyatt. No lo quiero de aliado, ¿vale?

—¿A Wyatt? Vale, pero ¿puedo saber por qué? Parece bastante fuerte y…

—Es un corredor. Al menos, su padre lo es.

Los corredores son los mineros que se encargan de las apuestas en el Distrito12. Aceptan apuestas de cualquier tipo (peleas de perros, la elección del alcalde, combates de boxeo) y organizan noches de apuestas. Los sábados suelen estar en un viejo garaje detrás del Quemador, dirigiendo juegos de dados y cartas a cambio de un porcentaje. Si las cosas se ponen tensas con los agentes de la paz, como aquella vez que alguien le prendió fuego a un jeep, se esconden un poco más y usan callejones y casas abandonadas.

Por mi parte, nunca apuesto. Si mi madre se enterara de que me he estado gastando dinero en las cartas, me mataría; y, además, es que no entiendo qué gracia tiene. La vida en general ya me parece arriesgada de sobra. Pero si la gente quiere tirar su dinero, no es asunto mío.

—Bueno, yo destilo licor blanco, así que no soy quién para juzgar —le digo a Louella—. Los dos funcionamos fuera de la ley. ¿No le gustaban los dados a Cayson?

Cayson es su hermano mayor y, cuando no está en las minas, se dedica a buscar el placer allá donde se encuentre.

Louella niega con la cabeza, impaciente.

—No solo los dados. Me refiero a ahora. A nosotros.

Entonces lo entiendo: más o menos por esta época del año, un par de corredores aceptan apuestas sobre los tributos de los Juegos del Hambre, como lo mayores que serán los niños, si saldrán de la Veta o de la ciudad, o cuántas teselas llevan. Las apuestas continúan durante todos los Juegos, e incluyen quién morirá y de qué distritos, y quién será el ganador. Debería ser ilegal, pero a los agentes de la paz no les importa. Está diseñado siguiendo el mismo sistema de apuestas que en el Capitolio. La mayoría de los corredores lo rechazan porque es demasiado despreciable, pero algunos se sacan un buen dinero. Son personas morbosas y retorcidas, y no es buena idea confiar en ellas durante unos Juegos del Hambre.

—¿Estás segura, Louella?

—Todo lo segura que puedo estar. No he atado cabos hasta que he visto a Wyatt con esa moneda. Cayson me dijo que todos los corredores aprenden a hacerlo, que es una señal para que la gente sepa que hay un juego en marcha cuando no pueden decirlo en voz alta.

—Parecía saber mucho sobre cartas…

—Y, una vez, alguien mencionó al señor Callow, y Cayson escupió y dijo que no quería tener nada que ver con los que sacaban dinero a costa de niños muertos.

Bueno, que hayan cosechado a Wyatt es la ironía definitiva. Pienso en los Callow, desesperados por llegar a él en la plaza. Sin poder despedirse. Ahora me cuesta sentir lástima por ellos.

—¿Crees que aceptó apuestas sobre la cosecha con su padre?

—Yo diría que sí.

—Yo también —coincido—. Los corredores mantienen el negocio dentro de la familia. Yo tampoco quiero a Wyatt, Louella. Somos solo tú y yo. Intenta dormir un poco, ¿vale?

Sin embargo, yo no lo hago. Más o menos al alba, las persianas se suben y me quedo mirando unas montañas que no conozco, lo que añade sal a la herida. ¿Qué está pasando en mis montañas? ¿Estará Hattie preparando otro lote de olvido líquido? ¿Estará mi madre pagando su pena con la tabla de lavar mientras Sid llena la cisterna bajo un cielo sin nubes? ¿Estarán los gansos protegiendo el corazón de Lenore Dove? A pesar de todo el dolor que sentirán mis seres queridos ahora mismo, ¿cuánto tardaré en convertirme en un mero recuerdo?

Plutarch asoma la cabeza para anunciar alegremente que el desayuno está listo, como si ayer no hubiera pasado nada. Nos vestimos y regresamos al coche salón a por sándwiches de huevo y beicon, y más limonada. Maysilee pide café, una bebida de persona rica del Distrito 12, y Tibby nos trae una taza. No me gusta ese brebaje, está amargo.

El tren sube y sube, y, de repente, estamos en un túnel negro como el carbón y Plutarch dice que no tardaremos en llegar, aunque parece una eternidad. Cuando por fin entramos en la estación, la luz del sol que se filtra por las ventanillas me deslumbra, y después veo otro tren en el mismo andén que el nuestro.

Reconozco a Juvenia, la acompañante del Distrito 1 de la que se rio Drusilla, calzada con botas de piel de serpiente, bajando con cautela los

escalones del tren. Detrás de ella salen sus cuatro tributos, esposados y encadenados en fila, mucho más altos que sus agentes de la paz. Cuando se cierra tras ellos la puerta del vagón, el chico que va delante se vuelve de repente y le da una patada a la ventanilla. Se hace añicos como la cáscara de un huevo.

Una voz baja detrás de mí dice:

—Panache Barker, tributo del Distrito 1, profesional entrenado, más o menos ciento treinta y cinco kilos. Su apellido sugiere que es pariente de Palladium Barker, que se coronó hace cuatro años. Ahora mismo, las apuestas estarán cinco a dos a su favor, lo que en la arena se traduce en una media de dos comidas al día de los patrocinadores. Parece zurdo, lo que puede ser una ventaja o un inconveniente, pero también es impulsivo, y eso podría costarle caro. Basándome en las estadísticas de la cosecha (entrenamiento, peso, linaje), ahora será el favorito, mientras que nosotros somos una mera posibilidad remota.

Todos miramos a Wyatt, que no les quita ojo a nuestros competidores mientras añade:

—Puede que no me queráis con vosotros, pero apuesto lo que sea a que me necesitáis.

5

—No solo es un corredor, también un fisgón —dice Louella.

—No soy un corredor —contesta Wyatt—. Soy un analista. Decido las probabilidades para cualquier acontecimiento en el que la gente apueste. Eso es todo. El resto de los miembros de mi familia son corredores; ellos se encargan de recibir las apuestas.

—Suena igual de mal. Y, además, eres un fisgón de todos modos.

—¿Y dónde querías que nos metiéramos, Louella? —le pregunta Maysilee, lo que da a entender que también oyó nuestra conversación—. Puede que Wyatt y yo tampoco queramos ser vuestros aliados, ¿se te ha ocurrido pensarlo?

—Entonces no tenemos ningún problema —responde Louella.

Plutarch nos llama para que nos acerquemos a la puerta.

—Vale, chicos, vamos a salir de aquí.

Aunque el tren no ha sido lo que se dice acogedor, bajar por las escaleras hasta la deslumbrante estación me hace sentir pequeño y vulnerable. Los cuatro nos pegamos más unos a otros, aunque no seamos precisamente amigos. Los agentes de la paz vuelven a esposarnos y espero a que nos encadenen, pero, cuando sacan la cadena, el agente al mando agita una mano y dice:

—No te molestes.

—Una posibilidad remota —murmura Wyatt.

Eso me confirma lo que ya sé: que no tenemos madera de vencedores. Por otro lado, esta podría ser mi oportunidad para escapar. Sin embargo, ¿adónde va un tributo huido a buscar protección en el Capitolio? Pienso en la niebla gris de mis montañas, a la que Lenore Dove llamaba la amiga de los condenados, y no veo aquí su equivalente.

Así que me quedo parado como la posibilidad remota y lamentable que soy, y observo las banderolas que adornan la estación. ¡SI NO HAY PAZ, NO HAY

PROSPERIDAD!, ¡SI NO HAY JUEGOS DEL HAMBRE, NO HAY PAZ! Es la misma campaña que usaron en nuestra plaza, en el Distrito 12, pero con eslóganes adaptados a los residentes del Capitolio. Parece que también tienen que convencer a sus propios ciudadanos.

Drusilla taconea escalones abajo con unas botas de plataforma y un mono pegado a la piel adornado con la bandera de Panem. Su sombrero es una columna de pelaje rojo que mide sesenta centímetros de alto y se le inclina alegremente sobre un ojo. Una mancha de glaseado amarillo le cuelga de la comisura de los labios. A alguien no le ha parecido mal celebrar mi cumpleaños.

—¿Estaba buena la tarta? —le pregunta Maysilee, que no ha cedido ni un centímetro.

Drusilla la mira, sorprendida, hasta que Plutarch se da un toquecito en la cara.

—Tienes una manchita ahí.

A falta de espejo, Drusilla se mira en la ventanilla del tren y se limpia el glaseado con la lengua. La mejilla en la que le pegó Maysilee se ve un poco amoratada bajo la gruesa capa de maquillaje.

—Estás preciosa —le dice Plutarch.

Supongo que Drusilla no es más que otro juguete que debe manejar, salvo que a ella la controla con cumplidos.

—De acuerdo, vámonos ya —dice Drusilla antes de alejarse por el andén.

En el exterior, disfrutamos de unos treinta segundos de aire fresco antes de que los agentes de la paz nos metan en una de sus furgonetas sin ventanas. He estado muy pocas veces dentro de un automóvil: en el coche que nos llevó ayer a la estación y en un camión en un par de excursiones escolares a las minas. Nunca en uno desde el que no viera lo de fuera. Nunca para llevarme a la muerte. Sin luz ni aire. Como si ya me hubieran enterrado.

Louella se aprieta contra mi hombro y me infunde valor. Presiento que gracias a ella sobreviviré a la pesadilla que serán los próximos días. Cuidar de Louella me dará un motivo para seguir adelante; que ella cuide de mí mantendrá a raya el horror de enfrentarme a la muerte yo solo. Espero que, al menos, abandonemos juntos este mundo.

—¿Estás bien, preciosa? —le pregunto.

—He estado mejor.

—Permaneceremos juntos, ¿vale?

—Vale.

Cuando se abren las puertas, de nuevo vuelve a abrumarme la luz. La sequedad del aire me hace echar de menos el agua fría del arroyo de montaña al que Hattie me envía a recoger el agua. ¿Qué hará ahora que no estoy? Buscarse otra mula, supongo. Una con más suerte.

No veo por ninguna parte ni a Drusilla ni a Plutarch. Los agentes de la paz nos ordenan salir de la furgoneta. Mis viejas botas resultan peculiares sobre los adoquines de mármol blanco de la pasarela, que se expande para dar a una amplia extensión de edificios imposibles llenos de personas que nos señalan y nos miran de lejos. No son adultos, sino chicos de nuestra edad con uniformes a juego. Escolares.

Me siento como un animal en exposición, esposado y mudo, bajado a rastras de las colinas para divertirlos. Todos nos encogemos un poco. Maysilee mantiene la cabeza alta, aunque las mejillas le arden de vergüenza.

—Sigo pensando que no es buena idea llevarlos a la Academia —murmura uno de los agentes de la paz.

—Ese gimnasio lleva casi cuarenta años vacío —dice otro—. Así le damos algún uso.

—Deberían tirarlo abajo —dice el primero—. Causa daño a la vista.

La furgoneta se retira y deja a la vista el gimnasio, una estructura amenazante y ruinosa con una banderola en la entrada en la que pone en letras doradas CENTRO DE TRIBUTOS. Los agentes de la paz sujetan las puertas de cristal rajadas para que entremos, y entonces nos llega el olor a friegasuelos y moho.

Somos los últimos tributos en aparecer. Nuestros competidores están sentados alrededor de la sala, en grupos de cuatro dentro de unos puestos marcados con el número de su distrito. Los agentes de la paz nos conducen al cartel con el doce, en la otra punta del gimnasio, entre abucheos y burlas. Los profesionales de este año son un puñado de bocazas.

Cada puesto consiste en cuatro mesas acolchadas separadas por unas cortinas birriosas. Las mesas las flanquean parejas de ayudantes vestidos de blanco con cinturones de herramientas llenos de utensilios para acicalarnos: tijeras, cuchillas y demás.

Los agentes de la paz envían a los tributos varones a un vestuario y a las

chicas a otro. No me gusta abandonar a Louella, pero no hay elección. Puede que Maysilee la proteja en caso necesario. Tiene pinta de peligrosa, con los verdugones y el ceño fruncido. Como alguien que te devolvería el golpe, cosa que ya ha hecho.

En la puerta de los vestuarios ponen en fila a los chicos ordenados por número de distrito, así que Wyatt y yo no tenemos que cubrirnos las espaldas, solo vigilar a los tributos musculosos del Distrito 11 que nos preceden. Pero son una pareja taciturna y poco interesada en lo que los rodea.

Dentro nos ordenan desnudarnos, lo que resulta fácil de cintura para abajo pero imposible por encima del cinturón por culpa de las esposas. Los agentes de la paz se acercan y nos cortan las camisas con unos cuchillos. Si alguien se queja, se ríen y le dicen que, de todos modos, la ropa la van a incinerar. Me duele verlos rajar las cuidadosas puntadas de mi madre. La recuerdo colocando con mucho esmero los pañuelos para aprovechar cada pizca de tela. Ahora está hecha jirones, a mis pies.

Un agente de la paz le da un toquecito con el cuchillo a mi eslabón.

—¿Es tu símbolo?

¿Mi símbolo? Entonces recuerdo que a los tributos se les permite llevar a la arena un objeto de su hogar, siempre que no sea un arma. Mi eslabón podría considerarse una ventaja injusta, pero no pienso ayudar a que me lo quiten.

—Sí, es un collar.

—Es bonito —reconoce a regañadientes el agente, después de acariciarlo entre los dedos—. Se lo llevarán para evaluarlo.

Asiento. Aunque lo examinen, quizá no reconozcan su potencial. Aquí, donde hay mecheros de carburante y cerillas de sobra, nadie necesita chispas para encender una fogata.

Nos meten en una sala abierta enorme con baldosas azules en el suelo y alcachofas de ducha repartidas por las paredes. No soy un puritano (me he bañado en pelotas muchas veces en el lago con Burdock), pero no estoy acostumbrado a estar desnudo delante de otros veintitrés tíos. Al principio me limito a mirar un desagüe del suelo, hasta que me doy cuenta de que es el mejor momento para estudiar a la competencia, así que lo hago. La media docena de profesionales parece dedicar su tiempo libre a posar de modelos para estatuas. Otra docena de nosotros quizá tengamos alguna oportunidad

si se nos da bien manejar un hacha. Y la media docena restante da pena, con las costillas marcadas y palillos por huesos.

Panache, al que reconozco del tren, se pavonea por ahí empujando a la gente con sus partes íntimas y gruñendo, lo que les hace mucha gracia a los otros profesionales. Comete el error de intentarlo con uno de los tributos del Distrito 11 y acaba con una patada rápida en el estómago. Panache está a punto de vengarse cuando las duchas cobran vida y nos empapan de agua ardiendo.

Todos nos movemos para intentar esquivar los chorros. Las cosas se ponen de mal en peor cuando sustituyen el agua por un repugnante espray jabonoso que me da arcadas y me quema los ojos como si fuera pimienta en polvo. Entonces regresa el agua, aunque esta vez luchamos por meternos debajo para quitarnos el jabón de encima. Cuando la cascada se vuelve goteo, todavía me siento cubierto de cieno irritante de pies a cabeza.

Una toalla vendría bien, pero lo que hacen es lanzarnos un chorro de aire caliente que aumenta nuestra desgracia y me cuece el cieno en la piel, de modo que pica una barbaridad. Han conseguido arrebatarnos el poco espíritu guerrero que nos quedaba. Ahora no somos más que un puñado de críos que se rascan y se sorben los mocos, con los ojos llorosos y el pelo de punta. De vuelta en el vestuario, nos dan a cada uno un trozo de papel crepé para envolvernos con recato y nos envían otra vez a la zona de nuestro distrito en el gimnasio.

Espero que Louella no haya pasado por lo mismo, pero cuando le veo las trenzas de punta, como una veleta rota, sé que también lo ha sufrido. Maysilee habrá sentido un dolor atroz, con todos esos verdugones. Nos conducen a cada uno a una mesa, nos ordenan que nos sentemos y, esta vez, como a los profesionales, sí que enganchan las cadenas a las esposas.

Es lo único que veo de los otros tributos durante un rato, porque los agentes de la paz corren las cortinas blancas de mi cubículo. Una chica con el pelo magenta recogido en pompones esponjosos y un chico con manzanas metálicas clavadas en las mejillas se me acercan, nerviosos. Ninguno de los dos parece mucho mayor que yo.

—Hola, Haymitch —dice la chica, sin aliento—. Soy Proserpina, y este es Vitus. Somos tu equipo de preparación y nuestra misión consiste en dejarte guapísimo.

—¡Sí! ¡Sí! —exclama Vitus—. ¡Guapísimo pero feroz! —Enseña los

dientes y gruñe—. ¡Para asustar a los otros!

—¡Y conseguir muchos patrocinadores! —Proserpina baja la voz y susurra—: A nosotros no nos está permitido enviarte nada, claro, porque formamos parte de tu equipo. Pero mi tía abuela ya me ha dicho que te patrocinará. Y no solo para ayudar con mis notas.

¿Sus notas?

—¿Sois estudiantes? ¿De este instituto?

—No no, somos estudiantes universitarios, no de la Academia. Bueno, no somos de último curso ni nada —dice Vitus—. Esos querían los mejores distritos.

—Pero nos caes bien, de verdad. ¡Eres muy mono! —me asegura Proserpina—. Y, de todos modos, todavía tenemos un par de años más por delante.

Así que mi equipo consiste en Drusilla, que me odia, un mentor que quiere que gane otro distrito, un par de estudiantes novatos y…

—¿Quién es mi estilista?

Los dos pierden la sonrisa y se miran entre sí.

—Al Distrito 12 le ha vuelto a tocar Magno Stift —reconoce Vitus—. Pero no es tan malo como dicen, ¿eh?

Gruño. Magno Stift es el tipo asignado a los tributos del Distrito 12 desde que tengo uso de memoria. Y, sí, es tan malo como dicen. Mientras que los otros estilistas preparan trajes nuevos cada año para el desfile y las entrevistas que preceden a los Juegos, él parece tener un suministro inagotable de horrorosos monos de minero en una enorme variedad de tallas.

—¡Ha prometido un nuevo look deslumbrante para el Vasallaje de los Veinticinco! —me tranquiliza Proserpina.

—Lo que está bien, porque nadie va a patrocinarte con esos trajes viejos —dice Vitus.

—Y hoy no deberíamos tener ningún accidente porque han prohibido la ropa con reptiles vivos entre bambalinas —añade ella—. No solo la de Magno, sino la de todo el mundo. Aunque la verdad es que él es el único que la viste.

—El año pasado se le cayó el cinturón y mordió a Drusilla —susurra Vitus—. Era una tortuga muy enfadada. Y Drusilla se cabreó tanto que le devolvió el mordisco. A Magno, no a la tortuga. Y nosotros lo vimos todo,

aunque se supone que no debemos hablar sobre ello, a pesar de que todo el mundo…

—Bueno, pues no se va a repetir —interviene Proserpina, lanzándole una mirada reprobadora a Vitus—. ¿Empezamos con el vello corporal? ¿Han desaparecido todos los bichos?

Así que eso era el producto químico. Insecticida. Si fuera a seguir vivo el tiempo suficiente como para preocuparme por los efectos a largo plazo, me enfadaría.

—¡Espera! —chilla Vitus—. ¡Tenemos que hacer las fotos del antes!

Proserpina saca una cámara diminuta y me fotografían de pies a cabeza.

—Ha estado cerca. Sin las fotos del antes, seguramente nos habrían puesto un «incompleto».

El equipo de preparación me afeita todo el vello corporal visible con maquinillas eléctricas. No tengo mucho vello facial, pero deciden quitármelo también. Me siento como una ardilla desollada y expuesta. Después me cortan las uñas y aceptan mi petición de dejármelas lo bastante largas como para luchar porque, como dice Proserpina, «Puede que necesites tus garras». Me pregunto si mi nariz le parece un morro, mi pelo, pelaje, y mis pies, patas.

Vitus me echa un puñado de pringue en el pelo de erizo y lo masajea hasta que ya no corre riesgo de partirse por la mitad. Se le da bastante bien el pelo, la verdad, y consigue recuperar mis rizos y librarme del picor. Lo convenzo para que me dejen echarme el mismo potingue en el cuerpo y, por fin, dejo de rascarme.

Procuro dejarme hacer con las fotos del después, dado que mi equipo de preparación ha respondido bien a mis peticiones y no me vendría mal contar con un par de amigos en el Capitolio. Me recompensan con una nueva sábana de papel y una pastilla de menta con pelusilla que mi orgullo no me impide aceptar. Me quita de la boca el sabor a insecticida y me recuerda días más felices. Después salen corriendo porque la hermana de Proserpina quiere darles un retoque a sus pompones de color magenta por si acaba saliendo por la tele y Vitus prometió a su madre que la ayudaría a decorar la casa para su fiesta de celebración de los Juegos, esta noche.

Me siento aliviado cuando se marchan y agradezco la intimidad de la cortina blanca. Todo parece irreal, como un sueño delirante y eterno inducido por la fiebre. La ducha química, mi estrafalario equipo de

preparación, mirarme las piernas peladas mientras espero a un hombre que se sujeta los pantalones con un reptil vivo.

Toco la cabeza de serpiente que llevo al cuello y recorro las escamas que se transforman en plumas y después el pico puntiagudo del pájaro. Regreso a aquel día nublado, en lo más profundo del bosque, abrazado a Lenore Dove mientras caía la noche sin que a ninguno de los dos nos importara. En una rama cercana se posa un mirlo precioso.

—Es un cuervo. El pájaro del poema del que sacaron mi nombre —dice en voz baja—. Es el pájaro cantor más grande que existe.

—Es un tipo impresionante —comento.

—Una tipa. Y lista como una ardilla, además. ¿Sabías que usan la lógica para resolver problemas?

—Ahí me has pillado —reconozco.

—Y nadie les ordena lo que tienen que decir. Cuando crezca, quiero ser como ese pájaro. Alguien que dice lo que cree que es correcto, pase lo que pase.

Pase lo que pase. Eso es lo que me preocupa. Que diga una imprudencia. O que no solo diga algo peligroso, sino que lo haga. Algo con lo que no se ganará una advertencia del Capitolio, sino unos latigazos. El año que cumplió los doce, cruzó esa línea dos veces.

En primer lugar, la noche antes de que colgaran a Clay Chance en la plaza, alguien trepó por la soga y limó la cuerda. A la mañana siguiente, delante de todo el mundo, la cuerda se partió y Clay cayó al suelo, donde una docena de balas de los agentes de la paz acabaron con él. Como aquella noche había sido muy oscura y llovía, la cámara de seguridad no captó demasiado, pero un vecino había visto a Lenore Dove saliendo de la plaza y la denunció. La llevaron a la cárcel de la base para interrogarla y ella solo les dijo que no había hecho nada malo. Los agentes no sabían qué hacer con ella. Una cosita tan pequeña, con los pies colgándole de la silla y las muñecas demasiado delgaduchas para las esposas. Entonces, la hermana de Clay, Binnie, que llevaba un año viviendo de tiempo prestado por culpa de un problema de corazón, confesó que había sido ella. Tres días después, Binnie murió en su celda y los tíos de Lenore Dove pudieron llevarse a la niña tras prometer que se quedaría en casa por la noche.

Después de aquello, Clerk Carmine la ató más corto todavía. Sin embargo, la mañana de los Cuadragésimo Sextos Juegos del Hambre,

nuestro primer año en la cosecha, empezó a brotar humo de debajo del escenario temporal cuando nos reunimos en la plaza. Los agentes de la paz sacaron un fardo de tela humeante que resultó ser la bandera de Panem. Quemar la bandera son diez años de cárcel, o puede que más si se retransmite para toda la nación, pero se borró todo rastro de aquello antes de que las cámaras empezaran a grabar. Habían montado el escenario la noche antes y a los agentes no se les había ocurrido instalar cámaras de seguridad debajo, donde alguien había movido la rejilla que daba a las tuberías de suministro. Al parecer, una vela encendida horas antes había ardido hasta prender la bandera impregnada de queroseno. Podría haber sido cualquiera. Sin pruebas ni testigos, reunieron a los que tenían un historial de comportamiento sospechoso, y detuvieron de nuevo a Lenore Dove. Ella les dijo que había estado en casa escribiendo su testamento por si anunciaban su nombre en la cosecha. Después les leyó el documento, siete páginas en las que legaba la mayoría de sus posesiones a sus gansos. Puede que exagerara un poquito con la preparación. Puede que los agentes de la paz captaran que les tomaba el pelo. La dejaron ir otra vez, pero con la estricta advertencia de que la tenían vigilada.

Fue ella, claro. Las dos veces. Estoy convencido, aunque ella nunca me lo haya reconocido; ni a sus tíos. Dice que todas las chicas de la Bandada son un misterio, que forma parte de su encanto. Cuando la presiono, se ríe y dice que, si fuera cierto, esa información podría ponerme en peligro, y si fuera falso, ¿qué más da? «Tampoco es que sirviera de mucho, ¿no? Clay está muerto y la cosecha sigue vivita y coleando».

Desde aquel año, su comportamiento ha sido ejemplar. El último Año Nuevo, incluso, la Bandada tocó en la fiesta del comandante de la base, aunque a Lenore Dove no le entusiasmaba la idea. Clerk Carmine dijo que un trabajo era un trabajo, y la música puede servir de puente entre las personas para comprenderse mejor, porque todo el mundo adora las buenas melodías. Lenore Dove respondió que la mayoría también adora respirar, lo que no nos ha servido de mucho. Algunos amores no importan.

Esa clase de comentarios son los que me hacen pensar que esa parte suya sigue ahí, a la espera, hasta que vuelva a liarla.

No sé bien lo que hubiera hecho ayer de haberse intercambiado los papeles. Habría querido seguir a Lenore Dove, puede que colándome de polizón en el tren, y ayudarla a escapar o morir en el intento. O, al menos,

habría quemado la base de los agentes de la paz para que ardiera hasta los cimientos. Sin embargo, en realidad, pensar en cómo sobrevivirían Sid y mi madre sin mí me habría hecho frenar cualquier plan que se me hubiera ocurrido. Probablemente me hubiera vuelto loco en silencio. Para ella es distinto. Nadie depende de Lenore Dove para subsistir. Es libre como el viento.

Al cabo de una hora o así, los agentes de la paz me dejan dos sándwiches de mantequilla de frutos secos y mi primer plátano. Aunque no lo llamaría fruta (tiene demasiada fécula y nada de zumo), está bastante bueno. Lo bajo con una botella de agua a la que le han metido burbujas, que es la cosa más inútil que se le puede meter al agua porque acabas eructándolas de todos modos.

Los agentes de la paz corren las cortinas y veo que a todos nos han preparado igual. Algunos de los profesionales tenían barba cerrada, pero ahora, afeitados, parecen más jóvenes y menos terroríficos. Perder el pelo del pecho también ayuda.

Juvenia aparece con una mujer que empuja un perchero lleno de ropa lujosa, y los equipos de preparación del Distrito 1 trotan tras él camino del vestuario de los chicos, donde los engalanarán para el desfile en carro, el plato fuerte de las ceremonias de inauguración. Los agentes de la paz desencadenan a sus tributos y los meten en la habitación. En cuestión de minutos, la misma rutina se repite con el Distrito 2 y el vestuario de las chicas. Media hora después, los tributos del Distrito 1 se pasean por el gimnasio con vestidos de noche y trajes brillantes de color verde, casi como si fueran del Capitolio.

Cuando pasan junto a nosotros, Maysilee dice en voz alta:

—¡Estás estupenda, Silka! ¡Espero que nos vistan a todos de verde moco!

Se oyen risas por todo el gimnasio. Silka, que debe de medir unos veinte centímetros más que Maysilee y pesar cuarenta y cinco kilos más que ella, hace ademán de echársele encima, pero un agente le golpea rápidamente las costillas con una porra. La chica mira a Maysilee y se pasa un dedo por el cuello.

Maysilee hace un mohín.

—Mujer, para ser bella hay que parecerlo. ¿Y si sonríes un poco?

Louella me mira con cara de guasa desde su mesa.

—No han congeniado en el vestuario.

—Yo tampoco soy muy fan del Distrito 1 —reconozco mientras los veo dirigirse a su furgoneta y el Distrito 2 se pavonea vestido de cuero morado y tachuelas.

—¿Adónde van todos? —oigo preguntar a alguien.

—A su sesión fotográfica —responde un agente de la paz—. Después, a los carros.

A continuación aparecen los equipos del 3 y del 4, y sé que seremos los últimos. La sala se vacía poco a poco. Regresa Proserpina, que lleva los pompones recién teñidos, y también Vitus, que está de mal humor porque su madre ha convertido su dormitorio en un bar para la fiesta. El estilista de los tributos del Distrito 11 se los lleva justo cuando Drusilla se acerca taconeando por el suelo del gimnasio con sus botas de plataforma y el sombrero de piel bajo el brazo.

—¿Dónde está ese idiota de Magno? —le pregunta a mi equipo, que se encoge de hombros sin saber qué responder—. ¡Vamos a llegar tarde a una de las fiestas más importantes del año!

Para nuestra acompañante no hay nada más importante que las fiestas.

Pasan otros diez minutos.

—Tengo que mear —digo.

Los agentes de la paz nos quitan las esposas y nos llevan al vestuario de las chicas, donde podemos ir al baño. Magno sigue sin aparecer. Me siento en un banco, al lado de Louella. Le han arreglado las trenzas y le han pintado unas cejas muy marcadas. El cabello rubio de Maysilee cae formando una fuente de rizos apretados que le quedan bastante bien y Wyatt tiene exactamente el mismo aspecto que antes de la preparación.

—Si no viene, ¿podemos saltarnos la parte del carro? —pregunta Louella —. ¿O salimos envueltos en papel?

Nadie parece haber caído en eso. De repente, todo el mundo es presa del pánico, yo incluido. Por mucho que rechace todo esto, no quiero hacer mi gran entrada enrollado en una sábana de papel. Para tener alguna oportunidad, para conseguir patrocinadores, no puedo salir ahí fuera con el trasero al aire.

—¿Dónde está el vestido con el que vine? —exige saber Maysilee—. Puedo arreglarlo.

—Ya lo han quemado —responde un agente.

Como el tiempo se agota, Drusilla ordena a los equipos de preparación

que nos presten parte de su ropa. Estoy intentando embutirme en los pantalones cortos de terciopelo azul de Vitus cuando aparece nuestro estilista con una bolsa de plástico al hombro.

La piel curtida por el sol de Magno Stift tiene tatuada un diseño de escamas de serpiente. Viste una camisa larga hecha de diamantes metálicos y no parece llevar pantalones. Las sandalias van atadas hasta la pelvis y, de cada una de sus orejas, cuelgan diminutas culebras rayadas vivas que se retuercen, desesperadas.

—¡Sabes que eso está prohibido! —exclama Drusilla—. Te voy a denunciar.

—Ay, Drusie, si dentro de unas horas van a estar todos muertos —dice Magno, que vacía la bolsa en el suelo; dentro hay media docena de trajes, los mismos que he visto lucir a los tributos del Distrito 12 desde que tengo uso de razón. Levanta los brazos, burlón—. Vale, ¿listos para matarlos de la impresión?

Estamos tan estresados que corremos a ponernos esta ropa usada; imagino que era lo que Magno pretendía desde el principio. Me meto dentro de un apestoso mono negro de minero que se sostiene gracias a imperdibles y me coloco sin rechistar un casco barato de plástico negro. Las botas me aprietan, pero me ato los cordones porque es un alivio tener algo con lo que calzarme.

Drusilla es la única que se enfrenta a él.

—¿Qué ha pasado con su deslumbrante nuevo *look*?

Con un gesto teatral, Magno enciende la luz del casco de Maysilee. El foco es tan tenue que casi ni se ve.

—¡Tachán! Les he cambiado las pilas.

—¿Y esto es lo que has traído para el Vasallaje de los Veinticinco? Si no te despiden por fin después de esto, será un milagro —dice Drusilla, satisfecha.

Magno se limita a reírse.

—A nadie le importa el Distrito 12. Y menos a ti. Encadena a estos mocosos y llévalos a los establos. Mi trabajo aquí ha concluido.

Salimos pitando de allí y nos metemos en la furgoneta que nos espera, que también sale a toda velocidad por las calles del Capitolio, tocando la bocina. No basta para ahogar la estridente versión del himno que debe de estar sonando por toda la ciudad. Las ceremonias de inauguración de los

Juegos del Hambre han empezado sin nosotros. Cuando termina el himno, frenamos en seco y las puertas de la furgoneta se abren de par en par para dejarnos ver el interior de unos establos cavernosos cuyo techo sujetan unos pilares de hormigón. Los adiestradores están intentando subir a cuarenta y ocho tributos disfrazados a doce carros mientras les ponen los arreos a los caballos que van a tirar de nosotros por las calles. Todo el mundo grita y nadie escucha.

Entonces empieza la música del desfile, las puertas de los gigantescos establos se abren y los tributos del Distrito 1 posan para los fotógrafos antes de salir en su cuadriga a la avenida, donde la multitud los recibe con gritos de entusiasmo. Un fotógrafo corre hacia nosotros, nos saca varias fotos y desaparece. ¿Esa ha sido nuestra sesión? ¿Encadenados dentro de la furgoneta?

Drusilla empieza a mangonear a los adiestradores.

—¡Montad ya al Distrito 12!

Nos desencadenan, nos liberan de las esposas y nos suben a un carro desvencijado tirado por un cuarteto de caballos viejos, grises y asustadizos. Recorro el establo con la mirada y confirmo mis sospechas: todos tienen mejor aspecto que nosotros. Los demás tributos llevan trajes nuevos relacionados con su distrito: disfraces de vaqueros sexis para el Distrito 10, relucientes disfraces de sirena azul mar para el Distrito 4, monos gris iridiscente con coronas en forma de rueda para el Distrito 6. Sus carros también van adornados, algunos para resultar amenazadores, otros elegantes, pero todos llamativos. Sus lustrosos caballos lucen plumas y flores a juego, mientras que los nuestros van sin nada.

El carro es demasiado pequeño para los cuatro. Los caballos bailotean, nerviosos, dándole unas sacudidas que nos dificultan el poder subir. Uno de ellos se encabrita y Louella cae hacia atrás.

—Tranquila —le digo al sujetarla—. Puedes hacerlo.

—Creo que no.

Le ceden las rodillas y se deja caer al suelo.

—¡De pie, señoritucha! —le grita Drusilla.

—Mírame —le digo a la chica mientras la levanto—. Eres mil veces mejor que cualquier persona del Capitolio, en todos los sentidos. Te han querido mejor, te han educado mejor y eres mucho mejor compañía que ellas. Eres la mejor aliada que se pueda tener. ¿De acuerdo, preciosa?

Ella asiente y se endereza.

—Tú y yo hasta el final. ¿De acuerdo, Hay?

—Tú y yo hasta el final —le prometo.

—¡Las chicas delante! —ordena Drusilla.

Maysilee y Louella se suben a la cuadriga y se agarran a la barandilla delantera. Wyatt y yo las seguimos y nos sujetamos a los laterales. Intentamos mantenernos en pie, dando prioridad a la supervivencia antes que a la presencia. Uno de nuestros caballos corcovea, golpea con un casco el carro y deja escapar un relincho agudo. Se supone que debemos avanzar, pero bastante tienen con conseguir que no volquemos. El carro del Distrito 11 desaparece por la puerta antes de que por fin nos suelten.

Llegamos tarde, pero ¿qué podemos hacer? Se supone que los caballos están entrenados para cubrir la ruta del desfile a un ritmo elegante sin ninguna guía. Los nuestros salen disparados al aire nocturno sin detenerse para nuestra segunda sesión fotográfica.

Durante los primeros cien metros, más o menos, los rocines se recuperan y trotan al ritmo de la música. Levanto la mirada hacia una de las pantallas gigantes instaladas por encima de las gradas de la avenida y me veo en mi desastroso disfraz, encorvado sobre la baranda. «Una posibilidad remota», pienso, y me obligo a enderezarme.

La multitud parece borracha, aullando y vociferando, con la cara roja y sudorosa. La gente nos lanza botellas y basura. Algunos potan por encima de las barricadas que delinean la ruta del desfile. A pesar de todas sus galas, el público huele como la panda del Quemador una noche mala de sábado: una mezcla de sudoración, licor puro y vómito.

Un tío intenta pinchar a Maysilee con su bastón, acaba de boca contra el suelo y pierde una paleta. Una mujer casi desnuda me hace gestos obscenos. Cuesta ignorar a la turba, pero el Distrito 12 aguanta como puede hasta que alguien lanza un petardo que sale volando en espiral delante de nuestro carro y estalla en una nube azul.

Nuestros caballos pierden el control, se tiran hacia un lado e intentan mantenerse en vertical. Caigo de rodillas, aunque consigo agarrarme a la baranda mientras nuestros caballos echan a correr. La multitud se vuelve loca al ver que esquivamos el carro del Distrito 11 y nos libramos por muy poco de chocar con el Distrito 10, cuyos caballos también se descontrolan.

Quiero proteger a Louella, pero no puedo más que sujetarme yo mientras recorremos con estrépito la avenida.

Todo se vuelve borroso: el público, el suelo y los demás carros que intentan apartarse de nuestro camino. Suena una sirena y vislumbro unas luces rojas que dan vueltas, lo que solo sirve para empeorar la histeria de nuestros caballos. Recuerdo que el desfile termina en el camino circular que lleva a la mansión del presidente Snow, así que sé que esto no va a durar para siempre, pero ¿cómo vamos a parar?

Al bajar la vista, veo cada vez más cerca las ruedas con pinchos del carro del Distrito 6 y obtengo mi respuesta. Saltan las chispas, noto como los ejes se hacen pedazos y me abalanzo sobre Louella con la esperanza de protegerla. Ella se mueve hacia mí justo cuando las ruedas se sueltan y salimos catapultados por los aires. Y, de repente, estoy tirado en el suelo, con la mano en un charco de sangre, mientras las luces del Capitolio centellean sobre mí como luciérnagas.

«Esto es mejor —me digo—. Mejor que morir en la arena. Mejor que las comadrejas, el hambre y las espadas».

Estoy aceptando con agrado mi destino hasta que me doy cuenta de que la sangre no es mía. Ese destino no es mío. Y el tributo que ha escapado de la arena es Louella.

6

Un polluelo muerto de sinsajo, con los ojos todavía relucientes y las plumas de un color negro azulado a la luz del sol, las garras vacías, sobre un lecho de musgo. Lenore Dove le acarició el plumaje con la punta del dedo. «Pobre bebé, pobre pajarito, ¿quién cantará ahora tus canciones?».

El caos nos rodea, pero Louella, tan diminuta, sigue inmóvil. Qué bien la he protegido. Ha muerto incluso antes de llegar a la arena. ¿Quién cantará ahora tus canciones, Louella?

El impacto de la caída me ha dejado sin aliento y magullado, sí, pero no parezco tener nada roto.

—¿Louella? —la llamo al arrodillarme a su lado.

Aunque sé que es inútil, intento despertarla, localizar el pulso, pero ya ha volado de su cuerpo. Me lo confirman sus ojos vacíos cuando le cierro los párpados. Una de sus trenzas descansa sobre la sangre que le mana de la base del cráneo, que se ha cascado como un huevo al golpearse contra la acera. Las cejas delineadas en negro destacan en su rostro exhausto. Le recoloco las trenzas, me lamo el dedo y le limpio de la mejilla una gota de sangre.

Al parecer, se ha roto la barra que conectaba nuestro carro a los caballos, que se han largado hace tiempo dejando un rastro de destrucción a su paso. Wyatt y Maysilee, que han conseguido seguir sujetos a las barandillas, salen como pueden de debajo de las ruinas de nuestro carro, machacados pero vivos. Wyatt recoge el casco de Louella, que debe de habérsele caído al salir volando. Cuando se unen a nosotros, ninguno de los dos necesita preguntar si está muerta.

Maysilee se quita uno de sus collares, una pesada sarta de cuentas con flores moradas y amarillas entretejidas.

—Iba a darle esto. Como símbolo. Para que tuviera algo de casa.

Se arrodilla, y yo levanto el cráneo aplastado de Louella para que le

ponga el collar. La sangre fresca me moja la mano.

—Gracias —le digo—. Le gustan las flores.

No puedo hablar de ella en pasado porque sigue aquí, caliente, cerca.

—Van a venir a por ella —nos advierte Wyatt.

Veo a cuatro agentes de la paz que corren hacia nosotros entre los sanitarios, los adiestradores y los tributos aturdidos. Quieren llevarse a Louella, esconder limpiamente sus delitos en una caja de madera y enviarlos con ella de vuelta al Distrito 12. No quieren que nadie vea la muerte que se ha producido bajo su tutela porque no estaba planeada y deja clara su incompetencia. No es la sangre con la que quieren pintar sus carteles.

Cojo a Louella en brazos y empiezo a retroceder.

—No sirve de nada —dice Wyatt—. Se la llevarán de todos modos.

—No les pertenece —suelta Maysilee—. No se la des. Que luchen por ella. ¡Corre!

Así que lo hago. Y se me da bien correr. El único chico que me gana en las carreras del colegio es Woodbine Chance. Bueno, me ganaba, claro. Corro por Louella, pero también por Woodbine, que no volverá a correr. No tengo ni idea de adónde voy. Solo sé que no quiero entregar a Louella al Capitolio. Maysilee tiene razón. No les pertenece en absoluto.

Esquivo todos los uniformes blancos de agente que veo y me abro paso entre cuerpos manchados de rojo, dejando atrás el carro destrozado del Distrito 6. Al parecer, sus caballos han saltado por encima de las barricadas y se han echado sobre la gente. Hay sanitarios por todas partes, gritando y llevando camillas cargadas con habitantes del Capitolio; a los tributos heridos del Distrito 6 los han dejado tirados donde estaban.

Mi camino de huida me conduce por la avenida hacia la mansión del presidente. Varios de los carros están parados a lo largo de la ruta del desfile. Tengo vía libre hasta la mansión, pero no llegaré. Oigo cada vez más cerca los gritos de los agentes de la paz. Louella cada vez me pesa más. Me están saliendo ampollas en los pies porque las botas me aprietan demasiado. Me duele el pecho y no he respirado hondo desde que caí al suelo. ¿Qué más da entregarla ahora que después?

Algunas de las pantallas sobre la multitud apuntan ahora a la bandera ondeante, pero unas cuantas todavía muestran la ruta del desfile. Me veo en una. Louella parece serena, como si durmiera en mis brazos. Si eso todavía

se graba y se retransmite, por lo menos en el Capitolio, quizá sí sirva de algo resistir todo lo posible. Quizá así pintaré mi propio cartel.

Más adelante localizo el carro del Distrito 1, un cacharro dorado y reluciente, tirado por caballos blancos como la nieve. Los tributos han desmontado y se han hecho a un lado, salvo Panache, que tira de la bridas de los caballos.

—¡Vamos! —les grita—. ¡Moveos!

Está claro que quiere seguir con el desfile y ser el único tributo que llegue en carro a la mansión del presidente. Una gran entrada para un futuro vencedor. Pero los caballos se resisten, patalean y echan la cabeza atrás. Silka se quita uno de sus elegantes zapatos de aguja y empieza a pinchar con él al caballo exterior en el flanco hasta que le hace sangre. El caballo relincha de dolor y da una coz que altera a sus compañeros. Silka acaba en el suelo y Panache se ve obligado a echarse a un lado para que no lo aplasten.

Con los agentes de la paz pisándome los talones y mis brazos a punto de ceder, aprovecho el momento y salto al carro justo cuando la angustia de los caballos por fin consigue que olviden su adiestramiento. La idea de Panache era estupenda, así que se la robo en las narices. Quiero ser el tributo que llegue en carro y quiero a Louella a mi lado para que todos la vean.

Cuando los caballos dan un salto hacia delante, me golpeo contra la baranda y dejo que cargue con parte del peso de la chica. Oigo detrás de mí el aullido de rabia de Panache, pero no le hago caso. Los caballos recuperan su ritmo normal y consigo enderezarme. He perdido mi lamentable casco de imitación en el accidente y, sin eso encima, nuestros trajes se convierten en algo neutral, negro y olvidable. Nuestros símbolos son lo que llama la atención: el colorido collar de cuentas de Louella y mi exquisito eslabón. Por primera vez, en esta cuadriga tan impresionante, con nuestros bellos adornos, parecemos tributos importantes, no posibilidades remotas. O, al menos, somos posibilidades remotas que quizá merezca la pena patrocinar. Es una lástima que uno de nosotros esté muerto.

Los caballos se detienen justo debajo del balcón. Levanto la mirada y me quedo paralizado, tan intimidado que apenas logro respirar. El presidente Snow. No en pantalla, sino en persona. La persona más poderosa y, por tanto, más brutal de Panem. Está tranquilo y firme, examinando el desastre de la ceremonia de inauguración. Baja un poco la cabeza, y un rizo rubio

plateado y cubierto de laca le cae sobre la frente. Nos miramos a los ojos y una sonrisa le asoma a los labios. Sin ira, sin indignación y sin miedo alguno. No lo he impresionado con mi actuación. El insensato chico de la montaña con la niña muerta en brazos parece algo ridículo, ligeramente entretenido, nada más.

Recupero las fuerzas y pienso: «Estás subido a un pedestal, amigo. Pero algún día alguien te bajará de un empujón y caerás directamente a tu tumba». Desmonto del carro y dejo en el suelo a Louella; después doy un paso atrás para que Snow no pueda fingir que no ve su cuerpo roto de pajarito. Después lo señalo y aplaudo para darle al César lo que es del César.

«Dale tu viejo toque a esto, Plutarch», pienso.

De repente, al presidente le cambia la cara. Mira hacia la pantalla de mi derecha, en la que se me ve de cintura para arriba, aplaudiendo. Mueve los dedos hacia la característica rosa blanca que siempre lleva en la solapa, la endereza y mira de nuevo abajo. Entorna sus ojos azules, pero no está concentrado en mi cara. ¿Está mirando el eslabón?

Alguien me agarra por detrás y me aparta a rastras. Los sanitarios caen sobre Louella, aunque sé que no hay forma de traerla de vuelta. Odio dejarla atrás, pero, si no la suelto, ¿qué voy a hacer con ella? ¿Su familia habrá visto su despedida? ¿Y la mía? Seguramente no habrán retransmitido esto para el Distrito 12. Cortarían la emisión cuando nuestros caballos salieron corriendo.

Me resisto un poco, pero después me da la sensación de que me esfuerzo demasiado. Me dejo caer y obligo a los agentes de la paz a arrastrarme por la larga carretera de vuelta al establo, hasta que se dan cuenta de mi estratagema, me esposan y me obligan a caminar. Entonces es cuando me fijo en la gente, que sigue en las gradas, y oigo las voces que gritan:

—¡Eh! ¿De dónde eres?

—¡Aquí, chico! ¿Cómo te llamas?

—12, ¿verdad? ¿Eres del 12, chico?

Eso me llama la atención. ¿Conmigo? ¿Hablan conmigo? Vuelvo la cabeza de un lado a otro.

—¡Habla, chico! ¡No podemos patrocinarte si no sabemos quién eres!

¿Estas personas quieren patrocinarme? ¿Enviarme comida y provisiones a la arena? ¿Y después apostar por mí como si fuera un perro hambriento en

una pelea? Puede que deba sentirme agradecido o, al menos, ser listo, pero me resulta imposible con las manos manchadas de la sangre de Louella. Preparo un lapo y se lo escupo directamente a un hombre a la cara, que está hinchada y tintinea porque se ha injertado espejos en ella. Le aterriza en la mejilla y la multitud se parte de risa.

—¡Di que sí!

—¡Me gusta tu estilo!

—¿Haymitch o Wyatt? ¿Cuál eres?

Lo último lo pregunta una mujer que lleva un nido de pájaros en la cabeza. Agita un programa de los Juegos del Hambre en cuya cubierta se ve un número cincuenta dorado y brillante contra el fondo de la bandera de Panem. Estoy preparando otro escupitajo cuando uno de mis guardias me advierte que pare. Escupo de todos modos. Me pega un codazo fuerte en el costado y la multitud vitorea, aunque no sé bien a quién.

Hartos, los agentes me tiran dentro del carro en el que están los tributos del Distrito 4, y así tengo la oportunidad de ir hasta el establo agarrándome al tridente falso de otro tío para no volver a caerme. A él no le parece demasiado bien y, en cuanto llegamos a nuestro destino, me estrella el mango contra el plexo solar y vuelvo a estar en el suelo.

—Muy buena, Urchin —se ríe una chica del Distrito 4 antes de despedirse agitando su cola de pez.

No encuentro ninguna buena razón para levantarme, así que me limito a quedarme tirado, sin importarme si me pisotean o no. Se me ha grabado dentro de los párpados la imagen del cuerpo sin vida de Louella bajo el balcón de Snow. Es como si nunca fuera a ver otra cosa.

Todo se calma a medida que el lugar empieza a vaciarse. De todos modos, nadie tiene prisa por mover al tributo rebelde del Distrito 12. Al cabo de un rato, aparece Maysilee sobre mí, con su fuente de rizos colgándole de un lado de la cabeza.

—Bueno, señor Abernathy, esta noche ha tenido la última palabra.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué he dicho exactamente, señorita Donner?

—No os metáis con el Distrito 12.

Consigo sonreír con la mitad de la boca.

—¿Crees que les he dado un buen susto?

—No. Pero, al menos, ahora saben que estamos aquí. —Me ayuda a levantarme—. Prefiero que me desprecien a que me ignoren.

Wyatt se nos acerca.

—Buen trabajo con la multitud. Seguro que consigues unos cuantos patrocinadores. Nuestras probabilidades han mejorado un poco con el accidente. Todos los del Distrito 6 están heridos. Los del 10 también están regular.

Me resisto al impulso de pegarle.

—Y Louella está muerta —replico.

—Sí, pero era poco probable que Louella nos matara a alguno de los tres. Y, al ser una cría menuda de trece años del Distrito 12, apenas se la tenía en cuenta en la clasificación, de todos modos.

Lo miro, asombrado por su frialdad.

—¿Qué cálculos estará haciendo tu padre sobre tus probabilidades de ganar, Wyatt?

Veo que se avergüenza un poco, pero se limita a decir:

—De cuarenta a uno, más o menos.

—Entonces, si vences y yo he apostado un dólar por ti, ¿me darían cuarenta?

—Cuarenta menos la comisión de los corredores.

—Supongo que eres una posibilidad remota para que tu padre te venda tan barato.

—Nunca he fingido lo contrario.

Wyatt da media vuelta y se dirige a nuestra furgoneta, una de las pocas que quedan en los establos.

—Tío, eso ha sido cruel, incluso para mí —me dice Maysilee—. A los padres no se los elige.

—Podría darle la espalda a su negocio.

—Qué va —responde ella—. Yo iba a pasarme el resto de mi vida detrás del mostrador de los caramelos, por mucho que lo odiara. Y seguro que tú habrías ido en mono de minero hasta que te murieras. Ninguno de nosotros podía elegir nada.

Sigue a Wyatt hasta la furgoneta y me deja meditando sobre la idea de que quizá haya sido más cruel que Maysilee. No es algo de lo que sentirse orgulloso. Sin embargo, tampoco lo es calcular cómo influye la muerte de Louella en nuestras posibilidades. Su cadáver todavía no está frío, y él ya la ha reducido a un número. Y no era un número, era la niña que conocí el día que nació, cuando el señor McCoy, con el rostro iluminado por la alegría, la

sostuvo frente a la ventana para que todos los niños la viéramos desde fuera. Una pena horrible y oscura se apodera de mí y amenaza con ahogarme, pero la empujo hacia dentro. Me trago la tristeza, la sujeto con una tapa y la represo. No permitiré que mis lágrimas les sirvan de entretenimiento.

El esfuerzo me deja mareado, así que me siento con la espalda contra un pilar y observo a los pájaros que aletean alrededor de las vigas. Los caballos desaparecen en el interior del establo. Los tributos rezagados salen de la avenida y se unen a los otros de su distrito. Unos agentes de la paz se pasean por ahí esposando a los recién llegados. Me echan un vistazo, pero me dejan en paz.

Al final doy con una pizarra electrónica en la que sale la lista de tributos. Al parecer, no nos merecemos tener apellidos.

SEGUNDO VASALLAJE DE LOS VEINTICINCO

DISTRITO 1

Chico Panache

Chica Silka

Chico Loupe

Chica Carat

DISTRITO 2

Chico Alpheus

Chica Camilla

Chico Janus

Chica Nona

DISTRITO 3

Chico Ampert

Chica Dio

Chico Lect

Chica Coil

DISTRITO 4

Chico Urchin
Chica Barba
Chico Angler
Chica Maritte

DISTRITO 5
Chico Hychel
Chica Anion
Chico Fisser
Chica Potena

DISTRITO 6
Chico Miles
Chica Wellie
Chico Atread
Chica Velo

DISTRITO 7
Chico Bircher
Chica Autumn
Chico Heartwood
Chica Ringina

DISTRITO 8
Chico Wefton
Chica Notion
Chico Ripman
Chica Alawna

DISTRITO 9
Chico Ryan
Chica Kerna
Chico Clayton
Chica Midge

DISTRITO 10
Chico Buck
Chica Lannie
Chico Stamp
Chica Peeler

DISTRITO 11
Chico Hull
Chica Chicory
Chico Tile
Chica Blossom

DISTRITO 12
Chico Wyatt
Chica Maysilee
Chico Haymitch
Chica Louella

Cuarenta y ocho críos. Menos una. Nunca recordaré todos sus nombres. Dudo que ellos recuerden el mío. Somos demasiados.

Un chico con mono de color azul eléctrico, más o menos del tamaño de Sid, se me acerca haciendo tintinear un poco las esposas. Otro cordero para el matadero.

—Hola, soy Ampert. Del Distrito 3.

Miro detrás de él, pero no lo acompaña nadie. Es probable que sea una posibilidad aún más remota que yo. No tengo ni idea de qué quiere, aunque a mí me gustaría que alguien fuera agradable con mi hermano en estas circunstancias, así que le digo:

—Hola, Ampert. Soy Haymitch. ¿Cuántos años tienes?

—Doce. ¿Y tú?

—Cumplí dieciséis ayer.

—Eso sí que es un asco. —Se acuclilla a mi lado y juguetea con sus esposas—. Podría abrirlas en un segundo si tuviera una horquilla.

—O una llave —respondo, sonriendo con su fanfarronada.

—Suenas como mi padre. Se reirá cuando se lo cuente.

Podría comentar que Ampert no volverá a ver a su padre, pero ya he excedido mi cuota de crueldad de hoy. Es más considerado seguirle la corriente. Me quito un imperdible del mono y se lo ofrezco.

—Prueba con esto, amigo.

Se le ilumina la cara como si acabara de regalarle un juguete nuevo. Abre el imperdible y empieza a agitar la punta dentro de uno de los cierres de las esposas.

—Esto no nos lo enseñan en el colegio. Se centran en la tecnología que usamos en las fábricas. Pero me enseñó mi madre. Ella es la mecánica. Sé muchas cosas que deberían ser útiles en la arena. Si quieres ser mi aliado.

Así que es eso. Los tributos de su distrito lo han rechazado y está buscando a alguien más lamentable que él. Un minero del carbón del Distrito 12 parece un candidato adecuado.

—Tenía una aliada y ya está muerta —respondo.

—Lo siento. Creía que solo se había quedado inconsciente. Louella McCoy, ¿verdad? Obligaste a Snow a responsabilizarse de su muerte, ¿verdad?

Bueno, hay que reconocerle que no se le escapa una.

—Verás, Ampert, no sé si merezco la pena como aliado. Creo que podrías conseguir a alguien mejor. ¿Por qué no vuelves y les pides a los tributos de tu distrito que se unan a ti?

—Ah, ya lo han hecho. Pero estoy intentando montar una alianza para enfrentarnos a los profesionales. Tengo a todos los del 7 y el 8, y el 11 se lo está pensando. —Con un último giro, la esposa izquierda se le cae de la muñeca. Levanta el imperdible, triunfal—. ¡Te lo dije!

—¡Toma! —exclamo—. ¿Cómo lo has hecho?

—Te lo enseñaría si tuviéramos más tiempo. —Ampert se recoloca la esposa antes de que alguien se dé cuenta y se guarda el imperdible—. Si cambias de idea, estaré por aquí.

Sale corriendo y veo que vuelve a informar al resto de los tributos del Distrito 3, que alargan el cuello para echarme un vistazo.

No sé para qué me necesita ese chico. No será por mi cerebro. Puede que, como Hattie, crea que soy una buena mula. Pero mis días de aliado empezaron y terminaron con Louella.

Cuando solo quedo yo fuera, una agente de la paz me ordena que suba a

la furgoneta. Nos encadena a Maysilee, a Wyatt y a mí, después mira a su alrededor y frunce el ceño.

—¿Dónde están vuestra acompañante y vuestros estilistas? ¿Vuestros mentores?

No respondemos. No lo sabemos, ¿por qué íbamos a saberlo?

Entonces interviene otra agente.

—Drusilla salió pitando después del accidente. Magno Stift no se ha presentado. —Consulta su portapapeles—. Y en la lista no veo ningún mentor para el 12.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer con ellos? —pregunta la primera—. Mi turno acaba dentro de diez minutos. Mi pelotón ha montado una fiesta para después y soy la única que sabe hacer un buen ponche de ron.

—No podemos dejarlos aquí. Supongo que tendremos que llevarlos a sus habitaciones. Que ellos se las ingenien.

Se cierra la puerta y el motor cobra vida. En la oscuridad absoluta de la furgoneta, apoyo la cabeza en la pared. No puedo seguir reprimiendo las desgracias de los últimos días: el dolor que me palpita en la cabeza por el golpe de fusil en la cosecha; el terror de la descarga eléctrica; el corazón roto tras despedirme de mis seres queridos; la ducha tóxica; el humillante desfile ante Panem; el accidente del carro; y, lo peor de todo, el horror de verme empapado en la sangre de Louella. Me duele todo, por dentro y por fuera.

Nos descargan en una calle bordeada de edificios de pisos pintados como si fueran caramelos de colores. La agente de la paz disgustada nos dirige a un edificio vigilado por guardias armados, y entramos en un vestíbulo con paneles de madera falsa en las paredes y después en un ascensor que huele a calcetines viejos y perfume barato. Gira una llave en la ranura que pone doce y nos quita las esposas mientras subimos.

—Nos han informado de que vuestros mentores os esperan arriba. Nos han dicho que nada de esposas, pero que sepáis que hay agentes de la paz pendientes de cualquier aviso y cámaras por todas partes.

Señala con la cabeza la de la esquina del ascensor. No han intentado disimularla. Quieren que sepamos que están observando. O que creamos que están observando, aunque no haya nadie al otro lado.

—Si no hay agentes de la paz, no hay paz —mascullo.

—Exactamente —responde ella, asintiendo con un gesto brusco de cabeza.

Cuando se abre la puerta, nos empuja hasta un vestíbulo. Hay un cuadro de un caniche blanco con esmoquin colgado sobre una mesita con un cuenco de naranjas de cera.

—¡Son todo vuestros! —grita la agente, y las puertas del ascensor se cierran.

Nos quedamos donde estamos, abandonados, bajo la mirada crítica del caniche, a la espera de la siguiente ronda de abusos. En el silencio, me percato de un aroma familiar. Es la sopa de alubias con jamón que prepara mi madre cuando alguien muere. No puede serlo, por supuesto. Aun así, con la pérdida de Louella tan reciente, algo se me rompe dentro. Se me llenan los ojos con las lágrimas que llevo acumulando desde la cosecha. Eso me enfurece, así que parpadeo con ganas para reprimirlas.

Oímos unos pasos suaves que se acercan hasta que aparece una mujer joven y bajita. La reconozco de inmediato: es la chica de pelo negro del Distrito 3 que ganó los Juegos del año pasado.

—Hola, soy Wiress y voy a ser vuestra mentora.

Era una arena llena de superficies brillantes. Lagos que reflejaban el cielo, nubes que le devolvían el favor y, por todas partes, cantos rodados, cuevas y barrancos cubiertos de espejos. Cuando soltaron a los tributos en la arena, no eran capaces de orientarse. Allá donde miraran, otros tributos vestidos con túnicas relucientes les devolvían la mirada.

Mientras lo veíamos, en casa, Sid me susurró: «No puedo ni mirar. Me pongo bizco».

Si te desorientabas mirando desde fuera, desde dentro era incomprensible del todo. Había un botín de suministros en una enorme Cornucopia plateada, pero incluso llegar hasta ella era peligroso. Un tributo intentaba agarrar un arma y solo encontraba un puñado de aire; saltaba a un claro y se daba contra una pared; o esquivaba a un atacante para acabar ensartándose en su espada.

La mayoría de los tributos enloquecieron, pero no Wiress. Ella lo observó todo; después se alejó con muchísimo cuidado de la Cornucopia y consiguió encontrar mochilas de suministros donde no parecía haberlas. Al final se produjo un baño de sangre bastante torpe, pero ella ya se había marchado de allí y estaba explorando la arena centímetro a centímetro, hasta que se

acomodó en una roca que sobresalía sobre un lago, a plena vista de sus competidores. Salvo que… no podían verla. Había encontrado un punto ciego y, aunque llegaban a pocos metros de ella, hechos una furia, no la detectaban. Se quedó allí sentada, más silenciosa que un ratón, comiendo y bebiendo del lago, y durmiendo hecha un ovillo.

Lo más gracioso, si es que algo puede considerarse gracioso en los Juegos del Hambre, fue ver a los Vigilantes intentar enviarle regalos de los patrocinadores, sin conseguirlo. Aquel punto era ciego también para ellos. Y, mientras bromeaban al respecto, se notaba que les daba vergüenza que una chica del Distrito 3 comprendiera su arena mejor que ellos.

Cuando finalmente se despejó el campo, solo quedaron Wiress y un chico del Distrito 6. Wiress por fin se levantó y se dejó ver, y el chico saltó hacia donde creía que estaba ella, se golpeó la cabeza y se ahogó en el lago. El aerodeslizador que recogía a los vencedores estuvo una hora, más o menos, intentando localizarla, y no lo hizo hasta que ella regresó a la Cornucopia para que la recogieran. Más tarde, cuando le preguntaron cómo había dado con su estrategia, ella contestó: «Seguí los rayos de luz». No pudo o no quiso decir más. De no haber sido una chica tan desconcertante, la habría vitoreado por ser más lista que los Vigilantes de los Juegos.

Así que, por supuesto, nos la han dado a nosotros. Siempre nos tocan los restos. Disfraces asquerosos, caballos viejos y, ahora, ella. Intento asimilarlo, pero me cabrea mucho. No quiero de mentora a Wiress. No es más que otra persona rara a la que enfrentarme cuando ya no puedo más. ¿Cómo va a ayudarme una chica que sigue rayos de luz? ¿Cómo va a enseñarme a protegerme una chica que salió de la arena sin un arañazo? ¿Cómo va a ser mentora de nadie una chica que no ha luchado contra nadie ni ha matado a nadie? No puede, punto.

Me preparo para decir todo eso cuando aparece una segunda mujer. Tardo un momento en ubicarla. Es mayor, probablemente ronde la edad de Hattie. Entonces recuerdo unos Juegos de cuando era pequeño y a un chico histérico vestido con un traje de conchas marinas que acababa de ser coronado frente a toda la nación de Panem. La histeria había empezado cuando pusieron el resumen de los Juegos, en el que se veían las veintitrés muertes de sus competidores. Y esta mujer había abrazado al chico y había hecho todo lo posible como su mentora por protegerlo de las cámaras, que devoraban cada uno de sus gestos.

Es Mags, vencedora del Distrito 4. Me mira con tristeza, con comprensión, y entonces abre los brazos y dice:

—Siento muchísimo lo de Louella, Haymitch.

Por un momento, vacilo entre la rabia y la pena. Pero la presa por fin se rompe. Acepto su abrazo, dejo caer la cabeza en su hombro y me echo a llorar.

7

En general, no lloro mucho. Solo cuando muere alguien, y entonces lo hago deprisa, con ganas y a lágrima viva, como ahora. Porque Louella está muerta y se suponía que debía cuidarla y no lo he hecho. Y, aunque Lenore Dove siempre será mi amor verdadero, Louella es mi primera y preciosa novia.

Mags me sostiene mientras me estremezco con los sollozos y le mancho el hombro de lágrimas y mocos. Wiress se lleva a Maysilee y a Wyatt a otro sitio del piso para darnos un momento.

—Lo siento —digo con voz ahogada.

Pero Mags niega con la cabeza y sigue dándome palmaditas en la espalda.

Cuando me calmo un poco, me lleva a un cuarto de baño en el que me espera una bañera llena de agua humeante. Me da una bolsa y me dice:

—Mete aquí tu traje. Magno lo quiere de vuelta. Después, báñate y únete a nosotros.

Cuando se va y cierra la puerta, lanzo una toalla a la cámara para tener algo de intimidad, sin importarme que me castiguen por ello. Después me deshago del repugnante disfraz y lo meto en la bolsa. En mi casa, los baños calientes son un ritual de los domingos, mientras que el resto de la semana nos duchamos con cubos de agua fría porque se tarda mucho en bombear el agua y calentarla para llenar la bañera de hojalata. Esta versión más profunda, de porcelana, llena casi hasta el borde, con la pastilla de jabón cremoso y el champú líquido son un lujo inimaginable. Me sumerjo y me dejo envolver por el calor; los hilitos de la sangre de Louella tiñen de rosa el agua limpia.

Cierro los ojos e intento vaciar la mente para que solo quede el calor, el murmullo de las voces lejanas y el olor a sopa mezclado con el aroma ligero y floral del jabón. A eso se reduce el mundo. Nada más. Debo de llevar aquí

tumbado un buen rato porque el agua está fría y la punta de los dedos arrugada cuando abro de nuevo los ojos. Vacío la bañera y me restriego bien bajo la ducha para limpiarme el insecticida, la suciedad del camino y los últimos rastros de la vida de Louella.

Después de secarme con una toalla enorme y mullida, me pongo la ropa interior, la camisa y los pantalones negros lisos que me han dejado, y me calzo un nuevo par de botas. Al abrir la puerta del baño, intento decidir si debería sentirme avergonzado por mi crisis, y me doy cuenta de que en realidad me importa un pimiento lo que piensen los demás.

El piso, que tiene un no sé qué extraño e impersonal, lo ha decorado alguien cuyo gusto tiende a las cosas peludas y al color naranja tostado. Los adornitos de gatitos y cachorritos no parecen encajar con los barrotes de las ventanas. Me guío por mi olfato hasta la cocina, donde Mags, Wiress y Wyatt están sentados a la mesa, comiendo.

—Siéntate con nosotros —dice Mags—. Tu amiga está dándose un baño.

Estoy demasiado cansado para corregirla sobre el estado de mi relación con Maysilee; compañera de clase parece más apropiado. Me sirve un gigantesco cuenco de lo que, efectivamente, es sopa de alubias con jamón.

—Mags lo ha pedido expresamente a la cocina —dice Wiress.

—Sí. Creo que es reconfortante. —Mags me deja el cuenco delante.

—Lo es.

Aspiro el vapor y pienso en mis hermanas gemelas, en papá y en la nana. Y, ahora, en Louella. Me tomo una cucharada y dejo que el sabor de casa me recorra y me dé fuerzas para lo que está por venir.

—¿Dónde estamos, por cierto? —pregunto.

—Es un piso diseñado para alquileres temporales. Lo han reservado para alojar a los tributos de este año —responde Mags.

—El año pasado, los veinticuatro dormimos en barracones. Esto es más privado —añade Wiress.

—Yo no diría que ese cuarto de baño es privado. He colgado mi toalla en la cámara.

—Las acaban de instalar para los tributos. Es imposible saber cuándo están mirando —dice Mags—. Pero todo queda grabado.

Wyatt se aparta de la mesa.

—Supongo que me toca bañarme.

Quiero decirle: «Siento lo que te dije antes. Lo de que tu padre estará

aceptando apuestas sobre ti». Pero no me queda energía para hacerlo, así que permito que se vaya sin decir palabra.

Mis mentoras me dejan comer en silencio: sopa, pan blanco y mantequilla, y, para terminar, un buen trozo de tarta de melocotón. Temo que vayan a ponerse a hablar enseguida de estrategias, pero Mags se limita a decir:

—¿Por qué no te vas ya a la cama, Haymitch? Podemos hablar por la mañana.

Me lleva a una habitación con dos camas cubiertas con unas colchas peludas de color naranja, cada una con un pijama encima, y me da las buenas noches. Me cambio y me meto entre las sábanas pensando que no me quedaré dormido, pero caigo en un segundo.

Lenore Dove dice que mis sueños son como ventanas a mi mente, tan claros que no necesitan interpretación. Lo que es una forma bonita de decir que son muy evidentes. Esta noche se centran en las cosas horribles que han pasado (cabezas que estallan y accidentes de carro) y en las cosas horribles que pasarán en los próximos días. Como no sé bien qué me voy a encontrar cuando suene el gong de los Juegos, mi cerebro toma prestados elementos de las arenas pasadas. Armas. Hambre. Mutos. Los dos primeros son males muy antiguos, pero las mutaciones o mutos, para abreviar, son atrocidades genéticas creadas en el laboratorio para entretener al público sediento de sangre del Capitolio. Como las comadrejas que comen caras o, en la arena de Wiress, los escarabajos plateados que cubrían por entero a los tributos y los asfixiaban. Mi cerebro se obsesiona con estos últimos.

Cuando los escarabajos me chupan el oxígeno de los pulmones, me despierto, jadeando. Wyatt ronca en la otra cama. Solo con eso me reafirmo en mi idea de que no lo quiero de aliado. ¿Cómo va a esconderse en la arena si lía esa escandalera? Claro, en el tren, cuando nos escuchó hablar a Louella y a mí, estaba fingiendo roncar. Le echo una mirada asesina, pero parece estar frito de verdad.

Aunque podría levantarme, me quedo bajo las sábanas, agradecido por contar con un momento para aclararme las ideas. Todo ha ido demasiado deprisa. Todavía no logro hacerme a la idea de que Louella ya no esté. Y ahora tengo una oferta de Ampert, que me cae bien, no puedo evitarlo. Me intriga su idea de una manada compuesta por los no profesionales. Me pregunto si aceptaría también a Wyatt y a Maysilee. No parece demasiado

tiquismiquis. Los tributos del Distrito 7 y el Distrito 8 no tienen nada de especial. Debe de preferir la cantidad a la calidad. Aunque el 11… Eso podría cambiarlo todo…

De todos modos, no sé si debería unirme a ellos. Quizá le pregunte a Mags por su opinión. Qué curioso tener a alguien del 4 (una profesional) de mentora. Aunque tuvo que ser tributo casi al principio, y quizá entonces no hubiera profesionales. En cuanto a Wiress… No debería ser tan duro con ella. Si yo lograra ser más listo que los demás como hizo ella, sin mover un dedo, claro que lo haría. Sin embargo, parece algo más propio de Ampert.

El olor a comida frita me saca de la cama. Me pongo la ropa de anoche y voy a la cocina. Mags y Wiress están sentadas como si no se hubieran acostado, pero la comida ha aparecido. Se me hace la boca agua al ver los grandes platos llenos de huevos, beicon y discos crujientes de patata.

—Buenos días, Haymitch —dice Mags—. Sírvete, por favor.

Me lleno mi plato hasta arriba y cojo otro para poner tostadas con mantequilla y mermelada; después me sirvo vasos de zumo y leche, pero paso del café. De nuevo, me dejan comer en paz, lo que les agradezco. La comida siempre me anima, así que, después de un par de platos llenos, creo que seré capaz de sobrevivir al día de hoy. Voy a necesitar mucha energía para enfrentarme a los profesionales, sobre todo a Panache. Estoy bastante seguro de que cree que le debo un carro.

Estoy bebiendo té caliente con azúcar cuando entra Maysilee, vestida exactamente como yo, salvo por sus collares. Toda de negro, con el pelo apartado de la cara y las marcas de la fusta, tiene un aspecto duro. O puede que siempre haya sido dura, pero con tanto volante y tanto lazo parecía presumida. Estaría fuera de lugar detrás del mostrador de los dulces, que, además, está claro que odiaba. ¿Con qué soñaría en realidad?

—Buenos días, Maysilee. ¿Has dormido bien? —le pregunta Mags.

—Mejor que la noche anterior.

Maysilee se sirve una taza de café solo y la envuelve con las manos.

—¿No vas a comer? —le pregunto.

—No soy mucho de desayunar.

No me extraña que saque de quicio a todo el mundo. En la Veta, si hay algo para desayunar, a todo el mundo le gusta verlo. Me unto mermelada en otro trozo de pan tostado.

—Eso te va a venir muy bien en la arena. Sobre todo si tampoco eres

mucho de comer o de cenar.

—No sería mala idea que consiguieras comer un poco más en los próximos días —comenta Mags.

Maysilee se lo piensa, se sirve una tira de beicon y le da un bocadito. No usa los dedos, por supuesto. Seguro que los Donner se comen las palomitas con cuchillo y tenedor.

Wyatt se nos une, con las marcas de las sábanas todavía en la cara, también vestido de negro.

—Bonito conjunto —le digo, intentando relajar un poco la tensión entre los dos.

—Es igual que el tuyo —responde, a la defensiva.

—¿Vamos a ir por ahí vestidos como trillizos? —pregunta Maysilee—. Bastante tenía con una gemela.

Las Donner tienen una amplia selección de trajes a juego.

—Creía que eso te gustaba —le digo.

—A mi madre le gusta —me corrige.

Vaya. Puede que use tanta joyería porque es la única forma de ser ella misma.

—Es la ropa que nos da el Capitolio —dice Mags—. Todo el mundo llevará la misma durante el entrenamiento y en la arena. Aunque Magno debería proporcionaros trajes para la entrevista. El año pasado envió a los tributos de vuestro distrito con la ropa de entrenamiento. Lo castigaron poniéndolo en periodo de prueba, así que, con suerte, estará buscando algo que merezca la pena. Os toca entrenamiento en breve. ¿Empezamos?

Intento concentrarme. Es probable que sea la única ayuda que recibamos.

—He sido mentora varias veces a lo largo de los años —dice Mags—. En los primeros Juegos, no preguntaba a los tributos lo que querían porque la respuesta me parecía evidente. Queréis vivir. Pero entonces me di cuenta de que, aparte de eso, hay muchos otros deseos. Los míos tenían que ver con mi compañero de distrito. Con protegerlo.

—Recuerdo que yo no quería morir de noche —interviene Wiress—. No quería morir a oscuras. La idea me aterraba.

—Así que vamos a preguntároslo ahora: ¿qué queréis?

Guardamos silencio, intentando dar con una respuesta. Ayer, la mía habría sido proteger a Louella. Ahora, pienso sobre todo en mis seres queridos, en que mi muerte les resulte lo más fácil posible.

—No quiero que mi chica y mi familia me vean sufrir una muerte larga y horrible —digo—. Por ejemplo, no dejo de pensar en esos mutos de comadreja de hace unos años… Nunca lo superarían.

—Sí, si muero, que sea deprisa —dice Wyatt—. No quiero que la gente que apueste por que mi muerte sea larga saque dinero con eso.

Es una idea estremecedora.

—¿Tu familia aceptaría apuestas sobre eso? —pregunto.

Wyatt se encoge de hombros.

—Alguien lo haría. Seguro que alguien ya lo ha hecho. Y sobre la vuestra. Así funciona.

—No quiero suplicar —dice Maysilee—. Ni implorar por mi vida. Quiero irme con la cabeza bien alta.

—De acuerdo —dice Mags tras una pausa—. ¿Algo más?

Hay algo carcomiéndome por dentro, algo que tiene que ver con Sarshee y papá, con el amanecer de Lenore Dove, con los verdugones de Maysilee y con sostener en alto a Louella para que la viera el presidente. ¿Qué es lo que dijo anoche Ampert sobre Louella? «Obligaste a Snow a responsabilizarse de su muerte, ¿verdad?».

—Yo también quiero todo eso. Lo que acabáis de decir. Pero, si pudiera, también me gustaría… —Miro hacia la cámara de la esquina. ¿Cómo decirlo sabiendo que el Capitolio puede estar observando? ¿Que quiero que el Capitolio se responsabilice de lo que nos están haciendo?—. Quiero recordarle a la gente que estoy aquí porque el Capitolio ganó la guerra y cree que, cincuenta años después, es una forma justa de castigar a los distritos. Pero me gustaría que pensaran que cincuenta años es suficiente.

Ha sonado lo bastante diplomático. Espero a que se rían o a que pongan cara de fastidio, cosa que nadie hace.

—Así que quieres que acaben para siempre con los Juegos del Hambre. ¿Cómo? —pregunta Maysilee.

—Todavía no lo sé —reconozco—. Supongo que, para empezar, habría que recordarle a la audiencia que somos seres humanos. Ya has visto cómo hablan de nosotros: cerditos, bestias… Llamaron garras a mis uñas. Y has visto cómo nos miraban los críos de fuera del gimnasio. Como si pensaran que somos animales. Y que ellos son superiores. Así que no pasa nada por matarnos. Pero los habitantes del Capitolio no son mejores que nosotros. Ni más listos.

—Si acaso, más estúpidos —responde Maysilee, a la que no pueden importarle menos las cámaras—. Mira la que montaron en nuestra cosecha. Y en el desfile de carros. Y en los Juegos de Wiress, el año pasado. Ni siquiera eran capaces de hacerle llegar sus regalos. Hay que enseñarles algo así.

—Sí, obligarlos a reconocer que también somos personas —dice Wyatt—. Y que las bestias son ellos, por matarnos.

—Eso. Pero yo no soy tan listo como Wiress. No puedo superar en eso a la arena.

—Puede que sí —me anima Wiress—. En realidad, la arena no es más que una máquina. Una máquina de matar. Es posible ser más listos que ella.

Wyatt hace rodar su moneda por los nudillos.

—El truco sería conseguir que lo muestren en directo.

—Si tiene que ver con matar a alguien, lo mostrarán —dice Maysilee.

—O con suicidarte —añade Wyatt.

—Es algo que debemos meditar con cuidado. Podrías ponerte en peligro o poner en peligro a tus aliados —advierte Mags, señalando con la cabeza a Wyatt y a Maysilee.

—Ah, bueno, Haymitch no nos quiere de aliados —dice Wyatt.

¿En serio? ¿Por ahí va a tirar?

—Muy bonito, Wyatt. Así que yo soy el capullo, ¿no? ¿No la chica más cruel de la ciudad ni el chico que calcula las probabilidades para que la escoria apueste sobre la muerte de unos niños?

Mags me mira, preocupada.

—Es bueno tener aliados. Puede que, de todos modos, acabéis por gravitar los unos hacia los otros cuando empecéis con el entrenamiento.

—Yo podría ser tu aliada —le dice Maysilee a Wyatt—. Si no eres demasiado exigente.

—Vale —responde él.

Aunque todo lo que he dicho es cierto, me arrepiento de haberlo dicho. No es que yo sea perfecto. Los dos me ponen de los nervios, pero los culpo de demasiadas cosas. No son ellos los que han matado a Louella, ni los que me han elegido en la cosecha, ni los que crearon los Juegos. Tengo que dar marcha atrás. Además, si quiero enviar un mensaje en condiciones, necesitaré tiempo, y para ganar tiempo necesitaré aliados.

—Vale, mirad, hay un niño del 3, Ampert, que quiere que me una a su

alianza. Tiene al 7 y al 8. Puede que el 11 se anime. No sé si voy a hacerlo, pero puedo preguntar si os quieren a vosotros. Puedo decirles que sois listos.

Maysilee se encoge un poco de hombros, y Wyatt asiente y dice:

—Los miembros de una manada tienen más probabilidades. Al menos, al principio. Alguien que les cubra las espaldas.

Ojalá dejara de hablar de probabilidades.

—Lo tendré en cuenta. Entonces ¿cómo va a ser el entrenamiento?

—Será en el mismo gimnasio donde os arreglaron —responde Mags—. Habrá puestos donde podréis prepararos para lo que os espera en la arena. No os distraigáis con lo que elijan los demás; dadle prioridad a lo que vais a necesitar para sobrevivir.

—Una forma de defenderme —digo.

—O una buena forma de ocultarse —dice Maysilee.

—¿Qué es lo más importante? —pregunta Wyatt.

Wiress se pone a cantar una cancioncita muy rara:

> Primero evita la matanza,
> consigue armas, busca agua.
> Comida y refugio hay que encontrar,
> fuego y amigos pueden esperar.

—Me la inventé para recordar lo importante, de mayor a menor. Para tener un plan en la arena. Sabía que no podía luchar en el baño de sangre, lo que significa que tenía que alejarme a toda prisa de la Cornucopia. Al final, la única arma que necesité fue mi cerebro. Pero vosotros seguramente necesitéis otras. Puede que la Cornucopia sea la mejor oportunidad para conseguir una. Si no, fabricadla, aunque sea solo un palo afilado. Después, buscad agua. Agua antes que comida. Moriréis de sed mucho más deprisa que de hambre. Después, comida. El fuego puede estar bien para iluminaros, cocinar y calentaros si hace frío, pero quizá no lo necesitéis y podría ser peligroso si desveláis vuestra posición. Los amigos, para mí, habrían sido muy arriesgados.

—Pero eran lo primero de mi lista —dice Mags—. Debéis decidirlo vosotros.

—¿Y fabricar un refugio? —pregunta Wyatt.

—Es bastante posible que estéis en movimiento —responde Mags—. Quizá tengáis que dormir cada noche en un sitio distinto. Según mi experiencia, es más importante contar con aliados para montar guardia que con un techo.

—Roncas —le digo a Wyatt.

—No, qué va. En el tren fingía.

—Malas noticias: también roncas de verdad.

—Como un oso —confirma Maysilee—. Te oía a través de la pared.

—Intenta dormir en un sitio en el que haya ruido —le aconseja Mags—. Cerca de una corriente de agua. O amortigua el sonido en una cueva.

—Te pondré una manta o algo en la cabeza —dice Maysilee—. O te despertaré si haces demasiado ruido.

—Se me había olvidado que estarás allí —dice Wyatt—. Supongo que los amigos también son lo primero de mi lista. ¿Qué más pasa en el entrenamiento?

—Habrá expertos que os enseñarán a usar las armas, a hacer una fogata —dice Mags—. Buscad pistas sobre vuestra arena. Los Vigilantes de los Juegos a veces ocultan en su diseño pequeñas claves sobre su naturaleza. No al principio. Mis Juegos fueron hace mucho. Entonces, el entrenamiento, si es que se le podía llamar así, era mínimo. No nos daban pistas, ni fuera ni dentro de la arena.

—El año pasado, algunos de los puestos de supervivencia tenían objetos reflectantes. Mantas isotérmicas. Cuencos metálicos. Y, en el puesto de cómo hacer fuego, un espejito redondo. Creo que era una pista, aunque no lo comprendí hasta que vi la arena —dice Wiress—. Dentro, cuando entendí cómo era aquel lugar, mi instinto me dijo que corriera hacia el peligro porque, de hecho, solo era el reflejo del peligro, no el peligro en sí. Confiad en vuestros instintos.

—Es un buen consejo para casi todo —dice Mags.

El intercomunicador cobra vida y una voz anuncia que es la hora de irnos al entrenamiento. Mags nos sujeta en la espalda, con imperdibles, unos trozos de tela con el número doce. Los agentes nos esperan en el ascensor, nos cargan en la furgoneta y nos transportan al gimnasio.

Al salir a la luz del sol, Maysilee le echa un vistazo a Wyatt.

—Necesitas más presencia, Wyatt. —Él intenta parecer más duro—. No,

eso es peor. Saca la mandíbula. Ponte erguido. Ahora, saca pecho. —Le alborota el pelo y le sube las mangas—. Tienes los músculos de las minas. Enséñalos.

—Sí, así está mejor —reconozco—. La ropa negra ayuda.

—Somos del Distrito 12. La pocilga más miserable de Panem —dice Maysilee—. Somos salvajes como los caballos de nuestro carro. Yo le pegué a nuestra acompañante y Haymitch desafió al presidente Snow. Nadie nos mangonea.

—Somos impredecibles —dice Wyatt.

—Unas bombas de relojería —coincido.

Los agentes de la paz abren las puertas y entramos procurando emitir nuestras mejores vibraciones de bombas de relojería.

Han transformado el lugar. Los puestos para el cambio de imagen ahora son cabinas con habilidades de supervivencia (hacer fuego y nudos, despellejar animales, camuflaje) dirigidas por entrenadores con monos blancos ajustados. La otra punta del gimnasio la han reservado para varios tipos de armas. Los otros tributos dan vueltas alrededor de las cabinas, vestidos con el mismo traje que nosotros, pero en distintos colores. Me alegro de que nos haya tocado el negro porque todo el mundo parece medio enfermo cuando lo vistes de verde moco (mala suerte, Distrito 1) y el amarillo mantequilloso del Distrito 9 hace que parezcan tan amenazadores como unos polluelos.

Unas cuerdas de nailon separan las gradas a nuestra derecha en doce secciones marcadas con el número de cada distrito. Nuestros asientos son los que están más cerca de la puerta. Las gradas están vacías, salvo por los chicos del 11, que forman un grupo verde oscuro muy prieto y están discutiendo acaloradamente sobre algo.

—¿Es que siempre somos los últimos en llegar a todo? —se queja Maysilee.

—Así nos tienen que esperar —le digo, aunque la verdad es que siempre reparan en nosotros en el último momento. Y nadie nos ha estado esperando.

—Bombas de relojería —nos recuerda Wyatt, así que nos enderezamos y nos metemos en medio de la acción.

Mags tiene razón: aquí, en el gimnasio, tendemos a permanecer juntos.

Somos a los únicos que conocemos. Y, en los Juegos, somos los que menos probabilidades tenemos de matarnos entre nosotros.

—Deberíamos lanzar cuchillos —decide Maysilee.

No es mala idea. A pesar de lo que le prometí a mi madre, no me son del todo desconocidos los juegos con cuchillos, aunque les tengo demasiado cariño a mis dedos de los pies como para ponerme a lanzar navajas al suelo. Por otro lado, un blanco en un antiguo cobertizo o en un árbol… Bueno, eso es otra cosa. A Blair se le da muy bien y a mí tampoco se me da del todo mal. Pienso en la navaja nueva, regalo de cumpleaños, que no podré lanzar ni una vez, y espero que Sid la disfrute.

Mientras nos abrimos paso hacia la zona de los cuchillos, me fijo en que hay unos cuantos equipos de televisión cubriendo el entrenamiento y algunos agentes de la paz patrullando el gimnasio. A nuestra izquierda, la sección superior de las gradas está llena de Vigilantes de los Juegos vestidos con túnicas blancas. Se pasean por allí, bebiendo café y tomando notas sobre los tributos de abajo. Dentro de unos días, cada uno de nosotros recibirá una puntuación del uno al doce para indicar nuestras posibilidades de ganar los Juegos. La gente la usará como guía para patrocinarnos o no.

Nos unimos al grupo formado por los tributos del Distrito 7, vestidos de marrón rojizo. Todo el mundo se estudia mientras una mujer del Capitolio, Hersilia, nos instruye en el lanzamiento de cuchillo. Ampert me dijo que el 7 ya había aceptado unirse a su alianza, y me causan una impresión favorable. Parecen seguros de sí mismos, sin resultar engreídos. Uno de ellos, una chica delgada con un montón de trenzas negras relucientes y un brochecito tallado de un árbol en la camiseta, me dice que se llama Ringina, así que yo también me presento.

Una vez que hemos captado lo esencial (cómo sostener la hoja, el movimiento con el brazo recto, no girar la muñeca), nos ponemos en fila para lanzar. En un puesto hay una cesta con una docena de cuchillos distintos, pero no puede haber más de un tributo con armas a la vez. Lanzas, un tipo de blanco recoge el cuchillo y lo devuelve. Hersilia selecciona el modelo para el siguiente tributo. Muchos cuchillos rebotan en la diana, aunque Maysilee acierta más de los que falla y, no es por presumir, pero yo lo clavo todas las veces. Lanzar los cuchillos me relaja un poco porque solo los asocio con cosas buenas, como estar con mis amigos en el bosque

haciendo el tonto. Cuando Ringina acierta en el centro de la diana, se me olvida dónde estoy y le digo:

—Muy bueno.

Como Ringina acepta el cumplido con una sonrisa rápida, la energía cambia. Sé que nunca seré capaz de matar a esta chica, igual que no voy a matar ni a Maysilee ni a Wyatt. Así que bien podría hacerme aliado del Distrito 7 y unirme de verdad al equipo de Ampert.

Abro las negociaciones con un:

—Oye, Ampert dice que vais a…

Pero, de repente, veo un borrón verde moco a mi izquierda, el tintineo de los cuchillos de la cesta al agitarse y la sensación de un mazo golpeándome las costillas.

Si alguna vez te han dado un golpe por sorpresa, sabes que la indignación es doble: por el dolor y por la injusticia del ataque. Tirado en la colchoneta, jadeante, veo a Panache acercarse y agarro el mango del cuchillo. Antes de poder levantarme, un agente de la paz le da una descarga eléctrica y otros tres se lo llevan a rastras. Wyatt me ofrece una mano para ponerme de pie mientras los demás tributos recogen los cuchillos.

Hay un momento, justo al enderezarme, en el que miro a mi alrededor y estoy armado, y mis compañeros están armados. Media docena de nosotros sostiene cuchillos afilados y letales. Y veo que hoy no hay muchos agentes. En absoluto. Los superamos cuatro a uno. Y, si nos movemos deprisa, podríamos liberar algunos de esos tridentes, lanzas y espadas de los otros puestos, y conseguir un buen arsenal. Miro a Ringina a los ojos y juraría que está pensando lo mismo. Cuando Hersilia acerca la cesta, a la chica le cuesta bastante soltar el cuchillo dentro.

Los dos volvemos a nuestro lugar al final de la cola, aunque nos quedamos un poco atrás, donde no puedan oírnos, mientras los demás entrenan.

—Levanta los brazos —dice Ringina. Lo hago con cuidado, y ella me toca las costillas, donde me ha dado Panache—. Creo que no están rotas. —Da un paso atrás y aprieta los labios, consternada—. Podríamos haber acabado con ellos.

Cuanto más lo pienso, peor me siento. Todos los años permitimos que nos conduzcan como ovejas a su máquina de matar. Todos los años se libran de pagar por su matanza. Simplemente montan una gran fiesta y meten

nuestros cadáveres en cajas, como si fueran regalos, para que nuestras familias los abran en casa.

—Al menos podríamos haberles hecho algún daño —le digo a Ringina.

—Al menos un poco. Probablemente bastante —dice alguien detrás de mí. Al volverme, veo a Plutarch, que hace gestos a su equipo para que grabe el lanzamiento de cuchillo, pero sin dejar de mirarme a mí—. La pregunta es: ¿por qué no lo habéis hecho?

8

A pesar de las costillas doloridas, pienso en borrarle de un puñetazo la pregunta de la cara. Porque lo que implica está claro: no solo quiere saber por qué no hemos iniciado una rebelión en miniatura en este gimnasio, sino que también se refiere al Distrito 12. ¿Por qué dejamos que los animales del Capitolio nos gobiernen? ¿Porque somos cobardes? ¿Porque somos estúpidos?

—¿Por qué os sometéis a todo esto? —insiste.

—Porque vosotros tenéis las armas —responde Ringina, sin más.

—¿De verdad es por las armas? Efectivamente, son una ventaja. Por otro lado, si se tiene en cuenta la gran diferencia en el número de habitantes entre gente del distrito y del Capitolio… —medita Plutarch.

Sí, en el Distrito 12 somos más vecinos que agentes de la paz. Pienso en las armas con las que podríamos hacernos. Picos, cuchillos, puede que algunos explosivos. Sin embargo, ¿frente a fusiles automáticos, bombas aéreas, gases y la colección de mutos del Capitolio?

—No creo que nos «sometamos» —le digo.

—Está implícito. Aceptáis las condiciones del Capitolio.

—¡Porque no queremos acabar muertos! —le suelto—. ¿De verdad que no lo entiendes?

—No, sí que lo entiendo. Veo los ahorcamientos, los tiroteos, el hambre y los Juegos. Lo veo —dice Plutarch—. Aun así, sigo sin creer que el miedo que inspiran justifique este acuerdo que todos cumplimos. ¿Tú sí? —Lo miro. No nos toma el pelo ni se burla de nosotros, lo pregunta de verdad—. ¿Por qué lo aceptáis? ¿Por qué lo acepto yo? Y, ya puestos, ¿por qué siempre se ha aceptado? —Como no respondo, se encoge de hombros—. Bueno, es algo en lo que pensar.

—Te toca, Haymitch —dice Hersilia, que me ofrece un cuchillo.

Podría (a) lanzarlo o (b) apuñalar a un agente de la paz en el corazón, con

lo que me aseguraría de mi muerte inmediata. Estoy un poco mareado, pero acierto en el blanco.

Plutarch me espera al final de la cola. Intento no hacerle caso, pero no deja de parlotear.

—Anoche diste todo un espectáculo.

—Sí, bueno, seguro que usaste tu toque especial para convertirlo en un cumplido al presidente.

—No hacía falta. La retransmisión acabó cuando estalló el petardo. Las noticias del Capitolio afirman que la ceremonia de inauguración fue perfecta.

—Dudo que los que se toman en serio las noticias del Capitolio dediquen mucho tiempo a cuestionarlo —digo—. Les da igual lo que nos pase a los tributos, muertos o vivos.

Me pregunto qué harían con el cadáver de Louella. Espero que lo hayan enviado a casa de los McCoy. La tumba de su familia está al lado de la nuestra, así que nos reuniremos pronto.

Empiezo a darle la espalda, pero Plutarch me pone una mano en el brazo.

—Siento lo de Louella, Haymitch. Era una persona con mucho que ofrecer. Me di cuenta desde el principio.

¿De verdad me está dando el pésame?

—¿Por qué no dejas de perseguirme? —le suelto—. Hay un gimnasio lleno de gente que está deseando que le des visibilidad. ¿Por qué no te das una vueltecita?

—Me han asignado la cobertura del Distrito 12. —Levanta las manos y retrocede—. Pero intentaré darte algo de espacio.

Molesto por su interrogatorio, me llevo a un lado a Maysilee y a Wyatt.

—Mirad, si nos unimos a la alianza de Ampert, los del 7 estarán en nuestro equipo. Ahora os voy a presentar a Ringina. —Miro muy serio a Maysilee—. Procura ser simpática. No hagas ningún comentario sobre su pelo, ni sobre sus uñas, ni sobre cómo le sienta el marrón, ni le pidas que te deje examinar su broche porque eres una experta en joyas.

Maysilee resopla.

—Me gusta su pelo.

—Y, Wyatt, no seas raro. No empieces a hablar sobre sus probabilidades de morir.

—¿Y sobre las de otros?

—¡No! Todavía no. Puede que nunca. ¡Da mal rollo! Si tienes que calcular alguna probabilidad, hazlo sobre regalos, patrocinadores o algo así. Olvídate de lo de ser bombas de relojería. Hay que parecer personas a las que querrías de aliadas. Como gente que te gustaría tener a tu lado en un accidente minero. Estables. Listos. De confianza.

Ampert, reluciente con su traje azul eléctrico, se acerca corriendo y agitando sobre la cabeza un trozo de cuerda negro.

—¡Eh, Haymitch! El Distrito 10 se apunta. Son los de carmesí. Los he conocido haciendo nudos. Uno de los chicos, Buck, me ha hecho este lazo. Creo que lo voy a convertir en una especie de símbolo, porque no me he traído ninguno. —Le da varias vueltas flojas a la cuerda alrededor de la mano, se mete el improvisado collar por la cabeza y baja la voz—. Después puedo desenrollarlo y usarlo en la arena.

A Maysilee se le crispan los labios.

—Bueno, no lo puedes llevar así. No queda nada bien. Pareces una comadreja atrapada en una alambrada.

—¿Sí?

Ampert no parece ofendido, sino que me mira con curiosidad.

—¿Qué acabo de decirte? —le pregunto a Maysilee.

Ella no me hace caso y, sin que nadie se lo pida, le quita la cuerda del cuello a Ampert.

—Esta es Maysilee, de mi distrito. Quiere aliarse con vosotros.

Maysilee examina la cuerda, comprueba su flexibilidad y la retuerce entre los dedos.

—Podrías hacer un collar trenzado. Es una cuerda de un hilo. Tendría más o menos este aspecto. —Saca uno de sus collares, una trenza muy elaborada en la que han engarzado un medallón con el grabado de una flor —. Sin flor, claro.

—Vale —dice Ampert—. ¿Puedes hacerme uno?

—Supongo que sí, pero no tengo cinta, así que tendrás que sujetarlo mientras trabajo.

—Lo sujetaré.

—Y no tenemos ganchos, así que habrá que atarlo, cosa que nunca recomiendo como primera opción.

Ampert se mete la mano en el bolsillo y saca mi imperdible de anoche.

—Tengo esto.

Ella se lo piensa.

—De acuerdo. Pero ten cuidado cuando te lo quites si no quieres que se deshaga entero. Vamos.

Se dirige a las gradas sin tan siquiera comprobar si la sigue o no.

—Mi padre quiere conocerte. Está en la cabina con la patata —me dice Ampert antes de salir corriendo detrás de ella.

¿Su padre? ¿Una patata? Vuelvo a sentir dudas. ¿Qué estoy haciendo? ¿Es Ampert un niño iluso que vive en un mundo de fantasía? Antes de comprometerme, necesito saberlo. Así que le presento a Wyatt a Ringina (cruzando los dedos para que mi compañero se comporte medio bien) y me voy en busca de un hombre con una patata.

Tras recorrer las cabinas abarrotadas, efectivamente, encuentro a uno. Es un hombrecillo de pelo negro que me da la espalda, encorvado sobre un mostrador en el que hay una patata solitaria; nadie se acerca para aprender sus habilidades. Jugueteo con una tira de venda en la cabina de al lado, que es de primeros auxilios, mientras lo observo. Cuando se gira, me fijo en las gafas de montura de acero. Aunque se parece bastante a Ampert, no me resulta familiar por eso: es Beetee, un vencedor del Distrito 3.

Un terror helado me corre por las venas al atar todos los cabos. Ampert no es ni un lunático ni un mentiroso. Su padre lo ha acompañado al Capitolio porque es un vencedor. Y, por tanto, un mentor, asignado a entrenar a su propio hijo para que muera en los Quincuagésimos Juegos del Hambre.

No tengo ni idea de por qué han elegido a Beetee para que se encargue de una cabina con una patata, pero se supone que es una especie de genio de la tecnología. La verdadera pregunta es: ¿cómo ha acabado Ampert aquí, con él? Dos tributos cosechados de la misma familia… ¿Acaso son las personas más desafortunadas de Panem?

Abandono el intento de ser sutil y me acerco.

—¿Eres el padre de Ampert?

—Sí. Y seguro que te preguntas por qué estoy aquí, Haymitch. —Beetee se quita las gafas y se las limpia en la camiseta—. Es porque me han castigado por idear un plan para sabotear los sistemas de comunicaciones del Capitolio. No quieren matarme porque soy demasiado valioso, pero mi hijo es prescindible.

Eso responde a mi pregunta.

—Qué horror. Lo siento mucho. Es un chico estupendo.
—Sí que lo es.
Beetee mira a Ampert, que está sentado frente a Maysilee en las gradas, charlando, mientras ella trenza la cuerda para darle forma.
—¿Y te obligan a ser su mentor? —pregunto.
—Forma parte del castigo. Que sea testigo de lo que están casi convencidos que serán las últimas horas de vida de mi hijo. Incluso me han dado un puesto en el entrenamiento, al que los mentores no suelen asistir, para que no me pierda ni un minuto. Si no lo veo, el castigo no tiene sentido.
No se me ocurre nada que pueda consolarlo, pero lo intento.
—No es culpa tuya.
—Claro que lo es. Del todo. Me arriesgué. No sospechaba que me habían descubierto hasta que llegó la cosecha. Lo calcularon todo. De haberlo sabido, podría haberme suicidado, y Ampert estaría sano y salvo, en casa. Así funciona Snow. —Deja caer la cabeza y apoya la punta de los dedos en el mostrador de madera para sujetarse. Espero a que se desintegre, pero se limita a decir—: ¿Te gustaría aprender a convertir una patata en una batería? La luz puede ser importante en la arena.
«Lo cierto es que no, Beetee —pienso—. Lo que de verdad me gustaría es huir del horror absoluto que es tu vida». Pero sería de cobardes. Como lo que les estarán haciendo los vecinos ahora mismo a Sid y a mi madre. Así que le digo:
—Vale. ¿Habrá patatas en la arena?
—No lo sé. Sospecho que me han encargado esto para humillarme, pero no lo han conseguido. Puede que ese sea su único objetivo. Sin embargo, si no puedes encontrar una patata, hay otras cosas (los limones, por ejemplo) que también funcionan. Eso sí, no te comas nada que hayas usado antes como batería. —Saca una bandejita con unos paquetitos de plástico. En cada uno hay un par de clavos, un par de monedas de cobre, unos rollitos de alambre y dos bombillas diminutas—. Con dos patatas se tendría más energía.
—Supongo que, si puedo encontrar una, hay bastantes posibilidades de que encuentre dos.
—Si no, podrías intentar cortar una por la mitad. —Saca una segunda patata y me la pone delante; después me ofrece algo que parece un lápiz con

una hojita afilada en la punta—. Por ahora, usaremos las dos. Haz lo que yo.

Beetee abre un paquete y vuelca su contenido en el mostrador. Levanta la mirada un segundo. Tengo a un agente de la paz mirando por encima de mi hombro. El fino cuchillo me tiembla en la mano. Ya estamos otra vez. Armado y con acceso.

«Bueno, es algo en lo que pensar…».

—Vale, esta batería está hecha de cobre, zinc y el ácido fosfórico del jugo de la patata, que es una solución que conduce la electricidad. Permite que los iones viajen entre dos metales. Nuestro objetivo consiste en crear un circuito para iluminar esta bombilla.

Ya me he perdido, pero asiento como si tuviera sentido.

—Primero, necesitamos espacio para la moneda. —Beetee corta una ranura del tamaño de la moneda en el lateral de la patata, y yo lo imito—. Después, envolvemos una de las monedas de cobre con el alambre y la introducimos, dejando la cola larga fuera.

Clavo la moneda envuelta en alambre en mi patata.

—¿Significa eso que nuestra arena estará a oscuras?

—Bueno, la verdad es que no sé nada de la arena. Dicen que, si hierves la patata, aumentas la potencia, así que tenlo en cuenta.

—Pero, si pudiera hervir la patata, ya tendría un fuego, así que…

Una sonrisa le baila en los labios.

—Así que habrías conseguido una fuente de iluminación alternativa y todo este ejercicio con la patata sería una pérdida de tiempo.

—No quería decir eso, lo siento.

—No tienes que disculparte por ser astuto. Me alegro de que prestes atención.

Noto que el agente de la paz se aleja.

—Wiress dijo que en el entrenamiento habría pistas sobre la arena.

—Bueno, yo le haría caso. Como fui su mentor, sé lo lista que es. —Sostiene en alto un clavo—. Esto está galvanizado. Cubierto de zinc. Que no toque la moneda. No hace falta que sea una moneda y un clavo, lo que necesitas es cobre y zinc. Los fragmentos de metal funcionan igual de bien. Quizá consigas algunos en la arena, si te metes debajo del decorado.

Mete el clavo en la patata, a pocos centímetros de la moneda. Lo imito.

—También dijo que la arena no es más que una máquina —comento.

—Sí, todas son máquinas, en cierto modo.

Recuerdo la conversación en la cocina, cuando dije que quería ser más listo que la máquina y conseguir que el Capitolio parezca estúpido. Ahora me parece un gesto vacío. Wiress se pasó todos los Juegos haciendo eso mucho mejor de lo que podría hacerlo yo y ¿qué consiguió? Además, cualquier cosita que haga la mantendrán fuera de cámara. El verdadero golpe sería…

—Entonces, si es una máquina, podrá romperse, ¿no?

Beetee mira a Ampert.

—Sí, en teoría. En la práctica siempre es un poco más complicado. Ahora, vamos a conectar las patatas.

Engancha el alambre de su moneda a mi clavo y un tercer alambre a su clavo.

De repente, recuerdo un vídeo de los Juegos de Beetee. No sé cómo, pero consiguió recoger algunas piezas de su arena y electrocutó a los competidores que le quedaban. Me doy cuenta de que, si de verdad voy en serio con lo de romper la máquina, necesitaré a este hombre que una vez no solo fue más listo que su propia arena, sino que la usó en su beneficio. Porque, aunque sea bastante avispado por naturaleza, no dejo de ser un crío de las colinas sin apenas educación que no tenía ni idea de que se puede convertir una patata en una batería.

—¿Cómo, Beetee? ¿Cómo puedo romperla? —digo en voz muy baja—. No sé nada de máquinas.

—Seguro que sí, aunque no seas consciente de ello. Un tornillo es una máquina simple. Una rueda y un eje. Una palanca. ¿Estás familiarizado con las bombas de agua?

—Demasiado.

—Eso es una palanca. Ayuda a crear un vacío parcial para que el agua suba. Algunas máquinas requieren más conocimientos que otras.

—Sé cómo funciona un alambique de licor blanco. ¿Acaso eso cuenta?

Capto el fantasma de una sonrisa.

—¿Por qué no? —Beetee coge el alambre de mi moneda y el de su clavo, y los une a cada uno de los cablecitos que asoman de la base de una bombilla diminuta—. Allá vamos.

Emite un brillo tenue.

A mi madre le encantaría esto. ¡Cuánto dinero ahorraríamos en velas!

Pero no me sirve para destruir la arena.

—¿Con qué se rompe, Beetee? —insisto.

Él se inclina hacia delante, se levanta las gafas y se asoma bajo ellas para examinar la batería.

—¿El circuito? Bueno, solo hace falta desconectar una pieza (digamos, quitar un alambre) para que toda la batería muera. —Me doy cuenta de que tengo a otra agente de la paz detrás de mí y que Beetee habla para ella—. Recuerda, estamos convirtiendo energía química en energía eléctrica para iluminar la bombilla. Hay que mantener intacta la ruta circular.

La agente se acerca, ahora con la nariz a pocos centímetros de la batería, y su interés atrae a cuatro tributos vestidos de melocotón. El Distrito 8. Mis aliados extraoficiales, si todo sale bien.

—¿Podemos probar? —pregunta uno.

—Por supuesto —responde Beetee—. Bueno, gracias por pasarte por aquí, Haymitch. Vuelve si necesitas practicar más. Y feliz cumpleaños, aunque sea con retraso. —Supongo que se lo ha contado Ampert. Me ofrece la mano para que se la estreche—. Es curioso: me cosecharon el día que tú naciste.

Cuando estrecho su mano, noto algo, lo escondo en la palma y me lo meto en el bolsillo.

—Gracias, señor —le digo antes de alejarme mientras toco con los dedos el paquete de plástico lleno de monedas y clavos.

Un regalito de cumpleaños de Beetee. Si descubro el modo de colarlo en la arena, convencer a la gente de que he encontrado los materiales por allí (puede que cueste con las monedas, pero quizá pueda desenterrar algo de cobre) y encontrar una patata, estaré a medio camino de encender una bombilla muy tenue. Estoy bastante seguro de que mi eslabón es el medio más rápido para conseguir luz, pero quizá le sirva a esos chicos del Distrito 8.

En las gradas, Maysilee le da los últimos toques a un collar trenzado muy profesional. La verdad es que podría pasar perfectamente por un símbolo de su distrito. Lo sostiene en alto para inspeccionarlo.

Ampert lo acaricia, admirado.

—Es precioso. Y completamente simétrico. No puedo creerme que sea de un solo hilo. ¡Eres muy lista!

—Y tú tienes buen gusto —responde ella al colocárselo al cuello.

—Ojalá fueras mi hermana —dice él, sin más.

Un expresión extraña recorre brevemente el rostro de Maysilee. Seguro que nunca le han dicho nada parecido. Espero a que le suelte una bordería, pero se limita a responder:

—Seré tu hermana.

—Genial. ¡Se lo voy a enseñar a mi padre!

Ampert le da un abrazo que ella, un poco rígida, le devuelve, y sale corriendo.

Maysilee frunce el ceño.

—¿Su padre?

—Sí, va en serio —respondo—. ¿Recuerdas a Beetee, el vencedor del Distrito 3? Sacó los pies del tiesto. Lo castigan obligándolo a ser mentor de Ampert.

—Eso es de una crueldad suprema. ¿Tú querrías que tu familia estuviera aquí?

—No se me ocurre nada peor.

Un Vigilante anuncia la hora de comer y nos dirigen de vuelta a las gradas asignadas, donde un agente reparte cuatro cajas. Todavía estoy lleno del desayuno, me duele la barriga por culpa del ataque de Panache y ver la caja de la comida que Louella no podrá reclamar acaba con el poco apetito que me queda.

Un desfile de uniformes azules, marrones, melocotón y rojos se dirige a nuestras gradas. Reconozco a los distritos 3, 7, 8 y 10.

—¿Podemos unirnos a vosotros? —pregunta Ampert.

—Claro.

Si van a ser nuestros aliados, es bueno que estrechemos lazos. Suben a nuestro lado y todo el mundo se presenta, aunque olvido de inmediato casi todos los nombres. Los chicos del 10 están magullados y llenos de costras por culpa de la debacle del carro, pero parecen bastante fuertes.

En la zona de al lado, el Distrito 11 finge no hacernos caso, pero, como se han callado todos de golpe, supongo que están pegando la oreja. Intentan averiguar qué clase de aliados seríamos.

—Ampert, tú eres el que manda —le digo—. ¿Por qué no nos dices lo que tienes en mente?

Me encanta que, a pesar de tener solo doce años, vaya directo al grano.

—Veréis, los profesionales ganan los Juegos de forma desproporcionada.

Sin embargo, solo son un cuarto de los tributos. Nosotros somos tres veces más. Así que la idea es unir a todos los demás y, para variar, cazarlos a ellos en vez de dejar que nos cacen.

—¿Crees que podemos hacerlo? —pregunta una chica del Distrito 10.

—¿Por qué no, Lannie? —contesta Ampert.

«¿Por qué no?». Pienso en que en los distritos somos más que en el Capitolio, en una proporción de tres a uno.

—No tenemos que dejarnos manipular y creernos que van a conseguir vencernos —afirma Ampert—. Todo el mundo actúa como si la suerte no estuviera de nuestra parte, pero estoy seguro de que podemos darle la vuelta a esas probabilidades.

Al oír la palabra «probabilidades», Wyatt parece cobrar vida.

—Bueno, hay que tener en cuenta su estatura, entrenamiento, temperamento y los regalos de los patrocinadores. Pero, incluso así, si somos suficientes…

Deja la mirada perdida.

—Sí, es así siempre —le explico al grupo—. Está calculando la probabilidad de que ganen los doce profesionales si se enfrentan al resto de nosotros.

Todo el mundo espera, muy respetuoso.

—Sí, puede hacerse. Podríamos hacerlo. Todavía no es probable, pero sí bastante posible —informa Wyatt—. Sobre todo si ponemos de acuerdo a los nueve distritos.

—Si matamos a todos los profesionales, ¿qué haremos los demás después? —pregunta Ringina.

—Mantener otra reunión —dice Maysilee—. Al menos, esta alianza nos permite hacer algo que no sea solo pasar miedo.

—Pero ahora mismo no contamos con los nueve distritos —nos recuerda Wyatt—. Solo con cinco.

—Se lo he pedido a los demás, pero no todos quieren unirse —responde Ampert.

Observamos las gradas que se extienden por el gimnasio. En el otro extremo, los profesionales nos imitan, ya que se han reunido a comer. El verde moco se une al morado del 2 y al azul abisal del 4. Los distritos 11, 9, 6 y 5 siguen sueltos. Vemos que unos cuantos profesionales tiran las cajas vacías al suelo del gimnasio y después se dirigen a los asientos del Distrito

6 para robarle la comida a un par de críos. Con Juegos o sin ellos, si eres una persona medio decente, tienes que odiar a los abusones.

El Distrito 6 se compone de cuatro chicos enclenques con unas extremidades raquíticas que indican que nunca han visto la luz del sol. Como fueron víctimas del episodio de anoche con los carros, tienen vendas encima como para ahogar a un caballo. Uno se ha torcido un pie y recuerdo que otro se derrumbó en el suelo de la ducha, resollando por culpa del insecticida. Siento la tentación de descartarlos por completo; ¿qué podrían aportar a la alianza salvo una carga? Pero me quedo pillado con el color de sus trajes: gris paloma. Parece una señal.

—¿El Distrito 6 ha dicho que no? —le pregunto a Ampert.

—Dijeron que querían permanecer neutrales para que los profesionales no los convirtieran en su objetivo.

—Veo que les está funcionando —digo.

Una niña delgada como un palillo y vestida del color de Lenore Dove se derrumba en las gradas y se echa a llorar. Cojo mi caja de la comida, recojo la de Louella y, al acercarme, sostengo la de Louella en alto.

—Toma. Tenemos dos de más. —Ella vacila, pero después la acepta con una mano temblorosa. El niño resollante acepta la segunda—. ¿Cómo os va después del accidente?

La niña asiente.

—Sentimos mucho que nuestro carro lastimara a tu amiga —dice.

Es frágil, pero considerada.

—No es culpa vuestra. Ni se me ha pasado por la cabeza que lo fuera.

—Gracias por no culparnos.

—¿Culparos? Parece que estamos todos juntos en esto. No sé si lo sabéis, pero estamos montando una alianza bastante interesante. Aunque entiendo que queráis permanecer neutrales, la verdad es que eso os convierte en un objetivo para todos. De todos modos, la invitación sigue en pie.

Para cuando vuelvo con los míos, tengo a cuatro palomas rotas detrás. Se posan en los asientos y susurran sus nombres: Wellie es la chica que llora; Miles es el chico asmático; Atread y Velo, los otros dos. Después, se ponen a comer.

—Con el 6 somos seis —dice Wyatt.

—Necesitamos un nombre —dice Ringina—. Si ellos son los profesionales, ¿qué somos nosotros?

Todos aportan ideas. Ahora que somos aliados, el Distrito 12 propone las «bombas de relojería»; al Distrito 10 se le ocurre los «caballos oscuros»; y el Distrito 7 dice que los «invasores».

—No —responde con vehemencia Wellie—. Suenan como si intentáramos parecer duros. Pero no lo somos, comparados con los profesionales. Lo que somos es inexpertos, no entrenados para ganar los Juegos desde que nacemos.

—¿Y eso tiene gancho? —pregunta Lannie.

—En cierto modo —responde Ampert—. En primer lugar, significa que no nos hemos pasado la vida aceptando que aspiramos a participar en los Juegos.

—No somos colaboradores —dice Ringina.

—Eso. Pero lucharemos si tenemos que hacerlo —añade Ampert—. Necesitamos un buen nombre para unas personas que acaban de empezar algo difícil. Un nombre de distrito.

—Como pollino novato —digo sin vacilar. Los demás se ríen—. No, es algo de verdad. En las minas, si acabas de empezar, te llaman pollino novato. Mi padre me llamaba así cada vez que me enseñaba algo nuevo. En plan: «Venga, pollino novato, vamos a aprender a atarnos las botas».

—Me gusta —dice Wellie, y la sonrisa le cambia la cara surcada de lágrimas—. Somos los novatos.

Ringina se lo piensa y sonríe.

—Y orgullosos de serlo.

Todos nos sentimos mejor después de la comida. No es tanto porque no tenga que temer a la mitad de los tributos, sino porque no tengo que pensar en matarlos. Porque lo segundo es mucho peor. Ahora puedo unirme a mis aliados en los puestos y saber que me cubren las espaldas mientras aprendemos a preparar trampas, lanzar hachas y arreglar una pierna rota.

Los cuatro tributos del Distrito 6 se me pegan como lapas. Mi propia bandada de color gris paloma. Espero que no piensen que puedo protegerlos cuando lleguemos a la arena, porque no es así.

Wyatt parece haber encontrado a su gente. Los compañeros de Ampert del Distrito 3 están fascinados por su sistema de probabilidades y él parece encantado de compartirlo con ellos. Imagino que los fanáticos de los números acaban por encontrarse.

La que me sorprende es Maysilee. En casa no es popular, sino conocida.

No es una persona respetada, sino temida. No se recurre a ella, sino que se la evita. Aquí, siguiendo el ejemplo de Ampert, los críos le llevan sus baratijas y le piden que las convierta en algo especial, y ella accede. La chica debe de saberse unas cincuenta formas de trenzar, retorcer y enrollar una cuerda para convertirla en un adorno elegante. Con sus diseños, resalta los humildes objetos que traen de casa. El orgullo de distrito está muy arraigado. Del 6, que se dedica al transporte, Wellie trae un viejo timbre de bicicleta y Miles, el silbato de lata de un tren. El Distrito 10, que vive para el ganado, ha traído herraduras; los leñadores del Distrito 7, figuras talladas en madera. Las chicas del Distrito 8 tienen unas muñequitas con unos vestidos cosidos a la perfección. Uno de los críos del 3 tiene un pomo, aunque no sé bien cómo puede eso representar a la tecnología. Le lleven lo que le lleven, Maysilee consigue darles dignidad a sus símbolos y, aunque ofrece bastantes consejos de moda que nadie le ha pedido (dos chicas se cambian de peinado y un chico promete dejar de morderse las uñas), nuestros aliados la adoran.

Para cuando termina la sesión de entrenamiento, el Distrito 11 no ha dicho que sí, pero tampoco que no. Si están dispuestos, ojalá nos avisen. No nos vendría mal más músculo. He visto a Hull, el chico que le dio una patada a Panache en la ducha, lanzar una horca y decapitar un muñeco. ¿Por qué fingir que no estamos aquí para eso?

Cuando llega el momento de volver a las furgonetas, todos los novatos caminamos un poco más erguidos. A pesar de estar encerrados y a oscuras, Maysilee, Wyatt y yo seguimos haciendo planes, compartiendo información sobre nuestros aliados y preparando una estrategia. La furgoneta no tarda nada en pararse.

—Qué rápido —comenta Maysilee.

La puerta se abre y un agente de la paz me hace un gesto para que salga. Wyatt se levanta para seguirme, pero el agente levanta la mano.

—No, solo Abernathy.

Esto no puede ser bueno. Salgo de la furgoneta y me encuentro frente a un edificio de mármol blanco mucho más imponente que el de los pisos para tributos. Abarca una manzana entera y solo se accede a la estructura a través de un par de puertas de madera grandísimas en las que han grabado un diseño de estrellas doradas. Veo el ceño fruncido de Wyatt un segundo,

hasta que cierran la puerta de golpe y la furgoneta se aleja a toda prisa. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy?

Dos hombres con uniforme violeta hacen guardia en la entrada, silenciosos. Como si respondieran a una señal inaudible, abren las puertas, y ahí está Plutarch Heavensbee. Se me acerca con una expresión difícil de descifrar.

—Hola, Haymitch. Me temo que ha habido un cambio de programa de última hora.

—¿Solo para mí?

—Solo para ti. Parece que el presidente tiene dudas sobre tu… actuación.

Louella bajo el balcón. Snow arriba. Mientras yo aplaudía ante todo el Capitolio.

No hace falta que me explique más. Ahora es cuando pago por dibujar mi propio cartel propagandístico.

9

Una frágil colección de músculos y huesos, unos cuantos litros de sangre, todo envuelto en un finísimo paquete de piel. Eso es lo único que soy. Nunca me he sentido tan vulnerable como al cruzar las puertas de esta fortaleza de mármol.

Recorro con la mirada las paredes hasta llegar al alto techo de la entrada. Aquí no hay ni caniches ni naranjas. Solo más mármol y urnas enormes llenas de ramos de flores del tamaño de arbustos.

Una criada con delantal almidonado pasa el plumero por una estatua desnuda. Al captar mi mirada, entreabre los labios con compasión. Le falta la lengua. Es una avox, los prisioneros mutilados obligados a trabajar en silencio en el Capitolio hasta el fin de sus días. ¿Me quitarán la lengua? La idea me deja la boca seca como un zapato. Morir ensartado por la espada de Panache ahora me parece compasivo.

—Por aquí —dice Plutarch.

La moqueta es mullida como un lecho de musgo y absorbe mis pasos como si yo ya no pudiera hacer ningún ruido. Soy uno de los fantasmas que habitan las canciones de Lenore Dove. Una vez me habló de cuando la detuvieron los agentes de la paz en nuestro distrito, de lo asustada que estaba. Entonces recordó haber leído que, en ciertos momentos, lo único que puedes controlar es tu actitud ante una situación. «Así que podía decidir si estaba asustada o no, pasara lo que pasara. Vamos, que continuaba estando asustada, pero me ayudó darle vueltas a eso».

Intento darle vueltas, pero me corre demasiada adrenalina por las venas. «Ayúdame, Lenore Dove», pienso. No puede, claro. Nadie puede.

Plutarch me conduce por un largo pasillo arqueado lleno de cuadros a tamaño natural de gente altiva vestida con ropa elegante y antigua. Cada una de esas personas sostiene un objeto (una balanza, un harpa, una copa tachonada de rubíes) que parece usarse para definirla.

Plutarch hace un gesto indiferente hacia ellos.

—Te presento a los Heavensbee.

Espera un momento… ¿Los Heavensbee? ¿Será esta su casa?

No hay pocos; nos observan a lo largo de varios pasillos, presumiendo de su posesión más característica (una rama con hojas, un pájaro blanco lustroso; una espada, ¿es eso una pata de pavo?). Y todos ellos chorrean riqueza. Dejamos atrás umbrales, algunos bien cerrados, otros abiertos de par en par para dejar a la vista habitaciones llenas de muebles elegantes y centelleantes luces de cristal. Salvo algún que otro avox escabulléndose entre las sombras, está todo vacío.

Pienso en la cantidad de personas que tuvieron que dedicar su vida a construir este lugar, en cuántas morirían antes de terminarlo para que los Heavensbee pudieran tener un sitio en el que colgar sus retratos. Sus retratos ridículos, engreídos y pagados de sí mismos. Bueno, pues les salió el tiro por la culata: ahora, también ellos están muertos.

Al final, llegamos a una habitación en la que un anciano de barba blanca que sostiene un libro abierto sonríe desde su cuadro sobre la chimenea.

—Trajan Heavensbee —dice Plutarch—. Soy su tatatatara… Nunca recuerdo cuántos «tata» hay que poner. En fin, que es uno de mis antepasados. El único que ha servido para algo, en realidad. Esta era su biblioteca. Es un buen sitio para hablar.

Hablar no es torturar, así que me calmo un poco. Me fijo en las paredes, que no están llenas de instrumentos para provocar dolor, sino de estantes con libros que llegan hasta el techo. Miles y miles de volúmenes. En la esquina, una escalera de caracol dorada sube por una columna de mármol blanco y lleva hasta una balconada que recorre toda la sala. Un águila dorada nos vigila desde la baranda de lo alto de la escalera.

Esta habitación es el sueño de Lenore Dove hecho realidad. Un mundo de palabras en las que envolverse. Cada libro es tan preciado como una persona, dice, ya que preserva sus pensamientos y sentimientos incluso mucho después de su muerte. La Bandada tiene una colección de ellos, ejemplares antiguos con tapas de cuero agrietado y un papel tan delicado como las alas de una polilla. El tesoro familiar.

Aunque casi todos nosotros aprendemos a leer y escribir en el colegio, en el Distrito 12 no hay muchos libros. A veces aparece uno en el Quemador y, si tengo algo por lo que cambiarlo, lo compro y lo guardo para el

cumpleaños de Lenore Dove, sea del tema que sea, porque es muy difícil conseguir alguno. Una vez fue una guía en pasta blanda sobre cómo criar aves de corral y, aunque hablaba sobre todo de pollos y ella es de gansos, le encantó. En otra ocasión encontré una colección de mapas de antes de los Días Oscuros, algo que ahora resulta bastante inútil. Sin embargo, el año pasado di con una joya: un librito de poemas de autores fallecidos hace tiempo. Algunos de los poemas son ahora canciones.

Recuerdo la cara de alegría de Lenore Dove cuando le di la poesía y los besos de después, y me siento más fuerte. No pueden destruir lo que de verdad importa.

—¿Tú lees, Haymitch? —me pregunta Plutarch.

—Sé leer.

—No, me refiero a si te gusta hacerlo.

—Depende de lo que sea.

—A mí me pasa igual. Leer, en general, no es un pasatiempo popular en el Capitolio. Es una pena. Todo lo que se necesita saber sobre la gente está aquí mismo, en esta habitación.

Gira un pomo con forma de cabeza de cabra en lo que parece ser un escritorio empotrado en las estanterías. La parte superior se divide en dos y aparece una bandeja llena de botellas relucientes. Plutarch se sirve un vaso de líquido ámbar.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—No bebo.

Sin embargo, me puede la curiosidad profesional (al fin y al cabo, me dedico al alcohol de contrabando) y me acerco para examinar el producto. Lo que nosotros llamamos licor es claro como el agua, pero en este bar veo todos los colores del arcoíris. No sé si llevan algún tinte, si están envejecidos o si se mezclan con otras cosas, como hierbas. Es todo licor blanco, salvo que lo emperifollan. Las botellas llevan el nombre puesto en plaquitas de plata colgadas de cadenas: vodka, whisky de centeno, coñac.

Entonces localizo un nombre que reconozco, aunque nunca había visto el líquido en la vida real. Levanto la botella y dejo que la luz baile en sus profundidades rosáceas.

—Se llama «nepente» —dice Plutarch—. Es probable que no hayas oído hablar de él.

«Ahí te equivocas, Plutarch». No solo he oído hablar de él, sino que lo

conozco del poema que le da nombre a mi amada. Estoy cansado de paternalismo, así que decido ponerlo en su sitio.

—¿Te refieres al de «Embriágate, sí, con este amable nepente…»?

Plutarch arquea las cejas, sorprendido, y concluye el verso:

—«y olvídate de tu perdida Lenore».

Ahora soy yo el que está sorprendido y, puede, también algo inquieto. Supongo que, con tantos libros, su poema podría estar aquí. Pero que no solo lo haya leído, sino que lo haya memorizado, me perturba. No me gusta oír el nombre de Lenore de sus labios.

—Por supuesto, en el poema no queda claro si el nepente es el licor o la droga añadida al licor —sigue diciendo.

Recuerdo haber mantenido la misma discusión con Lenore Dove. Ella decía que «embriagarse» significa emborracharse o también atontarse. Y que el tío que cuenta la historia de la canción intenta dejar de pensar en que perdió a su amor verdadero.

—Creo que lo más importante es que te ayuda a olvidar cosas horribles —digo.

—Exacto. Estoy seguro de que esto es una mala imitación. Alcohol de grano coloreado con bayas. En los viejos tiempos contenía morflina, pero era tan adictivo que lo prohibieron. ¿Puedo preguntarte cómo es que conoces ese poema, Haymitch?

—Todo el mundo lo conoce en mi distrito —respondo, lo que es una mentira bien gorda, pero quiero que piense que todos lo aprendimos de un libro, como él.

—¿En serio? Vaya. Bueno, tengo algo que te va a interesar. Está en el invernadero.

Claro, el invernadero, sea eso lo que sea. Me conduce a una puerta lateral, después recorremos un pasillo estrecho y entramos en una habitación cuyo techo de cristal abovedado enmarca un pedazo de cielo nocturno. El cristal se curva también para formar las paredes, que permiten ver el jardín lleno de flores y árboles del exterior. Parece excesivo, puesto que la habitación ya está llena de plantas que brillan con la humedad del aire. Hay pájaros sueltos que vuelan libres entre las vigas del techo, piando a más no poder. Mesitas con sillas cargadas de florituras rodean una fuente que vierte agua en un estanque. En una mesa hay un teléfono con forma de

cisne dormido, de modo que la cabeza y el cuello doblado forman el auricular. Algo me zumba junto a la oreja y lo ahuyento de un manotazo.

Es como si hubieran intentado meter dentro todo lo de fuera. ¿Por qué? ¿Es que abrir una puerta y pasear por el exterior les cuesta demasiado? Como diría mi madre, a los tontos les dura poco el dinero.

—Ven a ver esto.

Plutarch me señala una planta que cuelga de una viga, dentro de una cesta que está cerca del teléfono de cisne. De las hojas largas y relucientes penden unas vainas rosáceas, cada una con lo que parece ser una pequeña tapa. En el fondo de cada vaina hay un charquito de líquido. Cuando me acerco a oler su aroma, que recuerda a algo un poco dulce y un poco podrido, Plutarch me indica una.

—Sueltan un néctar. A los insectos les encanta. Pero la superficie es resbaladiza, así que se caen dentro de la vaina y no pueden salir. Se ahogan y la planta los consume.

—Creo que se me escapa algo.

Le da un toquecito a la placa grabada en el lateral de la maceta. Aquí tiene que haber alguien que se dedica a etiquetar cosas a tiempo completo. Pone NEPENTHES. Tengo que reflexionar sobre esto.

—Bueno —concluyo—, es otra forma de ahogar tus penas.

Plutarch se ríe entre dientes.

—Eres la primera persona que pilla el chiste.

Otra vez lo está haciendo, está intentando que me sienta humano.

—¿Por qué estoy aquí, Plutarch?

Antes de poder responder, otra voz interviene.

—Por mí.

En un principio, no la reconozco porque su suavidad se ha deteriorado hasta convertirse en un gruñido ronco. Me vuelvo y veo al presidente Snow apoyado en el umbral, limpiándose la frente con un pañuelo. De nuevo, estar en su presencia me altera. El poder de su posición. Su historial de crueldades. La maldad encarnada. ¿De verdad ha sido tan grande mi delito como para exigir un encuentro en persona? Sobre todo cuando, ahora que lo veo de cerca, resulta evidente que no está bien. Suda, y está sin aliento y blanco como la cal. Se encorva sobre su vientre, abandonado su porte regio. Por una vez, a pesar de los tratamientos cosméticos, aparenta los cincuenta y ocho años que tiene.

—Ah, señor presidente —dice Plutarch—. ¿Se encuentra bien? Es el calor. Vamos a buscarle un asiento. —Corre a recolocar una silla junto a la fuente—. Pretendía que usara la biblioteca. Allí hace más fresco. ¿Lo prefiere?

El presidente parece demasiado angustiado para responder. Da unos cuantos pasos inestables hacia la fuente y, por un momento, todo el cuerpo se le agarrota. De la comisura de los labios le caen unas gotas de sangre que le manchan la camisa blanca al sentarse en la silla.

—¿Puedo traerle algo? ¿Puede que una bolsa de hielo? —pregunta Plutarch—. Hay un aseo justo ahí… —Snow se echa hacia delante y vomita un líquido asqueroso en la fuente—. Ah, vale.

Me alegro de no ser yo el que tenga que limpiarlo.

El sudor corre por la cara cerosa de Snow, pero no hay ni disculpa ni vergüenza. No se esfuerza por ocultar este momento de debilidad. Es casi como si quisiera que lo viéramos. Seguramente estaré muerto dentro de poco. ¿Lo hace por Plutarch?

El presidente se echa hacia atrás en la silla, jadeando.

—Demasiado calor.

—Claro, volvamos a la biblioteca. —Plutarch pone en pie al presidente y mete un hombro bajo su brazo—. Haymitch.

No es una petición, sino una orden. Me ocupo del otro brazo de Snow mientras contengo el aliento para no inhalar el desagradable olor a vómito y perfume floral que emite. El contacto físico con él, en este estado, me hace sentir un poco más valiente. No es más que un hombre, mortal como el resto de nosotros. Hasta donde yo sé, bien podría estar ya con un pie en la tumba.

Plutarch y yo cargamos con el presidente hasta la biblioteca, donde lo depositamos en un sofá bordado.

—Necesita un médico, señor presidente —aconseja Plutarch.

—Nada de médicos —grazna él, y lo agarra del brazo—. Leche.

—¿Leche? Haymitch, mira en el bar. Guardamos algo de leche para el ponche. El frigorífico está a la derecha.

Me tomo mi tiempo, haciéndome el cerdito torpe del distrito que no sabe distinguir la derecha de la izquierda y que, incluso después de averiguar eso, no es capaz de adivinar cómo abrir la puerta de madera con muelle que oculta el frigorífico. Cuando por fin la abro, localizo la leche en una jarrita

de porcelana blanca. Una escalera dorada envuelve el cilindro y un águila decora la tapa. Es una réplica de los escalones de la esquina de la biblioteca.

Miro al otro lado de la puerta del frigorífico, donde Snow tiene otro ataque de tos mientras Plutarch lo atiende.

Probablemente sea la mejor oportunidad que se me presente para luchar contra Snow en persona. «Va por ti, Louella». Abro la tapa del águila, me bebo la leche y me limpio el bigote blanco del labio. Después cierro la puerta y sostengo en alto la jarra.

—Está vacía.

Plutarch abre mucho los ojos, incrédulo; sabe bien lo que he hecho. Espero a que me delate, pero murmura, exasperado:

—¡Estos criados!

Y desaparece por la puerta gritando que le lleven más leche. Como he dicho, es más impredecible que un relámpago.

Me quedo a solas con Snow, que sigue con arcadas. Da miedo la posibilidad de verlo morir. Da aún más miedo que sea capaz de resistirme a ayudarlo. Antes de la cosecha, seguro que habría acudido a él sin dudarlo. La muerte de Louella me ha cambiado. Quizá sí que tenga madera de vencedor, al fin y al cabo.

Snow tiene otra arcada, vacía en la mesa un cuenco de cristal lleno de peras de cera y vomita de nuevo, esta vez una sustancia más negruzca que sanguinolenta. Me pregunto qué pensará de eso el viejo Trajan Heavensbee. Sigue sonriendo, Trajan, que se trata del presidente. La respiración de Snow se calma. Deshacerse de esa última tanda parece haber ayudado. Observa la habitación, el retrato y a mí, se limpia la boca con el pañuelo y se lo guarda en el bolsillo.

—A veces, la cura es peor que la enfermedad —susurra.

—¿Qué enfermedad?

—La incompetencia. Si se hace caso omiso de ella, se propaga.

Plutarch regresa con una segunda jarra de leche.

—Había alguna en la habitación del billar.

Snow se bebe de un trago la leche y le devuelve la jarra vacía.

—Otra. Y un poco de pan.

Plutarch observa el cuenco apestoso.

—¿Seguro, señor presidente? A veces, cuando uno está mal del estómago, es mejor…

—No es una enfermedad. Es una intoxicación. Ostras en mal estado. Pero me ha ido bastante mejor que a Incitatus Loomy.

—¿El director del desfile? —pregunta Plutarch, y una expresión extraña le asoma a la cara durante una fracción de segundo.

—¿Eso era? —Snow le pasa el cuenco—. Tráeme lo que te he pedido.

Cuando Plutarch se va, Snow examina la pared de libros ante él.

—Mira todo esto. Supervivientes. Durante los Días Oscuros, la gente quemaba libros para sobrevivir. Nosotros lo hicimos. Pero no los Heavensbee. Siguieron siendo asquerosamente ricos, incluso cuando las mejores familias se hundieron en la miseria. —Se saca una botellita del bolsillo, le quita el corcho y se traga su contenido, que le provoca un estremecimiento—. Uno de mis compañeros de clase, Hilarius, era uno de ellos. Un llorica inútil. —Se seca los labios hinchados en el puño de la camisa—. Al menos, Plutarch resulta práctico de vez en cuando, ¿no crees?

¿Que Plutarch me resulta práctico? ¿Qué sabe Snow?

—Creo que piensa que se atrapan más moscas con miel que con vinagre —respondo.

Snow resopla.

—Ah, los aforismos sobre miel del Distrito 12 siguen vivitos y coleando.

—No sé qué es un aforismo, ¿una especie de dicho? Lenore Dove lo sabría. Sin embargo, me doy cuenta de que se burla de mi forma de hablar, por mucho que no sepa exactamente a qué se refiere—. Me sorprendería que aquello hubiera cambiado mucho. No hay más que carbón y mineros empapados en el licor de mala muerte del Quemador. Todos a la espera de que los consuma esa horrenda tierra salvaje. —Su insulto me preocupa menos que lo mucho que conoce nuestro distrito. Los mineros empapados en licor de mala muerte del Quemador… Somos nosotros, sin duda. Los peores, al menos—. Ven, siéntate donde pueda verte.

De nuevo, no es una invitación, sino una orden. Dejo la jarra de leche junto al nepente del bar y doy un rodeo para sentarme frente al presidente, en un sofá. En el cojín bordado que tiene bajo el codo veo la misma imagen de la escalera dorada. Todo a conjuntito, como diría con sorna Maysilee.

Snow se fija en el eslabón, como hizo anoche.

—Es un collar chocante…

Chocante, eslabón… Puede que haya reconocido para qué sirve en realidad y ahora me prohíba llevarlo en la arena.

Alarga la mano.

—¿Puedo echarle un vistazo?

A Maysilee podía rechazarla, pero al presidente no. Desato los nudos del cordón de zapato, le doy un buen apretón con la mano al eslabón para despedirme de él, por si acaso, y se lo entrego.

Snow acaricia con los pulgares la cabeza del pájaro y de la serpiente.

—Hace buena pareja. —Le da la vuelta—. Y hay una inscripción.

¿Una inscripción? Debí de pasarla por alto con todo el follón del día de la cosecha. Sin pedir permiso, se saca unas lentes del bolsillo del pecho y ladea el eslabón para que le dé la luz.

—Ah, muy dulce. De L. D. ¿De quién se trata?

Mentir para ocultarla no serviría de nada. Aunque no lo retransmitieran para todo el país, seguro que le enseñaron a Snow lo sucedido durante la cosecha. Que yo intenté salvar a una chica de los agentes de la paz. Su reacción ante mi cosecha. El Distrito 12 es pequeño. Si se lo propone, encontrará a mi novia.

—Lenore.

—Pero ¿Lenore qué? No no, no me lo digas. Deja que lo adivine. D… D… No es fácil. No me valen los sospechosos habituales, aunque rara vez lo hacen. Se me ocurren muchos colores que empiezan por *deep* o *dark*. *Deep blue*, un tono de azul, o *dark green*, de verde. Pero no funciona así. ¿Puede que algo de la naturaleza? Como Ivory y Amber, el marfil y el ámbar. *Daffodil*, por los narcisos. *Dandelion*, por los dientes de león… *¿Diamond?* No, eso no es un color de verdad, es una piedra preciosa. Vale, estoy atascado. ¿Lenore qué?

La leche se me agría en el estómago al escuchar sus reflexiones y lo que desvelan. Sabe que Lenore Dove es de la Bandada; solo ellos llaman así a sus hijos. El primer nombre, de una balada; el segundo, un color. Amber y Ivory son nombres reales. ¿Cómo ha descubierto ese dato tan desconocido sobre un puñado de músicos de un distrito tan prescindible como el nuestro? ¿Informantes del Capitolio?

—Dove.

—¡Dove! —exclama, y se da una palmada en la frente—. Dove. ¿Quién puede resistirse cuando sirve para el color y para el pájaro? Los dos sabemos cuánto les gustan sus pájaros. —Me devuelve el eslabón. En la parte de atrás, con una letra minúscula, se leen las palabras que no había

visto antes: «Para H. Te quiero más que el fuego a las brasas. L. D.»—. ¿Sabes mucho sobre palomas, Haymitch?

—Son pacíficas.

—Solo cuando se trata de casos atípicos. Todos los pájaros que he conocido son despiadados. —Un hilo de saliva ensangrentada le cae por la comisura de los labios—. Seguro que sé un par de cosas sobre tu paloma.

—¿Cómo cuáles?

—Como que da gusto verla, que se pasea por ahí vestida de colores alegres y que canta como un sinsajo. Que la quieres.
Y, ah, que ella parece quererte. Salvo que a veces lo dudas, porque da la impresión de que no te incluye nunca en sus planes.

No es exacto, pero se acerca demasiado. Pienso en la mirada perdida que pone Lenore Dove cuando habla sobre la carretera, la vida de la Bandada y una libertad que nada tiene que ver conmigo. Peor aún, pienso en Clay Chance y en el fuego debajo del escenario de la cosecha, y en que se niega a compartir una parte de ella conmigo. Lenore me diría que es para mantenerme a salvo, pero quizá sea que no confía lo suficiente en mí.

—Me quiere —insisto.

—Es lo que te dice ella, no lo dudo. Pero, créeme, románticamente hablando, con estos Juegos has esquivado una bala.

—¿Así que debería darle las gracias?

Snow se ríe.

—Deberías. Aunque quizá no por eso.

—¿Por qué, entonces? Me envía a la muerte.

—Sí, te lo has ganado con tu comportamiento. —Ahí está, por si acaso me quedaba una chispa de esperanza. De primera mano. Con aliados o sin ellos, soy hombre muerto—. Lo bueno es que, cuando desaparezcas, Lenore Dove y tu familia deberían ser libres para disfrutar de una vida larga y feliz.
—Aunque su seguridad sea mi principal preocupación, que me recuerde que su futuro no me incluye es, como diría Maysilee, de una crueldad suprema.
Snow se limpia la saliva con el puño de la camisa—. Sin embargo, hay muchas formas de morir en la arena. Puede que te apuñalen, que te estrangulen o que mueras de sed. La muerte por muto suele ser la más memorable. Este año contamos con algunas bellezas. Programables, para adaptarlas a cada tributo. Y mucho más terroríficas que las comadrejas.

Entonces, lo vio. Vio nuestra sesión en la cocina, donde desvelamos

nuestros últimos deseos.
—No está en mi mano —respondo.
—No, pero sí en la mía. Y organizaré tu muerte según cómo te comportes en los días venideros. Tú decides lo que quieres que vean Lenore Dove, tu madre y tu hermanito. Puedes morir de una manera limpia y justa o podemos abrir los Juegos con la muerte más lenta y dolorosa que haya sufrido un tributo. Y, sí, deberías darme las gracias por darte la posibilidad de elegir.
Lo miro a esos ojos azul pálido que tiene.
—Supongo que me tiene atrapado.
—No te sientas demasiado mal. Estás en buena compañía. Mi familia también tiene su pequeño aforismo, por si no lo sabías.
—¿Cuál?
—Los Snow siempre caen de pie. —Sin apartar la vista de mí, exclama —: ¡Se acabó el juego del escondite! ¡Puedes salir! —¿A quién llama? ¿A mi torturador, para remachar la amenaza?—. Bueno, creo que se acabaron los paseos en carro no autorizados. Y también el burlarse de mí fuera de cámara. Y tengo un regalo de cumpleaños para ti, aunque sea con retraso. Quiero que lo trates con la gratitud que se merece.
Señala con la cabeza el invernadero.
En el umbral está Louella McCoy.

Segunda parte

EL GRANUJA

10

El corazón me da un vuelco y después me pesa como una piedra. Recuerdo la sangre que brotaba del cráneo aplastado de Louella y me caía en la mano. Sus ojos vacíos. Estaba muerta y bien muerta, no había vuelta atrás. Así que ¿quién es la niña del umbral?

Sin duda se parece a Louella. Misma talla, misma altura. Cara con forma de corazón, grandes ojos grises, largas trenzas oscuras. Tiene las uñas mordidas y una cicatriz en la frente que encaja con la que se hizo la Louella de verdad al caerse de nuestra cisterna. Lleva el traje de entrenamiento del Distrito 12, como si se hubiera vestido con nosotros esta mañana, en el piso. Del cuello le cuelga el collar de cuentas de flores moradas y amarillas de Maysilee. Cumple todos los requisitos.

Pero no es Louella. Igual que sé, por instinto, que las peras de cera de la mesa no tienen jugo, a esta chica le falta la esencia de mi amiga.

—Entra. Ya conoces a Haymitch —dice el presidente.

La Louella falsa cruza la habitación hasta llegar al extremo de la mesa.

—Hola, Haymitch.

El acento solo le falla un poquito, pero el saludo la delata del todo. Louella siempre me recibe con un «Hola, Hay» o un «¿Cómo vas?». Los pómulos también están raros. Como si le hubieran inyectado algo para rellenarle el rostro. Y, sobre todo, no me mira a los ojos, cosa que mi preciosa hacía todas y cada una de las veces.

—¿Quién eres?

Ella contempla el montón de peras de la mesa, desenfocando la mirada.

—Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito 12.

—No lo eres —le digo, y después me dirijo a Snow—. No lo es. Cualquiera se daría cuenta.

—Lo dudo. Su familia, quizá algunos amigos cercanos. Nadie que no estuviera entre el público borracho del desfile ha sido testigo del accidente.

Todos se creerán que es Louella. Sobre todo, porque tú vas a estar a su lado, entrenándola, como el buen aliado que eres. Una pareja perfecta en lo que va a ser un Vasallaje de los Veinticinco perfecto.

Ahora lo entiendo. A los que vieron el accidente en persona les dirán que Louella se recuperó. A Incitatus Loomy, el director del desfile, lo han asesinado por su incompetencia; envenenado por un plato de ostras al que Snow, no sé cómo, sí ha sobrevivido. Y queda en mis manos y en las de la falsa Louella encubrir la peor muerte de la noche.

Plutarch entra corriendo en la habitación, cargado con un vaso de leche y un plato de panecillos. Se detiene en seco al ver a Louella.

—¿Es esa…?

—Louella McCoy —dice Snow—. Ah, mi pan. —Le da un buen bocado a uno de los bollitos y gruñe para dar su aprobación—. Recién hecho. Creo que ya hemos acabado aquí. ¿Te importaría devolver a nuestros tributos a su alojamiento? Louella, este es Plutarch.

—Hola, Plutarch.

—Hola —responde él, que no puede dejar de mirarla.

—Es una buena doble. Hemos tenido suerte —dice Snow.

—Sí, señor presidente. Sin duda. Por aquí, chicos.

La falsa Louella y yo seguimos a Plutarch por unos cuantos pasillos de antepasados antes de que vuelva a hablar.

—No sabía nada de esto. Solo me dijo que quería hablar contigo.

—Vale —respondo—. ¿Quién es la chica?

—Pues supongo… que hija de traidores. Podría ser de los distritos o del Capitolio. Puede que ni ella lo sepa. No me cabe duda de que la han programado. Y es probable que también esté drogada.

—Hola, Plutarch. Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito 12 —interviene ella.

—Entonces ¿va a enviar a esta chica, sea quien sea, para que la maten en los Juegos? —pregunto.

—Ese parece ser el plan —reconoce Plutarch—. No lo apruebo.

—Mi héroe. De mayor quiero ser como tú. Ah, no, espera un momento, que eso no va a pasar.

Hay una furgoneta esperando en la entrada, con el motor encendido. Subo a ella antes de que puedan esposarme. La falsa Louella se mete en la furgoneta y se sienta en el suelo.

—Hola, Haymitch. Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito 12.

—Los va a dejar impresionados en las entrevistas —le digo a Plutarch antes de cerrar la puerta yo mismo.

Me paso el camino de vuelta aterrado por si me toca. La odio y odio lo que su presencia me va a exigir, aunque sé que nada de esto es culpa suya.

De vuelta en el apartamento, Maysilee, Wyatt y nuestras mentoras esperan mi regreso en el salón. Cuando entro con la falsa Louella, todo el mundo ahoga un grito.

Los señalo.

—Estos son Maysilee y Wyatt. Y esas son nuestras mentoras, Mags y Wiress.

La falsa Louella clava la vista en la punta de sus botas.

—Hola, Maysilee, Wyatt, Mags y Wiress.

—Pero no pueden haber… —empieza a decir Wyatt—. ¿Quién eres?

—Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito 12.

Tras una larga pausa, Maysilee dice:

—Esa cosa no va a dormir en mi cuarto.

—¿De dónde viene? —pregunta Mags tras mandarla callar.

—El presidente Snow nos ha presentado en la biblioteca de Plutarch Heavensbee. La han drogado, programado o algo. Se supone que, ante las cámaras, debemos fingir que es real. No tengo ni idea de quién es.

—Es una nube rancia —dice Maysilee—. Se supone que tenemos que venderla.

Mags toca el hombro de la falsa Louella.

—¿Tienes hambre? —La chica retrocede, sobresaltada, y la mira sin saber qué decir—. Vamos todos a comer algo.

Nos reunimos alrededor de la mesa de la cocina, donde Wiress nos sirve estofado en unos cuencos. Mags le pone una cuchara en la mano a la falsa Louella. Ella la agarra con el puño, envuelve el cuenco con el brazo, como para protegerlo, y empieza a devorar el estofado mientras se le escapan gemiditos.

—La han matado de hambre —dice Wiress—. Entre otras cosas.

Tiene razón. Aunque las muñecas de Louella eran finas, las de la falsa Louella son más bien huesudas. Con razón han tenido que rellenarle la cara. La rabia irracional que sentía hacia esta niña se disuelve en un mar de pena cuando levanta el cuenco para lamerlo como un perro.

—¿Quieres más? Tenemos mucho —dice Mags.

—¿Pan? —le pregunta Wiress, que le ofrece la cesta llena de panecillos de todo tipo.

La Louella falsa se queda mirando la cesta, fascinada, hasta que coge un bollito oscuro con forma de media luna salpicado de semillas. Se lo acerca a la nariz e inhala el aroma, respirando con breves jadeos.

Wiress y Mags se miran.

—¿Eres del Distrito 11, pequeña? —le pregunta Mags en voz baja. La Louella falsa se echa a llorar mientras aprieta el pan contra los labios y se da con la mano en la oreja—. No pasa nada, cariño. Ven conmigo.

Le echa un brazo sobre los hombros y la saca de la cocina.

—Sea quien sea, supongo que ahora es nuestra —dice Wyatt.

Me sorprende oír algo tan compasivo salir de los labios de un analista de apuestas, pero es lo que sentimos todos. No podemos hacerle más daño a la Louella falsa. Supongo que la protegeré lo mejor que pueda; solo tengo que pensar en ella como si fuera otra paloma del Distrito 6.

—Tienes razón —respondo—. Aunque no soy capaz de llamarla Louella.

—Si usamos otro nombre, es posible que la desconcertemos más todavía —me advierte Wiress.

—¿Qué tal Lou Lou? —sugiere Maysilee—. Era el nombre de mi canario.

Yo ya sabía que Maysilee había tenido esa mascota porque Lenore Dove se enteró y se enfadó muchísimo al descubrir que la gente encerraba a los pájaros en jaulas, sobre todo a los cantores. Sin embargo, eso no es razón para rechazar el nombre.

—Creo que puedo con ese nombre —digo; no me cabe duda de que Louella McCoy no era ninguna Lou Lou.

Mags regresa, inquieta.

—La he metido en la cama. Lleva una especie de dispositivo pegado al pecho, creo que le inyecta una droga. Me ha dado miedo quitárselo. Podría matarla. Una vez vi algo parecido.

—¿Por qué le has preguntado si era del Distrito 11? —dice Maysilee.

—Por el pan que ha elegido. Con las semillas. Es suyo.

La llegada de Lou Lou ha acabado con el subidón de energía que nos produjo unirnos a los novatos. Hace un par de horas teníamos un objetivo claro, pero el regalo de Snow nos recuerda nuestra fragilidad y la futilidad

de oponernos a él. No recuerdo cuál era nuestro estúpido plan ni por qué importaba. Cenamos en silencio, todos sumidos en nuestros sombríos pensamientos.

«Sombrío». Lenore Dove me enseñó esa palabra. Está en el primer verso de su canción. Qué no daría yo por volver a verla.

En cierto momento, cuando Snow me dijo que tenía un regalo para mí, creí que se refería a Lenore Dove. Por todo lo que había estado diciendo sobre el eslabón y la Bandada. Aunque me alegro de que no fuera ella. En la «horrenda tierra salvaje» del Distrito 12 está mucho más segura.

Mags y Wiress intentan volver a centrarnos. Después de la cena, nos reunimos en el salón y hablamos de nuestro día.

A Mags parece gustarle la alianza y nos anima a seguir con ella. Yo ya empiezo a ver mucho mejor la idea de formar equipo con Wyatt y Maysilee. Wyatt es más honorable de lo que debería serlo, teniendo en cuenta quién es su familia, y Maysilee ha ganado muchos puntos al ayudar a los otros tributos con sus símbolos.

Wiress pregunta si en el entrenamiento hemos encontrado alguna pista sobre la arena.

—Lonas impermeables —dice Wyatt sin perder pie.

—¿Te refieres a… sábanas de plástico? —pregunto.

—Sí. ¿No viste el puesto de esa señora? Solo estaba allí para enseñarnos todo lo que se podía hacer con una lona: un poncho, recoger agua de lluvia, convertirla en mochila… Creo que vamos a un sitio mojado. Porque en las minas las usamos para mantenerlo todo seco.

—Me parece que has dado con algo realmente importante —dice Wiress —. ¿Y tú, Maysilee?

—No he visitado demasiados puestos. Estaba demasiado ocupada fabricando símbolos para adornar los trajes de los demás. Pero ¿habéis visto que cada distrito lleva un color? Son los mismos que nos dieron anoche, para los carros. Rojo para el 10, melocotón para el 8. Y, si nos visten así en la arena, cosa que quizá hagan para que la audiencia nos distinga, ir de negro podría ser una ventaja. Sobre todo de noche. Podríamos movernos para reunir comida o lo que sea, mientras los otros distritos se esconden.

—También está muy bien —dice Wiress—. Haymitch, ¿te has fijado tú en algo?

—Bueno, ahora mismo me estoy fijando en lo buenos que son Maysilee y

Wyatt fijándose en las cosas. Tengo que prestar más atención. Pero hay algo. —Les cuento lo de Beetee y la patata, aunque destrozando la parte científica—. Lo único que he sacado de todo esto es que podría estar oscuro y que los tubérculos podrían venirnos bien.

—Si está mojado, como cree Wyatt, puede que no hay madera seca y que hacer una fogata para iluminarnos sea imposible, así que tendremos que enchufar patatas —dice Maysilee.

Wyatt se lo piensa.

—O quizá tengamos que excavar para conseguir comida.

—Has establecido una relación interesante —dice Mags.

Él se encoge de hombros.

—No es nada del otro mundo. Me gano la vida excavando.

A la hora de dormir, nos plantamos en la puerta del dormitorio de las chicas sin saber bien qué hacer, viendo a Lou Lou dormir.

—Puedo quedarme con tu cama —le ofrezco a Maysilee.

—No, no pasa nada.

—Podríamos dormir en el suelo —se ofrece Wyatt—. Seguramente será más parecido a estar en la arena.

Así que eso hacemos. Mags ayuda a Wyatt y a mí a llevar nuestra ropa de cama y algunos cojines del sofá al dormitorio de las chicas y preparamos jergones en el suelo.

—¿Creéis que deberíamos practicar lo de hacer guardia? —pregunta Maysilee cuando ya estamos listos para apagar las luces.

—Buena idea. Yo hago el primer turno —respondo, y me siento con las piernas cruzadas y una manta sobre el regazo.

Mags le echa un último vistazo a Lou Lou, nos da las buenas noches, apaga la luz y cierra la puerta al salir.

Al cabo de un rato, Wyatt se queda dormido y empieza a roncar como un descosido. Maysilee está tan enterrada en sábanas y mantas que no sé si está despierta. Me duelen las costillas y acabo apoyando la espalda en la cama de Lou Lou; estiro los brazos y dejo que su colchón soporte el peso.

Lou Lou se agita con violencia y la oigo murmurar algo, aunque no distingo las palabras. La verdad es que tampoco quiero hacerlo. No será nada bueno. Como estoy reventado, empiezo a cabecear, pero me despierto con un sobresalto al notar unos deditos helados agarrándose a los míos. Mientras dormía, Lou Lou se ha tumbado de lado y ahora se agarra a mi

mano como si le fuese la vida en ello; el pulso le late muy deprisa, como si fuera el corazón de un polluelo.

Recuerdo que Louella me dio la mano en el tren y me resisto al impulso de retirarla.

—No pasa nada, Lou Lou —le susurro mientras le doy una especie de palmaditas en el costado—. Aquí nadie te va a hacer daño.

Podría cantarle una nana para calmarla, pero no quiero despertar a los otros. Además, no es que sea un gran cantante, y se supone que tengo que practicar lo de montar guardia. Pienso en cómo me canta Lenore Dove de vez en cuando. La echo tanto de menos que cierro los ojos un momento y dejo que su voz me encuentre…

> Mientras cabeceaba, casi dormido, oí un golpe, un
> crujido,
> como si alguien llamara a la puerta de mi aposento…
> «Alguien de visita —mascullé—, que llama al portón…
> Nada más que eso y se acabó».

Me despierto de repente. ¿He oído un golpeteo? ¿O lo he soñado?

La tira de luz por debajo de la puerta, los números del reloj de la mesita de noche e incluso la luz verde que parpadea en el aparato de la pared (¿una cámara? ¿Un detector de humos? ¿Un regulador de temperatura?) han desaparecido. Solo mantiene la oscuridad a raya el tenue brillo de las luces del Capitolio que entran a través de las persianas. Ya no se oye el zumbido del piso; no hay máquinas que ronroneen ni suaves corrientes de aire que rompan el silencio. A lo lejos, alguien toca la bocina de un coche. Después, nada. Sudo debajo de la manta. El aire cálido y estancado huele al interior de la cisterna y a cena rancia.

Y ahora me queda claro que alguien llama a la puerta de mi habitación. Con delicadeza. Oigo que gira el pomo y la madera roza la moqueta.

La figura que entra por la puerta lleva algo que emite un fino rayo de luz. Son un par de patatas cocidas conectadas a una bombilla del tamaño de un guisante. Beetee se lleva un dedo a los labios y después hace un gesto con la cabeza para que lo siga. Con cuidado de no despertar a nadie, suelto la

mano de Lou Lou y salgo del dormitorio. Tras alejarnos de la puerta, Beetee y yo hablamos en voz baja.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

A Beetee le falta un poco el aliento.

—He subido por la escalera de servicio desde la tercera planta. Wiress ha cortado la electricidad del edificio. Las cámaras de vigilancia están apagadas. Calcula que nos quedan unos diez minutos. ¿De verdad estás dispuesto a romper la arena?

—¡Sí! Dime qué tengo que hacer y lo haré. ¿Qué rompe una máquina?

—El tiempo, normalmente. Con él llega el desgaste, el deterioro, la erosión, la deformación. Pero no contamos con ese lujo, así que necesitamos otro enfoque. Viste la arena de Wiress el año pasado. ¿Te preguntaste cómo la controlaban?

—Desde el Capitolio, ¿no? Nos enseñan la sala de control durante los Juegos…

—Sí, nos enseñan cómo dan las órdenes, y algunas pueden activarse por control remoto. Sin embargo, últimamente también hay un nivel para los Vigilantes en la arena, de modo que puedan llevar a cabo ciertas órdenes. Es todo un nivel subterráneo apodado Sub-A que nunca enseñan a la audiencia. No quieren destruir la ilusión de que todo se controla de lejos. En el Sub-A se encargan de las tareas manuales, como soltar a los mutos o preparar un banquete. Desde allí os lanzarán a la arena dentro de unos días. Sin embargo, todo eso es secundario, porque su verdadero trabajo consiste en gestionar el sistema informático *in situ*, que resulta esencial para que funcionen los Juegos. Ese es el objetivo de nuestro equipo: el cerebro de la arena.

Llevo toda la vida viendo los Juegos sin tan siquiera cuestionar cómo funcionaban las arenas. No sé qué pensaba que sería romper la arena, ¿cortar un cable con un hacha o algo así? En cualquier caso, no tenía nada que ver con un ordenador subterráneo que no sabría romper, salvo con el hacha ya mencionada; y eso suponiendo que pudiera llegar hasta él.

Sin embargo, Beetee ha mencionado a un equipo. Quizá yo pueda ser el músculo y Ampert el que rompa.

—Entonces ¿vamos a buscar ese ordenador y desenchufarlo? ¿Introducir comandos erróneos?

Beetee niega con la cabeza.

—Es prácticamente imposible que uno de vosotros llegue hasta él. El ordenador está en un área restringida con sistemas de seguridad de última tecnología. Pero el cerebro no puede funcionar si el resto del cuerpo no lo hace. Como lo de esta noche, en este edificio. Cuando cortamos la electricidad, todo se queda muerto.

—¿Vamos a cortar la electricidad?

—No no, Haymitch. Aunque lo hiciéramos, tienen un enorme generador de emergencia en el extremo superior, justo al otro lado de la arena.

—Entonces ¿qué?

—Vamos a ahogarlo.

11

—¿Ahogarlo? —supongo que Wyatt tenía razón con lo de que la arena estaría mojada—. ¿Cómo?

—La arena tiene la capacidad de ahogarse. Crear el ecosistema para los tributos requiere electricidad, fontanería, calefacción, refrigeración, ventilación… Todo lo que habría en tu casa.

—Mi casa no tiene ni la mitad de esas cosas. ¿La tuya sí?

—Vivo en la Aldea de los Vencedores, así que, sí, las tiene.

En el Distrito 12 también tenemos una Aldea de los Vencedores. Se trata de una docena de casas elegantes en las que puedes vivir durante el resto de tu vida si ganas los Juegos. Burdock y yo solíamos colarnos por allí en las noches de verano y asomarnos a las ventanas. A la luz de la luna se veía lo bastante para saber que tenían muebles, lámparas y bañeras como las de aquí. La aldea se construyó después de nuestra única vencedora, así que nadie la ha usado nunca.

Beetee sigue hablando.

—Lo que quiero decir es que, al menos durante unas cuantas semanas, la arena tiene que ser capaz de mantener a los tributos y permitir las distintas escenas programadas. No he visto los planes para la arena de este año, pero, hace más de uno, me pidieron que examinara el diseño del Sub-A. En la zona norte de la arena hay un enorme depósito de agua justo por debajo de la superficie. Las arenas necesitan mucha agua para crear lagos y tormentas, y apagar incendios. Esta reserva parece más grande de lo normal.

—Entonces, si el ordenador es el cerebro, eso sería la vejiga —comento.

Él se ríe un poco.

—Sí. Exacto. Y, una vez que pinchemos la vejiga, inundará el cerebro y lo inutilizará.

A mí también se me empieza a inundar el cerebro.

—Pero…, si no podemos llegar hasta el cerebro, ¿cómo vamos a llegar a

la vejiga?

—Hay escotillas repartidas por la arena que conectan la superficie con los pasillos de servicio de abajo. Entrarás a través de una. Los Vigilantes usan las escotillas para introducir elementos en la arena. Llegarás a los pasillos de servicio a través de un portal de mutos.

—Un portal de mutos —repito.

—Sí. En los planos se veían muchos. Parece que el programa de este año va a estar cargado de mutaciones.

Intento no pensar en las comadrejas.

—Vale, así que encuentro un portal de mutos, bajo hasta el pasillo de servicio…

—Localizas el depósito y le abres un buen agujero para que suelte el agua. La gravedad debería encargarse del resto. Así se inundará el Sub-A.

Estoy empezando a agobiarme.

—De acuerdo, un segundo. Es mucho. ¿Cómo voy a abrirle un agujero al depósito? ¿Me vais a enviar ahí dentro con explosivos?

—No serás solo tú. Tendrás a Ampert.

Al mencionar a su hijo se le rompe la voz y se le ve el dolor en la cara.

—Este plan suena… bastante peligroso —le digo—. Quizá pueda hacerlo sin él.

Por primera vez, el sufrimiento escapa a su control.

—¡Lo cosecharon para matarlo, Haymitch! ¡Para castigarme! No se me ocurre ninguna situación realista que no acabe con su muerte. Solo me cabe esperar que sea rápido y no muera en vano.

Sé que tiene razón. Incluso con su demencial plan para romper la arena, Ampert está condenado, igual que yo. Si los profesionales no acaban con él, lo harán los Vigilantes de los Juegos.

—Lo siento mucho. Intentaré cuidar de él.

—No permitas que sufra —susurra Beetee.

—Haré lo que pueda —le prometo.

—Eso me consuela, gracias. —Se limpia las gafas y se las vuelve a poner, decidido—. Entonces ¿sabes usar explosivos?

Curiosamente, sí, un poco. Nos dan clases de producción de carbón, que suelen ser lo más aburrido del mundo. Pero, como somos los futuros mineros de Panem, nos enseñan cómo se extrae el carbón, para lo que hay que colocar explosivos en un agujero de la roca, introducir un detonador

con un trozo de mecha y después prenderla. Practicamos con material de mentira. Inerte, lo llaman. Porque el de verdad puede matarte.

—Conozco lo básico. Para las minas de carbón. Pero ¿dónde voy a conseguir la mecha y…?

—Estamos trabajando en eso. En cómo saltarnos las medidas de seguridad para introducir los materiales. Pero, a diferencia de los componentes que se usan en vuestras minas, que, como ya sabes, son letales, he diseñado estos específicamente para que sean seguros. Nadie puede hacerlos estallar sin querer. Para conseguirlo, hay que montar la bomba correctamente y encender la mecha con fuego.

—Eso me tranquiliza un poco. No quiero que el detonador me estalle antes de que llegue el momento de abrirle un agujero al depósito. —Toco mi eslabón. La voz de Lenore Dove me llega flotando desde la Pradera: «Pero no necesitas pedernal. Te valdrá con cualquier piedra que pueda soltar chispas, como el cuarzo»—. ¿Crees que habrá rocas ahí dentro? ¿Pedernal o cuarzo?

—Es posible. Puedo intentar averiguarlo. ¿Por qué?

—Si las hay, puedo encargarme sin problemas de esa última parte. —Levanto la barbilla para que vea mi regalo—. Es un eslabón.

Beetee parece impresionado.

—Muy astuto. Como siempre digo, no hay que subestimar al Distrito 12.

—¿Eso dices?

Estaría bien que alguien dijera algo agradable sobre nosotros, para variar.

—Sí. No pensáis como los demás distritos. Se os ha dado mucho mejor seguir siendo vosotros mismos, a pesar del Capitolio.

—Creen que somos animales, así que eso ayuda.

Entonces aparece Wiress y nos da un buen susto.

—Será mejor que terminéis. Acabo de ver a los técnicos aparcar en la puerta. En cualquier momento volverá la luz.

—Seguiremos hablando. No le cuentes a nadie lo que te he dicho.

Beetee desaparece en la oscuridad.

—Vámonos a la cama —dice Wiress.

Vuelvo a mi guardia en el dormitorio. Al cabo de unos minutos, regresa la electricidad, junto con un chorro de aire helado y una constelación de luces. El batiburrillo de instrucciones de Beetee me da vueltas en la cabeza. ¿A qué acabo de acceder? ¿Portal de mutos, vejiga, explosivos…? ¿Cómo

narices voy a conseguirlo? La duda me consume. Lo mejor sería que yo me limitara a encender el fuego y Ampert a poner los explosivos. Pero ¿cuenta con la fuerza física necesaria para enfrentarse al portal de mutos y a la bajada? ¿Y si lo consigo? ¿Y si rompo la arena?

A Lenore Dove le encantaría saber que he derrotado al Capitolio y detenido los Juegos, al menos por este año. Moriría de una forma gloriosa. Con dignidad. Y ¿si lo hiciera usando su eslabón? Sería como si lo hiciéramos juntos. Pintaríamos un cartel que nadie podría ignorar. Demostraríamos ser más listos que el Capitolio y obligaríamos a sus ciudadanos a reconocer que no somos animales descerebrados.

—¿Haymitch? —pregunta Maysilee—. Te doy el relevo.

—Vale, gracias.

No suena como si acabara de despertarse. O lo ha hecho de golpe o no estaba dormida.

—¿Va todo bien?

Me pregunto si me vería irme y si habrá intentado escuchar mi conversación con Beetee, pero no puedo hablar de ella. Cuantas menos personas conozcan la trama, mejor, y, aunque ahora me parece más agradable que cuando estábamos en el distrito, tampoco es que seamos íntimos.

—Bueno, ha habido un corte de luz, pero parece que ya lo han arreglado —respondo—. Buenas noches.

Me arrebujo en las mantas y finjo quedarme dormido hasta que me duermo de verdad.

Por la mañana, siento la tentación de contarles el plan de Beetee a los demás. Callármelo no parece decente. Lo único que evita que lo suelte es la distracción que supone Lou Lou. Decidimos que la forma más sencilla de gestionar su aparición es fingir que, aunque el Capitolio ha conseguido curarla milagrosamente, no está bien de la cabeza. Contamos con que los demás tributos no han pasado el tiempo suficiente con ella como para distinguir la diferencia entre nuestra Louella y su doble.

Lou Lou ha pasado de evitar mirar a los ojos a observarnos constantemente, como si intentara encajar las piezas de un puzle. Se tira mucho de la oreja, lo que me lleva a preguntarme si le duele, porque eso es lo que hacía Sid cuando le dolía la cabeza. Cuando va al baño, Wiress dice:

—Creo que tiene un implante de audio. Probablemente un

transmisor/receptor.

—¿Por qué? —pregunta Wyatt.

—Para indicarle lo que tiene que decir. Y dirigir su comportamiento.

—Y escuchar lo que ella oye —añade Mags.

No es necesario que nos explique las ramificaciones de eso. No podemos contarle ningún secreto a Lou Lou. Aunque también está la otra cara de la moneda: podemos ganar ventaja contándole mentiras. Durante los Días Oscuros, el Capitolio nos espiaba con charlajos, mutos que parecían pájaros normales, pero eran capaces de grabar las conversaciones de los rebeldes y reproducirlas palabra por palabra. Lo averiguamos y les pasábamos información falsa. El Capitolio soltó a los charlajos al final de la guerra pensando que se morirían, cosa que hicieron, pero no sin antes aparearse con los sinsontes hembra y dar lugar a una nueva especie: los adorados sinsajos de Lenore Dove. Supongo que ahora Lou Lou es nuestro pequeño charlajo.

Cuando nos unimos a los demás novatos en el gimnasio, Lou Lou atrae algunas miradas de curiosidad, pero parecen creerse que es nuestra chica, solo que sonada. Al fin y al cabo, ninguno conocía a Louella, y solo la habían visto de pasada.

—Hay que tener cuidado con lo que se dice delante de ella —les advierte Maysilee—. No es la de siempre y podría contárselo a cualquiera.

Cuando nos separamos para practicar, Wyatt accede a llevársela. Lo que es de gran ayuda, porque ahora mismo no necesito un charlajo.

Ampert capta mi mirada y se libra del resto del grupo. No sé cuánto le ha contado Beetee sobre el plan para la arena, pero, antes de poder sacar el asunto, me dice:

—Mi padre me ha dicho que tenemos que conseguir que el Distrito 9 se una a la alianza.

Localizamos a los tributos vestidos de amarillo cerca de nosotros, en el puesto de construcción de refugios.

—¿Te ha dado alguna razón específica? Lo pregunto porque el 5 y el 11 todavía no se han comprometido, y parecen bastante más fuertes.

—Solo me ha dicho que era esencial. Lo intenté el primer día, pero pasaron de mí. A lo mejor piensan que soy un creído.

—¿Tú? ¿Por qué iban a pensar eso?

—Porque soy del Distrito 3. Porque sé de tecnología, puede. Los del

Distrito 9 trabajan mucho el campo. No creo que los eduquen demasiado, mientras que todos saben que a nosotros sí. La gente nos llama lumbreras.

—Lumbreras no está tan mal.

—No es un cumplido. Total, que no llegué a ninguna parte con ellos. No son demasiado habladores.

«Como mi padre», pienso. Era listo como una ardilla, pero no sentía la necesidad de compartir cada idea que se le pasara por la cabeza. Ni tampoco confiaba demasiado en la gente que lo hacía. Muchos mineros son así.

—Lo intentaré —le digo a Ampert—. ¿Por qué no pruebas otra vez con el 11?

A medio camino del puesto, Maysilee me intercepta.

—¿Qué está pasando?

Podría referirse a muchas cosas, sobre todo si anoche estuvo espiándome. Decido parecer directo.

—Voy a por el Distrito 9.

—¿Necesitan ayuda con sus símbolos?

Nos giramos para evaluar el tema de los símbolos. Cada uno de los tributos lleva un collar de hierba trenzada con un girasol del tamaño de un puño colgando de él.

Maysilee se responde sola.

—Madre mía, sí. Son horrendos. Pero, pobrecitos, hay que reconocer que lo han intentado. Supongo que solo disponían de arcilla de harina y sal.

Conozco esa arcilla. Una vez, en casa de Burdock, su madre mezcló un poco de harina blanca, sal y agua para formar una masa, y los niños hicimos con ella animalitos, estrellas y eso. Para mi familia era demasiado gasto, pero los Everdeen podían permitírselo porque son cazadores y ganan un pequeño extra. Aunque ni parecido a lo de los Donner.

—Sí —respondo—. Supongo que se les acabó el oro.

Maysilee se dirige al Distrito 9, pero me coloco delante de ella.

—Para. Los necesitamos, Maysilee. Y no puedo arriesgarme a que los insultes creyendo hacerles un favor. De todos modos, sus símbolos no están tan mal. Solo un poco…

Me cuesta encontrar las palabras para describir esas flores grumosas y demasiado brillantes.

—Chillones. Bastos. Chapuceros.

—Ajá. Y por eso voy a ir yo solo.

Ella se encoge de hombros y se aleja, pero no mucho. Solo hasta un puesto cercano, de preparación de comida. Despellejar ardillas, hacer pan sobre las brasas de una fogata, asar cosas pinchadas en un palo. Como si fuéramos a una barbacoa.

Llego al puesto de construcción de refugios justo a tiempo de participar en una sesión con los cuatro tributos del Distrito 9. No puedo evitar pensar en lo que dijo Mags, que seguramente estaremos en movimiento. Sin embargo, quizá pueda montar algo rápido en una tormenta.

Aunque el puesto no está dedicado solo a las lonas impermeables, es verdad que son lo más destacado. Se puede fabricar un refugio atando una entre dos árboles. O atando una cuerda entre árboles, echándole la lona encima y anclando la tienda con piedras. O buscar un árbol caído, apoyar ramas en él y cubrirlo con la lona. O construir una estructura en forma de A con las ramas y echarle una lona encima. ¿Con dos lonas? Una para el suelo. Si no hay lonas en la arena, van a encontrarse con un montón de tributos decepcionadísimos.

Otros consejos son usar un arma, a ser posible un hacha o un cuchillo, para cortar arbustos y ramas, y dar con una superficie plana sobre la que construir para que, si llueve, la escorrentía no te empape.

Se supone que tenemos que trabajar solos, así que cogemos una lona cada uno y nos ponemos a ello. Media docena de postes verticales y una gruesa columna tirada en el suelo hacen las veces de árboles. Fabrico una tienda atando una cuerda entre dos troncos y colocándole encima una lona mientras observo en silencio al Distrito 9. Todavía se les están curando las últimas quemaduras por el sol que traían de casa. Tienen manos encallecidas, capaces, y músculos fuertes y definidos. Son eficientes y tranquilos. No me hacen falta las instrucciones de Beetee para saber que serían buenos aliados.

Justo cuando me uno a un par de ellos en la pila de piedras, quién si no Panache se acerca pavoneándose. Con aire engreído, agarra una lona y unos palos (como si ya hubiera recibido la lección) y ocupa el centro del bosque falso. La instructora frunce el ceño porque lo odia automáticamente, también, y me doy cuenta de que el Distrito 9 se mueve un poco para no tener que verlo.

Sin prestarle atención, cargo con mis piedras hasta mi sitio y empiezo a

sujetar los bordes de la lona contra el suelo. Panache localiza al tío más grande del 9 porque, por supuesto, cree que será su líder, y lo arrincona contra un tronco caído.

—Hemos estado pensando en permitir que os unáis a la manada de los profesionales.

El tío no demuestra ninguna emoción.

—No.

No «no, gracias», ni «por ahora no, pero lo hablaremos». Solo un «no» rotundo y definitivo. Después sigue colocando ramas contra el tronco.

Eso no le sienta bien a Panache, que, como es natural, piensa que les ha ofrecido la luna.

—¿No? —Da un paso amenazador hacia él, hasta que se fija en un agente de la paz que tiene la mano sobre su táser y se detiene—. ¿Qué estás mirando? —le pregunta a la chica más bajita del 9, que no lo está mirando, sino fabricando una cama con agujas de pino. Ella se niega a mirarlo a los ojos, lo que lo vuelve loco. —De acuerdo —le espeta—. ¡Pues entonces te mataremos primero a ti!

Da un paso adelante, le arranca el girasol de su trenza de hierba y lo lanza al suelo. El símbolo se rompe en mil pedazos. Panache se mete entre la gente antes de que el agente de la paz pueda reaccionar.

La chica deja escapar un gritito agónico al agacharse para recoger los pedazos. Creo que el girasol le importaba, que era algo más que su último vínculo con el hogar. Seguro que lo había hecho alguien cercano a ella. ¿Su madre o su padre? ¿Su hermana o su hermano? Alguien a quien quiere. Lo hizo para protegerla y recordarle lo preciada que es, para darle algo a lo que aferrarse al final si ocurría lo impensable y anunciaban su nombre en la cosecha. Y ahora no es más que trocitos de harina salada manchados de pintura amarilla. Los otros tributos de su distrito la rodean y observan el destrozo mientras lágrimas silenciosas caen por las mejillas de la niña.

No sé qué hacer. Ojalá supiera cómo consolarla, pero ni siquiera sé cómo se llama. Y no puedo entrarles ahora, por mucho que Beetee diga que son esenciales. Me estoy devanando los sesos cuando, de repente, ahí está Maysilee, arrodillada frente a la chica, mezclando con una rama un engrudo blanco en una hoja. No pide permiso, simplemente recoloca las piezas rotas en su posición original, echa la pringue en los bordes y pega el girasol. Y el Distrito 9 entero se queda plantado en el sitio, sin palabras, dejándola hacer.

Me fijo en un trocito amarillo junto a mi bota y lo recupero, después me acerco para añadirlo al puzle de la flor. Al agacharme junto a Maysilee, le pregunto:

—¿Qué es eso?

—Pegamento. Lo he hecho con harina, agua y sal del puesto de comida. No he encontrado nada mejor. —Se dirige a la chica—. Cuando esté arreglado, vas a tener que tratarlo con mucho cuidado, porque no voy a poder calentarlo. Puede que vuestro mentor te pueda conseguir pegamento de verdad cuando estéis en el alojamiento, pero, por ahora, aguantará.

La chica se seca las lágrimas y asiente. Dada la falta de comunicación, lo tomo como una vía de acceso.

—¿Es un girasol? —Ella asiente de nuevo—. Me encantan esas flores. Mi madre intenta cultivarlos en el huerto todos los años. Aunque supongo que los vuestros son mejores, con todo el sol del 9.

Se produce una pausa tan larga que temo haber fallado, hasta que ella dice en voz baja:

—Tenemos campos enormes llenos de girasoles.

—¿Sí? Seguro que es precioso. —Me paso un minuto fingiendo observarlo—. Mi chica, en casa, se sabe una canción sobre girasoles. Es una canción antigua.

Como los cuatro tributos parecen medianamente interesados, lo intento, aunque sea un poco raro.

> Ah, girasol, hastiado del tiempo,
> que sigue del sol el recorrido:
> buscas el clima dorado y sereno
> en el que el viajero llega a su destino.

Vale, puede que sea demasiado raro. Maysilee ha apretado mucho los labios, como si intentara no reírse. Del resto del grupo no obtengo ninguna reacción. Ampert está en lo cierto: estos chicos no son lo que se dice habladores. Sigo adelante.

—Bueno, suena mejor cuando la canta ella. —La chica se ríe un poco, aunque no con maldad—. Soy Haymitch, por cierto. Y ella es Maysilee.

—Kerna. Estás con Ampert.

—Ah, sí. —Lo digo como si ni se me hubiera pasado por la cabeza—. Nos vamos a juntar unos cuantos. Hemos decidido llamarnos los «novatos».

No repito la invitación a unirse. Que sean ellos los que acudan a nosotros.

—A nosotros también nos lo pidió —dice Kerna—. Le dijimos que no queríamos.

—Es lo que respondí yo la primera vez, pero después pensé que la unión hace la fuerza.

Vale, gracias por el aforismo, nana. Me preocupa que suene estúpido, dadas las circunstancias, pero se lo piensan.

—Toma —dice Maysilee, que acaba de encajar la última pieza. Está como nuevo. Vuelve a atar la trenza de hierba y se la coloca a Kerna en el cuello con mucha delicadeza—. Recuerda, pregunta si pueden conseguirte pegamento de verdad en el piso y refuérzalo.

—Gracias, Maysilee.

La instructora nos dice que tenemos que dejar sitio a otro grupo. De todos modos, nos estábamos quedando sin temas de conversación. Sé que le están dando vueltas y que tendrán que hablarlo entre ellos antes de aceptar.

Maysilee y yo nos unimos al Distrito 11 en el puesto de nudos, donde me las veo y me las deseo con mi nudo cuadrado mientras ella repite a la primera todo lo que le enseñan, incluso las trampas.

—Vale, eso ya es por presumir.

—Sí —responde ella con cara de fastidio—, seguro que los profesionales están temblando al ver lo bien que hago el ballestrinque. Vamos a lanzar hachas.

A la hora de comer, sin decir nada más, los cuatro polluelos del Distrito 9 se sientan entre nosotros. Ampert también ha traído al Distrito 11. Ahora somos ocho distritos. En el otro extremo de las gradas, el Distrito 5, vestido de naranja, se ha unido a los profesionales. Los bandos han quedado definidos. Ellos tienen más guerreros entrenados, pero nosotros los superamos dos a uno. Wyatt apenas puede contenerse al calcular las probabilidades. Los Vigilantes están revolucionados con el nuevo giro de los acontecimientos, gesticulan hacia nosotros, absortos en su deliberación sobre cómo incluir las dos alianzas en los Juegos.

Cuando terminamos los sándwiches, el Distrito 12 se reúne de nuevo en la sección de alimentos comestibles, que parece concentrarse bastante en las

setas venenosas. Lou Lou no deja de metérselas en la boca, lo que desconcierta al instructor.

—No sé qué hará en su sesión privada con los Vigilantes —dice Wyatt—, pero supongo que tampoco esperarán mucho de ella. Yo tampoco sé muy bien qué hacer.

—Eres un experto en los Juegos, con todo eso de las probabilidades y demás. Podrías hablar de eso —le sugiere Maysilee—. Es más impresionante que lo que se me ocurre para mí.

—Tú deberías enseñarles todo lo que sabes hacer con un trozo de cuerda —le digo—. Lo subestimas porque te resulta sencillo, pero a mí me parece impresionante.

—Hum, es una idea. Al menos, sería única. ¿Qué vas a hacer tú, Haymitch? ¿Lanzar cuchillos?

—Podría ser, supongo. O hachas.

Nos envían a todos a nuestros respectivos vestuarios mientras los Vigilantes empiezan con las sesiones privadas. Será nuestra última oportunidad para influir en la puntuación que nos asignen de cara al público. Una gran cantidad de agentes de la paz vigila por si hay tensión entre los profesionales y los novatos, pero debo decir que me siento mucho más seguro con mi alianza que cuando estaba en la ducha.

Por suerte, me toca el último, porque no tengo ni idea de cómo enfrentarme a los Vigilantes. Seguro que han visto las grabaciones de lo que pasó en la cosecha: mi «ataque» al agente y el viaje a los Juegos como castigo. Y fueron testigos en directo de mi acto subversivo en la ceremonia de inauguración. A saber si están enterados del ultimátum del presidente Snow en la biblioteca de Plutarch. He evitado pensar en ese encuentro y en cómo me amenazó con una muerte lenta y dolorosa delante de mis seres queridos nada más empezar los Juegos. Ahora que formo parte del complot para romper la máquina, no pretendo hacer nada más para dejarlo en evidencia antes de los Juegos, y solo espero que eso me mantenga con vida lo justo para llevar a cabo mi parte del plan.

Entonces ¿qué puedo hacer para demostrarles a los Vigilantes que ahora soy inofensivo para el Capitolio? Me costará que se crean un cambio radical a tributo obediente. Otro problema es Lou Lou. Seguro que saben que yo sé que es falsa. Sobre todo porque Louella me importaba lo bastante como para llevar su cadáver hasta el presidente.

Puede que ella sea la clave. Podría decir que Louella era lo único que me importaba proteger en los Juegos y que ahora me voy a centrar en mí, que uso la alianza con el único objetivo de ganar estos Juegos y regresar con la chica por la que lo arriesgué todo y con la familia de la que me despedí con tanta pena. Los convenceré de que quiero ser el primer tributo del Distrito 12 que viva en la Aldea de los Vencedores. Solo soy un sinvergüenza que intentó escapar de los agentes de la paz, se enfrentó a Snow y, por no quedarse corto, escupió al público. Que no me importa nadie más que yo. Es la única forma que se me ocurre de llamar la atención de los Vigilantes sin que sospechen sobre mis ambiciones reales. Dar la impresión de ser un alborotador egoísta que está decidido a volver a casa y vivir el resto de su vida como un vencedor rico y famoso.

No queda nadie en el gimnasio cuando salgo, salvo por las ordenadas filas de Vigilantes de los Juegos en sus gradas, y el ruido de mis pasos rebota en las paredes. La Vigilante Jefe, Faustina Gripper, una mujer baja y corpulenta con rizos plateados y dorados muy cortos, se distingue de los demás por el cuello de piel morada de su túnica blanca. Me examina y después ordena:

—Háblanos de ti.

Ladeo la cabeza, la miro a los ojos y respondo:

—Soy Haymitch Abernathy, del Distrito 12. No debería estar aquí. Me cosecharon ilegalmente, pero no le importa a nadie. Mi vecina, Louella McCoy, era la única persona que me importaba algo, pero la habéis matado y nos habéis encasquetado a una doble. Así que eso me libera de mis responsabilidades y ahora puedo ganar los Juegos.

—¿Y qué te hace pensar que puedes hacerlo? No te hemos visto ninguna habilidad destacable —comenta la Vigilante Jefe.

—¿En serio? —le digo, esbozando una sonrisa de suficiencia—. Porque, tal como yo lo veo, he conseguido reunir a treinta y una personas que han prometido defenderme. Aunque quizá esa estrategia sea demasiado sutil para vosotros.

La mujer aprieta los labios.

—¿Estás dispuesto a dejarlos morir?

—¿Por qué no, señora? Vosotros lo estáis.

Me dicen que me retire. Espero haber dado la impresión de ser antipático

pero centrado en ganar. Si logro una puntuación dentro de la media, quizá consiga algunos patrocinadores.

De camino a la puerta, los agentes de la paz recogen mi símbolo para examinarlo. Recorro con los dedos la inscripción y beso el pájaro antes de dejarlo en una cestita etiquetada con mi nombre. Me mata tener que soltarlo porque sé que quizá lo consideren una ventaja injusta y se deshagan de él. Y, además de lo que me duele, perderlo también significa que tendré que encontrar otro modo de hacer fuego para llevar a cabo el plan de Beetee. Por otro lado, es el Capitolio, así que puede que solo vean un collar bonito. En cualquier caso, me siento desnudo sin él al cuello.

No hablamos mucho en la furgoneta, de vuelta a casa. Tras cenar pollo asado y puré de patatas, nos reunimos alrededor del televisor del salón para el anuncio especial de nuestras puntuaciones individuales. En una escala del uno al doce, los profesionales obtienen notas que van del ocho al once. Con la excepción del Distrito 11, que obtiene números similares, los novatos quedan casi todos entre el cuatro y el siete. A nosotros nos anuncian los últimos. Maysilee y Wyatt sacan los dos un seis, Lou Lou consigue un tres.

¿Y yo? Yo saco un uno.

12

No recuerdo que nadie antes haya sacado un uno. Nunca. De hecho, me cuesta recordar incluso un dos. Hasta los tres son poco comunes y se reservan para los que tienen probabilidades muy remotas, como Lou Lou. ¿Cómo interpretará eso la audiencia? ¿Como que soy débil? ¿Que no tengo amigos? ¿Que soy un cobarde? Lo pongas como lo pongas, no me va a hacer ganar patrocinadores. En la arena, en lo que respecta a suministros, estaré completamente solo.

—Tienes que haberles tocado las narices —dice Maysilee, satisfecha—. Entre la cosecha, Louella y el escupitajo. Has conseguido captar su atención.

—Bueno, es una interpretación muy positiva —respondo.

—Puede que Maysilee tenga razón —dice Mags—. Al menos, te hace destacar. La gente cotilleará sobre ello. Con cuarenta y ocho tributos, que te reconozcan es una ventaja.

Wyatt niega con la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo afecta eso a tus probabilidades. ¿Se puede saber qué has hecho?

Buena pregunta.

—Supongo que, aunque con otras palabras, los he acusado de asesinarnos…

—¡Sí! —exclama Lou Lou, clavándome la mirada.

Después hace una mueca y se frota la oreja. Oímos un tono débil pero penetrante que a ella debe de sonarle ensordecedor. Cuando para, se le saltan las lágrimas y jadea. Wyatt se lleva un dedo a los labios y después la abraza con fuerza.

Me encargo del primer turno de guardia a la hora de dormir, dándole vueltas a las distintas estrategias. Los Vigilantes, sin duda siguiendo órdenes de Snow, han hecho de mí un ejemplo, y puede que esa

desaprobación me siga hasta la arena. Quizá eso me condene a una muerte sangrienta nada más empezar. Busco a tientas el eslabón para que me consuele, pero solo encuentro piel desnuda. Ni siquiera han sido capaces de dejarme el último símbolo del amor de Lenore Dove. ¿Qué habrá pensado al ver mi puntuación esta noche? Como no ha sido testigo de todas mis imprudencias desde que salí de allí, es probable que se culpe por mi elección en la cosecha. Sin embargo, ¿se enterará alguna vez de que eso no fue más que una mera gotita en un mar de agravios?

Me da la impresión de que ahora soy un riesgo para el plan de desactivar la arena, aunque seguro que Beetee ya lo sabe. Me quedo despierto tres turnos, por si me visita de nuevo. Al final, me pesan tanto los párpados que despierto a Wyatt para que me sustituya.

Nuestras mentoras nos dejan dormir hasta tarde y me siento mejor cuando encuentro mi querido collar esperándome en la mesa de la cocina. Han aprobado todos nuestros símbolos y los recuperamos con alivio.

—¿Puedo ver ahora el tuyo? Como todavía no lo tienes puesto… —me pide Maysilee.

¿Qué podría decir? «¿No, porque mi novia te odia?». Se supone que ahora debemos comportarnos como aliados, y supongo que Lenore Dove no se enterará nunca, así que se lo doy.

Maysilee lo examina meticulosamente, repasa todo el grabado y lee la inscripción, que a ella no se le escapa como sí se me escapó a mí.

—Bueno, está claro que la Bandada sabe reconocer la belleza.

—Me contaron que tienes uno de los broches de Tam Amber.

Ella arruga la nariz.

—Ah, sí. Está bien hecho, pero no me gustan demasiado los sinsajos. Un pájaro que es medio muto es antinatural.

Nunca lo había visto de ese modo.

—A algunas personas les parece que eso, en sí mismo, es una victoria. Por cómo escapó del Capitolio y sobrevivió.

—Ah, ¿sí? —responde ella—. Bueno, si yo escapo del Capitolio y sobrevivo, puede que le dé otra oportunidad a ese broche.

—Si no, seguro que Lenore Dove querría quedárselo.

—Lenore Dove… —Maysilee esboza una sonrisa cómplice—. A tu novia no le caigo bien. Y no es por un broche.

—¿Será porque eres una persona muy cruel? —pregunto con inocencia.

Ella se ríe.

—En parte, puede. Pero, sobre todo, porque conozco su secreto y odia estar a mi merced.

¿Su secreto?

—¿Qué significa eso?

—Significa que sé por qué tiene pintura naranja en las uñas cuando aparece para tocar en la fiesta de cumpleaños de la alcaldesa. —Me devuelve el símbolo—. Pregúntaselo si vuelves a casa.

Observó el collar, desconcertado. Hay naranja en algunas de las plumas. Seguramente estaría ayudando a Tam Amber. O quizá intentó pintarlas para que fueran a juego con su pintalabios. Supongo que Maysilee comentó que las uñas de Lenore Dove eran feas, o algo así. Pero ¿por qué es eso un secreto que la pondría a merced de Maysilee? El esmalte de uñas es caro; ¿está sugiriendo que Lenore Dove lo robó?

—Cuéntamelo tú ahora —le digo.

—Ya te he dicho que es un secreto. Y eso hay que respetarlo. —Maysilee se recoloca con cuidado sus collares (al parecer, los Vigilantes han considerado el conjunto como un único símbolo) y cierra el collar de flores moradas y amarillas de Lou Lou—. A no ser que tengas un secreto que contarme a cambio, claro. Así tendremos algo de lo que hablar.

—Será algo de chicas —comenta Wyatt mientras se pone su símbolo—. No hay quien las entienda.

—Gran verdad —coincido. La moneda que Maysilee tejió en el cordón de Wyatt me distrae. Lo hizo de modo que fuera fácil sacar y meter la moneda, porque moverla entre los nudillos lo ayuda a pensar—. Oye, ¿de qué está hecha esa moneda? ¿De níquel?

—Zinc, creo —responde Wyatt.

—Batería de patata —le recuerdo—. Hay que estar atentos por si encontramos cobre.

Maysilee pesca el medallón de flor de entre todos los que lleva al cuello.

—Eso ya está resuelto.

—Cómo no, señorita Donner —le digo—. Si los Vigilantes te han dejado llevarlos, quizá esperen que los uses.

Justo entonces, aparece Drusilla y nos pide que vayamos al salón para ayudarnos a preparar la entrevista. Después del fiasco de la cosecha y de los carros, la están presionando. La puntuación del entrenamiento tampoco le

ha hecho ningún favor. Este es el último gran acontecimiento del Vasallaje y necesita que salga bien.

—Escuchadme todos, siempre hay memos blandengues que envían suministros a los perdedores como vosotros, si es que encuentran el modo de sentirse identificados. Ahora mismo, el único nombre que recuerdan es el de Haymitch, porque están intentando adivinar por qué su puntuación es tan pésima. También captó algo su atención por su horrendo comportamiento en el desfile. Sin embargo, el resto básicamente no existís. Esta entrevista será vuestra última oportunidad de causar una impresión antes de los Juegos. Cualquier cosa que os haga destacar es una ventaja. Que os recuerden. Bien, ¿quiénes sois? ¿Por qué iban a querer gastar dinero por vosotros? ¿Qué vendéis?

Con Drusilla, Mags, Wiress y nosotros mismos como público, vaciamos un espacio e intentamos simular las entrevistas. Drusilla hace de Caesar Flickerman, el hablador anfitrión del espectáculo. Pierde la paciencia con Lou Lou casi de inmediato, dado que las habilidades de la niña se limitan a decir: «Hola. Me llamo Louella McCoy y soy del Distrito 12». Poco más.

—Esto es lamentable —dice Drusilla—. Flickerman te va a comer viva. ¿Qué es lo que te pasa? ¡Espabila de una vez! —exclama mientras agarra a Lou Lou por los hombros y la sacude.

El contacto dispara algo en Lou Lou, que grita:

—¡Nos estáis asesinando! ¡Nos estáis asesinando!

Drusilla ahoga un grito y levanta la mano para abofetearla, pero el resto de nosotros interviene, y Mags se lleva a la niña al dormitorio.

—Esa no es Louella McCoy —le dice Maysilee a Drusilla—. Louella está muerta. Esa es una doble. Una niñita del Capitolio a la que han torturado hasta ni siquiera recordar su nombre real. Pero incluso ella es capaz de ver lo evidente: nos estáis asesinando.

Drusilla mira a su alrededor en busca de apoyo, pero los agentes siguen abajo y Wiress no se lo da. Así que solo estamos ella y nosotros, los cerdos del distrito, incluida Maysilee, que le devuelve las bofetadas. Se calma.

—Eso no es asunto mío. Lo mío son vuestras entrevistas. —Señala a Wyatt—. Te toca.

Tras intercambiar formalidades, le pregunta a Wyatt qué tiene de especial.

—Soy un analista —responde él sin vacilar.

—¿Un analista? ¿Qué es eso?

—Soy el que calcula las probabilidades en las apuestas de mi distrito. Incluida la de quién ganará los Juegos del Hambre.

—Ah, ¿sí? —pregunta Drusilla, escéptica.

—Sí.

—Entonces ¿cuál es tu recomendación para la audiencia?

Wyatt respira hondo y recita de un tirón sus pronósticos.

—Bueno, resulta tentador ir a por lo evidente. Las probabilidades siempre parecen buenas para la mayoría de los profesionales. Como Panache, del Distrito 1, el tributo más grande, entrenado y con una puntuación alta; diría que sus probabilidades de ganar son del treinta y uno con veinticinco por ciento. O Maritte, del Distrito 4, que es una clara contendiente teniendo en cuenta su físico y el once de los Vigilantes, lo que seguramente indique que su manejo del tridente es excepcional. Diría que de seis a uno o un catorce coma veintinueve por ciento.

—Hum, muchas matemáticas, pero nada nuevo —responde Drusilla—. Todo el mundo sabe que los profesionales son una apuesta casi segura.

—Evidentemente —replica Wyatt—. Pero la novedad de estos Juegos es que los cuarenta y ocho tributos han formado alianzas antes de comenzar. Es algo que no había pasado nunca. Los profesionales son poderosos, sí, pero los novatos los superan en número, son el doble. Si yo apostara, sí, les echaría un vistazo a los profesionales, pero, si las alianzas de verdad se sostienen, si los tributos de verdad se defienden a muerte unos a otros, cualquiera tiene una oportunidad. Y, si no te da miedo correr riesgos, ganarías mucho más si apoyas a un novato desconocido, puesto que ni la suerte ni la probabilidad están de su parte, así que, al final, las ganancias son mayores.

—Dame un nombre —dice Drusilla.

—Haymitch Abernathy —responde Wyatt.

—Le han puesto un uno.

—Exacto. Sin ningún hándicap aparente. Está en forma y su comportamiento sugiere una audacia que inquieta a los Vigilantes de los Juegos.

—No tienes por qué hacer eso, Wyatt —intervengo, descolocado.

—No estoy haciendo nada, Haymitch. Es mi evaluación sincera de tus posibilidades. Maysilee tampoco es una mala opción.

—¿Y tú? —le pregunta Drusilla.

—Bueno, yo no apostaría por mí —reconoce Wyatt—. Simplemente…

—¡No! —lo interrumpe Wiress—. No te subestimes, Wyatt. Ningún tributo es capaz de hacer lo que acabas de hacer tú. Resalta que la inteligencia importa. Úsame a mí de ejemplo. Di que Wiress ganó los Juegos del año pasado sin derramar ni una gota de sangre. El cerebro importa.

Wyatt se lo piensa un momento y después se vuelve hacia Drusilla.

—Verá, yo sabré las probabilidades de todos en cualquier momento de los Juegos, podré compararlas y saber quién es más posible que reciba regalos. Eso debería impedirme cometer demasiadas estupideces. Es mi ventaja. Si los espectadores se dan cuenta o no, ya depende mucho de su inteligencia.

—Bien —dice Wiress—. Sí. Defínete como la elección inteligente para los apostadores. Los que se enorgullecen de ser listos responderán a eso.

Cuando le toca el turno a Maysilee, Drusilla y ella se lanzan puñales con la mirada, pero se controlan para no llegar a las manos.

—Bien, señorita Donner, ¿qué le parece el Capitolio?

—Me parece que es increíble que unas personas con tanto dinero tengan tan mal gusto. Aquí están, con montañas de billetes, ¿y eso es lo que deciden vestir? —Le echa un vistazo al conjunto de Drusilla (un mono a rayas blancas y rojas con un gorro de lana a juego)—. Pareces salida del mostrador de mi tienda de dulces. Un bastoncillo de caramelo con patas.

Drusilla se lleva la mano al cuello.

—Con esa actitud vas a hacer pocos amigos, so bruja.

—¿Quién ha dicho que quiera hacer amigos? He venido a que la gente me recuerde, ¿no es lo que habías dicho? No eres solo tú, son todas las personas que vi desde el carro. Colores chillones, cortes poco favorecedores. Y algunas decisiones estéticas de las que os vais a arrepentir. Ni se me pasa por la cabeza por qué querría nadie parecerse a un animal de granja, pero espero que esos cuernos de cabra sean extraíbles. Y a la mujer con los diamantes implantados en los dientes le diría que las personas envejecen, no tiene nada de malo, pero creo que comer con esas piedras va a ser todo un reto cuando las encías se retraigan.

—Entonces ¿qué? ¿Deberíamos imitar, no sé…, al Distrito 12? —balbucea Drusilla.

—Santo cielo, no. Es imposible vestir bien si estás a dos velas. Aunque no hay ni un minero en el Distrito 12 que no tenga mejor físico que la gente que vi en esa multitud. Eso no se cambia ni con toda la cirugía del mundo.

—¿Qué…?

—Y el buen gusto no se puede comprar ni con todo el dinero del mundo. Está claro. Algunas de las personas del 12 tienen mucho más que las que veo aquí presentes.

—¿Has acabado? —pregunta Drusilla.

—La verdad es que no he hecho más que empezar.

—Siéntate.

—Es una estrategia arriesgada —concluye Wiress—, aunque sí, te van a recordar.

Entonces regresa Mags con un pañuelo salpicado de sangre.

—Se ha quedado dormida. No sé qué le han metido en la oreja, pero ha empezado a sangrar.

Drusilla le resta importancia con un gesto de la mano.

—De nuevo, no es mi asunto mío. Te toca, Abernathy. Bueno, el Distrito 12 tiene una lunática, un ordenador y una bruja. ¿Qué eres tú?

—Un problema, al parecer. Si no, ¿por qué me pusieron un uno en el entrenamiento?

—Sí, eso está bien, destácalo de inmediato —me aconseja Mags—. Dilo con orgullo.

—Eso, ¿por qué te lo pusieron? —pregunta Drusilla.

—Me lo gané. No les gusto a los Vigilantes. Es probable que todo empezara cuando me metí con un agente de la paz durante la cosecha.

—¡No puedes decir eso! —protesta Drusilla—. ¡Vas a fastidiar mi increíble esfuerzo por ocultar la revuelta!

—¿Qué revuelta? Woodbine huyó y tu gente le pegó un tiro.

—¡Sé reconocer una revuelta cuando la veo! Da igual. Eso está prohibido. Y, de todos modos, no te ganará ningún punto con la audiencia. Reaccionarán bien ante un chico malo, no ante un rebelde. Tienes que ser travieso, no peligroso. Por ejemplo, el invierno pasado, uno de los estudiantes de la universidad tiñó de rosa todas las fuentes cuando hubo problemas con el suministro de crema facial. ¡Fue muy provocador! ¡A todo el mundo le encantó!

Comprendo que intenta ayudar de verdad, pero…

—Sí, vale. Pero voy a los Juegos del Hambre. No creo que una protesta por la falta de crema para la cara me vaya a servir de nada. ¿Puedo hablar de cuando escupí a la multitud?

—¡Por supuesto que no! ¿De qué le serviría a nadie?

—Bueno, si no puedo hablar de la cosecha y no puedo escupir, ¿de qué se supone que voy a hablar?

Drusilla se lo piensa un momento.

—Tienes que ser misterioso. Alude a un comportamiento radical sin ser específico. Los que fueron testigos de la ceremonia de inauguración ya estarán cuchicheando. Que la audiencia use su imaginación.

—Travieso, no peligroso —repito.

—Eso es. Sé un granuja. Un granuja travieso y encantador.

Un granuja. Así llamaba mi nana a una ardilla que se colaba en el porche para robar los frutos secos que ella descascarillaba. Delante de sus narices. Osada a más no poder, pero también graciosa.

—Bueno, puedo intentarlo.

Sin embargo, no tengo la oportunidad de hacerlo porque, justo en ese momento, Proserpina y Vitus entran en tromba en el piso, muy nerviosos.

—Es Magno. Fuimos a su casa a ver los trajes para la entrevista y poder planificar el maquillaje y los peinados de esta noche… —empieza Proserpina.

—Se nos permite hacerlo. En realidad, se nos exige como parte del currículo. Vamos, que no es que estuviéramos fisgando ni nada… —interviene Vitus.

—Y la puerta de su piso estaba abierta de par en par y él estaba tambaleándose de un lado a otro, enfermo…

—Vomitando por todas partes y hablando como si hubiera perdido la cabeza y…

—¡Creemos que los rumores sobre el veneno de sapo son ciertos! —exclama Proserpina, que se lleva las manos a la boca como si acabara de irse de la lengua a lo grande.

—¿Rumores? —se burla Drusilla—. Ese hombre lleva lamiendo sapos desde la guerra. No puedo creerme que se haya arriesgado a hacerlo durante los Juegos. Pero ¿qué digo? ¡Claro que me lo creo! ¡Aunque solo sea por destruir mi carrera!

—¿Por qué lame sapos? —pregunta Wyatt.

—¡Porque tiene una cosa rara con los reptiles! Y porque haría lo que fuera por acabar conmigo.

—Dicen que algunas especies te hacen alucinar o algo así. Si no te matan, claro —explica Vitus—. Algunos lo hacen por diversión, pero, puaj, qué asco.

—¡Voy a interponer una queja formal ante los Vigilantes!

Drusilla agarra su bolso y sale hecha una fiera, lo que acaba definitivamente con mi entrevista de prueba.

—Por casualidad no tendréis vosotros dos algo de ropa negra que puedan ponerse, ¿verdad? —pregunta Wiress a nuestro equipo de preparación.

—¿Nosotros? —pregunta Vitus, incrédulo—. ¡Nosotros no vestimos de negro!

—¡Es demasiado deprimente! —Proserpina se echa a llorar, y sus pompones de color magenta botan como locos—. Tengo que llamar a mi hermana.

Se deja caer en una silla que está al lado de una mesa en la que hay un teléfono de color naranja tostado, pulsa algunos botones y empieza a gemir por el receptor.

—¡Voy a suspender! ¡Voy a suspender!

Mags nos reúne a los demás, Vitus incluido, nos lleva a la cocina y nos sirve unos cuencos de helado de fresa.

Al cabo de unos minutos, Proserpina se une a nosotros.

—Mi hermana dice que no es culpa nuestra y que tenemos que hacer lo mejor que podamos para prepararos. —Lame una cucharada enorme de helado y un último hilito de lágrimas le baja por las mejillas encendidas—. Dice que, si intentan suspendernos, podemos apelar al Consejo Universitario. Mi hermana conoce a todos los del Consejo porque antes era la planificadora de actos sociales para los estudiantes y tenía que pedir aprobación para todo.

—Su hermana es increíble —dice Vitus.

—Cierto —responde Proserpina—. Era la presidenta del Grupo de Cohortes del Capitolio. Y, básicamente, en su primer año de universidad, creó ella sola las Saturnales de Primavera.

—Es la mejor fiesta del año —explica Vitus—. Mucho mejor que la antigualla anterior.

—Mucho mejor —repite Proserpina—. Total, que cree que no va a pasar

nada. Como dice ella, con una actitud positiva se tiene el noventa y siete por ciento de la batalla ganada.

Decirles algo así a unas personas que están a punto de morir es tan asombrosamente egocéntrico que no sé ni cómo responder.

Sin embargo, Maysilee no pierde pie.

—Procuraré tenerlo en cuenta en la arena. ¿Más helado?

Mags capta mi mirada, apenas incapaz de reprimir la sonrisa.

Proserpina se limita a alargar el cuenco, sin darse cuenta de nada.

—Seguro que te ayuda, de verdad.

Entonces llegan los equipos de preparación de Maysilee, Lou Lou y Wyatt, y nos turnamos en los baños y dormitorios para que nos arreglen. Intento negociar unos minutos más en la bañera para pensar en cómo parecer un granuja, pero lo único que se me ocurre es robar nueces. Tengo el mal presentimiento de que voy a resultarles irritante.

Como no están intentando contrarrestar los insecticidas de la ducha del gimnasio, los equipos obtienen mejores resultados con menos esfuerzo, aunque no son capaces de compensar lo de nuestra ropa. Nos habían dado calcetines y ropa interior de recambio, pero, salvo eso, llevamos vistiendo tres días seguidos los trajes de entrenamiento. El de Lou Lou está arrugado como una pasa por haberse echado la siesta con él; el de Wyatt tiene una mancha de puré de patatas y, al rasparlo, ha acabado peor; y yo tengo una rasgadura en el hombro, de cuando me atacó Panache. Incluso Maysilee, que es la que mejor ha quedado, tiene una salpicadura de cuando usó su pegamento casero con los símbolos. Además, la tela es barata y conserva el olor del sudor de nuestro miedo, y eso resulta desmoralizador, aunque las cámaras no lo recojan.

Intento mantener una actitud positiva, dado que con eso tengo el noventa y siete por ciento de la batalla ganada, y me recuerdo que al menos contamos con ropa negra de nuestra talla y con nuestros símbolos. Pero no puedo negar la verdad. Parecemos lo que somos: posibilidades remotas y abandonadas del Distrito 12 que ni siquiera se merecen un estilista profesional. ¿Quién va a patrocinar eso?

Además, tenemos a los ocho miembros del equipo de preparación (la mitad de ellos hechos un mar de lágrimas) absortos en cómo afectará esto a su nota y, por tanto, a su futuro laboral. Drusilla regresa cabreada porque no la dejan presentar una reclamación hasta que acaben los Juegos. En el

último momento se le ocurrió ir a ver si podía espabilar a Magno, pero no respondía a la puerta y ahora cree que está muerto, que es lo único que la ayuda a seguir adelante. Junto con la botella de litro de ron que se está pimplando en la cocina, quizá. Wiress y Mags intentan que nos concentremos en las entrevistas, aunque la conmoción general lo imposibilita.

El ruido ahoga el tintín del ascensor al llegar, así que parece salida de la nada. Una joven con el pelo de color lavanda, un vestido que parece una bola de chicle de uva y medias a cuadros verdes. Lleva cuatro sombreros negros apilados sobre la cabeza y bolsas de ropa en los brazos, y empuja un carrito lleno de zapatos puntiagudos hasta que llega al centro de la habitación y anuncia:

—¡¿Quién está listo para un día absolutamente fantástico?!

13

—¡Effie! —exclama Proserpina, que se lanza a los brazos de la recién llegada.

Effie le da unas palmaditas en la espalda.

—¡Bueno, no voy a dejar que mi hermanita pequeña… ni sus amigos fracasen por culpa de un haragán que no ha hecho su trabajo!

Todo el equipo de preparación prorrumpe en aplausos, se echa a llorar o ambas cosas mientras la rodea. Ella acepta la adulación, aunque después se pone seria.

—Escuchad todos. Lo que sucede aquí es más grande que nosotros. Como bien sabemos, los Juegos del Hambre son una ceremonia sagrada en recuerdo de los Días Oscuros. Muchas personas perdieron la vida para garantizar la paz y la prosperidad de nuestra nación. Y esta es nuestra oportunidad…, no, mejor dicho, ¡es nuestro deber honrarlas!

Bueno, se ha tragado de cabo a rabo la propaganda del Capitolio, pero al menos nos ha traído zapatos decentes. Empieza a abrir la cremallera de las bolsas.

—Cuando me llamaste, Prosie, al principio no sabía qué hacer, y entonces pensé: «¡La tía abuela Messalina!».

—¡La tía abuela Messalina! —grazna Proserpina—. ¡Nunca tira nada!

—Hay muchas cosas viejísimas, pero, por suerte, los estilos de la época de la guerra vuelven a estar de moda —explica Effie. Sostiene en alto un vestido de encaje negro con guantes a juego—. Y hay un montón de negro porque había muchos funerales.

—¡Eres… un genio…, Effie… Trinket! —balbucea Vitus.

—Hay que reconocer que ha sido un gran momento de inspiración —dice Effie—. No os preocupéis, chicos, que el tío abuelo Silius tampoco se quedaba atrás en lo que a trapos se refiere.

De eso no cabe duda y, lo que es mejor aún, era más o menos de la talla

de Wyatt y mía, así que solo hay que hacer algunos arreglos. Encontramos un esmoquin para él y un traje de tres piezas con un chaleco elegante bordado con copas de cóctel para mí. Lo ideal para un granuja. O un fabricante de alcohol ilegal. Cuando añado un par de amplios zapatos de charol y unos gemelos con una bola ocho en la camisa de seda blanca, estoy hecho un pincel.

—Para ser hay que parecer —dice Effie, que me da una palmadita de aprobación en el hombro.

Al menos, las Trinket no son crueles, solo ingenuas, lo que es una gran mejora con respecto a Drusilla y Magno. Las chicas también están estupendas: Lou Lou con el vestido de encaje negro bien prendido con alfileres para que le entalle y Maysilee con un vestido de terciopelo con un hombro al aire, una boa y los guantes de encaje negros. Sé que nos están poniendo guapos para el matadero, pero, al menos, ahora quizá consigamos patrocinadores.

—Nadie se creería que son del Distrito 12. Ha sido muy amable por parte de tu tía prestarte todo esto —comenta Vitus.

—Bueno, nos lo debe después de tirar por los suelos el apellido Trinket. Tardaremos años en recuperarnos —dice Effie, que arruga la frente—. Con que la mitad de lo que se cuenta sea cierto…

Vitus la rodea con un brazo para consolarla.

—A los antepasados no se los elige —le dice, y después susurra—: Mi abuelo era simpatizante de los rebeldes.

—Tú ganas —reconoce Effie—. ¡Pero mírate ahora!

Cuando Drusilla sale de la cocina, se queda mirando nuestra ropa.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡Mi hermana! —exclama Proserpina, que le da un codazo a Effie para que se adelante.

—Bueno, ha sido un privilegio vestirlos para Panem —dice con modestia.

El rostro de Drusilla pasa por un amplio registro de emociones: confusión, alivio, admiración…, pero lo que gana al final es el rencor.

—No podemos dejar que Magno se adjudique todo el mérito. Tú te vienes con nosotros —dice, agarrando a Effie del brazo—. Y le voy a contar a todo el mundo que tú eres la responsable.

—Pero si ni siquiera tengo un pase para estar entre bambalinas… —

protesta Effie.

—Eso sí que puedo remediarlo, por lo menos. —Drusilla agita una mano para que vayamos hacia la puerta—. Venga, vamos a intentar llegar a tiempo, aunque sea por una vez.

Proserpina le pone un estuche de maquillaje a Effie en la mano.

—¡Retoques!

—Estoy en ello —le promete Effie—. ¡Por todos! —Mira con preocupación a Lou Lou, que enseña los dientes—. Para ti, puede que un tono de pintalabios un poco menos intenso.

—Y suavizar el colorete —dice Maysilee.

—Exacto —coincide Effie. Por un momento, no son más que dos chicas con la misión de embellecer el mundo. Effie le pasa una polvera para que le dé su opinión—. Estoy pensando en melocotón, ¿no?

—Mucho mejor.

—Espera. —Effie alarga una mano y le quita una pluma rota de la boa—. Ya está. Perfecta.

—¿Me he maquillado bien las pestañas?

—Sí, pero las tienes tan largas que te van a dar problemas. —Effie mete la mano en la bolsa de maquillaje y saca una esponjita—. Llévatela, por si se corre.

Drusilla tira con tanta energía de Effie hacia el ascensor que se le cae el estuche de maquillaje al suelo. Se abre de golpe y los tubos de colores ruedan por la moqueta naranja tostado. Me agacho para recogerlos y se los devuelvo a la chica, que parece un poco sorprendida.

—Gracias, Haymitch. Muy amable por tu parte, sobre todo teniendo en cuenta tus circunstancias.

—Bueno, gracias por traernos ropa de vestir.

—Os merecéis estar muy guapos esta noche —contesta Effie—. Y creo que sois todos muy valientes.

No es que tengamos otra opción, pero me gusta que alguien lo reconozca.

En la furgoneta, inspirado por el estilo del tío abuelo Silius, decido apostar por el tema del alcohol. Imagino que fabricar licor ilegal entra en la categoría de lo que el Capitolio considera travieso, no peligroso. A juzgar por la multitud de la ceremonia de inauguración, casi toda esta gente se bebe hasta el agua de los floreros, así que deberían sentir afinidad por un crío que se salta la ley para que a su distrito no le falte alpiste. De todas

maneras, es lo mejor que se me ocurre para presentarme como un granuja y, además, es cierto, al menos en parte. No quiero meter en líos a Hattie, así que decido fingir que lo hago yo solo.

Empiezo a agobiarme con el plan de romper la arena, sobre todo porque todavía no conozco el orden de los acontecimientos ni cómo van a meter los explosivos en ella. Mags y Wiress tienen permiso para acompañar a Drusilla, así que Beetee también estará allí con sus tributos.

Las entrevistas se televisan desde un auditorio con capacidad para unas dos mil personas. Drusilla nos explica que no habrá retardo en la transmisión, dado que este público no se va a amotinar, por lo que ella no podrá arreglarlo si la liamos. Qué gracia tiene. Cuando le entregan el orden oficial, se escabulle para charlar con Caesar Flickerman, de modo que sepa cómo enfocar nuestras entrevistas. Al alejarse, masculla:

—Bruja, calculador, lunática, granuja.

Nos llevan a una sala de espera entre bambalinas a la que llaman salón verde, aunque está pintado de blanco. Ya está lleno de mentores, acompañantes y estilistas que revolotean alrededor de sus tributos, que están todos bien aseados y vestidos con ropa de noche elegante del color de su distrito. Hasta el Distrito 1, que ya lucía trajes de gala en el desfile, se ha esforzado más y sus conjuntos de color verde moco, con largas colas y faldones traseros emplumados, necesitan el triple de espacio que los de los demás distritos.

Effie los observa con ojo crítico y susurra:

—¡Gracias al cielo que vuestro color es el negro! ¿Os imagináis tener que vestirlos a todos de peridoto? Ha sido un golpe de suerte.

La verdad es que nuestro distrito tiene mucho más estilo y, por lo que sea, parece más letal. Quizá solo vea lo que quiero ver. Mi chaqueta y mi chaleco tienen compartimentos ocultos y en el cinturón hay unas presillas adicionales que, según Effie, son para llevar armas decorativas. Ajá, decorativas. Y Effie descartó al instante la primera camisa que me probé por algo que se parecía sospechosamente a una mancha de sangre que no había salido al lavarla. Me pregunto si lo que la tía abuela Messalina y su marido hicieron para deshonrar a la familia estará relacionado con algún cadáver. Meterme en su pellejo esta noche me hace sentir un poco más peligroso.

Beetee, rodeado de azul eléctrico, me mira y señala el bufé con un movimiento rápido de cabeza. Drusilla está ocupada asegurándose de que

todos sepan que Effie se encargó de nuestra ropa, así que puedo decir que tengo sed y correr a la ensaladera del ponche. En la mesa hay exquisiteces de todo tipo, como zapatos de tacón de caramelo, caviar dentro de conchas marinas y cerdos en miniatura hechos con ensalada de jamón. No reconozco ni la mitad de los platos, pero sigo el ejemplo de una señora y unto una cucharada de queso de cabra en un cuadradito de guirlache de cacahuete. Sorprendentemente bueno.

Estoy sirviéndome ponche cuando Beetee se acerca con aire furtivo. Coge unas pinzas plateadas enormes, se dirige a una escultura con forma de ramo de flores compuesta por verduras diminutas y empieza a escogerlas con una meticulosidad extrema. Es ridículo.

—¿Es así más fácil que con los dedos? —le pregunto.

—Intento no llamar la atención —responde en voz baja.

Miro a mi alrededor y veo que varios agentes de la paz nos observan. Un par de ellos empieza a acercarse cuando se oye un alboroto en la puerta. Magno Stift entra en la habitación sosteniendo por encima de la cabeza una jaula llena de reptiles mientras grita:

—¡Ya están aquí las lenguas más afiladas de la fiesta!

Cuando los agentes se giran hacia mi estilista, Beetee arranca un rábano diminuto y habla rápidamente entre dientes.

—Ve al norte. Ampert hará lo mismo cuando tenga el explosivo. Haced lo que podáis por localizar un portal de mutos siguiendo a los que se alejen después de un ataque. Cuando os reunáis Ampert y tú, entrad por uno para acceder al Sub-A, donde está el depósito. Hemos sustituido el cordón negro del símbolo de Ampert por mecha, y el detonador está escondido en el trenzado.

Le doy un buen trago a mi ponche y le echo un vistazo por encima del vaso al collar de Ampert. No se distingue en nada del que le hizo Maysilee y no hay ni rastro del detonador en el cordón trenzado. Beetee no me cuenta de dónde ha salido, pero los rebeldes deben de tener a alguien infiltrado que lo habrá introducido a través del control de seguridad, para después cambiarlo por el original.

—Los cuatro girasoles del Distrito 9 ahora están hechos de explosivos —añade.

—Pero sus girasoles son duros. El de Kerna se rompió contra el suelo.

—Sí. Estos están cubiertos de goma laca. Humedécelos con agua y

restriégalos entre las manos. La fricción ayudará a disolver la goma y el explosivo volverá a ser maleable.

—¿El Distrito 9 conoce el plan?

—No. Ampert le quitará el girasol a uno de ellos. —Se refiere a que se lo quitará cuando muera. Seguramente en el baño de sangre inicial—. O a más, si puede. Siempre viene bien tener repuestos. Y si Ampert no aparece… —dice Beetee, aunque se le rompe la voz; ambos sabemos por qué es posible que Ampert no sea capaz de llegar hasta mí. Examina un instante por debajo de las gafas un tomate del tamaño de un guisante—. También hemos sustituido el…

Un revoloteo de gasa a la altura del codo me alerta de la presencia de las cuatro palomas del Distrito 6, que resplandecen con sus galas de color gris iridiscente. Beetee se aleja hacia una pirámide de albóndigas sin aclararme nada más; tampoco se ha despedido ni me ha deseado buena suerte.

Wellie susurra.

—Ampert dice que, cuando lleguemos a la arena, se supone que debemos juntarnos lo antes posible.

¿Es a propósito? Si Ampert se une a los demás, tendrá acceso a los tributos del Distrito 9 cuando mueran. Mientras tanto, yo tengo mi propia misión, que no incluye proteger a esta bandada.

—Me parece un buen plan —coincido.

—Dice que quizá algunos de los tributos más grandes podáis conseguir armas primero —me dice Wellie.

—Lo intentaré. —Pero no podré cuidar de ellos en la arena porque tengo que concentrarme en volar en pedazos el depósito o morir en el intento—. Mirad, voy a comportarme como un capullo integral en mi entrevista. Lo he preparado con mi equipo, pero yo jamás os haría daño, ¿vale? Ni a ninguno de los novatos. Os lo prometo.

—Lo sabemos —responde Wellie con una mirada rebosante de confianza.

Demasiada confianza. Tengo que distanciarme de ellos por el bien de todos.

—Hay algo más —le digo—. Has visto mi puntuación, solo saqué un uno. Los Vigilantes me tienen enfilado. Es peligroso para vosotros estar cerca de mí. Así que estoy pensando en ir por mi cuenta.

Wellie pierde la sonrisa.

—Pero todos somos su objetivo. Te necesitamos.

—No si atraigo a las manadas de mutos o me persiguen los profesionales. No me necesitáis. Y todos tenéis que entenderlo. Díselo a los demás, ¿vale?

Al otro lado de la sala, Magno, con la mirada perdida, está arrinconado, pero ha conseguido abrirse hueco soltando una serpiente de dos metros y agitándola a su alrededor.

—¿Dónde están mis tributos? ¡Tengo que vestirlos!

La gente chilla y los agentes se agrupan para debatir sobre su plan para contenerlo. Drusilla parece encantada y grita:

—¡Derribadlo! ¡Derribadlo!

Sin embargo, antes de que los agentes de la paz, pistolas eléctricas en mano, puedan hacer su trabajo, Lou Lou da un paso adelante con las manos extendidas hacia la serpiente.

—Mía —dice.

Magno sonríe, esquiva sus manos, le rodea los hombros con la serpiente y le enrolla la cola alrededor del cuello.

—Se lleva así —le dice.

Lou Lou entrelaza el brazo con el cuello de la serpiente para que apoye la cabeza en el dorso de su mano y sostenérsela. Magno se inclina para besar en la boca a la serpiente. Es la viva imagen de la locura: la niñita maltrecha y nuestro estilista drogado y depravado. Wyatt se acerca para recogerla y la rodea con un brazo para guiarla de vuelta al grupo del Distrito 12. Al parecer, la serpiente hace que Lou Lou se sienta más poderosa, porque al pasar junto a unos tributos que la triplican en tamaño, blande la serpiente y les sisea.

Me uno a mi distrito justo cuando cobra vida el televisor del otro extremo del salón. En pantalla, una mano invisible escribe un enorme cincuenta con muchas florituras por encima de una imagen del escenario del auditorio, mientras una voz atronadora anuncia:

—Damas y caballeros, bienvenidos a la noche de entrevistas de los Quincuagésimos Juegos del Hambre. Y aquí está nuestro presentador favorito: ¡Caesar Flickerman!

Caesar desciende del techo encaramado a una luna creciente, contra un fondo de estrellas fugaces. Es un joven que luce un traje de un azul tan oscuro que parece negro, tachonado de bombillitas que lo hacen titilar. El traje no cambia nunca, pero cada año se tiñe el pelo de un color distinto;

esta noche es del verde intenso de un pinar, y se ha pintado los párpados y los labios del mismo color. Lo del pelo y los ojos podría defenderse, pero los labios verdes remiten directamente a un hombre en proceso de descomposición. Tiene un aspecto malsano. El brillo de sus dientes, más blancos de la cuenta, al sonreír con complicidad al público solo sirve para recordarnos que tiene un cráneo bajo toda esa pringue. Tras desmontar con agilidad de la luna, abre los brazos y exclama:

—¡Hola, Panem! ¿Empezamos con la fiesta?

El público ruge para dar su aprobación.

Aquí, en el salón verde, una joven Vigilante alinea a los distritos 1 y 2, y lee su orden de aparición. Salen por la puerta tras ella para esperar entre bambalinas.

En pantalla, Caesar se embarca en una breve retrospectiva de los cuarenta y nueve Juegos anteriores, empezando por la versión espartana de los primeros años después de la guerra, cuando lanzaban a los tributos a un estadio bombardeado, donde les dejaban armas y poco más. Observo con atención cuando dice que los Décimos Juegos fueron un punto de inflexión, ya que ese fue el año en el que el Distrito 12 tuvo un vencedor, pero solo mencionan la introducción de las apuestas, los patrocinadores y los drones desvencijados que soltaban comida y agua para los tributos.

A partir de ese momento, los Juegos evolucionaron, desde un castigo puro y duro hasta un entretenimiento sin remilgos. El estadio original se abandonó, y los Vigilantes empezaron a usar escenarios ya existentes en la naturaleza o ciudades bombardeadas y demás, añadiendo una amplia variedad de mutos y armas.

Los Vigésimo Quintos Juegos del Hambre, el primer Vasallaje de los Veinticinco, fue de una crueldad extrema, ya que los distritos tuvieron que elegir a sus propios tributos, en vez de dejarlo en manos de la cosecha. Otro Flickerman, de nombre Loco, fue el presentador, acompañado por los comentarios de una reliquia de mujer llamada Gaul, a la que se acredita la invención de la frase «Que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte» para dicho aniversario. La frase ha calado de tal modo que ahora se usa para desearle a alguien lo mejor, pero, si lo piensas, es lo más sádico que se le puede decir a un tributo, dado que sobrevivir es imposible para veintitrés de los veinticuatro niños.

Para ese primer Vasallaje, los Vigilantes inauguraron la parte del

Capitolio con un desfile de los tributos en cuadriga por las calles, todos vestidos con trajes que recordaban a su distrito. En vez de buscar una ubicación para los Juegos, construyeron una arena de un solo uso. Además, la Cornucopia hizo su primera aparición, cargada de armas y provisiones, lo que provocó un intenso baño de sangre cuando sonó el gong que daba comienzo a todo.

Durante los últimos veinticuatro años han desvelado una nueva arena cada año, basándose en un entorno o un tema distinto, desde un desierto hasta un paisaje helado, pasando por el puzle reflectante de Wiress, al que llamaron el Nido de los Espejos. Caesar bromea con la audiencia sobre la arena del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Se rumorea que dejará en ridículo a todas las arenas anteriores. «¿Se lo imaginan? No, no pueden. ¿Será fabulosa? Sí, por supuesto».

Se me revuelve el estómago y me alegro de no ser el primero. También me alegro de que lo sea el Distrito 1. Cuando Caesar presenta a Silka, ella entra muy dispuesta, arrastrando cuatro metros y medio de cola de vestido verde moco.

—Puaj. Parece un caracol —comenta Maysilee en voz alta, lo que arranca bastantes risas nerviosas.

En lo que de verdad piensa todo el mundo es en que Silka mide más de metro ochenta sin tacones y es capaz de lanzar un hacha al corazón de un maniquí a cuatro metros de distancia. Y de eso no podemos reírnos.

Como este año somos tantos, las entrevistas se limitan a dos minutos y, cada cuatro distritos, habrá un intermedio al que Caesar llama «limpiador de paladar».

Silka no pierde tiempo presumiendo sobre su tamaño, su fuerza, su lanzamiento de hacha y su diez. Ni siquiera se molesta en mencionar su alianza con los profesionales y, cuando Caesar los menciona, ella se limita a decir:

—Sí, claro, ayuda contar con alguien para despejar el campo.

Panache es el siguiente; entra pavoneándose y se para en tres ocasiones para posar y enseñarle los músculos al público.

—¡Panache, del Distrito 1! —brama Caesar; después le pregunta—: Bueno, Panache, además de lo evidente, ¿por qué debería apoyarte la audiencia?

—¡Porque soy el más grande, el más macizo y el mejor! —exclama él, y

posa de nuevo.

—Madre mía, ¡deberíamos asarte a la parrilla! —bromea Caesar.

—Eso es. Soy todo carne, pequeñín —responde Panache, que le da una palmadita condescendiente en la cabeza a Caesar.

Qué fácil es odiarlo. Se nota que el insulto ha hecho mella en el presentador, pero Caesar vive para esto.

—¿Incluso el cerebro? —pregunta, maravillado.

El público deja escapar risitas nerviosas. Panache parece desconcertado, hasta que comprende la pulla y se enfurece.

—¡El cerebro no! Evidentemente es… masa gris.

Caesar asiente, muy serio, como digiriéndolo, mientras la gente se parte de risa. Panache se pone rojo, y entonces recuerdo la ventanilla del tren, que no fue más que un observador inocente. Por un momento temo que destroce a Caesar, pero se controla y exclama:

—¿Por qué no entramos en materia de una vez?

—¿En… materia? —balbucea Caesar—. Creo que ya hemos entrado en materia. ¡En materia gris!

Los ciudadanos del Capitolio se vuelven locos, y yo también, hasta que recuerdo que no solo se están burlando de Panache. Se burlan de todos nosotros, los estúpidos lechones con garras de los distritos. Animales para su entretenimiento. No pasa nada por sacrificarnos para divertirse. Tan tontos que no merecemos vivir.

Caesar calma al público e intenta regresar a la entrevista.

—Va todo de buenas, Panache, todo de buenas. Yo suspendí Biología, no te digo más. Venga, cuéntanos, ¿cuál es tu arma preferida?

—Los puños —responde él, y acerca uno a la nariz de Caesar.

El presentador da un delicado paso atrás, vuelve la cabeza hacia el público y susurra en voz alta:

—También son carnosos.

Ahí se acaba todo para Panache. Enseñan primeros planos de personas muertas de risa, con las lágrimas corriéndoles por las mejillas mientras intentan recuperar el aliento. Caesar finge que intenta seguir con sus preguntas, pero retrocede de un salto cada vez que Panache lo mira y exagera su cara de terror para las cámaras. No soporto a Panache, pero esto no es justo. Suena un timbre para avisar de que se ha acabado su tiempo, así

que no le queda más remedio que salir del escenario, acalorado y humillado.

El resto de los tributos de los Distritos 1 y 2 parecen percatarse del peligro de que también los clasifiquen como bestias estúpidas, así que se esfuerzan por destacar sus proezas con las armas y las ventajas de pertenecer a la manada de los profesionales. Sin embargo, lo de Panache ha causado estragos y cualquier intento de presumir de músculos se gana una cómica mirada de soslayo de Caesar que entusiasma al público. Recuerdo que mi padre decía que, si consigues que la gente se ría de alguien, haces que parezca débil. Se refería a los peces gordos del Capitolio, aunque aquí también resulta ser cierto.

Hasta el momento, no se ha mencionado a los novatos, pero Dio da comienzo a las entrevistas del Distrito 3 con la noticia de nuestra alianza y, con mucha generosidad, menciona a todo el equipo por su nombre, a todos y cada uno de nosotros, y expone nuestros talentos. Después sale Ampert con su teoría de que a los tributos anteriores les lavaron el cerebro, de que el número de profesionales vencedores es desproporcionado y de que solo tenemos que unirnos para obtener un resultado diferente. Ni siquiera menciona sus propios atributos, pero no es necesario porque ha quedado tan claro lo espabilado que es que Caesar lo comenta en tono de aprobación. De hecho, el Distrito 3 entero ofrece una imagen de inteligencia, colaboración y compostura, en marcado contraste con los profesionales, y recibe muchos aplausos.

El Distrito 4 ha llegado preparado para enseñar sus habilidades con el tridente y las redes, no para ofrecer estrategias sobre los novatos. Titubean al enfrentarse al rumbo que ha tomado la entrevista.

«Esos chicos parecen muy listos, ¿no te parece?». «¿Crees que guardan más ases en la manga?». «¿Qué te parece que se hayan juntado tantos?». «¿Qué planes habéis hecho los profesionales para contrarrestar a los novatos?».

Para cuando llega el primer limpiador de paladar, en el Capitolio están entusiasmados con los novatos. Mientras le enseñan al público algunos momentos destacados de la moda a lo largo de los Juegos, el Distrito 5 convoca una reunión de emergencia en el salón verde. Como es el único distrito de profesionales que queda, es su última oportunidad de exponer las

ventajas de su alianza contra los novatos. El resto de la noche nos pertenece.

El Distrito 9, a pesar de su compromiso con la alianza, tiende a seguir apartado de los demás. Tímidos, quizá, poco sociables. Me acerco para saludarlos y, de camino, examinar furtivamente sus girasoles. Veo que se han tomado el mismo trabajo con sus símbolos que con el de Ampert. Las grietecitas en la flor de Kerna son tan convincentes que me preocupa que no los hayan sustituido de verdad. No quiero esforzarme por llegar hasta ese depósito para encontrarme en el último momento intentando prender un pedazo de masa de harina y sal. Pero o confío en Beetee o no. Lo cierto es que él también se arriesga mucho al confiar en mí.

Después del intermedio, el Distrito 5 hace lo que puede por destacar nuestros defectos. Se concentran en nuestro tamaño y la falta de entrenamiento, pero les falta un plan cohesivo para eliminarnos, seguramente porque son tan engreídos que no lo han creído necesario, y al final se contradicen entre ellos. ¿Permanecerán en una sola manada o se dividirán? ¿Compartirán comida y agua? ¿Quién es el líder de los profesionales? ¿Lo seguirán? Preguntas básicas que está claro que jamás han debatido. Y, cuando no están seguros de las respuestas, vence la tentación de promocionarse individualmente.

Estoy un poco preocupado porque los siguientes son mis palomas, que nadan en volantes de gasa, pero, en cuanto Wellie se acerca al micrófono de Caesar, el resto de la noche es puro territorio novato. Su tamaño diminuto pasa a segundo plano cuando responde sin vacilar las mismas preguntas con las que tropezaron los del Distrito 5:

«Siempre seremos una manada, como la llama usted. Pero nos dividiremos cuando sea necesario para vencer a los profesionales».

«Claro que vamos a compartir nuestras raciones. Es lo más lógico».

«No tenemos ningún líder, propiamente dicho. Los novatos estamos más comprometidos con la alianza en sí, lo que es mejor, ya sabe, porque vamos a perder miembros. Pero fue Ampert el que propuso la idea y el que nos ha unido, y todos hemos jurado seguir su plan y protegernos unos a otros hasta el final».

No sé, puede que Ampert no me mantuviera al tanto de la estrategia de nuestras entrevistas porque sabía que estaría concentrado en lo del sabotaje, pero los novatos están organizados. Nadie habla demasiado de sí mismo,

enfatizan el poder del grupo y las ventajas que explotarán en la arena. Que ser pequeños puede ser bueno para trepar árboles, esconderse o necesitar menos comida; que ser capaces de confiar en los miembros de tu equipo significa que dormirán más (cosa que no les pasará a los profesionales) y que la capacidad intelectual, que tenemos a patadas, resulta útil para todo, desde la estrategia para fabricar cosas a cazar comida. En los breves momentos en los que sí hablan sobre sus habilidades personales, se centran en cómo las usarán para ayudar a los demás.

Puede que perdamos, pero seguro que, en casa, muchas personas estarán orgullosas de nosotros.

A pesar de la interrupción del segundo limpiador de paladar, un aterrador repaso por los mutos más letales de la historia de los Juegos, los novatos siguen defendiendo nuestra alianza y, antes de darme cuenta, le toca al Distrito 12.

Por admirables que sean los novatos, creo que hemos empezado a cansar a Caesar. La verdad es que el altruismo, la calma y la determinación no ayudan a ofrecer un entretenimiento animado. Así que, tras confirmar rápidamente que estamos comprometidos con los novatos, está más que dispuesto a exprimir el descaro del Distrito 12.

Caesar alienta a Maysilee, que se gana un buen montón de carcajadas cuando se dedica a ametrallar a la primera fila por su mal gusto. A un hombre vestido con un traje hecho de billetes de cien dólares, le dice: «Qué mono. Te has traído a todos tus amigos». A una señora con orejas de gato implantadas quirúrgicamente: «¿Y llevas en el bolso el antipulgas?».

Wyatt suelta complicados cálculos de probabilidades que un Vigilante confirma con una calculadora. Cuando acierta la cantidad de dólares de patrocinadores que se necesitarían para enviarle a un tributo un faisán relleno dos semanas después del inicio de los Juegos, teniendo en cuenta una inflación creciente del treinta y ocho por ciento al día, Caesar se queda patidifuso de verdad.

—¡Tampoco se me daba demasiado bien la aritmética! —exclama—. No sé si la suerte estará de tu parte en la arena, Wyatt, pero, si ganas, ¡los dos nos vamos al casino!

Lou Lou causa sensación al llegar con su serpiente y enseñarle los dientes al público. Como siempre, anuncia su nombre y distrito, pero después se dedica a bufar a Caesar cada vez que le hace una pregunta. Al

oír las burlas de los presentes, se agacha y sostiene delante de ella la serpiente, lo que hace que algunas personas retrocedan de broma y que las más valientes acaricien al animal. Se los está ganando hasta que, por primera vez en toda la noche, quizá inspirado por la ferocidad de la chica, Caesar pregunta:

—Vale, Louella, ¿qué pasará si los novatos matan a todos los profesionales? ¿Qué va a pasar con todos vosotros entonces?

Como si fuera una señal, la serpiente le sisea en la cara a una señora con el rostro tachonado de gemas y Lou Lou gruñe:

—Nos asesinaréis. Nos asesinaréis.

Si ver a esta niña tan rara envuelta en una serpiente les hacía gracia, que ataque al Capitolio, no tanto. Se oyen gritos ahogados y ruidos de indignación, pero ella insiste.

—¡Nos asesinaréis! ¡Nos asesinaréis! —La voz suena cada vez más aguda, y el efecto es estremecedor—. ¡Nos asesinaréis!

La fachada de diversión se desvanece. La niña empieza a arrastrarse por el borde del escenario señalando al público de primera fila mientras grita:

—¡Tú!… ¡Tú!… ¡Tú!… ¡Tú!

Hasta el famoso temple de Caesar se desmorona cuando corre bailando tras ella para intentar recuperar la magia.

—Vale, Louella… ¡Louella! Es una lástima, pero en los Juegos solo puede ganar una persona. ¡Louella! ¡No se puede negar su empeño! ¡Un poquito de ayuda, por favor!

A mitad de una de sus acusaciones, Lou Lou guarda silencio. Los ojos se le ponen en blanco y se derrumba sobre los tablones del suelo.

—Se ha desmayado de tanto esfuerzo, ¡y justo a tiempo! —exclama Caesar. Estoy seguro de que los Vigilantes han tenido algo que ver; seguramente la han drogado a través de su bomba. Permiten que regrese Wyatt para llevársela entre bastidores mientras Caesar pasa de inmediato a presentarme—. Y, ahora, nuestro último tributo de la noche, ¡Haymitch Abernathy, del Distrito 12!

Me tomo mi tiempo para cruzar el escenario porque no creo que un tío que lleva copas de cóctel estampadas en el chaleco sea de los que se apresuran. Caesar, ya en proceso de recuperación, va directo al grano.

—Bueno, Haymitch, ¿qué te parece que este año los Juegos tengan el doble de competidores de lo normal?

Es la primera vez que me van a oír hablar y quiero causar una impresión profunda. Sin embargo, de repente, no estoy pensando en el tío abuelo Silius, sino en Woodbine Chance, que debería estar aquí en mi lugar. Siempre estaba metiéndose en líos, pero le caía bien a la gente. Sobre todo a las chicas. Demasiado joven para ser todavía un peligro, pero un granuja, sin duda.

Me encojo un poco de hombros y dejo que se me pegue la actitud relajada de Chance.

—Tampoco cambia mucho la cosa. Van a ser tan estúpidos como siempre, así que imagino que las probabilidades son más o menos las mismas. —Se oyen risitas entre el público. Respondo con una media sonrisa —. Me refiero a los profesionales, claro.

—Bueno, esto no lo sabe todo el mundo, pero he oído que has tenido algún que otro encontronazo con uno de ellos. ¿Panache, quizá? —pregunta Caesar.

—He oído que tú también —replico, y él se ríe, junto con el público—. Sí, no me llevo bien con ninguno de los profesionales. Pero los novatos son muy listos y están a salvo conmigo al cien por cien.

—Bueno, a juzgar por la puntuación que te han dado los Vigilantes, todo el mundo está a salvo contigo —comenta Caesar, lo que arranca una exclamación al público—. Has sacado un uno en el entrenamiento, ¿no?

—¡No ha sido tan fácil! Estoy muy orgulloso de ese uno. Quiero decir que tengo treinta y un aliados, este cuerpo fuerte como una roca y un cerebro cinco veces mejor que el de cualquier profesional. Y ¿sabes qué más tengo? Agallas. ¡Porque está claro que no me da miedo cabrear a los Vigilantes!

Abro los brazos en dirección al público y me paseo por el borde del escenario mientras ellos silban para apoyarme.

—Venga ya, ¿un diez? ¡Cualquiera puede sacar un diez! Para conseguir un uno hay que estar hecho de una pasta especial, ¿verdad? —Vítores para darme la razón—. Está claro que por aquí hay gente que sabe a lo que me refiero. —Señalo a un hombre de la segunda fila que lleva un cubo de cristal lleno de abejas vivas encima de la cabeza—. Este caballero de aquí, por ejemplo. —Él asiente con energía—. ¿Y tú, querida? —Me inclino hacia la señora con las orejas de gato. Ella se tapa la cara, entre avergonzada y encantada de la vida—. Está claro que lo entiendes.

—Bueno, pues vamos a hacer una lista de todas las personas a las que has cabreado —dice Caesar—. Tenemos a Panache, a los otros profesionales y a los Vigilantes. Y eso ha sido en los pocos días que llevas en el Capitolio. ¿Qué me dices de las de casa?

—Bueno, están los agentes de la paz. —El público se calla un poco—. Se ponen un poquito nerviosos cuando no les llevo a tiempo su licor blanco.

Risas conmocionadas.

—¿Su licor blanco? Pero, Haymitch, ¿a qué te dedicas tú al salir de clase?

Procuro mantener a Hattie lo más lejos posible de todo esto.

—Bueno, digamos que son mis deberes de ciencias. Resulta que puedo sacar licor de casi cualquier cosa, Caesar. El Distrito 12 no puede presumir de mucho, pero tenemos el mejor garrafón de Panem. ¡Y estoy seguro de que el comandante de la base estará de acuerdo!

—Pero… ¿no es ilegal?

—¡Anda! ¿Sí? —Me vuelvo hacia un hombre con bigote que sostiene una copa de coñac de tamaño extragrande—. Me extraña que el comandante no lo mencionara.

Entonces suena el timbre y Caesar me da una palmadita en la espalda.

—Este chico es todo un granuja, damas y caballeros. ¡Haymitch Abernathy, del Distrito 12! ¡Que la suerte esté siempre, siempre de su parte!

La mitad del público se pone en pie y me aplaude. Le guiño un ojo a la señora de las orejas de gato, lo que la encandila, y salgo del escenario. Estaba seguro de que Drusilla había plantado la semilla de la palabra «granuja» en la mente de Caesar, pero, aun así, creo que me la he ganado.

Detrás, Mags y Wiress me esperan. Mags me abraza y Wiress asiente brevemente y solo dice:

—Te has ganado unos cuantos patrocinadores.

Oigo a Caesar despedir el programa mientras nos unimos al resto del equipo y recorremos a toda prisa los pasillos hacia nuestra salida. Aunque creía que regresábamos al piso, cuando llegamos a la furgoneta, Plutarch nos espera y se dirige a Drusilla.

—¡Un gran trabajo! La verdad es que estos chicos nunca consiguen una sesión de fotos en condiciones. ¿Qué te parece si pasamos por mi casa y les hago unas fotografías de calidad, e incluso algún vídeo? Vendría bien para

los cameos, si aguantan ahí dentro. Y, si no los tenemos, a lo mejor da la sensación de que tú y yo no hemos hecho bien nuestro trabajo.

Drusilla se lo piensa.

—Siempre que Magno Stift no se mencione en ningún momento.

—¿Magno qué? —pregunta Plutarch, y Drusilla se aleja contoneándose hacia su coche.

—Algunos matrimonios no deberían haberse celebrado nunca —susurra Effie.

—¿Que Drusilla y Magno estaban casados? —pregunto, pasmado.

—Siguen estándolo, técnicamente —responde Plutarch—. ¡Ya van por treinta años! Ella dice que es por los impuestos, pero ¿quién sabe? ¿Nos vamos?

No han invitado ni a Mags ni a Wiress, pero los demás acabamos en la biblioteca de Plutarch, bajo la atenta mirada de Trajan Heavensbee. Ya estamos todos bastante cómodos con la ropa de los Trinket. Effie nos retoca el maquillaje e incluso añade una flor a mi solapa, que saca de un ramo colocado en una réplica de la escalera dorada.

Plutarch sugiere llevarnos de uno en uno al invernadero para practicar para el vídeo.

—El Distrito 12 ha pasado de no ser nadie a ser un bien preciado entre los patrocinadores más atrevidos —comenta alegremente—. Eso es un avance. Pero vamos a intentar que todos se suban a ese carro.

Primero entro yo con él, mientras Drusilla supervisa la sesión de Maysilee y Wyatt le echa un ojo a Lou Lou, que contempla con cara de fascinación un candelabro mientras acaricia su serpiente.

Los agentes se han quedado en la entrada porque Plutarch ha dicho que bastaría con su equipo de seguridad privado, así que estamos tan poco vigilados como en mi anterior visita a la mansión.

Plutarch parece tener prisa y tengo que ir a paso ligero para que no me deje atrás.

—Estaba pensando, como has dicho, en la gente que nos considera demasiado arriesgados y…

Plutarch me corta en seco.

—Escucha, Haymitch, soy consciente de que no te caigo bien y está claro que no confías en mí, pero quiero que sepas que, a pesar de lo que pueda parecer, el deseo de libertad no se limita a los distritos. Y que tu desgracia

no te da derecho a dar eso por sentado. Espero que, después de esta noche, reflexiones sobre ello.

No tengo ni idea de lo que me está contando.

—¿Qué?

El aire cálido del invernadero me golpea en la cara. Él se acerca al teléfono de cisne, levanta el receptor y dice:

—Aquí ya estamos listos. —Escucha un momento y me lo pasa—. Alguien quiere hablar contigo.

Después, se aleja un poco para darme intimidad.

Ah. Ahora lo entiendo. El presidente Snow. Me he pasado en la entrevista y estoy a punto de conocer los detalles de mi sangrienta muerte. Y Plutarch, al que le gusta considerarse un buen chico, se siente mal por lanzarme de nuevo a los lobos. Menuda sorpresa. Nervioso, me acerco el auricular a la oreja, me preparo y consigo pronunciar un:

—¿Diga?

—¿Haymitch? ¿De verdad eres tú?

La voz, sin aliento y ronca de llanto, me atraviesa el corazón.

Lenore Dove.

14

Me agarro con fuerza al teléfono y cierro los ojos. Estoy de vuelta en las montañas. La rodeo con los brazos e inhalo el olor a madreselva de su pelo. En aquel momento también había estado llorando, aunque no por algo que hubiera hecho yo, sino porque acababan de colgar a un hombre y nos habían obligado a todos a mirar. Sin embargo, estábamos allí, en lo alto de las colinas, solos salvo por no uno, sino dos arcoíris que cruzaban el cielo. Lenore Dove a veces llora porque el mundo está lleno de belleza y no dejamos de fastidiarla. Porque el mundo no tiene por qué ser tan aterrador. Es culpa de las personas, no del mundo.

—¿Haymitch?

—Sí, soy yo. Estoy aquí. ¿Desde dónde llamas?

—Estoy en la base de los agente de la paz. Me han detenido.

Eso me devuelve de golpe al invernadero. No es madreselva lo que huelo, sino el tenue aroma a rosas y carne putrefacta que brota del nepenthes. Mis brazos no pueden protegerla, solo rodear aire vacío.

—¿Que te han detenido? ¿Cuándo? ¿Por qué?

¿Es por mis bromas sobre los agentes que compran licor blanco? ¿Están pagando con ella mi rebeldía?

—Anoche. Por tocar. Supongo que me volví un poco loca cuando te dieron ese uno en el entrenamiento. Llevé mi concertina al Edificio de Justicia. Todavía no habían desmontado el escenario, así que toqué unas cuantas canciones.

No hace falta que me diga cuáles: «El ganso y el pueblo», «La tienda del Capitolio» y «El árbol del ahorcado». Está prohibido tocar en público cualquiera de las tres. Clerk Carmine y Tam Amber se tienen que estar volviendo locos. Y comparto su exasperación y su miedo.

—Ay, Lenore Dove, ¿estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No, solo me han traído aquí. Es menos por lo que he tocado que por

cómo ha atraído a la gente. Este año está todo el mundo muy enfadado, han sido muchos niños. Necesitaban un sitio en el que juntarse y alzar la voz. A veces duele demasiado para soportarlo solos.

Así que no ha sido ella sola la que se ha desahogado con su música delante del Edificio de Justicia. Se ha reunido una multitud. Se han cantado canciones prohibidas.

—¿Te han dicho de qué se te acusa?

—Alterar la paz o algo así. Y, ya sabes, «Si no hay paz, no hay nada».

El cerebro me va a toda velocidad. Alterar la paz no es sedición. Es algo de lo que pueden acusarte cuando te emborrachas y revientas unas cuantas botellas, cosa que ocurre todo el tiempo en el Distrito 12. No es que Lenore Dove haya formado parte de una gran conspiración, así que, con suerte, no usarán sus métodos para obligarla a hablar. Solo la verán como una chica de dieciséis años que no sabe controlar sus emociones y acaba de perder a su novio en la cosecha. Puede que le quiten la concertina un tiempo o que la encierren hasta que acaben los Juegos del Hambre, cuando todo se calme. Espero que no la metan en el cepo de la plaza, que fue lo que amenazaron con hacerle cuando tenía doce años. Pero aquello fue hace cuatro años, y la Bandada tiene algunos fans entre los agentes de la paz, así que eso podría jugar en su favor. Mucho depende de lo que alborotara el público y de cómo lo vea el comandante de la base. Seguro que no le he hecho ningún favor a mi chica presumiendo de venderle licor blanco a ese hombre. Puede que ahora se sienta obligado a ser más duro con ella.

—¿Hubo pelea? ¿Se rompió algo? —pregunto.

—¿Qué más da? —exclama ella—. Me soltarán mañana por la mañana, pero tú te vas a la arena. —Noto un alivio tremendo. La van a dejar salir. Solo es un tirón de orejas—. Nada de lo que me ocurra importa un pimiento. Y no quiero pasarme nuestros últimos momentos hablando de si se ha roto algo. Salvo mi corazón… ¿Qué te parece eso?

Está enfadada y, probablemente, a punto de echarse a llorar de nuevo.

—Ay, Lenore Dove… Siento mucho haberlo fastidiado todo.

Porque lo hice. Los agentes no la habrían tomado con ella solo por intentar ayudar a la madre de Woodbine. Al menos, no por norma general.

—¿Tú? ¡Pero si la culpa de que estés ahí es solo mía! Y sé que te han puesto esa puntuación por mí. Es como si te hubiera matado yo misma, y no puedo vivir con eso.

Entonces ¿está haciendo todo lo posible para que la maten? Ahora soy yo el que está enfadado.

—¡Eso es una mentira que te estás contando, así que para ya! Si yo no hubiera perdido la cabeza, tú habrías acabado con unos cuantos moratones, pero los dos estaríamos en casa.

—No, cariño, no fue eso lo que pasó. Me pasé, como siempre me advierten mis tíos que no haga. Me enfurecí, empecé a gritar y ahora tú… Ay, Haymitch… No quiero seguir en este mundo sin ti.

—¿Así que estás intentando que te cuelguen? Como lo hagas, te juro que… que… —¿Que qué? Estaré muerto y punto, no podré hacer nada. Pero ahora mismo me siento tan impotente que haré lo que sea por conseguir que cambie de idea. No sé qué pasa cuando uno muere, aunque Lenore Dove cree que nada muere nunca y que solo pasamos de un mundo a otro, igual que cuando la Bandada iba de una ciudad a otra—. Como en una de tus canciones, te juro que mi fantasma perseguirá a tu fantasma y no le dará ni un momento de descanso.

—¿Me lo prometes? —pregunta, algo más esperanzada—. Porque, si cuento con eso, creo que podría soportarlo. Pero lo que no soporto es… ¿Y si no volvemos a estar juntos nunca?

—Siempre estaremos juntos —respondo con convicción—. No sé cómo, no sé dónde, no sé nada, pero es lo que me dice el corazón. Tú y yo nos encontraremos, cueste lo que cueste.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí. Aunque no si te empeñas en que te maten, eso es una estupidez. Creo que eso lo mandaría todo a la porra. Sigue viva, toca tus canciones, ama a tu gente, vive lo mejor que puedas. Y yo estaré ahí, en la Pradera, esperándote. Te lo prometo. ¿Vale?

—Vale —susurra—. Lo intentaré. Eso te prometo yo.

Plutarch agita la mano para llamarme la atención y se da un toquecito en el reloj. Se acabó el tiempo.

—Lenore Dove, te quiero más que el fuego a las brasas. Eso es para siempre.

—Y yo a ti. A ti y a nadie más. Como los gansos, yo me emparejo de por vida. Y también después. Para siempre.

Tengo que decir que no, que no se pase la vida llorándome, que ame a quien quiera, pero ahora mismo no soporto pensarlo. Imaginármela besando

a otra persona. Intento ser noble, obligarme a decirlo, cuando la línea se corta sin previo aviso.

—¿Lenore Dove? ¿Lenore Dove?

Se ha ido. Esta vez, para siempre de verdad. Pero está a salvo. Dejo la cabeza de cisne en su sitio, como si tumbara en su cama a un niño dormido, despacio y con ternura. Adiós, mi amor.

Y es ahora cuando me pregunto cómo ha sido posible esta llamada. Nunca he oído de ningún tributo que haya podido hablar con alguien de casa desde el Capitolio. Miro a Plutarch a los ojos.

—¿Lo has organizado tú?

Se encoge de hombros.

—Tengo un viejo amigo en el Distrito 12.

—¿Por qué has hecho eso por mí? —pregunto con perplejidad genuina —. Imagino que podrías meterte en un buen lío.

—Sí, cierto. Si alguien lo descubre, es posible que mi próxima comida consista en una gran bandeja de ostras envenenadas. Pero me he arriesgado porque necesito que confíes en mí, Haymitch. Y, lo más importante, necesito que confíes en la información que voy a darte.

Estoy completamente perdido.

—¿Qué información?

—Sobre cómo romper la arena.

Eso me detiene en seco. ¿Plutarch? ¿Plutarch conoce el plan de la arena? Tiene razón, no confío en él y, ahora, tampoco confío en el puñetero plan. ¿Acaso nos grabaron a Beetee y a mí durante el apagón, aunque las cámaras no funcionaran? No costaría pinchar aquel sitio. ¿Había micrófonos en el ramo de verdura de esta noche? De ser así, Plutarch podría estar trabajando para el Capitolio, intentando sacarme más información y matar a todos los involucrados. Ha organizado la llamada de Lenore Dove para que confiara en él, para que le contara mis secretos.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—De acuerdo. Eres listo. No confíes en mí. Solo escucha lo que tengo que decirte y, cuando estés en la arena, ya verás si te resulta útil.

Levanto las manos, perplejo.

—¿Seguro que no te equivocas de tío?

—Vale, tú escucha. No tengo ningún permiso de seguridad importante, pero mi primo conoce a un aprendiz de Vigilante que acaba de graduarse en

la universidad y quiere salir del programa para trabajar en la televisión. Hace unas noches me gasté una fortuna para emborracharlo. Lo más destacable que le saqué es que el sol de la arena está sincronizado con el nuestro.

—¿Es que no lo está siempre?

—A veces. Depende de la arena. Puede haber varios soles o ninguno. La razón por la que esto es importante es que, como el sol sale por el este, podrás orientarte.

Beetee dijo que el depósito estaba en el norte. Si es cierto, lo que acaba de contarme es esencial, pero me hago el indiferente.

—Supongo que es lo que habría supuesto, de todos modos.

—Otra cosa: hace un año o quizá dos, un comité de Vigilantes pidió permiso para visitar nuestro invernadero y los jardines. Los Heavensbee somos conocidos por nuestra colección de plantas raras con flores. Les enseñé todo y salí de la habitación para pedir que sirvieran el té. Los oí debatir sobre abrir los caballones.

—¿Caballones?

—Así llama nuestra jardinera a esos montículos de tierra. —Señala por la ventana, donde unos globos colgantes iluminan un pequeño terraplén cubierto de flores—. Planta arbustos y flores en ellos. Y si los Vigilantes piensan abrirlos en la arena, es porque va a entrar algo, va a salir algo o ambas cosas.

Mutos. Intenta decirme que los portales de mutos van a estar ocultos por caballones de flores. Sin embargo, me limito a responder:

—Me has perdido por completo, la verdad.

—Claro que sí. Una última cosa. Desde la perspectiva del Capitolio, los Juegos son nuestra mejor propaganda. Vosotros, los tributos, sois nuestras estrellas. La lleváis a cabo. Pero solo si nosotros controlamos la narrativa. No lo permitas. —Plutarch me agarra por los hombros y me sacude un poco —. Se acabó la sumisión implícita, Haymitch Abernathy. Vuela en mil pedazos ese depósito de agua. El país entero te necesita.

No puedo evitar pensar en la orden de mi padre a Sarshee Whitcomb. ¿No es mucha carga que echarme a las espaldas? O nos arreglas esto o te vas a enterar.

Effie aparece corriendo en la puerta.

—¿Señor Heavensbee? Oh, aquí está. Drusilla quiere que ayude con las

fotos de Louella. La serpiente le roba cámara.

Plutarch deja escapar una risita.

—Nunca trabajes ni con niños ni con animales, señorita Trinket. Vamos, Haymitch.

—Y puede que no sea asunto mío, pero está siendo muy dura con Maysilee —añade Effie.

—Bueno, Maysilee tiene dieciséis años y unos pómulos maravillosos, dos cosas que Drusilla no tendrá jamás.

—Lo sé, es triste, aunque la admiro por intentarlo. —Effie se lleva las manos a la cara—. Supongo que yo también debería empezar a intentarlo.

—Bah, todavía te quedan unos cuantos años.

—Todos mis amigos han empezado ya con el mantenimiento. El problema es que odio las agujas.

Mientras Plutarch tranquiliza a Effie, los sigo de vuelta a la biblioteca e intento comprender su comportamiento. Si trabaja para el Capitolio, no creo haberle dado nada que pueda usar contra nosotros ni haber confesado estar implicado en algo. Pero, si no es el lacayo de Snow, y sabe algo del plan y está intentando ayudarnos… ¿Qué pretende?

Oigo el eco de sus palabras: «Quiero que sepas que, a pesar de lo que pueda parecer, el deseo de libertad no se limita a los distritos». ¿Estaba dando a entender que él, que disfruta de riqueza, poder y privilegios, no es libre? ¿Libre para hacer qué? Puede que para no tener que vivir temiendo que Snow le envenene las ostras, para empezar.

Pienso en la vergüenza de Vitus por su abuelo, que era simpatizante de los rebeldes. Aquí parece ser la norma, pero ¿quién era su abuelo? Un ciudadano del Capitolio que se puso del lado de los distritos. Y alguien de aquí tiene que haber ayudado a Beetee a cambiar los símbolos. Es posible que Plutarch esté en el ajo. No lo sabré con certeza hasta que llegue a la arena y les eche un buen vistazo a esos caballones, si es que existen.

De vuelta en la biblioteca, Lou Lou está soplando las velas e inhalando con ansia las volutas de humo que brotan de las mechas quemadas. El olor me lleva de vuelta a casa por un momento, a las noches oscuras, a lo último en lo que piensas antes de meterte bajo las sábanas, a salvo. ¿Conjurará el humo el mismo recuerdo para Lou Lou? ¿Como pasó con el bollo con semillas? ¿Algo profundo y lejano, un hogar en el Distrito 11 en el que alguien la cuidaba y la quería? Wyatt la convence para que se siente frente a

la cámara, y después yo poso para un par de fotos. Nos enseñan los resultados, y son mil veces mejores que las que nos sacaron con los disfraces de mineros, encadenados a la parte de atrás de la furgoneta. De nuevo, como en la presentación de la cosecha, es gracias a Plutarch.

Decide que puede dirigirnos a todos a la vez para los propos que se emitirán a lo largo de los Juegos, y así no tiene que repetirse.

—Dejad que os ponga al día con lo que hemos estado hablando Haymitch y yo.

«Sí —pienso—. Será mejor que me pongas al día».

—Vamos a empezar con lo básico —dice Plutarch—. Las emociones son lo que guía a la opinión pública. Las personas tienen una respuesta emocional a algo y después buscan una razón lógica que explique por qué tiene sentido.

—No creo que eso sea muy inteligente —dice Wyatt, que parece molesto.

Seguro que, con su cerebro de calculadora, la idea lo horroriza.

—Bueno, no he dicho que sea inteligente, sino que es cierto. Si conseguís que la audiencia os compadezca, encontrará una razón intelectual para convencerse de que sois los tributos que debe apoyar.

—Pero nos odian a todos —replica Wyatt—. Se entretienen viéndonos matarnos entre nosotros.

Plutarch agita una mano para descartar la idea.

—Ellos no lo ven así. Apoyar los Juegos del Hambre es su deber patriótico.

—Lo que tú digas. Somos sus enemigos —dice Maysilee.

—Claro, pero tienen que animar a alguien. ¿Por qué no a vosotros? Esta noche, los novatos habéis hecho un gran trabajo posicionándoos como unos adversarios dignos de los profesionales. De hecho, creo que, curiosamente, la audiencia del Capitolio os encuentra mucho más interesantes porque no intentáis fingir que sois como ellos.

—Porque no parecemos lameculos del Capitolio, vamos —concluye Maysilee.

—Exacto. Hace un tiempo que en el Capitolio les preocupa mucho que los ciudadanos de los distritos aspiren a colarse aquí. No es que les falte base para pensarlo, sobre todo en lo que respecta a los distritos 1 y 2, que trabajan muy de cerca con nosotros. El lujo y el ejército, ya sabéis. Hay gente nacida en el Capitolio y destinada allí que tiene familias mixtas y

ahora quieren traerlas. Pero vosotros sois de los distritos y no pedís disculpas por ello. Para que aumente el rechazo a los profesionales tenéis que convencer al público de que esos tributos apoyan los Juegos e intentan ser más del Capitolio que los del Capitolio.

De higos a brevas, una chica de la Veta se enamora de un agente de la paz y acaba embarazada, lo que también provoca el rechazo de la gente del Distrito 12. Sin embargo, allí nunca se ha hablado de que el bebé vaya al Capitolio. En la mayor parte de los casos, el padre reniega de la criatura y lo envían a otro distrito.

—Llamarlos «profesionales» hace que todavía parezcan mejores que nosotros —dice Maysilee—. Tenemos que ponerles un apodo estúpido.

—¡Insultos! ¡Excelente! —exclama Plutarch—. Ordinario pero eficaz. —«Haymitchita pica pica». Pues sí. Ordinario pero eficaz—. Pero tiene que ser un apodo que los llame estúpidos sin que sea estúpido en sí. Necesitamos un juego de palabras. Algo ingenioso, que rime o que sea pegadizo. Pero no vulgar, que es un espectáculo para todos los públicos.

Vamos lanzando ideas. «Lameculos». «Pelotas». «Chaqueteros». «Farsantes». «Traidores». «Quiero y no puedo». Nada funciona del todo.

—Necesitamos una imagen que salga de la vida real —dice Maysilee—. Por eso nos quedamos con pollino novato. Necesitamos algo que sea una mala copia de otra cosa. Como el endulzante artificial que usamos para nuestros caramelos cuando hay poco azúcar de verdad. Pero peor.

—Leche en polvo —dice Wyatt.

—Cuero falso —ofrece Effie.

Pienso en la cerveza que venden en la tienda del Capitolio, aguada, agria y floja. Bromean diciendo que con un barril entero no se emborracharía ni tu abuela.

—Aguachirri —propongo.

Todos se ríen. El nombre en sí es la broma.

—Oye, aguachirri profesional —dice Wyatt—. Suena bien.

—Me parece que hemos dado con algo —dice Plutarch—. Haymitch, ¿por qué no empiezas tú? Ya has introducido el tema del alcohol ilegal. A la gente le encantó. Fue uno de los momentos más memorables de la noche.

Preparamos una pequeña entrevista en la que él me pregunta por mis contrincantes y yo respondo:

—Bueno, en el Distrito 12 somos expertos en libaciones… —Finjo

sacudir una mota de polvo de mi chaleco de copas de cóctel antes de seguir hablando—. Así que los llamamos aguachirris profesionales. Ya sabes, porque son mucha espuma y poca cerveza.

Jugamos con la idea y cambiamos «poca cerveza» por «poca pegada». Después nos inventamos dichos similares. Maysilee elige «mucho presumir y poco lucir», ya que le va la moda, y a Wyatt se le ocurre algo que pega con las apuestas, «mucho farol y pocos ases». La verdad es que Lou Lou no está como para inventarse nada, así que nos decidimos por un clásico de confianza: «Perro ladrador, poco mordedor». Wyatt consigue que lo diga una sola vez delante de la cámara. La serpiente enseña los dientes justo cuando dice «mordedor», así que no necesitamos más.

Plutarch parece muy contento y dice que va a poder editar las grabaciones para montar unas propos muy chulas. Suspira al mencionar las herramientas que se abolieron e inhabilitaron en el pasado por su capacidad para replicar cualquier escenario usando a cualquier persona.

—¡Y en cuestión de segundos! —Chasca los dedos para enfatizar su velocidad—. Supongo que hicieron lo correcto, teniendo en cuenta la naturaleza humana. Casi nos borramos de la existencia sin ellas, así que ya os podéis imaginar. Pero, ay, ¡las posibilidades!

Sí, es asombroso que sigamos por aquí. Teniendo en cuenta la naturaleza humana.

La serpiente de Lou Lou desaparece y estamos a punto de ir en su busca cuando Plutarch se fija en el reloj de la repisa de la chimenea y nos manda hacia la puerta.

—Da igual, da igual. Tenéis que acostaros. Mañana es el espectáculo.

Mientras nos acompaña entre los retratos de los Heavensbee, empieza a hablar de que tenemos que conseguir que todos vuelvan a subirse al carro, lo que, según explica, quiere decir que la gente esté deseando unirse a algo popular, aunque a mí me recuerda a la Bandada yendo por ahí en su carromato, que era un carro de verdad. Cuando llegamos a la furgoneta, que nos espera, Plutarch nos desea buena suerte.

Todavía no sé qué pensar de este hombre, pero quizá arriesgara de verdad la vida para regalarme unos momentos escasos y preciados con Lenore Dove y, quizá, su información demuestre ser útil en la arena. ¿Quién sabe si será capaz de ayudarnos de algún otro modo una vez que empiece el «espectáculo»? En cualquier caso, es mejor estar de buenas con él.

Le ofrezco la mano.

—Gracias por toda la ayuda, Plutarch.

La acepta, satisfecho.

—Bueno, soy una persona despreciable en muchos aspectos, pero en esto estoy de vuestra parte.

Supongo que pronto lo averiguaremos.

De vuelta en el piso, Mags y Wiress nos han preparado una gran cena (estofado con todos sus aditamentos), pero tengo tantas mariposas en el estómago que no me cabe mucho. Nos elogian por nuestra interpretación y por el maravilloso trabajo que hemos hecho con los novatos, aunque me da la sensación de que poco ha sido cosa mía. Al menos, no la he cagado.

Me siento bien hasta que llega la hora de dormir y Maysilee me dice:

—¿Es verdad? ¿Vas a ir por tu cuenta?

Al parecer, Wellie ha corrido la voz.

—Saqué un uno, Maysilee. Van a por mí. A Wyatt y a ti os irá mejor sin mí.

No menciono a Lou Lou porque no creo que le vaya a ir bien de ninguna manera.

Wyatt asiente; seguro que está calculando las probabilidades.

—Mi cabeza dice que tienes razón, pero…

—Confía en tu cabeza. Soy una mala apuesta para vosotros. —Si no formara parte del plan para inundarlo todo, ¿sería tan altruista? ¿O me aferraría a la seguridad del grupo? Odio tener que separarme de ellos—. Mirad, ¿quién sabe qué va a pasar ahí dentro? Puede que nuestros caminos acaben por cruzarse. Pero no puedo obligaros a pagar por mis decisiones.

—Vale —dice Maysilee—. Así que volvemos a estar como en el tren. No nos quieres de aliados.

—No quiero a nadie —aclaro.

Es muy solitario lo de ir por libre. Ojalá poder contárselo todo. Lo del plan. Lo de haber hablado con Lenore Dove. Lo de la advertencia de Snow y el amanecer de Plutarch. Pero eso solo serviría para que me plantearan más preguntas y, al final, habría problemas, así que lo dejo ahí. No quiero a nadie. Luces apagadas.

Lou Lou se queda frita en un segundo, mientras que los demás damos vueltas y nos revolvemos mucho. No dejo de soñar con Lenore Dove y de despertarme de golpe. La canción de su nombre se parece demasiado a la

realidad. En ella, un tipo pierde al amor de su vida, Lenore, y se vuelve loco de lo mucho que la echa de menos. Entonces, aparece en su casa un cuervo viejo y enorme que no quiere marcharse y, siempre que él le pregunta algo al pájaro, el animal se limita a decir «nunca más», lo que, como cabe imaginar, lo vuelve más loco todavía.

> «Dile a esta alma postrada por la pena si, en el lejano
>   Edén,
> se unirá a la santa doncella a la que los ángeles llaman Lenore,
>   Lenore,
> a la insólita y radiante doncella a la que los ángeles
>   llaman Lenore».
>   El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

Lenore Dove me contó que los ángeles son humanos con alas que viven en un sitio que se llama cielo. Me dijo que alguna gente cree que es un posible destino tras la muerte. Un buen mundo al que va la gente buena. Pero, en mi cabeza, en estos momentos, Lenore Dove es el ser alado. Si existe algo después de esta vida que estoy a punto de perder, ¿volveré a estar con ella? Como el tipo de su canción, me gustaría saberlo, sí. Sin embargo, el cuervo no nos da la respuesta que a ambos nos gustaría escuchar.

15

La noche parece a la vez interminable y demasiado corta. Estoy despierto pero exhausto cuando Mags viene a despertarnos. Nos lavamos y nos ponemos los trajes de entrenamiento, dado que no nos vestirán hasta que estemos en las cuadras de la arena. Sé que a Maysilee no le hace ninguna gracia que abandone a los novatos. Como ofrenda de paz, le dejo en la mano el regalo de cumpleaños de Beetee, el kit para convertir una patata en luz, cuando vamos de camino a la cocina. Aunque no me dice nada, se lo guarda en el bolsillo.

Hay un desayuno abundante y caliente, pero Wyatt y yo solo somos capaces de darle unos cuantos bocados porque la comida se nos pega a la garganta, y Maysilee solo quiere café. Por otro lado, Lou Lou se come una montaña de tortitas que le llega a la altura de la cabeza y un montón de beicon a puñados, lo que nos confirma que está demasiado ida para saber lo que le espera durante los próximos días. Supongo que es una bendición. Qué indefensa parece sin su serpiente…

Wiress nos da algunos consejos de última hora y después es como si se bloqueara. Mags nos abraza uno por uno y dice que pase lo que pase, hemos estado increíbles. Sabe que al menos tres de nosotros no volveremos. ¿Qué más puede decir?

Se acabó la farsa. Nos lanzan cada vez más deprisa hacia el inevitable momento en el que sonará el gong. Toda la preparación previa (los disfraces, el entrenamiento, las entrevistas) no era más que una distracción del verdadero objetivo: hoy algunos de nosotros morirán.

Drusilla se pasa por el piso para completar su último acto de acompañamiento oficial, que consiste en asegurarse de que nos registren y nos metan en la furgoneta. No sé dónde se ha guardado Maysilee el paquete, pero no se lo encuentran. Una vez encadenados, se nos acerca una mujer de bata blanca y nos inyecta algo en el antebrazo. No es necesario

que nos diga que se trata de un dispositivo de seguimiento, un cacharro electrónico que permite a los Vigilantes localizarnos en la arena.

—¿Qué pasa si ganamos? ¿Nos lo quitan? —pregunta Wyatt.

—Recogemos los de todos los tributos, vivos o muertos —responde la mujer—. Son reutilizables. Por supuesto, este año hemos necesitado veinticuatro más.

«Gracias por recordárnoslo».

Drusilla se pone de pie en la parte de atrás de la furgoneta.

—De acuerdo, chicos —dice—. Intentad no avergonzarme.

Maysilee se la devuelve por última vez.

—Como si necesitaras nuestra ayuda para eso.

Drusilla cierra con un portazo.

Nos llevan hasta una especie de pista donde nos esperan media docena de aerodeslizadores. Después nos meten en un compartimento sin ventanas y nos amarran a los asientos frente al Distrito 11. Parecen tan aterrados como nosotros. La única que está muy tranquila es Lou Lou. Entonces ve el símbolo que lleva Chicory (una flor tejida con hierba) y se queda embelesada. Empieza a hacer leves movimientos con la mano mientras canta con voz susurrante:

> Florecilla que, junto a mis pies,
> entre el maíz veo crecer,
> la cosechadora está aquí, así que agáchate,
> agáchate,
> agáchate,
> la cosechadora está aquí, así que agáchate
> si quieres ver amanecer.

Chicory reacciona con sorpresa. Se dirige al resto de nosotros, ya que el estado mental de Lou Lou le impide responder.

—¿Cómo es posible que conozca esa canción? ¿La cantáis en el Distrito 12?

Como soy la autoridad en canciones de nuestro distrito por haber pasado tanto tiempo con Lenore Dove, niego con la cabeza.

—Es una canción infantil sobre la temporada de la recolección —dice

Chicory—. Es nuestra canción.

Mira con atención a Lou Lou, intercambia una mirada con sus compañeros del 11 y canta:

> Sinsajo que estás en la rama…

Lou Lou recoge el testigo de inmediato.

> … dormido en el manzano,
> es tiempo de cosecha, así que vuela,
> vuela,
> vuela,
> es tiempo de cosecha, así que vuela
> y llévame alto.

—Entonces ¿cómo explicáis esto? —nos pregunta la chica.

—No lo hacemos —responde Maysilee—. No es nuestra. La nuestra está muerta y ella es la sustituta que nos han mandado. Lo más probable es que sea del Distrito 11. Es lo que pensaban nuestras mentoras, vamos.

Parece que le da igual que el Capitolio nos escuche.

Tile, el más grande los tributos del Distrito 11, habla con voz tensa.

—¿Y no os ha parecido que debíais mencionarlo?

—No lo hemos sabido seguro hasta ahora —dice Wyatt—. Solo hemos procurado cuidar de ella. ¿De verdad importa si la sacaron del 11 o del 12? ¿Es que no estamos todos en el mismo bando?

Lou Lou, sin hacer caso de nadie, se retuerce para intentar quitarse el cinturón de seguridad.

—¿Sabéis quién es? —pregunto.

Chicory niega con la cabeza.

—Somos un distrito grande. Y quién sabe cuánto tiempo ha estado aquí, con ellos. —Se inclina hacia Lou Lou todo lo que le permiten las correas—. ¿Pequeña? ¿Cómo te llamas de verdad? Si uno de nosotros vuelve a casa, podemos decírselo a tu familia.

Lou Lou vacila, intenta hablar, pero después se sujeta la oreja y chilla.

Wyatt le coge la mano libre e intenta calmarla.

—Creemos que le han puesto algo en el oído para controlarla —les explica Maysilee.

—Por eso queríais que tuviéramos cuidado con lo que decíamos —responde Chicory, atando cabos—. Nos están escuchando. —Se echa hacia atrás, con cara de tristeza—. Puede que los suyos la reconozcan.

No lo digo, pero me da la sensación de que los suyos murieron hace tiempo, y, si siguen vivos, sería una tragedia verla solo para perderla de nuevo. La historia de Lou Lou no tiene ningún final feliz.

Despegamos, lo que sería increíble en cualquier otra circunstancia, mientras que ahora solo sirve para revolverme más el estómago. Todo el mundo se calla un rato, y eso me da la oportunidad de prepararme mentalmente. Debería planificar mi estrategia en la arena, pero no dejo de pensar en Lenore Dove y en lo mucho que la quiero, y de preguntarme si estará ya en casa y cómo le irá. Y en mamá. Y en Sid. Burdock y Blair. Hattie. Antes de darme cuenta, ya estamos descendiendo.

Cuando llegamos a la arena, nos escoltan directamente desde una plataforma de aterrizaje interior a un pasillo. No puedo ver el exterior, pero me da la sensación de que estamos bajo tierra; seguro que se trata del Sub-A. Vuelvo la cabeza a un lado y a otro para intentar quedarme con todos los detalles del lugar mientras recorremos un suelo de hormigón en curva. Hay tuberías de algún tipo a mi derecha y puertas a lo largo de la pared de la izquierda, que empiezan con cuatro marcadas con el número seis y continúan desde ahí. Cuatro de cada número en cada serie: 7, 7, 7, 7, 8, 8, 8, 8… Hay un buen trecho hasta que llegamos al número once e indican a Chicory que entre. Perdemos al resto de nuestros aliados del Distrito 11 y después un agente de la paz abre la primera puerta marcada con un número doce.

Abro los brazos. Sin decir palabra, Wyatt y Maysilee se unen al abrazo de grupo. Lou Lou se mete serpenteando en el centro del abrazo y nos apretamos todos con más fuerza, sintiendo el pulso, el sudor y la piel de los demás. Dentro de diez minutos, ¿qué corazón seguirá latiendo?

Al cabo de un momento, un agente dice:

—Vamos.

Nos van separando en nuestras respectivas habitaciones hasta que solo

quedo yo. Antes de entrar, me fijo en la siguiente puerta del pasillo, que tiene un uno. Un círculo de tributos para la ceremonia de inauguración.

Estoy solo en un cuarto circular con un tubo transparente en el centro. Mi plataforma de lanzamiento. Una muda de ropa muy bien doblada me espera en una silla solitaria. Negra, como sospechaba Maysilee.

El intercomunicador cobra vida. Una voz me saluda:

—Bienvenido a tu sala de lanzamiento. —En casa lo llamamos el corral, el sitio en el que los animales esperan a que los lleven al matadero. La voz me indica—: Los tributos deben vestirse con su nueva ropa, cortesía del Capitolio.

Cortesía del Capitolio. Mis pantalones cortos hechos con sacos de harina. Mamá. Sid.

Me desnudo y dejo el traje de entrenamiento en el suelo. La ropa de la arena (interior, camiseta de manga larga, pantalones) tiene el mismo tacto que los viejos pañuelos de seda que usa Lenore Dove para darle color a sus vestidos. La tela, fina y fría, se me escurre entre las manos como si fuera agua. Hay un cinturón, aunque los pantalones no tienen hebillas, solo las veo en la camiseta holgada, así que lo ajusto a la cintura. Está hecho de un material elástico y, en vez de hebilla, se cierra con dos círculos metálicos que se enganchan y se sueltan con un giro rápido de muñeca. Cuando termino de vestirme, noto que me tiemblan las rodillas, así que me dejo caer en el asiento y escucho los latidos de mi corazón. Quedan pocos minutos para la arena. No recuerdo qué tengo que hacer. Oigo la voz de Wiress…

> Primero evita la matanza,
> consigue armas, busca agua.

Agua. Eso. Se supone que debo ahogar el cerebro. ¿Qué?

Más instrucciones.

—Tributos, entrad en vuestro tubo, por favor.

Me levanto como puedo justo cuando gira el pomo de la puerta y Effie Trinket entra a toda prisa en la habitación.

—¡Un momento! ¡Todavía no! ¡Tengo que revisarlo! —Está blanca como la cal—. Hasta la hora de desayunar no me he enterado de que me tocaba

hacerlo —me dice en voz baja—. Nadie encontraba a Magno. —Repasa a toda prisa mi traje y me ajusta el cinturón—. ¿Has visto esto?

Me enseña que llevo un pañuelo en uno de los bolsillos del pantalón; lo dejo donde estaba.

—Gracias —consigo responder.

—Los tributos que no estén en su tubo dentro de treinta segundos recibirán un castigo —dice la voz.

—¡Vamos! —dice Effie, que me guía hasta el tubo y me coloca en el centro de una plancha de cristal. Después me saca el símbolo de debajo de la camiseta para que se vea por encima.

Como veo que le tiemblan las manos, me atrevo a pedirle un favor.

—¿Te podrías asegurar de que le envíen el símbolo a mi chica?

Effie asiente y, solemne, le pone una mano encima.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. —Da un paso atrás y la puerta empieza a cerrarse—. ¡Recuerda, Haymitch, no salgas de la plataforma hasta que pasen sesenta segundos! —Cuando la puerta se cierra, ella levanta un puño y añade—: ¡Y mantén una actitud positiva!

Asciendo dentro de la plataforma y la miro a los ojos hasta que todo se vuelve negro y pierdo los nervios. Intento recuperarme pasando las manos sudorosas por los laterales del tubo de cristal. Entonces el tubo se acaba y me encuentro haciendo equilibrios sobre la plancha de cristal mientras una ráfaga de aire me golpea el rostro y la luz me ciega los ojos. Cuando se me acostumbra la vista, le echo el primer vistazo a la arena y arqueo las cejas, pasmado.

Su belleza me deja sin palabras.

—Damas y caballeros, ¡que empiecen los Quincuagésimos Juegos del Hambre! —proclama un locutor.

Frunzo el ceño, suspicaz. Es demasiado bonito para que sea bueno. La pradera verde y suave que se extiende varios kilómetros en cualquier dirección. El despliegue de coloridos pájaros cantores que se oye por el cielo, a juego con las matas de alegres flores del suelo, a juego con la ropa que lucen los tributos. Un cielo tan azul que te quema los ojos y unas nubes tan esponjosas que dan ganas de saltar sobre ellas. ¡Y el olor! Como si hubieran embotellado el mejor día de primavera y lo acabaran de descorchar para nosotros.

Dejo de respirar por la nariz y paso a hacerlo por la boca para evitar esta

fragancia tan cautivadora. Intento examinar la Cornucopia dorada con su nido de armas y suministros, que se encuentra en el centro de la pradera, a unos cincuenta metros, pero una ligera brisa me acaricia la cara y la canción de los pájaros me distrae al recordarme a Lenore Dove. Aquí también hay bosque, como en nuestro distrito, a lo lejos, a mi izquierda. A mi derecha, una montañita con una corona de nieve. ¿Estará ahí el depósito? ¿Bajo la montaña?

Un conejito que es como una bola de peluche aparece saltando a mis pies y se pone a mordisquear la hierba junto a mi plataforma; tiene un pelaje gris pálido con reflejos lila y rosa. Un tono de gris paloma. Estoy a punto de alargar la mano para tocar su piel sedosa cuando, de repente, el conejo se asusta y sale disparado, lo que me devuelve a la realidad.

«¡Céntrate! —me ordena el cerebro—. ¿Qué se supone que debes hacer?».

> «Primero evita la matanza,
> consigue armas, busca agua».

Eso. Tengo que conseguir armas y salir de aquí. Pero ¿en qué dirección corro? Norte. Beetee dijo que fuera al norte. Y Plutarch dijo que el sol de la arena está situado en el mismo sitio que el nuestro. ¿Me lo creo? Pienso en cómo dejó que me despidiera de mi familia, en que me cubrió con lo de la jarra de leche y en la llamada a Lenore Dove… Vale, a la porra, ¡me lo creo! Wiress dijo que confiáramos en nuestros instintos, y el mío me dice que Plutarch no mentía. Si no localizo ningún caballón, quizá cambie de idea. Pero, por ahora…

Son las nueve de la mañana y el sol está saliendo por detrás de la Cornucopia que tengo justo enfrente. Vale, ese es el este, el oeste a mi espalda, de modo que el norte está a mi derecha. ¡No! A mi izquierda. El norte a la izquierda. Donde está el bosque, no la montaña. Eso es bueno porque los tributos que se despliegan a mi derecha son casi todos profesionales: Silka en la plancha de al lado, después Panache y la otra chica y el otro chico del Distrito 1; después el Distrito 2, mientras que a mi izquierda solo hay novatos. En general, el Distrito 1 está demasiado cerca para mi gusto, pero seguro que quieren armas y víctimas más de lo que

quieren perseguirme, sobre todo si yo estoy armado y hay otras presas más fáciles. Localizo a Ampert y a los otros tributos del Distrito 3 atrapados entre los distritos 2 y 4, y tengo que reprimir el impulso de correr a protegerlos. Ampert no querría que lo hiciera. Querría que me largara a buscar un portal de mutos y me reuniera con él lo antes posible. Él también se dirigirá pronto al norte.

Me centro en una mochila de color verde intenso cerca de la punta del cuerno de la Cornucopia. Puedo correr en diagonal hacia ella, agarrar unas cuantas armas por el camino o, por lo menos, un cuchillo, y, con suerte, desaparecer antes de que nadie se dé cuenta. Puede que funcione porque todo el mundo parece muy desconcertado. Veo que Panache se vuelve hacia un pájaro amarillo narciso que se ha encaramado a su hombro y ha empezado a piar.

Entonces suena el gong y la suela de mis botas nuevas se pega a la hierba de la pradera cuando salgo corriendo a por la mochila. Sin apenas frenar, recojo una lanza con la mano izquierda y un cuchillo con la derecha, que uso para enganchar la correa de la mochila. Me permito echar un rápido vistazo atrás, lo que basta para confirmarme que los profesionales llegan tarde a la fiesta; algunos siguen en sus plataformas, mientras que otros han salido despacio y acaban de llegar a las armas. Mientras corro hacia el bosque, me encuentro un segundo con la mirada de Kerna y me fijo en su girasol, antes de que ella también salga corriendo a por un arma. Después, me limito a correr hacia esos árboles lejanos.

Los gritos solo tardan unos minutos en empezar, pero me obligo a seguir mi carrera, sabiendo que ver a un tributo del Distrito 12 o a cualquier novato a las puertas de la muerte podría empujarme a la refriega. ¿Era Lou Lou la que gritaba? Era una chica, y pequeña, seguro. «No mires atrás —me digo—. No te atrevas a mirar atrás».

Me duele el brazo derecho por el peso de la mochila, así que me tomo un momento para echármela a la espalda y meterme el cuchillo en el cinturón. Ahora, con la lanza en la mano derecha, avanzo a un ritmo que creo ser capaz de mantener a largo plazo. La hierba de la pradera, que era corta e irregular incluso en la Cornucopia, aumenta de altura a medida que avanzo, hasta que es tan alta que se me enreda en las botas si no levanto bien los pies, así que lo hago y vigilo por si aparecen serpientes. Solo veo flores, pájaros cantores y, de vez en cuando, un conejo. Nada venenoso ni letal.

Repaso la lista de Wiress.

«Primero evita la matanza».

Eso hago.

«Consigue armas».

Las tengo.

«Busca agua».

Todavía no puedo. No hasta que esté a salvo en el bosque, y entonces tendrá que ser de camino al norte. Suponiendo que la encuentre deprisa, ¿qué hago después?

«Comida y refugio hay que encontrar».

No, demasiado pronto. Todavía estamos en la fase de evitar la matanza. Lo siguiente es acercarme todo lo posible al depósito y encontrar un portal de mutos. Pero estoy satisfecho con mis avances.

Corro durante todo el tiempo que puedo y después paso a caminar usando la lanza como bastón. Ahora la hierba me llega a la cintura. Más adelante, el bosque rodea la pradera formando un arco limpio. Los árboles frondosos, una mezcla de verdes con estallidos de dorado y naranja, cargados de flores radiantes y fruta madura, me prometen todo lo que busco: sombra para protegerme del calor del sol, comida para llenarme la barriga, refugio para esconderme de los profesionales. El embriagador aroma a pino y flores que emana del bosque me calma los latidos del corazón. Encantador, seductor… Esas palabras no le hacen justicia. Tiene algo casi mágico, como si, una vez dentro de esos brazos verdes, nada malo pudiera pasarte. Así es como deben de sentirse los insectos dentro del nepenthes, justo antes de ahogarse. Que puede ser lo que me espera cuando estalle el depósito.

Cuando llego a los árboles, calculo que he cubierto unos tres kilómetros. Me subo a una roca grande para ver si localizo a algún tributo, pero la extensión de hierba parece vacía, tanto de aliados como de enemigos. Empiezan los disparos del cañón, lo que significa que ha terminado el baño de sangre en la Cornucopia. Lo normal es que disparen para confirmar cada muerte, pero al principio de los Juegos son todas tan seguidas y tan rápidas que los Vigilantes esperan a que termine la masacre inicial. No dejo de oír cañonazos que me resuenan en la columna hasta que cuento dieciocho muertos. Hasta esta noche, cuando muestren en el cielo los rostros de los tributos caídos, no sabré quiénes son. Pero solo hay dieciséis profesionales, así que los novatos no se han librado. Es probable que muchos sean novatos.

Intento no pensar en ello, pero podría ser Maysilee o Wyatt o Lou Lou o Ringina o Ampert… ¿Y si ya han acabado con Ampert? ¿Qué pasa entonces con el plan? Era una presa fácil para esa gran manada de profesionales… «¡No! —me digo—. No. Es demasiado listo. Te encontrará. Tú ocúpate de tu parte del trabajo».

Me siento en la roca para recuperar el aliento y examinar la mochila. Después de tantos años cargando con el grano para Hattie, creo que acierto al calcular que pesa unos once kilos. Está hecha de una lona resistente y han acolchado las correas. El tono verde debería camuflarse bien entre los árboles. Vacilo antes de abrirla (puede que mi vida dependa de lo que haya dentro) y después aparto la solapa para examinar mis provisiones.

Una hamaca de redecilla del mismo color que la mochila sirve de colchón para unos prismáticos. Dos contenedores de plástico con unos cuatro litros de agua cada uno. Son los culpables de gran parte del peso. Una docena de manzanas. Una docena de huevos en un cartón; los hago girar para confirmar que están cocidos. Y, finalmente, seis patatas grandes, lo que me emociona hasta que recuerdo que le di mi kit de bombilla a Maysilee. Bueno, es más probable que a Wyatt y a ella no los pillen haciendo trampas con las cosas de Beetee, teniendo en cuenta que, entre los dos, tienen una moneda de zinc y un medallón de cobre. Con suerte, también tendrán patatas. En cuanto a mí, creo que serán mi cena.

La verdad es que dado el tamaño de la mochila y su proximidad a la Cornucopia, esperaba algo mejor. Sigo rebuscando dentro para asegurarme de que no se me ha escapado nada. Un bolsillo exterior contribuye con un

generoso paquete de pastillas negras, del tamaño de monedas. Se me ocurre que, si las echo en agua, quizá se conviertan en un filete a la plancha o algo así, pero descarto la teoría con un mordisquito cauteloso. Si no me equivoco, son las mismas pastillas de carbón que mi nana compraba en la tienda de los March para su indigestión, cuando comía demasiado. Un mal chiste por parte de los Vigilantes, dado que ningún tributo corre peligro de empacharse. Seguro que se están partiendo de risa al ver mi reacción. En fin. Quizá pueda usarlas para camuflarme o lo que sea.

Me bebo un buen trago de agua y vuelvo a llenar la mochila. La comida está prohibida hasta que me haga una idea de lo que puede ofrecerme el bosque. Me aseguro de tener la montaña justo detrás y me dirijo a los árboles.

Es un alivio salir de la hierba de la pradera y pisar la tierra y las agujas de pino del bosque. Las zonas de musgo verde esmeralda y el arcoíris de helechos le dan un bonito toque a la decoración. En pocos minutos, localizo el primer caballón, liso y simétrico, con una gloriosa capa de ranúnculos encima. Parece que, al menos, Plutarch acertó sobre eso. ¿Servirá para esconder un portal de mutos? Ahora no tengo tiempo para averiguarlo y, de todos modos, no estoy lo bastante al norte.

El bosque es tan perfecto como la pradera, lleno de detalles dulces y coloridos, pero, cuanto más avanzo, más me cabreo. ¿Ese árbol? Cargado de manzanas. ¿Esos nidos? Repletos de huevos. Y abundan los arroyos que borbotean agua cristalina. Todo lo que llevo en la mochila es fácil de encontrar. Es probable que encuentre patatas si escarbo un poco. ¿Es que mi mochila entera era un chiste?

Aquí estoy, tirando de once kilos de más como si fuera imbécil. Parte de mí siente la tentación de vaciar el contenido en el suelo, pero entonces tendría que perder tiempo recolectándolo todo de nuevo, así que sigo arrastrando los pies y me fijo en los caballones que hay por el camino. Oigo otros dos cañonazos. Veinte muertos. En unos Juegos normales, solo quedarían vivos cuatro tributos. Este año, quedamos veintiocho.

Cuando empiezo a sentir sed, me detengo junto a un arroyo. Apoyo la mochila en un árbol y recojo el agua helada con las manos. Sabe un poco metálica, aunque no tanto como el agua de pozo de casa. De todos modos, freno un poco, porque beber demasiada agua fría en un día de calor puede darte dolor de barriga.

Mientras estoy sentado con la espalda contra la mochila, un conejo de color paloma aparece dando saltitos al otro lado del arroyo y bebe con ganas. Se sienta en la orilla, meneando las orejas, y yo caigo en que de vez en cuando he ayudado a Burdock a montar trampas. Pero no tengo alambre. Y ¿sería capaz de matar a una criatura que me recuerda a mi chica?

Le estoy dando vueltas a eso cuando el conejito se pone a chillar como un polluelo, se queda tieso como una tabla y cae muerto. Un hilillo rojo le mancha el pelaje de la barbilla.

16

Veneno. Eso es lo que corre por este arroyo. Me llevo la mano al estómago y caigo en que lo que había tomado por retortijones por culpa del agua fría son demasiado fuertes y ardientes. De inmediato me meto el dedo en la garganta y consigo vomitar algo de ácido antes de recordar que esa no es siempre la mejor forma de encargarse del veneno. Te puede hacer tanto daño al salir como al entrar. Es mejor un antídoto, como el que llevaba el presidente Snow en el bolsillo. Pero no tengo.

Meto la mano en la mochila por si tengo algo que absorba el fluido tóxico. Algo esponjoso, como el pan, pero no hay nada parecido. Además, ¿serviría eso de algo? El dolor se intensifica, así que bebo agua limpia de la botella con la esperanza de que diluya el veneno, pero nada. Empiezo a jadear y la cara se me perla de sudor. Este es el momento, entonces. Así moriré. No terminando con los Juegos del Hambre, sino acurrucado en la tierra, envenenado como una rata. Vuelco la mochila en el suelo y cojo una patata, que es lo más benigno que tengo; acabo de darle un mordisco a la carne dura y crujiente cuando me fijo en las pastillas de carbón.

Es un día de otoño, hace unos cuantos años, y nos hemos pasado con la sopa de guindilla. Mi nana se pone a morder sus pastillas y dice: «Son buenas para cualquier problema de la tripa. Fuego, aire o veneno». Creía que los Vigilantes las habían metido para reírse de nosotros, pero ¿serán el antídoto?

Sin vacilar, escupo la patata, abro el paquete y me meto un puñado de pastillas en la boca. Las mastico hasta machacarlas con los dientes, me las trago con un poco de agua y me fijo en el estado de mi estómago. Sin cambios. Me trago otras seis. Esta vez, creo que empiezo a notar algo de alivio. Sin previo aviso, vomito en el arroyo todo lo ingerido desde la comida de ayer. Me pongo a gatas, jadeando, chorreando sudor y saliva. Todavía tengo el estómago revuelto, pero el dolor ha remitido. Por si acaso,

me meto una pastilla en la boca y dejo que se disuelva. Retrocedo sin levantarme hasta dar con un árbol y me desplomo de espaldas contra él, a la espera de que se me ralentice el pulso.

Quizá no muera. No puedo morir. Todavía no. No antes de volar por los aires ese depósito. Ahora que me alejo de las puertas de la muerte, intento retomar el plan. Mis provisiones están tiradas a mis pies, en un revoltijo. Mis estúpidas y redundantes provisiones, que podría encontrar en cualquier parte…

De repente, me incorporo de golpe porque recuerdo el consejo de Mags: «Buscad pistas sobre vuestra arena. Los Vigilantes de los Juegos a veces ocultan en su diseño pequeñas claves sobre su naturaleza».

Si el contenido de mi mochila es una pista, ¿qué revela? ¿Por qué toda la comida que lleva se puede encontrar fácilmente en la arena? A no ser… Observo el cadáver del conejo que está al otro lado del arroyo. A no ser que no se pueda. A no ser que cada bocado sea un tesoro porque sus equivalentes en la arena son venenosos.

En cuanto concibo esa posibilidad, sé que es cierta. Que las deliciosas manzanas de las ramas que tengo sobre mi cabeza son tan letales como el agua cristalina. Y, si eso es cierto, de toda la comida y bebida de la arena, ¿cuál está pensada para matarnos? Toda, probablemente. No es seguro probar nada que no haya salido de la Cornucopia.

Mientras sacudo mis provisiones y las guardo con cuidado, pienso en los dos cañonazos que han sonado después del baño de sangre. ¿Habrán muerto un profesional y un novato, lo que habrá alertado al resto de su alianza sobre los venenos de la arena? Eso me recuerda a los canarios con los que bajamos a las minas en nuestro distrito. Son los primeros en morir cuando hay gas letal, y eso avisa a los mineros del peligro inminente. Puede que las dos víctimas sean profesionales, porque seguro que Ampert y Wellie habrán adivinado muy deprisa que la comida de las mochilas es una pista. De no haber formado unas alianzas tan estrechas, seguro que ahora estarían muriendo muchos más tributos. ¿Contaban con eso los Vigilantes? ¿Les hemos fastidiado el plan?

Cada bocado tiene un valor incalculable. Vuelvo a pensar en el conejo, al margen del color de su pelo. Aunque ahora no tengo apetito, sé que después estaré muerto de hambre, pero su barba ensangrentada me echa para atrás. Lo que me faltaba ya era ingerir más veneno. Tengo que seguir avanzando

hacia el norte. Por desgracia, cuando me levanto, siento náuseas y tengo que agarrarme a la lanza para no caer. ¿Cuánto tardaré en librarme de las toxinas?

Respiro hondo este aire diseñado a la perfección, que ya no me entusiasma. No es mortífero, aunque tampoco fresco. El perfume esconde algo malsano. Recuerdo las caras de pasmo de los tributos cuando esperábamos que sonara el gong. ¿Nos drogó el aire? ¿Está contribuyendo a que ahora me sienta débil y enfermo? ¿O es culpa del agua? Supongo que no puedo dejar de respirar, así que parto cojeando hacia el norte.

No funciona. Al cabo de unos cuantos cientos de metros, me dejo caer en el suelo del bosque, vomito mi última pastilla de carbón y me vuelvo a hacer un ovillo. Entonces empiezan unos escalofríos que me sacuden de pies a cabeza; los dientes me castañetean tanto que corro peligro de rompérmelos. Lo único que quiero es estar en casa, en mi cama del Distrito 12, y que mi madre cuide de mí. Que me dé cucharaditas de sopa de pollo, que me eche encima del cuerpo tembloroso todas las colchas de la casa y me ponga una almohada de plumas de ganso bajo la cabeza. Pienso en mi madre viéndome, incapaz de llegar hasta mí, e intento parecer menos lamentable. Me obligo a sentarme y me seco la cara sudorosa con el pañuelo.

No soy más que un blanco fácil. Tengo que esconderme, pero, como en el bosque no hay ningún camino propiamente dicho, no puedo salirme de ninguno. Lo que veo por allá no parece más seguro que lo que veo por aquí. Si un profesional me ha seguido pradera a través, no es que sea un blanco fácil, es que estoy muerto. Confuso, recurro a la canción de Wiress:

> Comida y refugio hay que encontrar,
> fuego y amigos pueden esperar.

Dirigirme al norte queda en segundo lugar, con diferencia, porque necesito encontrar un sitio seguro en el que recuperarme. Fuego y amigos tendrán que esperar. Vuelvo a ponerme en pie y me planteo la posibilidad de trepar a un árbol, pero estoy tan mareado que seguro que me caigo. Lo que de verdad necesito es tumbarme en algún sitio escondido. Avanzo tambaleándome durante un momento, tuerzo un poco al este y doy con una

zona de arándanos enormes cargados de frutos del tamaño de cerezas. Evidentemente, no me los puedo comer, pero los tupidos arbustos sin espinas me ofrecen refugio. Me tumbo boca abajo y me arrastro por debajo del matorral, tirando de la mochila. Cuando llego a lo que creo que es el centro, coloco la hamaca en el suelo y me dejo caer en ella, tapándome con la tela de malla para calentarme. No veo lo que hay fuera, así que espero que nadie me vea aquí dentro. Da igual, no voy a ir a ninguna parte.

Me paso varias horas alternando entre escalofríos violentos y sudores febriles que me dejan empapado. Siento pinchazos de dolor en los músculos, y la cabeza como si estuviera atrapada en uno de los tornillos de banco de Tam Amber. Me pregunto vagamente si algunos de mis compañeros estarán experimentando lo mismo. No han sonado cañonazos desde los dos que atribuí al envenenamiento. Es posible que ahora mismo haya otros tributos por ahí tirados, como yo, esperando a expulsar el resto del veneno. Al margen de lo que haya pasado, los Vigilantes no parecen haber soltado mutos ni hecho nada por juntarnos. Después de veinte muertes el primer día, nos recompensan con un respiro de la matanza. Están satisfechos con nuestra actuación.

Cuando cae la noche, el himno retumba por toda la arena. Reúno fuerzas para arrastrarme hasta el borde del arándano y, al levantar la vista, veo la bandera de Panem proyectada en el cielo. Ha llegado el momento de las fotos en recuerdo de los tributos muertos, una pista muy poco habitual sobre nuestra situación en los Juegos. Hoy han sido veinte. Extiendo los dedos sobre la tierra y presiono con uno por cada muerte. Después de quedarme sin dedos dos veces, sabré que ha acabado y cómo les ha ido a los novatos.

Cuando aparece el primer tributo caído, me fijo en el traje, verde moco, y sé que es una chica del Distrito 1. Carat, creo que se llamaba. Después pasamos a Urchin, el chico del Distrito 4 que me derribó del carro con su tridente. Me alivia ver que no ha caído nadie del Distrito 3, sobre todo Ampert. Un chico y una chica con la ropa naranja del Distrito 5 suben a cuatro el número de víctimas entre los profesionales. Una de mis palomas, Miles, el chico que no podía respirar en la ducha, aparece a continuación, y se me cae el alma a los pies. Después del Distrito 5, no quedan más profesionales. Eso significa que, aparte de Miles, las otras quince muertes de hoy son de novatos. Las veo pasar. Una segunda paloma, Velo, del Distrito 6. Los dos chicos del 7. Todos los niños del 8. Todos los del 9. Las

dos chicas del 10. Tile, el chico del 11. El meñique de mi mano izquierda permanece levantado. Queda un tributo. ¿Será otro chico del Distrito 11 o uno de los míos?

Wyatt. Wyatt Callow, al que se le ha acabado la suerte. No puedo creerme lo mucho que me impacta, lo mucho que me duele. Hace unos cuantos días, ni siquiera lo quería de aliado. Pero, en realidad, no era mal chico. Solo procedía de una familia despreciable. En el Distrito 12 no sentirán demasiada compasión por ellos.

«¿Cómo van las apuestas, señor Callow? ¿Ha sacado hoy dinero con su hijo?».

Poca gente se lo va a decir, pero los demás tampoco silenciarán a quien lo haga, porque su comportamiento ha sido repulsivo.

Me pregunto cómo habrá muerto Wyatt y, de inmediato, estoy seguro de que ha sido protegiendo a Lou Lou como nadie lo ha protegido nunca a él. Lo que me incluye a mí. Salí corriendo y dejé a los novatos para que se las apañaran solos. Sé que era preciso para llevar a cabo el plan de Beetee, pero eso no hace que me sienta mejor.

Al pensar en el sacrificio de Wyatt y en cómo el Capitolio nos enfrenta a unos contra otros en esta preciosa arena envenenada, me invade la furia. Los Juegos deben terminar. Aquí. Ahora. Cada muerte refuerza la importancia de que el plan de la arena tenga éxito. «Céntrate», me ordeno, y lucho contra la niebla mental. Recuerdo que todos los chicos del Distrito 9 están ya muertos. ¿Habrá logrado Ampert uno de sus girasoles antes de que el aerodeslizador recogiera los cadáveres? Si no, ¿qué podemos hacer? No servimos de nada sin esos explosivos. Puede que tampoco con ellos, pero sin ellos estamos listos.

El cielo se oscurece. Se terminó el espectáculo. Me arrastro de vuelta a mi hamaca, abrazo la mochila y tiemblo hasta dormirme.

Cuando despierto a última hora de la mañana, me encuentro mirando a un par de ojos verde claro. Uno de los conejos grises se ha ocultado en el matorral y está a pocos metros de mí. Puede que sea un conejo normal al que han lanzado a este espeluznante lugar y esté tan asustado como yo. Podría estar acostumbrado a sus cuidadores humanos, y quizá me haya buscado porque tiene hambre y ha descubierto ya que las plantas, la hierba y todo lo demás es tan venenoso como el agua. No me vendría mal un compañero astuto. Saco una manzana, le arranco un trocito con los dientes

y la dejo con mucha cautela frente a mi nuevo amigo. Al cabo de un momento, se acerca, menea el hocico y empieza a mordisquearlo. Me doy cuenta de que así puedo comprobar si las manzanas de mi mochila son tóxicas, y me siento fatal por pensarlo porque la verdad es que les debo una a los conejos. El que me despertó en la plataforma y el que sacrificó su vida para advertirme. Espera un momento, ¿estoy diciendo que el animal sabía que el agua era venenosa y decidió protegerme? ¿Que este conejo de aquí haría lo mismo? Vale, vale, sé que estoy poniendo demasiada fe en los conejitos. Pero… tampoco quiero que uno de mis últimos actos en esta vida sea acabar con un aliado, sobre todo uno de color paloma.

Por suerte, no muere, así que me abalanzo sobre mi manzana, que está buenísima, y eso me ayuda a evaluar mi situación. Así que ayer murieron veinte. Cuatro profesionales. Dieciséis novatos. Los datos no son buenos. Aunque no sea Wyatt, sí soy capaz de calcular que antes doblábamos en número a los profesionales, mientras que ahora estamos igualados. Puede que seamos más listos, pero nos están aplastando con la fuerza bruta. Temo que la teoría de Ampert no resista demasiado bien en la práctica. Aunque quizá ahora que ha terminado el baño de sangre la capacidad intelectual de los novatos y su unidad les ofrezcan algo de ventaja.

—Encuentra a Haymitch.

—¡Ay!

Me doy en la cabeza con un enredo de ramas de arándano al oír el susurro.

—Encuentra a Haymitch.

Unas manitas me rodean las botas y la cara de Lou Lou, salpicada de sangre seca y tierra, se materializa sobre ellas.

—Lo encontré —dice.

El conejo sale disparado y tengo que resistir el impulso de seguirlo. ¿Lou Lou? No forma parte del plan. ¿Cómo me ha encontrado? ¿La están siguiendo?

De repente, mi arbusto ya no me parece seguro.

—Hola, Lou Lou —le digo, intentando sonar tranquilo—. ¿Estás sola? ¿Están los demás contigo?

—Montaña.

¿Solo estamos nosotros, entonces? ¿Todos los demás corrieron hacia la derecha cuando yo corrí hacia la izquierda?

Lou Lou me tira de las botas para que la siga y después sale de entre los arbustos gateando de espaldas. Sin saber qué me voy a encontrar, abandono mi escondite con el cuchillo y la lanza preparados, pero a nuestro alrededor todo parece tranquilo y vacío. Puede que ambas manadas hayan ido de verdad hacia la montaña.

Tras examinar rápidamente la zona inmediata, se descubre el misterio de cómo me ha encontrado: he roto varias ramas al meterme en el matorral y, lo que más vergüenza me da, el pañuelo se me quedó enganchado en una y está ahí colgado, como un cartel de bienvenida. La ilusión de que había logrado camuflarme con éxito es una tontería. He tenido suerte de que ningún profesional pasara por aquí. Incluso la aparición de Lou Lou supone un problema para un granuja decidido a ganar. Sin embargo, dije en mi entrevista que los novatos estaban «a salvo conmigo al cien por cien». Y se supone que ella es de mi distrito. Supongo que puedo cuidarla, al menos hasta que aparezca Ampert y tenga que volar el depósito. Llegados a ese punto, esa sería mi única prioridad.

Lou Lou levanta la vista hacia el manzano y canta en voz baja para sí:

Sinsajo que estás en la rama,
dormido en el manzano,
es tiempo de cosecha, así que vuela,
vuela,
vuela,
es tiempo de cosecha, así que vuela
y llévame alto.

La niña va a coger una manzana, pero le sujeto la mano.

—No no, esas no. Esas son manzanas malas. Aquí tengo una buena.

Saco una manzana roja reluciente de mi mochila y la siento para que se la coma. No lleva provisiones propias. Como siempre, ataca la comida con voracidad. Evitar que coma la fruta letal va a ser un trabajo a tiempo completo. Es asombroso que haya llegado viva hasta aquí. Supongo que la pradera era segura y quizá no se fijara en la fruta mientras era de noche. A juzgar por la tierra de su ropa, ha estado durmiendo en el suelo.

Pelo un par de huevos duros para los dos. Se me ocurre preguntarle por

Wyatt, pero es bastante probable que haya presenciado su muerte, quizá incluso que lleve su sangre encima, y no quiero desestabilizarla.

—¿Quién te dijo que me buscaras, Lou Lou?

Ella se da un golpecito en la oreja mala.

—Encuentra a Haymitch.

Eso me para en seco. ¿Los Vigilantes? ¿Por qué iban a querer que me buscara? No puede ser bueno.

—Asesinos —añade Lou Lou mientras se tira de la sangre seca de la mejilla.

Se termina su huevo y, sin pedir permiso, también el mío. Después empieza a rebuscar en mi mochila y saca una patata. Se la quito con delicadeza.

—Para después. Para la cena.

Pero la dejo beberse toda el agua que quiera porque temo que se abalance sobre un arroyo en cuanto me descuide. Ya está drogada y tiene el cerebro lavado; el colmo sería que también enfermara. Está claro que su llegada me ha puesto un palo en la rueda. No sé si seré capaz de encargarme de mi parte del plan con ella detrás, pero no puedo abandonarla en el bosque para que los profesionales la destrocen. Como dijo Wyatt, ahora es nuestra. Para bien o para mal, forma parte de la misión del depósito.

Humedezco su pañuelo y le limpio la cara.

—Vamos —le digo—. Vamos a buscar tu serpiente.

La idea la anima y se levanta de un bote. Usando el sol para orientarme, la conduzco al norte. Tengo dos tareas por delante antes de reunirme con Ampert, lo que podría ocurrir en cualquier momento. Primero, encontrar una piedra que pueda soltar chispas y confirmar que mi eslabón sirve para hacer fuego. Después, localizar un portal de mutos, seguramente debajo de un caballón, que sirva de entrada a los túneles.

Mientras caminamos, estoy pendiente de las piedras. Lo mejor sería pedernal, pero Lenore Dove me dijo que valdría cualquiera que soltara chispas. El suelo del bosque resulta no tener piedras de ningún tipo, pero creo haber visto algo, un dibujo de piedras de colores… brillando al sol… ¡El arroyo! Eso es. Cuando estaba vomitando en sus aguas, recuerdo haber visto las piedras relucientes titilando. Pero el agua… será venenosa. ¿Es buena idea arriesgarme a meter la mano para sacar una?

Como veo que Lou Lou demuestra demasiado interés por un frambueso,

la distraigo con otra manzana y me escabullo hasta un arroyo cercano. Con la punta de la lanza, suelto algunas piedras del fondo y las empujo hacia la orilla. Las limpio con hojas, les echo un poco de agua limpia, les doy unos toquecitos para sacudirles el agua y las recojo. Regreso con Lou Lou justo a tiempo de evitar que se coma el frambueso entero. Le doy los trozos de la patata cruda que mordí ayer y me como yo también unos pedacitos para calmar el estómago alterado. No tardamos en acabarla.

Las piedras se secan deprisa al sol del mediodía y se las doy a Lou Lou para que las lleve, insistiendo en la importancia del trabajo, aunque en realidad es para mantenerla ocupada. Después de desatarme el eslabón del cuello, lo sostengo entre las manos y dejo que los rayos de sol bailen sobre la cabeza de pájaro y la cabeza de serpiente. Me permito pensar un momento en Lenore Dove, imaginármela en la Pradera entre su bandada de gansos o viéndome en el antiquísimo televisor que Tam Amber consigue mantener en funcionamiento. No en la plaza, donde cualquiera puede reunirse para ver las enormes proyecciones de los Juegos, sino en privado, en la casa rara y torcida de la Bandada. Encerrada por sus tíos. Desconsolada pero sin rasguños ni golpes ni lesiones, a salvo en casa.

Se me ocurre fingir que acabo de darme cuenta de que he llevado un eslabón a la arena, pero, como ya he recogido las piedras, no resultaría demasiado creíble. Así que decido volver a la idea del granuja y reconocer que se la he colado a los Vigilantes. Un granuja, no un rebelde. Solo un gamberro que intenta ganar los Juegos.

—¿Ves esto, Lou Lou? Nos va a permitir comer caliente. Vamos a empezar con esa piedra rosa.

Lou Lou saca la piedra rosa de nuestro alijo y me la pone en la mano abierta. Yo cojo el eslabón con la otra y pruebo, recorriendo con el borde de acero del encendedor la superficie del guijarro. Nada. Tras tres intentos más, sé que no sirve.

—Verde —le pido a Lou Lou.

Pero saltan tan pocas chispas como con la primera. A medida que avanzamos con la pila, empiezo a desanimarme. ¿Y si no hay una sola piedra que eche chispas en toda la arena? Cuando se lo mencioné a Beetee me dijo que era «posible» que las hubiera. Sin embargo, no volvió para confirmármelo, lo que me llevó a pensar que encontraría alguna. Si no, todo el plan se va a la porra y solo me queda esperar a que Snow me mate.

Me deja la última piedra delante, un cristal largo de color gris embarrado. ¿Cuarzo, quizá? La restriego con ganas, tirando de la piedra hacia atrás para no quedarme corto. Una lluvia de chispas sale volando para decirme que hemos encontrado una buena. Lou Lou aplaude y yo dejo escapar un resoplido de alivio.

—Esta noche, patatas asadas —le prometo, sonriente.

Como los mutos no nos han atacado de inmediato, supongo que los Vigilantes han decidido dejar pasar mi gamberrada. Le da un poco de vidilla inofensiva a los Juegos. Seguro que mis patrocinadores también están enviándome algún que otro dólar. Como Mags y Wiress saben que ahora tengo que alimentar a Lou Lou, espero que baste para algo con lo que acompañar las patatas.

A Lou Lou se le escapa un bostezo tremendo y, sin más, se acurruca como un gatito y se queda dormida. Es tan rápido que me pregunto si los Vigilantes la estarán drogando otra vez, aunque quizá sea que no ha descansado mucho desde que llegamos. Intento despertarla sacudiéndole un poco el hombro, pero se limita a fruncir el ceño y mascullar algo. ¿Ahora qué? No puedo cargar con ella, no en estas condiciones, ni tampoco puedo abandonarla. Ahora es tan buen momento como otro para asar esas patatas, supongo…

Primero, tengo que encender una fogata. Doy un par de vueltas, sin alejarme mucho de Lou Lou, para recoger las agujas de pino, astillas y ramas más secas que logro encontrar. Es una estrategia que me enseñó Hattie: aléjate de la madera verde o mojada para minimizar el humo. No tiene sentido avisar de que estás incumpliendo la ley, aunque todo el mundo lo sepa ya.

Por el camino, tengo la oportunidad de examinar algunos caballones. Los montículos parecen uniformes, de unos dos metros y medio de diámetro, medio metro en la parte de arriba, y forman círculos perfectos. Sin embargo, cada uno tiene su propia flor, identificada con una plaquita de latón en la base, como en la mansión de Plutarch. Como este es el jardín de los Vigilantes, es probable que no sea sensato confiar en él, aunque leo las placas de todos modos, con la esperanza de encontrar pruebas. Croco, lirio atigrado, pensamiento. Intento no pensar en lo que se oculta bajo algunas de ellas, esperando para atacarme.

Una de ellas me llama la atención: DICTAMO. En el patio de la Bandada hay

un maravilloso batiburrillo de plantas con flores recogidas del bosque a lo largo de los años y plantadas frente a su casa sin orden ni concierto. De finales de marzo a noviembre, puedes contar con que haya al menos una planta en flor, y Lenore Dove suele adornarse con ellas el pelo cuando actúa. Aunque nunca del dictamo. «Es demasiado peligroso», me dijo, y me demostró por qué acercando una cerilla encendida a un tallo de flores violeta claro. Dejaron escapar una llamarada instantánea que desapareció en un segundo, aunque las flores siguieron intactas. «¡Imagínate si eso me pasara en la cabeza!», exclamó entre risas.

Con algunos pedazos del cartón de los huevos, consigo una llamita muy deprisa. La alimento con agujas de pino y ramitas hasta que consigo una fogata en condiciones. Casi no brota humo, así que la mantengo viva echándole madera seca. No tengo suficientes cenizas para asar las patatas hasta que pasa una hora. Coloco tres entre las brasas y me siento a esperar.

Un cañonazo lejano me avisa de la muerte de otro tributo. Ya hemos perdido a veintiuno, así que quedan veintisiete. ¿Profesional? ¿Novato? No tengo forma de saberlo hasta esta noche.

Cuando las patatas ya están blandas, despierto a Lou Lou y nos las acabamos en un momento, junto con dos huevos más. Me siento muchísimo mejor, como si se hubiera absorbido el resto del veneno, y ella tiene los ojos brillantes después de su siesta. Tras considerar la posibilidad de apagar el fuego, decido que mi agua es demasiado valiosa, así que lo dejo morir poco a poco, algo que Hattie jamás me permitiría. Con una sola chispa todo puede acabar en llamas, me decía, pero, si con esto incendio toda la arena, bienvenido sea.

Me siento más optimista después de mi éxito con el eslabón. Ahora, a buscar mi portal. Hay tantos que no creo que todos ellos oculten un portal de mutos que conecte con un túnel del Sub-A. Beetee dijo: «Haced lo que podáis por localizar un portal de mutos siguiendo a los que se alejen después de un ataque». Como todavía no he identificado ningún muto, sigo avanzando hacia el norte en busca de posibles candidatos.

Lou Lou cree que buscamos a su serpiente, lo que la mantiene concentrada mientras se me adelanta trotando a un ritmo razonable. Con el paso de las horas, casi me olvido de ella, más pendiente de vigilar lo que nos rodea por si hay algún peligro al acecho y de repasar mis técnicas de

colocación de bombas del Distrito 12. Fuego a mecha, mecha a detonador, detonador a explosivo…

Su chillido de placer me devuelve a la arena. Sale disparada hacia un caballón cercano cubierto de flores de color escarlata. No sé por qué esas en concreto, porque las demás las miraba con indiferencia. La persigo, pero llega primero a la loma y se mete entre las plantas, aplastando las hojas y enterrando el rostro entre los pétalos rojos. Localizo la placa y me relajo un poco. Conozco esta planta, reconozco el aroma, algo mentolado. Incluso recuerdo haber ayudado a Burdock a recoger algunas para Asterid, que las usaba para preparar medicinas para la botica. Bergamota. Una planta curativa. Crece silvestre en nuestras montañas y está claro que Lou Lou también la reconoce.

El pan de semillas, el humo de la vela y, ahora, estas flores… Todo eso debe de transportar a Lou Lou de vuelta a casa, no sé cómo. Mi nana decía que los olores son lo que más se te graba en la memoria, más que los sonidos o las imágenes. ¿No me llevó la sopa de alubias con jamón de vuelta al Distrito 12?

La respiración de Lou Lou es tan profunda que ha empezado a jadear y, por muy buenos que sean los recuerdos, decido que ha llegado el momento de sacarla de ahí. Dejo mis cosas en el suelo y acabo de rodearle la cintura cuando empieza a toser. Después de sacarla del terraplén, se sienta en cuclillas y deja escapar un sonido ahogado. Un polen amarillo la cubre de la cabeza a los pies y, primero, pienso que es alérgica a la bergamota, así que le mojo el pañuelo y empiezo a limpiarla.

—Respira, Lou Lou —le digo para calmarla—. No son más que flores.

Pero nada es nada más que nada en esta arena y, cuando empieza a brotarle sangre de los ojos, la nariz y la boca, lo que me recuerda a nuestro querido presidente, sé que me equivoco.

—¿Lou Lou? —grito—. ¡Lou Lou aguanta!

Se derrumba sobre mí y la sostengo cuando empiezan las convulsiones. No puedo hacer más que observarla, de nuevo impotente. Igual que cuando no pude salvar a Louella. Por un instante, ambas se funden, Lou Lou y Louella. Es esa niña con coletas que conozco de toda la vida y haría lo que fuera para librarla de esto.

La piel se le pone azul.

—Ya basta —suplico a los Vigilantes.

Podrían acabar con esto pulsando un botón. Podrían dejarla inconsciente, como en la entrevista, enviándole esta vez una dosis letal de sedante a través de su bomba. Ahorrarle esta muerte atroz. Pero su agonía continúa y me enfurece.

—¡Basta! —grito—. ¡No es vuestro juguete!

Doy con la bomba oculta bajo su camiseta y la rodeo con los dedos. De un fuerte tirón, la libero.

17

El cañón dispara para confirmar su muerte cuando su cuerpo se queda sin fuerzas. Fuera quien fuera Lou Lou, ha seguido su camino. Su figura ligera y muerta de hambre permanece inmóvil, por fin lejos del alcance del Capitolio. La dejo en el suelo y le susurro al oído malo. Es un mensaje personal para los Vigilantes.

—Vosotros le habéis hecho esto. Esto es lo que sois. —Y después, por Lou Lou, digo lo que ella ya no puede decir—. Asesinos.

En respuesta, aparece un aerodeslizador que espera a que me aparte para recoger su cadáver.

A Lou Lou no la enterrarán en la colina, con Louella y conmigo. No pueden enviar los dos cuerpos al Distrito 12 sin dejar al descubierto su incompetencia. ¿Adónde irás, pequeña? ¿De vuelta al Distrito 11? ¿A la tierra del Capitolio? ¿O te incinerarán para no dejar ni rastro de ti? En cualquier caso, yo he sido la última persona que te ha tocado con cariño.

La idea de que el Capitolio se libre de ella me saca de quicio. Y, como a mi Louella, no puedo entregarla sin pelear. La cojo en brazos y me dirijo a la zona donde los árboles son más tupidos. ¿Me estarán mostrando al público? ¿Son testigos de mi negativa a entregarles a Lou Lou? ¿Tengo a los espectadores del Capitolio pegados a la pantalla? El granuja que huye con su compañera de distrito… ¡otra vez! ¡El granuja obligará a los Vigilantes a perseguirlo! Risas complacidas, llamadas a los amigos, ¿estáis viendo esto?

El cuerpo de Lou Lou pesa bastante menos que el de Louella. La ferocidad que le daba presencia ha desaparecido. Localizo un grupo de sauces y me coloco en el centro, desde donde atisbo el aerodeslizador planeando por encima. Una pinza desciende, se enreda entre las copas de los árboles, se retira y vuelve a intentarlo. No pueden llegar hasta nosotros. De momento, está a salvo.

Cuando se me calma la respiración, me doy cuenta de que así caeré en las garras de Snow. Es justo el comportamiento que me había prohibido, y habrá consecuencias. Consecuencias letales. Pronto. Y entonces no podré volar el depósito. ¿Cómo reconduzco la situación? ¿Saco a Lou Lou y los saludo con la mano en plan «era broma»? ¿La dejo aquí, huyo y me escondo? ¿O me quedo donde estoy, espero a que la pinza se abra paso y colaboro ayudándola a que se la lleve entre sus zarpas?

La indecisión me paraliza. Los Vigilantes parecen estar igual. El aerodeslizador se queda quieto, con la pinza recogida. Un punto muerto. Todos esperando a ver qué hacen los demás. Lo consideraría un momento de paz, de no ser por la sensación de peligro inminente.

Llega en forma de una reluciente mariposa azul. Casi del mismo azul eléctrico que los trajes del Distrito 3. No consigo apartar la vista del dibujo de diminutos rayos dorados que le decora las alas. Entonces, otra me aterriza en la cabeza. Y una tercera, en el dorso de la mano que sujeta el rostro manchado de sangre de Lou Lou. Como a cámara lenta, un aguijón desciende y una chispita me salta de la carne al entrar en contacto, a la vez que un estallido de dolor me ciega. Dejo escapar un grito involuntario y Lou Lou se me cae al suelo. Recupero la vista a tiempo de ver a una segunda mariposa ir a por mi cara. La mejilla me estalla con lo que ahora reconozco como una descarga eléctrica, como si las mariposas llevaran un táser en miniatura en los aguijones. Una de las bellezas de Snow.

Un pánico puro me consume; solo sé que no quiero que vuelvan a picarme. Salgo disparado de mi emparrado de sauces y dejo a Lou Lou en manos de los Vigilantes. Los cientos de mariposas que están posados en los árboles cobran vida y me atacan. Corro hacia el bosque sin pensar en nada que no sea escapar, pero me persiguen. No con los movimientos de borracho que asocio con las mariposas de casa, sino en línea recta. Subo y bajo la cabeza y corro en zigzag para intentar escapar de ellas, pero no dejan de picarme, y cada aguijonazo me paraliza durante un segundo. No basta con haber conseguido que abandonara a Lou Lou; estas cosas están decididas a torturarme. Es un castigo. Lo más público posible.

No sé bien cuánto dura porque a mí se me hace eterno, como si perdiera la cordura, hasta que caigo de bruces en un caballón de flores. Temiendo el mismo destino de la niña, me levanto de un salto y me desplomo junto al montículo mientras me restriego la cara, frenético. Sin embargo, no es

bergamota, sino dictamo. Cuando desciende la nube de mariposas, se me ocurre una idea. Tras sacar el eslabón y la piedra del bolsillo, produzco mis propias chispas y las envío hacia las flores. Unas llamas de metro y medio brotan de las plantas, envuelven a las mariposas y me lamen el pecho antes de desaparecer. La pechera de la camiseta me brilla unos segundos, como un lecho de brasas, antes de volver a su negro original. Al parecer, es ignífuga. Unos cuantos esqueletos crujientes bajan flotando, aunque el ataque ha terminado. Las que quedan se alejan revoloteando, como si fueran lo más inocente del mundo.

Me quedo tirado en el suelo, jadeando, y me examino en busca de heridas. No hay nada de nada, ni una ampolla ni un rasguño. Solo el recuerdo del terrible dolor. Me llevo el eslabón a los labios con la esperanza de que Lenore Dove lo vea y sepa que le doy las gracias por salvarme de los mutos.

¡Los mutos! ¡Eso es! ¡Es mi oportunidad para seguirlos hasta su caballón! No obstante, no me levanto de un salto; el reciente ataque me ha devuelto de golpe el sentido común. «Sé listo, por una vez en tu vida —me digo—. Hazlo, pero no pongas en peligro el plan de la arena». ¿Por qué iba a perseguir a unas mariposas mutantes? Solo hay una respuesta: venganza.

Una rama cercana ha prendido con el estallido del dictamo. La separo del árbol y parto más o menos en la misma dirección que las mariposas. Cuando vislumbro algo azul, sé que voy por el camino correcto. Tras otros veinte metros atravesando el bosque doy con un caballón cubierto de arbustos en flor. Se ha abierto, como si se deslizara por unas guías, y ha dejado una abertura de unos dos metros de ancho en el medio del círculo. Las mariposas vuelan con aire perezoso hacia ella. Para que me vean los Vigilantes, les grito mientras agito la antorcha como loco e incinero a unas cuantas hasta que me doy cuenta de que el caballón empieza a cerrarse. Como un último esfuerzo, me abalanzo hacia el último muto y consigo meter la rama entre los bordes de la escotilla. Se cierra de golpe y aplasta la madera, pero deja una abertura de unos tres milímetros en la unión. Finjo no percatarme y me dejo caer junto al montículo. El cartel dice: ARBUSTO DE LAS MARIPOSAS. Bueno, este sí que no se me va a olvidar.

Pienso en volver a buscar a Lou Lou, pero sé que ya no está, así que regreso a la bergamota, procurando no respirar demasiado, y recojo mis cosas. Todavía no hay ni rastro de nadie más.

Puede que tenga la piel tan suave como el culito de un bebé, pero me pica por culpa de las descargas y estoy muy agotado. He logrado llevar a cabo dos tareas, eso sí: hacer fuego y encontrar un portal de mutos. Las sombras se alargan, lo que significa que hay que empezar a buscar dónde dormir, consciente de que debo mejorar mi desastroso escondite de anoche. Ahora no estoy mareado, así que elijo un árbol grande con muchas hojas cerca del arbusto de las mariposas y trepo unos nueve metros para meterme entre las ramas. Engancho la hamaca entre dos de las más resistentes y me aseguro de que, si una cede, haya una horcadura que me sujete. No es algo que me recomendaran en la clase, pero no me siento lo bastante seguro como para volver a dormir a ras del suelo. Famélico, me como tres huevos y un par de manzanas. Seguro que los patrocinadores permitirán a mis mentoras volver a llenarme la despensa dentro de poco. El amanecer despide un brillo dorado a través de los árboles, después pasa al naranja del carbón ardiente antes de desvanecerse y dejarme a oscuras.

Al oír el himno, me cambio de postura para ver bien el cielo. El primer tributo. Más verde moco. El chico del Distrito 1 que no es Panache. Después, Lou Lou, con su serpiente. Me pregunto si en algún lugar de Panem habrá un familiar o un compañero de juegos que la reconozca por su verdadera identidad. Los McCoy deben de saber que es falsa. Seguro. Ahora mismo estarán llorando y preguntándose qué habrán hecho con su querida hija. Al menos voy a librarme de esa conversación tan horrenda.

Cinco profesionales desaparecidos. Diecisiete novatos. Quedamos veintiséis.

El bosque está en silencio. Una luz de luna amarilla y clara se filtra a través de los árboles. La verdad es que creo ser el único tributo a este lado de la arena, pero nunca se sabe. Me pregunto cómo le irá a Maysilee (del Distrito 12 ya solo quedamos nosotros) y si tendré la oportunidad de volver a verla. Tiene gracia que eche de menos a Maysilee Donner, pero así es.

Dando gracias por no roncar, me duermo y no sueño nada.

Algo me despierta de golpe y veo un paracaídas con un bulto bastante grande atrapado en las ramas soleadas que tengo por encima de la cabeza. El primer regalo de mis patrocinadores. Lo desenredo, me lo coloco en el regazo, respiro hondo (¡ahora mismo podría contener cualquier cosa!) y después lo abro. Una docena de panecillos blancos, todavía calientes del horno; un bloque de queso naranja; y lo que parece ser una botella de vino,

incluida una copa de tallo largo. Eso me arranca una sonrisa genuina. Desenrosco la botella y huelo: zumo de uva. Seguro que a alguien le ha costado un buen dinero. Habría sido más práctico enviar agua, dado que estoy a punto de acabar mi primera botella, pero no me quejo. El zumo de uva es un manjar preciado en casa, reservado para cumpleaños y el ponche de las bodas. ¿Quién me lo ha enviado? ¿La señora de las orejas de gato? ¿El hombre al que escupí? ¿La tía abuela Messalina? Ahora mismo, me da igual.

Inclino la botella para servirlo en la elegante copa, admirándola mientras el zumo llena el tallo y después el cáliz. Esbozo una sonrisa cómplice para la audiencia, la alzo para brindar y digo:

—¡Gracias, mis granujas del Capitolio!

Después le doy un traguito lento para humedecer la boca, que está como un zapato. Es tan bueno, no solo por el sabor, sino por los recuerdos felices que evoca, que tengo que contenerme para no bebérmelo de golpe. Acompañado por un par de panecillos y un trozo de queso graso, me reactiva lo suficiente como para enfrentarme al resto del día.

Mientras desayuno, repaso por qué, desde la perspectiva de los patrocinadores del Capitolio, creo haberme merecido este regalo tan caro. He evitado el baño de sangre con provisiones y armas, he sobrevivido al veneno, he hecho fuego, he cocinado, he incinerado algunas mariposas y he encontrado un árbol en el que dormir. Conclusión: cuento con bastantes recursos y está claro que soy lo bastante egoísta como para ganar.

Me preocupa que los distritos tengan ahora una mala opinión de mí por abandonar a los novatos. Quizá haber intentado salvar a Lou Lou me ayude. Y si vuelo la arena en pedazos, supongo que me volverían a dejar entrar en el Distrito 12. Aunque volver a casa no es una posibilidad, claro. Aun así, quiero que Sid sea capaz de mantener la cabeza bien alta, no que esté avergonzado de mí para siempre.

Como he acampado cerca de mi caballón, no tiene sentido ir a ninguna parte. No me queda más que esperar a que llegue Ampert con su mecha del collar y el explosivo del girasol del Distrito 9. Estoy bastante cansado después de los dos primeros días de los Juegos, así que me limito a seguir tumbado en mi hamaca y vigilar por si vuelven las mariposas. A media tarde, empiezo a impacientarme. Deberíamos haber organizado mejor el reencuentro. El bosque es ancho y profundo; no es tan fácil localizarse. El

extremo norte podría estar a kilómetros de distancia. Es algo a recordar cuando baje por ese túnel. Puede que todavía me quede mucho camino por delante para llegar al depósito.

Decido salir en busca de Ampert.

Mientras recojo las provisiones y envuelvo con cuidado mi copa en la hamaca, doy con los prismáticos y los pruebo. Eso me inspira a trepar más arriba para hacerme una idea mejor del terreno. Cerca de la punta de la copa del árbol, donde es más alto, veo hasta bastante lejos. De nuevo me sorprende la belleza de este lugar, el bosque idílico, la extensión uniforme de la pradera, el pico cubierto de nieve que ahora queda bajo un arcoíris resplandeciente. Calculo que la montaña está a unos ocho o nueve kilómetros de distancia. Ahí es donde imagino que se encuentran el resto de los críos, cazándose entre ellos. Aquí es todo diferente porque solo tengo que enfrentarme a los Vigilantes. El mar de árboles continúa detrás de mí, pero parece estrecharse hasta llegar a un punto a lo lejos. Es imposible decir con exactitud a qué distancia se encuentra ese punto, dado que todo empieza a emborronarse un poco. ¿Indica eso que se trata del final de la arena?

Me vuelvo de nuevo para observar la pradera y capto un movimiento azul eléctrico cerca de la Cornucopia que avanza hacia el bosque. ¿Ampert? Como temo perderlo entre los árboles, bajo y me dirijo a la pradera con la esperanza de interceptarlo. Por el camino hago cortes discretos con el cuchillo en las bases de los árboles para que me indiquen el camino de regreso. Retroceder me aleja más de mi objetivo, pero necesito a Ampert de un modo u otro.

Cuando llego al final de los árboles, me subo a una roca y examino la pradera con los prismáticos. Es Ampert, en efecto, a un kilómetro y medio, aproximadamente, marchando entre la hierba hacia mí. Su cara, tan triste y seria, forjada por los horrores de los últimos días, me recuerda que lo he tenido más fácil que la mayoría. Alrededor de su cuello veo dos girasoles, uno de ellos manchado de sangre. Al menos no ha tenido que ver a los muertos de su propio distrito, dado que todavía no he visto ninguno en el cielo. Seguro que no ha comido demasiado y lo voy a necesitar bien alimentado para reventar el depósito… ¿Debería preparar unos bocadillos?

Espera un momento… De nuevo, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué el granuja, después de huir de los novatos, ha visto a Ampert y ha regresado al

borde del bosque? No es lo mismo que con Lou Lou; ella me encontró a mí. Seguro que mi comportamiento resulta sospechoso. Como si llevara esperándolo desde el principio. No creo que le importe a la audiencia, pero ¿cómo lo interpretarán los Vigilantes? Les dije que solo me importaba sobrevivir. ¿Qué me podría haber llevado de vuelta a Ampert? La respuesta no pueden ser los explosivos. ¿Qué mejoraría mis probabilidades de seguir con vida? Tengo comida, agua, pastillas de carbón y armas… ¿Qué podría ofrecerme Ampert?

Lo único que no tengo es información. Sé quién ha muerto… Pero ¿quién los ha matado y cómo? ¿Qué armas tienen los profesionales? ¿Han descubierto algo que se coma o se beba y no sea venenoso? Salvo por Lou Lou, he estado solo, y ella no era lo que se dice una gran fuente de información.

Vale, pues eso es: este granuja necesita ponerse al día.

Chulito. Egoísta. Sarcástico. Agradable con los otros novatos. Estoy reuniendo todas esas características para presentar un personaje coherente al público. Si embargo, cuando llega Ampert, me abraza y me limito a devolverle el abrazo y decirle:

—Hola, amigo.

Me sorprende lo pequeño que parece, porque siempre ha sido un crío muy decidido. Pero el caso es que es más o menos igual de alto que Sid y está muy asustado. Ni el cerebro más brillante es capaz de encontrar el modo de salir de la trampa de la arena.

—Los novatos necesitan que vuelvas —dice—. Me han enviado a buscarte.

Bien. Los Vigilantes pensarán que está aquí por eso.

—Ya lo hemos hablado. Con el uno que me dieron es peligroso que estéis cerca de mí.

Eso lo digo para la audiencia. No quiero quedarme sin regalos por rehuir mis responsabilidades de novato. Además, Sid tiene que oír el motivo por el que los he abandonado.

—Lou Lou salió corriendo. Después la vimos en el cielo.

—Es un buen ejemplo de lo que digo —respondo, apartándome de él—. Me encontró y ahora está muerta. No nos vimos venir las flores venenosas.

—¿Eso también es venenoso?

—Al menos la bergamota. El dictamo me vino bien cuando tuve que asar

a unos cuantos mutos de mariposa. Los Vigilantes las enviaron a por mí. ¿Tienes hambre? —Asiente con ganas—. ¿Y si hacemos un trueque? ¿Comida a cambio de información sobre la montaña?

Despliego un enorme pícnic sobre la roca: panecillos, queso, huevos, manzanas y una copa de zumo de uva para él. No lo interrumpo mientras se lo zampa todo; estoy bastante seguro de que no ha comido mucho desde que llegamos. Ni siquiera tiene una mochila de provisiones, solo un hacha en el cinturón y un sombrero hecho de hojas para el sol. Cuando termina, se limpia la boca y suspira.

—Ojalá hubiera podido compartirlo con los demás. Los profesionales se han quedado con casi toda la comida.

—¿Cómo lo lleváis?

—Es difícil. Ya hemos perdido a diecisiete. Todos salvo Lou Lou en el baño de sangre.

—¿No se envenenó nadie?

—Sí, varios. Pero Wellie averiguó bastante deprisa que todo era venenoso. Y en la mochila de Hull había una botella enorme del antídoto en jarabe. Ninguno de nosotros ha muerto por el veneno.

—¿Jarabe? Yo tenía esto. —Saco las pastillas y se las enseño—. Si no, también la habría palmado.

—Debe de haber sido horrible, sin tener a nadie que te cuidara.

Me encojo de hombros. Después no puedo evitar preguntar:

—¿Wyatt?

Ampert se mete la mano en el bolsillo y me pasa el símbolo de Wyatt.

—Lo mató Panache. Y a cinco más. Con una espada. A Maritte se le da muy bien el tridente. Silka usó un hacha tan afilada como una cuchilla de afeitar, y vi… —Se le rompe la voz.

—Me hago una idea. Pero Maysilee está bien, ¿no?

—No lo sé. Se separó de nosotros durante el baño de sangre. Pero no la he visto en el cielo. Supongo que seguirá en la montaña, igual que el resto de los novatos. Hemos intentado mantenernos juntos, como planeamos. Los profesionales nos siguieron hasta allí.

Se me pasa por la cabeza una idea despreciable: que, no sé cómo, Maysilee se ha unido a los profesionales. Entonces recuerdo lo combativa que fue con Silka desde su primer encuentro y me avergüenzo de haberlo pensado. Examino el collar que trenzó tan bien para que sujetara la moneda

de Wyatt. Se pasó casi todas las horas de entrenamiento ayudando a los novatos a lucir con orgullo sus símbolos, en vez de dedicarlas a aprender habilidades con las que protegerse. Maysilee Donner será muchas cosas, pero no una chaquetera.

—Esté donde esté, seguro que les está causando problemas a los profesionales. No te quepa duda —le digo a Ampert.

Cuando me cuelgo del cuello el símbolo de Wyatt, es como volver a tenerlos a Maysilee y a él a mi lado.

Ampert y yo nos pasamos un rato sentados sin más, dejando que la brisa nos refresque mientras escuchamos el canto de los pájaros y contemplamos este prado tan ridículamente bonito, que huele a flores. Sirvo otra copa de zumo y nos la vamos pasando. Todos los sentidos satisfechos, todos y cada uno de los elementos diseñados para la calma.

—Entonces ¿no vas a volver? —pregunta Ampert.

—No serviría de nada. Soy un imán para los mutos. Y está claro que no sé juzgar las flores.

—¿Me enseñas el bosque, por lo menos? Tenemos que salir de esa montaña, pero nadie sabe si esto es peor.

—Si quieres… Pero no te prometo que sea capaz de mantenerte a salvo de los Vigilantes.

Ampert se ríe un poco.

—Qué gracia tiene eso. ¿Es que alguien puede?

Cuando nos terminamos el zumo, lo conduzco al bosque. Enseñárselo es la tapadera perfecta, la verdad. Aunque no consigue mucha información, salvo un: «Cuidado con el arroyo, que es venenoso. Y la fruta. Y también esas flores de ahí». Básicamente, podría haberle dicho que todo es venenoso y ya está. Sin embargo, hago de guía. Le enseño los caballones con la bergamota y el dictamo, y dejo el arbusto de las mariposas para el final.

—Por aquí entraron las mariposas. Las que no freí, claro.

Veo que mira, pero solo responde:

—¿Crees que es seguro estar cerca de su casa?

Casa. Lo llama su casa. ¿Es porque echa mucho de menos la suya? Doce años, apenas metro y medio de altura, ni siquiera le ha cambiado todavía la voz. Si yo siento nostalgia, ¿qué sentirá él?

—Bueno, la verdad es que no creo que por aquí nadie esté lo que se dice en casa. No quedaban muchas. Se pueden manejar. Y no te matan cuando te

pican, solo te dan una descarga muy desagradable. Me picaron un montón de veces y estoy bien. Así que es probable que sea más seguro que otros sitios, porque suelen distanciar a los mutos.

¿Lo hacen? Puede. Pero al menos explica por qué deberíamos quedarnos cerca del caballón.

—¿Crees que podríamos descansar aquí un rato?

—Claro —respondo después de echarle un vistazo a lo hinchados que tiene los ojos—. No tengo planes para esta tarde.

Le preparo una cama con mi hamaca y, después de dar unas cuantas vueltas, se queda dormido. Al mirarlo, no puedo evitar pensar que todos los pequeños al final acaban conmigo. Louella. Lou Lou. Ampert. Y no soy capaz de mantener a salvo a ninguno. ¿Por qué me buscan?

Cuando Ampert está ya dormido profundamente, empiezo a prepararme para la bomba recogiendo el doble de madera y agujas de pino que ayer. Será un trabajo nocturno, y el fuego es responsabilidad mía, tanto para iluminar como para prender. Como mi antorcha para mariposas funcionó bastante bien, me aseguro de romper unas cuantas ramas más de lo que creo que es el mismo tipo de árbol. No quiero gastar mi combustible, así monto la fogata, pero no la enciendo. Esta noche no hay patatas. Las dejaré para Ampert, que tiene más posibilidades de sobrevivir a nuestra misión.

Si lo hago bien, si vuelo el depósito y provoco una inundación, lo más probable es que me lleve con ella. Vamos, que menos de dos metros de mecha no ofrecen demasiado margen de huida. Si la explosión no termina conmigo, lo hará el agua. Me consuelo pensando que cualquiera de esas muertes será mejor que lo que el Capitolio me tendrá preparado si logro salir vivo del Sub-A.

Esperar algo mejor es peligroso; podría cegarme a la realidad de la situación. Recuerdo que mi nana siempre decía: «Mientras hay vida, hay esperanza». Pero, desde mi perspectiva actual, la esperanza se parece mucho al licor blanco: puede engañarte a corto plazo, pero lo más probable es que acabes pagando por ella dos veces.

18

Cuando cae la noche, me adelanto y enciendo la fogata. Ampert se despierta, tostamos pan con queso y lo comemos con manzanas. Dice que no quiere volver con los novatos a oscuras y decidimos que se quedará a pasar la noche. A la luz titilante de las llamas, recuerdo que mi camiseta no se chamuscó con el fuego del dictamo. Ampert se saca uno de los calcetines y lo acerca a la fogata, donde brilla un momento antes de que la punta empiece a derretirse. Parece una pista. Quizá sea protección, pero ¿frente a qué? Solo me he encontrado con un caballón de dictamo. La ropa indica que cualquier otra cosa podría arder.

Como inspirado por la fogata, Ampert dice que le gustaría intentar cazar algo para pagarme por la comida. Su símbolo se ha enredado con los dos girasoles del Distrito 9, así que se saca los tres juntos y los deja en el suelo. Después separa su mecha y dice:

—Puede que consiga hacer una trampa con esto, pero ¿crees que los animales son venenosos?

—Puede que los conejos no. Vi morir a uno después de beber agua… Parecía tan vulnerable como nosotros. Aunque podrían tener la fiebre de los conejos, claro.

—¿Qué es eso?

—Una enfermedad. No es agradable. Pero si lo cocinamos bien, puede que sea seguro. —Toda esta cháchara está pensada para engañar a los Vigilantes. No vamos a atrapar conejos. Ni a asarlos. Ni siquiera contamos con estar aquí para la hora del desayuno—. Merece la pena intentarlo.

Ampert empieza a desenredar su símbolo y, a la vez, se enrolla la mecha negra en la mano. Cuando llega al final, esconde algo que debe de ser el detonador dentro del rollo de hilo.

—Lo intentaré por la mañana. Puedes quedarte con lo que atrape. —Mira

los girasoles—. ¿Quieres uno? Seguro que al Distrito 9 le gustaría que lo llevaras. Eres el motivo por el que se unieron a la alianza.

—Fue Maysilee la que se los ganó —respondo—. Deberías haberlos visto enfrentándose a Panache. Él creía que les hacía un gran favor permitiéndoles unirse a los profesionales, pero ellos lo rechazaron en un segundo. —Chasqueo un dedo y sonrío al recordarlo—. Sí, me llevaré uno. Eran unos buenos aliados.

Me cuelgo del cuello el girasol manchado de sangre.

Empieza el himno, pero esta noche no aparece ningún rostro.

—Seguimos siendo veintiséis —digo.

Ampert se rodea las rodillas con los brazos.

—¿Podemos quedarnos un rato junto al fuego? No me gusta la oscuridad.

Aunque necesitamos el fuego para el plan, me suena a cierto. Ampert se hace el valiente, pero me imagino que lo que vio en el baño de sangre debe de habérsele quedado grabado en la cabeza.

—Podemos dormir aquí, si quieres. No creo que el árbol sirva para los dos. Podemos turnarnos para vigilar. Venga, descansa un poco.

—¿Puedo beber más agua?

Le doy la botella llena y le da unos cuantos tragos.

—Despiértame cuando ya no puedas más —dice Ampert—. Estaré listo.

Le da un último trago al agua y se tumba. Deja en mis manos tomar la decisión.

—De acuerdo —respondo—. Que duermas bien.

A los pocos minutos está dormido o lo finge muy bien. Vigilo, con la lanza sobre las rodillas, a la espera de su gran momento: cuando la use como palanca para abrir el caballón. Me alegra que su trabajo sea ese y no acabar con la vida de alguien. Si logro salir de los Juegos sin haber matado a nadie, será una victoria en sí misma.

Me despido de mis seres queridos: Burdock y Blair. Hattie. Mamá y Sid. Y, por último, Lenore Dove, mi insólita y radiante novia. Intento no tener miedo. Me digo que todos morimos tarde o temprano y que ahora me toca a mí. En cierto modo, es un consuelo que tantas personas conocidas se hayan ido antes que yo: papá y la nana, las gemelas, Louella, Wyatt, Lou Lou y muchos de los novatos. Puede que Lenore Dove esté en lo cierto y me reúna con ellos y, algún día, con ella, en otro mundo. O puede que no haya nada más, en cuyo caso no le hará daño a nadie. En general, no tengo ni idea.

La oscuridad aumenta, el aire se enfría y, cuando creo que ha pasado la medianoche y la audiencia se ha ido a la cama dejando a un puñado de Vigilantes para supervisar el espectáculo, enciendo una antorcha de rama. Me agacho, le doy un toquecito a Ampert en el hombro y le digo en voz baja:

—Oye, amigo, vamos a machacar esas probabilidades.

Ampert se pone en pie de inmediato y me deja en la mano la mecha enrollada.

—Tendrás sesenta segundos —susurra.

A continuación, me pasa el explosivo, que tiene un tacto suave y pegajoso, como la masilla, y al que le ha dado forma de disco. Se ve que usó bien el último trago de agua. Me guardo los materiales y, sin decir nada más, nos dirigimos al caballón. Él sostiene la antorcha mientras yo introduzco la punta de la lanza en la grieta abierta por la rama que dejé atrás ayer. Usando todo el peso de mi cuerpo para hacer palanca, separo los laterales del caballón. La boca se abre y después empieza a deslizarse para cerrarse de nuevo, pero no antes de que meta la lanza entre los bordes para mantener la escotilla abierta del todo. A un lado hay una escalera de servicio que desciende hacia las profundidades.

Un zumbido mecánico de protesta brota de abajo.

Ampert me pasa la antorcha.

—Estaré aquí.

Parece muy pequeño ahí de pie, a la luz titilante del fuego, armado tan solo con un hacha que dudo que tenga la fuerza suficiente para blandir. Le meto mi cuchillo en el cinturón y le alboroto el pelo como hago con Sid.

—El mejor aliado del mundo.

Él esboza una media sonrisa y yo bajo a la escalera. Antorcha en mano, inicio el descenso. Noto los pies rígidos y torpes en los pequeños escalones.

—Derecha, izquierda, derecha, izquierda —les recuerdo.

Un metro, tres, seis, aterrizo en el hormigón de un pasillo estrecho y giro a la derecha, que parece ir más o menos hacia el norte. Avanzo al trote, ayudado por la antorcha y las tenues luces de servicio que brillan a lo largo del suelo.

No llevo mucho cuando me doy cuenta de que la pared interna de mi izquierda en realidad no es una pared. Metal… con surcos… cada pocos metros, una gota de agua con forma de lágrima estampada a la altura de los

ojos. Debe de ser el lateral del depósito de agua que, en efecto, es gigantesco, ya que va desde el suelo de hormigón hasta el techo, a seis metros de altura. Las gotas se repiten hasta donde alcanza la vista, en ambas direcciones. ¿Para qué necesitan tanta agua? ¿Es que pretenden convertir toda la arena en un lago? Vacilo para intentar dilucidar en qué punto resultaría más eficaz colocar el explosivo, hasta que me rindo y lo pego un poco por debajo de la gota que tengo delante. En realidad, ¿qué más da dónde sufra daño el depósito? Con un giro de muñeca, desenrollo la mecha y la deslizo entre los dedos, que se me manchan de negro, hasta que encuentro el detonador. Menos mal que presté atención en clase. Clavo el detonador en el explosivo y me preparo. Es ahora o nunca. Acerco la antorcha al extremo de la mecha, observo los primeros centímetros de recorrido de la llama, que solo deja un leve rastro de ceniza, y salgo corriendo a toda velocidad. Sesenta segundos para la explosión.

«Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho…». Calculo el tiempo mentalmente mientras corro por el hormigón. Veo la escalera, tiro la rama a un lado porque me está retrasando y confío en que Ampert me espere arriba con una segunda antorcha. Sé que lo más sensato sería aceptar mi muerte ahora mismo, pero hay algo dentro de nosotros que quiere vivir. Aunque solo sea unas cuantas horas más. «Treinta y ocho, treinta y siete…». Además, tengo que pensar en Ampert. Puede que todavía pueda protegerlo.

Lo oigo antes de verlo. Un gorjeo delicado, similar al de un pájaro, acompañado de algún que otro chillido. Sean lo que sean, no parecen amenazadores. Me siento más perplejo que alarmado. Puede que una bandada de pájaros cantores se haya escapado y vuele libre por el Sub-A, como hacen los pájaros en las vigas del establo en el que guardan a los caballos de los carros. Cuando toco el primer peldaño, levanto la vista a tiempo de ver el rostro de Ampert iluminado por la luz de la antorcha. De repente, un remolino de colores me tapa la imagen y baja en espiral hacia mí.

Unas alas transparentes de todos los colores del arcoíris aparecen sobre mi cabeza. Captan el reflejo de la luz, de modo que brillan como los caramelos duros del escaparate de los Donner en un día soleado. Sería algo digno de admiración, si no fuera porque cada par de alas de un metro de envergadura lleva consigo un rostro rabioso y dos patas traseras con unas

garras curvas de diez centímetros. Mutaciones de murciélago alteradas genéticamente. Diseñadas para hacerme picadillo.

Estas criaturas no han huido de ninguna jaula; son un regalo del Capitolio.

«Veinticuatro, veintitrés, veintidós…».

—¡Haymitch! —oigo gritar a Ampert—. ¡Cógela!

Suelta la antorcha, que dispersa a la formación de murciélagos durante un segundo, y, no sé cómo, logro atraparla. Con la mano libre, empiezo a trepar por la escalera mientras agito el fuego sobre la cabeza. Pero no son como las mariposas, fáciles de incendiar y destruir; son mamíferos fibrosos capaces de girar en ángulo cerrado. Esquivan mi antorcha y empiezan a arañarme con manotazos dolorosos en los hombros y la espalda hasta que sangro. Sin embargo, tengo que seguir trepando porque el reloj no para y, si no estoy a nivel del suelo, seguro que me ahogo.

No lo voy a conseguir. He perdido la cuenta, pero creo que en cualquier momento el depósito volará por los aires y el agua solo podrá salir por este pasillo. Ataco por última vez a los murciélagos, le acierto al que me ha clavado a fondo las uñas en el muslo y les lanzo la antorcha a la cara. Manoteo hasta dar con el cinturón, desengancho los anillos entrelazados, lo envuelvo en una de las barandas de la escalera y lo cierro. Rodeo la escalera con los brazos, me agarro con brazos y piernas como si me fuera la vida en ello y respiro hondo varias veces para llenarme los pulmones. Unos cinco segundos y tres arañazos de murciélago después, ensordecido por los chillidos y los bufidos, temo haber cometido un error. He metido la pata al poner el explosivo o el detonador no ha funcionado o un Vigilante ha llegado a tiempo de arrancar la mecha de la masilla…

Un estallido ensordecedor me tira de la escalera y me encuentro completamente sumergido. Una oscuridad helada me envuelve y se me suelta un brazo. Sin el cinturón, estaría muerto, pero consigo aferrarme de nuevo con todas mis extremidades a las barras y cierro los ojos para protegerme de la inundación. Después de una eternidad, la corriente afloja lo suficiente como para abrir el cinturón y seguir ascendiendo. Llegados a este punto, los pulmones me arden de tal modo que los demás miedos se vuelven secundarios. Con las piernas flotando sueltas, me arrastro escalera arriba. Estoy a punto de desmayarme cuando asomo a la superficie. Entre

jadeos, me ahogo y vomito el cubo de agua que ha conseguido metérseme dentro, a pesar de todos mis esfuerzos.

La buena noticia es que han desaparecido los murciélagos, con suerte ahogados en la primera ola. Además, el agua no tiene el sabor metálico del arroyo. Supongo que no se molestaron en envenenar ese depósito colosal, sino que fueron a los arroyos uno a uno, así que mis heridas de muto se han limpiado sin peligro. Vaso medio lleno.

Cuando recupero el aliento y controlo los escalofríos, llamo a Ampert. Por encima de mí, a la tenue luz de la falsa luna, veo que la lanza todavía mantiene abierto el caballón, pero no hay ni rastro de él. Algo va mal. Él no me habría abandonado a mi suerte. Cuando llegó la ola, ¿tuvieron tiempo los murciélagos de escapar para atacarlo? Parece poco probable que pudieran volar tan deprisa, ya que el agua apareció casi a la vez que el estallido. Entonces ¿qué le ha pasado? ¿Ataques de los Vigilantes?

Trepo por la escalera todo lo deprisa que me permiten los músculos congelados. Al llegar a la superficie de la arena, examino el bosque, parcialmente iluminado por la combinación de luna y fuego. Nuestro campamento sigue como lo dejamos, con mi mochila y la hamaca arrugada en el suelo. No hay ni rastro de Ampert, aunque tampoco de una pelea. ¿Por qué ha abandonado su puesto?

Saco la lanza del caballón. Los bordes intentan cerrarse, pero están dañados, así que acaban con una especie de sugerente sonrisa floral. Lo llamo en voz baja.

—¿Ampert? ¿Ampert?

No responde.

Aunque oigo mal por culpa del agua o de la explosión, me llega un sonido, apenas distinguible del zumbido habitual del bosque nocturno. Animal, pero diferente a los murciélagos. No es gorjeo sino una especie de parloteo de muchas bocas. Agarro la hamaca y me la envuelvo en el antebrazo izquierdo, pensando que podría venirme bien, y me arrastro hacia el ruido. El sonido se intensifica y me pone la piel de gallina, pero sigo avanzando hasta que llego a un pequeño claro circular.

Los árboles vibran de vida. Distingo a cientos de criaturas con forma de ardilla con su maravilloso pelaje dorado y los ojos brillantes, como si se les iluminaran desde dentro. Monas, en cierto modo, aunque demasiado activas, rebotando de rama en rama,

rechinando los largos dientes rectangulares. Mutos. Solo se detienen para chillarle como roedores a un montículo de camaradas que está en el centro del claro. Los más atrevidos se pelean brutalmente entre ellos, se lanzan sobre el montón y apartan a los demás con fuertes patadas traseras. Uno sale volando por los aires y aterriza a mis pies. Antes de volver a levantarse de un salto, vislumbro un retal ensangrentado de tela azul eléctrico enganchado a los incisivos, y entonces me queda todo claro. Mutos carnívoros. Despedazando a Ampert.

Le prometí a Beetee que no permitiría que sufriera. Arrojando la hamaca a lo largo, grito y me abalanzo sobre la pila. La hamaca atrapa los cuerpos peludos y, al darle la vuelta para vaciarla, logro apartar un par de capas de mutos. Después le doy la vuelta a la lanza y la uso de porra para golpear el montón una y otra vez, barriendo ardillas. Me preparo para su ataque, para sentir los inevitables desgarrones en la carne, pero no pasa nada. En cuanto una se cae del montículo, vuelve corriendo a él. Están programadas para Ampert y solo para Ampert. Para su aspecto, su olor, su sabor.

Estoy perdiendo, estoy perdiendo la batalla, lo estoy perdiendo. Lo sé, pero no puedo hacer más que seguir golpeando. Ni siquiera he conseguido ver al niño, solo cuerpos peludos retorciéndose y peleándose por un trozo de él. Finalmente, como si alguien hubiera tocado un silbato que solo ellos oyen, cientos de cabezas se levantan y se giran a la vez hacia un amo invisible. Tras una carrera enloquecida, en pocos segundos, las ardillas han desaparecido entre la vegetación.

Jadeante, las observo huir. Después me vuelvo hacia lo que quieren que vea. Un pequeño esqueleto al que han limpiado de carne. No queda nada, ni siquiera la ropa, solo un hacha junto a su costado derecho y mi cuchillo al izquierdo. Muevo los labios, pero no sale ningún sonido.

—¿Amigo?

Avanzo tambaleándome y veo su dispositivo de seguimiento encajado justo por debajo del codo. No hay nadie a quien consolar, a quien ayudar a partir de este mundo. A Ampert se lo ha tragado el Capitolio, y su ataúd solo contendrá estos huesos blanco perlado.

Se oye un cañonazo.

En algún lugar, el corazón de Beetee se rompe en fragmentos diminutos, imposible de reparar jamás. El mío late como un tambor, impulsado por un arrebato de rabia. Echo atrás la cabeza y emito un aullido que rebota en el

cielo falso y le arranca ecos a la arena. Quiero matarlos a todos, a Snow, a los Vigilantes, a todos los miembros del Capitolio que han formado parte de esta atrocidad. Por desgracia, están a salvo, fuera de mi alcance, así que suelto la lanza, agarro el hacha y empiezo a atacar la arena, decidido a hacerla pedazos, centímetro a centímetro (los árboles, los arbustos, los nidos), mientras dejo escapar rugidos inhumanos.

Estoy pegándole hachazos a un caballón de campanillas cuando la tierra empieza a estremecerse con tal violencia que acabo tirado en el musgo. Entierro los dedos en él y me mantengo firme mientras me llueven encima ramas y escombros. Cuando la tierra se calma, le grito al cielo:

—¡Ja! ¡Fallasteis! —Me levanto de un salto y empiezo a correr entre los árboles como un demente—. ¡Sigo aquí! ¡Sigo aquí!

Cuando me tropiezo con nuestro campamento, veo el caballón y me percato de que no me persiguen, sino que pasa algo mucho más importante. La entrada se abre y se cierra espasmódicamente, enviando bocanadas de flores por todas partes. En los árboles de atrás, una manada de adorables cervatillos corre, frenética, y, al encabritarse, veo que hienden el aire con sus cascos puntiagudos. Un manzano se ha transformado en una fuente de chispas azules y nubes de vapor brotan de un arroyo cercano. Todo ha adquirido un aspecto espeluznante, de pesadilla. O la arena está fallando o he estado lamiendo sapos.

Temiendo albergar alguna esperanza, levanto poco a poco la mirada hacia el cielo nocturno, que se enciende y apaga como cuando la señal de televisión es mala. Un estallido de estática me deslumbra y, de repente, estoy mirando el cielo real. Una ráfaga de aire fresco me llena los pulmones y la luz de la luna ilumina el caos. ¡Ha funcionado! ¡Lo hemos hecho! ¡Ampert, Beetee, el Distrito 9, un montón de desconocidos y yo… hemos ahogado el cerebro! ¡Hemos roto la arena!

Este es mi cartel. Este mismo. Bramo un grito de victoria y doy vueltas mientras chillo:

—¿No queríais una fiesta? ¡Yo os daré una fiesta!

Se ven relámpagos, suena un trueno. Bailo alrededor del caballón gritando lo primero que me viene a la mente para que lo oiga todo Panem. Una canción tan peligrosa que nadie la puede cantar:

A ella la azotan y a él lo cuelgan del cuello
por robar un ganso que es del pueblo,
pero dejan libres a los bellacos
que despojan de su terreno a los gansos.

Alzo los brazos a las estrellas, a las estrellas de Sid, a todas nuestras estrellas.

La ley a todos nos va a encerrar
si el ganso al pueblo vamos a quitar,
pero a los gansos el terreno les va a faltar
hasta que por fin lo vayan a recuperar.

Me pongo a dar saltos mientras grito:

—¡Lo hemos recuperado! ¡Lo vamos a recuperar!

Al final me dejo caer de rodillas, arqueo la espalda, estiro los brazos y abarco el cielo con ellos. Salvo que se vuelve negro como el carbón, tan de repente como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Un zumbido grave brota del suelo del bosque. ¿Qué lo está causando? Tengo un mal presentimiento. Horrorizado, veo que el cielo de la arena vuelve a aclararse.

—No… ¡No!

El caballón sigue con lo suyo y el manzano sigue echando chispas, pero el bosque en general parece haberse calmado. Puede que no pase nada, puede que sea eso lo que ocurre cuando se apaga. Para asegurarme, busco en la mochila los prismáticos, me los cuelgo del cuello, corro a toda velocidad hasta el árbol en el que dormí y trepo por el tronco como un muto de ardilla. Cuando llego a mi puesto de vigía, me balanceo en las ramas y miro por las lentes en busca de una respuesta. ¿De verdad he roto la arena? ¿Han terminado los Juegos?

A lo lejos, más allá de la pradera, la montaña entra en erupción y escupe una fuente de oro letal. Esa es mi respuesta. Para mí, la fiesta ha acabado.

Tercera parte

EL CARTEL

19

He fracasado. La arena ha sufrido daños, pero no está inutilizada. Los Juegos continúan.

En el Distrito 12 aprendemos sobre las montañas, pero, en especial, sobre las que cubren las vetas de carbón que nos proporcionan nuestro medio de vida. Apenas se mencionan los volcanes. Sé lo justo para relacionar el nombre con los deslumbrantes estallidos de lava, los riachuelos brillantes, la nube de ceniza que flota montaña abajo y lo envuelve todo a su paso. Me imagino a los tributos, Wellie, Hull, Maysilee…, intentando respirar… ahogándose. Suelto los prismáticos. No puedo verlos, pero veo lo justo para imaginarme su aterrador final.

Una corriente de aire me golpea el rostro, repleta de arenilla irritante y con un aroma tan empalagoso que empiezo a sufrir arcadas. Pierdo pie un momento y corro a intentar agarrarme a algo. Si las ramas de los árboles de abajo no me hubieran detenido, estaría muerto en el suelo del bosque. Entorno los ojos para protegerlos del viento aullante y tóxico. Me subo el cuello de la camiseta para taparme la cara y formo así una bolsa que me protege de las partículas flotantes. Como aprendí en el caballón del dictamo cuando no me ardió la camiseta y de nuevo cuando Ampert experimentó con su calcetín en la fogata, nuestra ropa es un escudo. El volcán es la razón. Tiene que serlo. Pero dudo que nuestros trajes les sean de mucha ayuda a los que están atrapados en la montaña.

Entonces ¿solo quedo yo? ¿Soy el último tributo vivo? ¿El vencedor del Vasallaje de los Veinticinco? Aunque los Vigilantes estén disparando los cañones, me sería imposible oírlos entre las secuelas de la explosión y el rugido del viento. Por lo que dijo Ampert, todos los demás estaban en la montaña. Puede que algunos hayan podido ponerse a salvo, si es que estaban durmiendo cerca de la base. Ni idea. No es un volcán de verdad, pero ¿hasta qué punto han intentado replicarlo? ¿Será capaz la lava de

prenderle fuego a todo? ¿Y si ese gigantesco depósito de agua estaba pensado para apagar los incendios provocados por el volcán? Puede que al volar el depósito haya acabado con las posibilidades de todo el que haya sobrevivido a la erupción.

Estoy demasiado expuesto en el árbol. En cuanto me veo capaz, bajo de nuevo y me dejo caer sobre las agujas de pino, usando el tronco para protegerme del viento. Me retiro al interior de mi camiseta; de todos modos, con la nube que tapa la luz de la luna, no hay nada que ver. Y, aunque pudiera ver algo, ¿qué iba a hacer? ¿Adónde iría? Si llega el fuego, que llegue.

Es entonces cuando mi fracaso me golpea con todas sus fuerzas. ¿Quién me creo que soy? ¿Por qué pensaba que sería capaz de cambiar algo? ¿Que podría acabar con el Capitolio, con todo su poder, y paralizar los Juegos del Hambre? Yo, un crío de dieciséis años del peor distrito de Panem, sin apenas educación ni habilidades destacables. Lo único que tengo es una bocaza y una percepción exagerada de lo importante que soy. Mucha espuma y poca cerveza, ese soy yo. Aguachirri.

Las palabras de Plutarch me resuenan en la cabeza, se burlan de mí. «Se acabó la sumisión implícita, Haymitch Abernathy. Vuela en mil pedazos ese depósito de agua. El país entero te necesita».

Bueno, pues ¡mala elección, Plutarch! Resulta que yo estaba hecho para la sumisión implícita de la cabeza a los pies, de cabo a rabo, del derecho y del revés.

Me restriego la cara con las palmas de las manos. Qué idiota soy. Soy un idiota creído, egocéntrico e incompetente. Ni siquiera sé si Plutarch estaba del lado de los rebeldes. Lo más probable es que no fuera más que otro monstruo del Capitolio que ahora mismo se está partiendo de risa.

Pero no, eso no tiene sentido. Porque, incluso si siguen los Juegos, su consejo me ayudó a poner un palo de verdad en las ruedas. La maravillosa arena del Capitolio se ha vuelto loca. Aunque no basta, no es más que una molestia menor sin consecuencias reales. Nada de lo que he hecho basta.

La media sonrisa de Ampert a la luz de la antorcha… Seguramente, su última sonrisa… Cómo confiaba en mí, y ahora ni siquiera queda un cuerpo que devolver a Beetee… Aunque Beetee también podría estar muerto…

Me doy cuenta de que lloro, o quizá sea que los ojos intentan librarse de las motas de ceniza. Los arañazos de las garras de murciélago arden como

brasas y me manchan de sangre la ropa, que no es de la que absorbe mucho. Empapado de lágrimas, sangre y tristeza, me tumbo de lado y me acurruco en la base del tronco.

Ay, Lenore Dove, ¿cómo he llegado hasta aquí? El aullido del viento me recuerda la cabaña junto al lago, el invierno pasado, su cumpleaños, el mejor regalo del mundo… Le cantaba su canción, que ahora estoy empezando a odiar…

> Sí, recuerdo claramente que fue en un crudo diciembre
> y que cada brasa moribunda forjaba en el suelo una
> sombra espectral.
> Con ansia esperaba la mañana; en vano había
> intentado tomar
> de mis libros prestado un alivio para el alma,
> alivio por la perdida Lenore,
> por la insólita y radiante doncella a la que los ángeles
> llaman Lenore,
> cuyo nombre aquí por siempre se apagó.

Cuyo nombre aquí se apagó. Muerta y olvidada, como está a punto de sucederme a mí. ¿Seré yo para siempre esa persona que perdió? ¿La perseguirán los recuerdos durante el resto de su vida?

—¡Déjame ir! —grito.

Estoy furioso conmigo mismo por no haberle dicho a Lenore Dove cuando tuve la oportunidad que pasara página después de mi muerte. Me golpeo la cabeza contra la corteza del árbol hasta que brota la sangre y después me quedo quieto, esperando el final. Todo tuyo, presidente Snow…

¿Duermo? No, no duermo, pero estoy tan cansado por los esfuerzos de anoche y el aplastante peso de la desesperación que me sumo en una especie de estupor. Supongo que pasan las horas, porque el viento amaina y las cenizas se depositan en el suelo.

Lenore Dove dijo que nada garantiza que el sol vuelva a salir y hoy deseo que tenga razón. Nada bueno me espera. Preferiría ocultarme en la oscuridad. Pero, al final, la tenue luz del día atraviesa mi camiseta. No

quiero salir, así que no lo hago. ¿Por qué sigo con vida? ¿Qué cruel broma me están gastando los Vigilantes?

El zumbido que noté anoche sigue saliendo del suelo. Recuerdo que precedió al regreso del cielo falso y ato cabos: debe de proceder del generador que mencionó Beetee. El que está justo al otro lado de la arena. En el extremo superior. A pesar de los problemas que le causara la inundación al suministro de energía, el generador mantiene la arena en funcionamiento. Bueno, el objetivo nunca había sido el suministro de energía, sino el cerebro. Aunque estuviera dañado, quedaba lo bastante para entretener a la audiencia.

«¡Cállate de una vez! ¿A quién le importa eso ahora?», me digo.

Estoy harto de recrearme en mi fracaso. Basta ya. Se terminó todo.

Intento salir de mi estupor, pero estoy demasiado ansioso. El cerebro no deja de repetirme las palabras que dijo Mags cuando estábamos a punto de empezar el entrenamiento: «En los primeros Juegos, no preguntaba a los tributos lo que querían porque la respuesta me parecía evidente. Queréis vivir. Pero entonces me di cuenta de que, aparte de eso, hay muchos otros deseos. Los míos tenían que ver con mi compañero de distrito. Con protegerlo».

Nosotros queríamos morir deprisa y orgullosos para que nuestros seres queridos sufrieran lo mínimo. Yo quería ser más listo que la arena. Pero a Mags le preocupaba su compañero de distrito. No sé si Maysilee sigue ahí fuera, pero, si lo está, puede que me necesite para ayudarla a morir con la cabeza alta. Y quizá otros novatos también necesiten que les eche una mano. Supongo que habrán sonado varios cañonazos después de lo del volcán, pero no los he oído con todo lo que estaba pasando. En todo caso, no me han declarado vencedor, así que alguien más sigue con vida. No tendré ni idea hasta que anochezca.

En vez de rendirme, quizá deba ver si puedo serle de utilidad a alguien, por poco que pueda ofrecer. Lanzarme delante de un profesional para frenar su ataque, por ejemplo. Llevarle agua o comida a algún novato. Tengo bastante hambre y sed, ahora que lo pienso, y no puedo permitirme estar débil. Lo mejor será que compruebe si han sobrevivido mis provisiones.

Cuando me quito la camiseta de la cara, de nuevo me sorprende la belleza que me rodea. Me imaginaba que estaría todo gris y sucio, pero, siguiendo con el diseño de la arena, lo han dejado limpio y reluciente, de

modo que todo parece cubierto por una capa de cristales de caramelo. La luz del sol rebota en los cristales y proyecta arcoíris diminutos por el bosque. Me levanto, rígido y dolorido, y me sacudo los cristales de la ropa. Siento la tentación de llevarme un pedazo a los labios, que están resecos, aunque estoy bastante seguro de lo que ocurriría.

La ceniza me desorienta, pero, al cabo de un rato oyéndola crujir bajo los pies, llego de nuevo al caballón del arbusto de las mariposas, donde las flores parecen conservadas en hielo. El terraplén está entreabierto, aunque la entrada se ha quedado quieta. Los árboles ya no disparan chispas, ni los cervatillos corren destruyéndolo todo, pero sí veo unos cuantos muertos bajo la ceniza. Ha habido daños, eso está claro. Probablemente suceda lo mismo en toda la arena. Los Vigilantes van a tener que elegir con mucho cuidado a qué apuntan con sus cámaras.

Todo parece helado, como si tuviera que estar tiritando, aunque el aire es cálido y fragrante. Le quito la ceniza a la mochila a patadas, recupero el agua y le doy un trago rápido que deja la botella a la mitad. La comida que me queda consiste en dos patatas, dos panecillos, un huevo, una manzana y un último vaso de zumo de uva. Tengo la barriga vacía, así que aplasto el huevo entre los bollos y lo engullo como si fuera un bocadillo. Saboreo mi última manzana y después vuelvo sobre mis pasos al lugar de la muerte de Ampert. Se han llevado su esqueleto, pero encuentro mi hamaca y la sacudo. Cuando ya no le queda ceniza, la doblo bien y la meto en la mochila.

¿Y ahora qué? Se me pasa por la cabeza ir en busca de supervivientes, hasta que caigo en que tengo tantas probabilidades de encontrar profesionales como de encontrar novatos. Escarbo con los pies para localizar la lanza que dejé tirada, pero nada. ¿Se la han llevado los Vigilantes junto con el cadáver? Sí que encuentro el cuchillo, e intento dar con el hacha de Ampert. Tardo un rato en recordar que la solté cuando tembló la tierra y me caí al suelo. La recojo y me la meto en el cinturón. Quiero llevar encima recuerdos de mis aliados.

Me llevo la mano al girasol que me cuelga del cuello y descubro que la capa de goma laca se ha disuelto con el agua, de modo que sigue firme, pero maleable. La pintura aguanta, así que todavía parece como nuevo. Es una pena que no tenga otro detonador; sin eso, esto no sirve para mucho. Necesita otro estallido para dispararlo. De todos modos, ¿qué volaría con

él? Hemos logrado alterar el cerebro, pero o sigue funcionando parcialmente o han logrado controlar la arena desde el Capitolio. Seguramente un poco de todo. Total, ahora es imposible que entre. El generador se ha convertido en indispensable para continuar con los Juegos, pero la única forma de llegar hasta él sería salir de este sitio.

Un diminuto rayo de luz penetra en la penumbra de mi mente. Puede que sea posible escapar de la arena e intentar romper el generador. Solo tengo un cuchillo y un hacha, pero es mejor que nada. Sí, es una posibilidad remota, pero también lo soy yo. Quizá sea la persona adecuada para el trabajo.

Me abruman las dudas. «¡No puedes hacerlo! ¡No va a funcionar! No eres más que un perdedor con un hacha que vuelve a intentar derribar al Capitolio. ¿Es que no has aprendido nada?».

Puede que no haya aprendido nada, que no haya ninguna posibilidad de conseguirlo y que deba regresar a mi sumisión implícita. Pero lo cierto es que no tengo nada que perder. Nada de nada. Y le debo a Ampert intentarlo.

¿Qué haría Beetee? Para empezar, me llevaría hasta el generador. Me dijo que estaba en la parte superior de la arena, y debo estar cerca. Lo primero es llegar al extremo norte y encontrar el modo de atravesar la pared de la arena. Ni siquiera sé si está hecha de cemento o de metal, o si se trata de alguna especie de campo de fuerza, aunque supongo que ya me encargaré de eso cuando llegue.

Tras consultar la posición del sol, me oriento y me dirijo al norte. Tengo todo el cuerpo rígido y dolorido, y las correas de la mochila me dejan en carne viva los arañazos de los murciélagos. Si hubieran vestido de amarillo al Distrito 12, sería digno de ver, pero el negro oculta bastante bien las manchas de sangre. Aunque sigo muerto de hambre y sed, no puedo permitirme usar mis escasas provisiones. Si encuentro el generador, quizá lo celebre con una rodaja de patata.

El bosque tiene pequeños reductos de vida (donde cantan los pájaros y zumban los insectos) y zonas de silencio absoluto. No veo ni rastro de los demás tributos, y es bastante probable que sea el único que haya viajado tan al norte. Eso significa que los caballones de los mutos estarán cargados del todo, aunque también podrían estar desactivados. No me queda más remedio que seguir poniendo un pie delante del otro.

Al cabo de unos tres kilómetros, oigo un golpeteo en los árboles y

empieza a caer una lluvia suave. Abro la boca para probar unas cuantas gotas. Sabe limpia, como agua fresca, no como el veneno. ¿De dónde la han sacado los Vigilantes, si el depósito está reventado? ¿Tienen otro de reserva? ¿Llegan las tuberías del Capitolio tan lejos? Dejé el explosivo a la altura del pecho; quizá la parte inferior del depósito permaneció intacta y están accediendo a ella. En cualquier caso, cuento con agua fresca y será mejor que no la dé por sentada.

Desenrosco a toda prisa las tapas de mis botellas y las coloco en el centro de un claro. Sé que lo de recoger gotas de lluvia sueltas no es lo ideal, pero es lo mejor que se me ocurre en estos momentos. Después me quedo en ropa interior y me lavo la sangre. Me fijo en que la suciedad que tengo bajo las uñas se disuelve como cristales de azúcar, así que examino los árboles. Efectivamente, la lluvia, a pesar de ser tan ligera, derrite las cenizas volcánicas de las ramas y el suelo absorbe el líquido. En cuestión de media hora, la lluvia para y deja el bosque tan fresco e impoluto como la mañana en la que entré en él.

Es un alivio que haya desaparecido la ceniza, aunque no debo de haber recogido más que un par de cucharadas de agua. Una oportunidad perdida. Una de las lonas de Wyatt me habría venido bastante bien; una hamaca de redecilla no vale nada como cubo de agua. Hay que trabajar con lo que se tiene.

Cuando llego al final del bosque no me encuentro ni con ladrillo, ni con acero, ni con una barrera eléctrica, sino con un seto alto que acaba en punta, como una uve, y se alarga hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones. Al examinarlo más de cerca, las plantas parecen ser una especie de acebo cargado de grupos de bayas rojas y hojas verdes con espinas. Se parece bastante al que usamos en nuestro distrito para decorar en Año Nuevo, aunque estas bayas tienen puntitos negros en la piel. Incluso las de verdad son venenosas, así que hago caso omiso de estas. Camino a lo largo del seto, reflexionando sobre cómo enfocar la tarea. Me da la impresión de que las ramas no van a soportar mi peso, y excavar bajo el mantillo de la base tampoco creo que sea demasiado sensato. Entonces localizo una ligera abertura, me pongo de lado y consigo meterme entre el follaje sin arañarme. Un sendero estrecho avanza unos tres metros y después gira para introducirse más en el seto, que parece bastante profundo. Con cautela, empiezo a meterme entre la vegetación siguiendo el sendero sinuoso y me

da la impresión de ir hacia el norte, aunque a veces me veo obligado a torcer a derecha o a izquierda por necesidad. «Esto no puede durar para siempre —pienso—. En algún momento llegaré al final de la arena».

Pero no. El sendero gira a un lado y a otro, y a veces llega a un callejón sin salida o a una bifurcación que me obliga a elegir. Demasiado tarde, caigo en que debería haber marcado los troncos, hecho montañitas de tierra o algo así para indicar mi camino porque, ahora, estoy perdido sin remedio. Intento usar el sol para orientarme, pero juraría que los Vigilantes están dándole vueltas por el cielo solo para confundirme más. Atrapado en el tupido laberinto de acebo, empieza a entrarme el pánico y elijo los senderos sin pensar, sin ningún plan real, con una claustrofobia en aumento. No quiero saber nada de la pared norte, solo salir de aquí. Me cae el sudor por la frente y me muero de sed, pero no me merezco beber, teniendo en cuenta lo fácilmente que me han engañado. Si los Vigilantes decidieran soltar un muto ahora, y por qué no iban a hacerlo, no tengo ninguna posibilidad de escapar. No es así como quiero que Sid, Lenore Dove y mamá me vean morir. Es una idiotez.

Sigo así durante varias horas, impulsado por el miedo a tomar mi último aliento en esta alucinación espinosa invernal, desesperado por cambiar de escenario. Al final, exhausto y con los nervios de punta, caigo de rodillas e intento pensar. El seto ahoga los ruidos del bosque, así que solo me llega el canto lejano de los pájaros. Una brisa sería demasiado pedir, pero me quedo muy quieto y logro captar un levísimo movimiento de aire. Sopeso mis opciones: me rindo, sigo dando vueltas o intento abrirme paso con el hacha. La tercera parece la más prometedora, pero este seto tiene algo casi siniestro que me detiene. Con su imponente altura y un grosor de un metro o más, me siento empequeñecido, me asusta lo que pueda albergar. Resignado a mi destino, me levanto y me llevo la mano al hacha.

Al hacerlo, me llama la atención algo que se mueve más adelante. Levanto la vista y me encuentro con un conejo gris que me observa. No sé si será el mismo con el que compartí la manzana, pero me consuela pensarlo.

—Eh, compañero, ¿cómo te va?

Después de agitar las orejas unas cuantas veces, da media vuelta y sale corriendo. Sin pensar, lo sigo. Puede que use el olfato para sacarnos de aquí, ¿no? Le sigo el rastro, intentando no perder de vista su cola blanca en cada

giro, y, al cabo de un par de minutos, veo el bosque al final del sendero. Grito de alegría y corro hacia los árboles. El conejo sale disparado por la abertura y lo sigo, pocos metros por detrás.

Justo cuando salgo corriendo del seto, la hoja de una espada me pasa silbando junto a la cabeza y me corta la punta de la oreja. Grito y, al retroceder, tropiezo con una rama muerta. Tras varios días de aislamiento roto tan solo por un par de aliados, se me había olvidado la amenaza de los profesionales. Ahora me han pillado con la guardia baja.

Nada de lo que ocurre en el siguiente minuto es premeditado, solo puro reflejo. Cuando una tributo del Distrito 4 se abalanza sobre mí con el tridente apuntándome al cuello, lo aparto torpemente con el brazo izquierdo y saco el cuchillo justo a tiempo de clavárselo en la barriga. Al rodar hacia un lado, me encuentro con una pierna y le corto el tendón de la corva, de modo que su compañero de distrito cae al suelo retorciéndose de dolor. Me pongo en pie como puedo, saco el hacha y le abro el cuello con un solo golpe impulsado por la adrenalina, y después me vuelvo hacia el propietario de la espada: Panache.

Durante un momento, nos miramos, yo con el cuchillo y el hacha contra él, con su espada y su escudo. Acompañados por los horribles gruñidos de la chica herida, nos movemos en círculo. Me fijo en las quemaduras de sus brazos y piernas, en los labios resecos y en la mirada de perro rabioso. El miedo se apodera de mí. Es mucho más grande que yo, está mejor armado y lo enloquece el dolor. Desvío la vista hacia el bosque cercano, en busca de una ruta de huida.

—No no —dice Panache.

De un solo golpe de espada, me arrebata el hacha y me hace sangrar, para después estrellarme el escudo en el pecho con tanta fuerza que se me cae el cuchillo. Entre jadeos, retrocedo con las manos levantadas; ya solo me quedan mis palabras para defenderme.

Empiezo a hablar muy deprisa.

—Eh, eh, eh, eh, Panache, piénsatelo bien. Matar a un hombre desarmado está mal visto. Sobre todo a mí, que soy del Distrito 12 y tal. En fin, ya sabes, me pusieron un uno en el entrenamiento. Parecerías un cobarde. Piensa en tu imagen. No querrás cometer una… estupidez, ¿verdad? —No estoy presentando el razonamiento más sólido del mundo, pero consigo que frene; supongo que tengo que darle las gracias a Caesar por eso. Sigo

parloteando, diciendo lo primero que se me pasa por la cabeza, intentando ganar tiempo—. Mira, ya sé que no eres idiota (esa idea del carro fue una genialidad, perdón por el robo), pero aquí tienes que ser listo, ¿verdad? O podría afectar a los regalos de tus patrocinadores. ¿Cómo te va con eso, por cierto? A mí me ha ido bastante bien. Resulta que a alguna gente le gustan los perdedores. Pero todo el mundo sabe que vas a ganar tú. Siempre ganas. Vamos, al menos pásame mi cuchillo para poder ofrecerle al público un espectáculo.

Panache sacude la cabeza como si intentara que mis palabras se le desprendieran del cerebro.

—¡No! Ya hemos luchado. Has perdido. ¡Ahora, muere!

Echa la espada hacia atrás con la vista fija en mi cuello y yo me preparo para el golpe e intento parecer valiente, desafiante y orgulloso, mirándolo tan fijamente que no le quede más remedio que reconocer que, aunque me mate, no me ha derrotado. En mis últimos momentos, necesito ver que lo entiende.

Sin embargo, lo que veo yo es su cara de sorpresa cuando un dardo se le clava en el cuello.

20

La espada de Panache cae al suelo y él se derrumba, sin sentido. Me vuelvo y veo a Maysilee salir de detrás de un árbol. Lleva una cerbatana cogida con delicadeza entre los dedos, la boquilla atada a una enredadera trenzada que le cuelga del cuello. Su último collar. Sin emoción alguna, contempla la muerte de Panache.

—Viviremos más tiempo si somos dos —dice Maysilee.

—Supongo que me lo acabas de demostrar. —Me restriego el cuello en el punto en el que el dardo se le ha clavado a Panache—. ¿Aliados?

Ella se lo piensa, asiente y se da unas palmaditas en el saco que lleva a la cadera.

—Pero todavía me quedan una docena de dardos envenenados si todavía quieres ir por libre.

—Tomo nota. Me alegro mucho de verla, señorita Donner.

Suenan tres cañonazos que me silencian. Observo los cadáveres que me rodean y, por primera vez, soy consciente de que he matado a alguien. A dos alguien. De una forma brutal. Ha sido defensa propia, sin duda, pero sé que no volveré a ser quien era hace cinco minutos. Quitarles la vida… de ese modo… es algo que no se puede deshacer. Recojo mis armas.

—Vámonos de aquí.

Maysilee les echa un vistazo a los profesionales muertos y le quita la daga a la chica del Distrito 4.

—¿Quieres algo más?

—No.

No sé usar el tridente y la idea de llevarme la espada de Panache, manchada de sangre de novato, me espeluzna. No soy su heredero, el nuevo líder de la manada, ni quiero presentarme como tal.

Nos apartamos del seto y nos internamos en el bosque. Al cabo de un minuto, el aerodeslizador nos sobrevuela, de camino para recoger los

cuerpos. La pinza gigantesca desciende y se los lleva, primero uno, luego otro, luego otro, y el aparato se los traga. Nos detenemos cuando se los llevan a todos. Ya no hay nada de lo que alejarse.

—Estás sangrando —comenta Maysilee.

Dos cortes. Uno por haber parado el tridente, otro de la espada de Panache.

—Siéntate —me ordena. Me dejo caer sobre un tronco caído y ella saca un kit de primeros auxilios de su mochila negra—. Se lo quité a un profesional muerto. La crema para las quemaduras evitó que me volviera loca.

Se ha cortado las mangas de la camiseta a la altura de los hombros, y me fijo en las marcas de quemaduras de los brazos, que compiten por el espacio con los verdugones de la fusta y una amplia variedad de cortes y moratones; su piel es un mapa de los abusos sufridos desde la cosecha. ¿Quién habría pensado que Maysilee Donner, la del esmalte de uñas y los lazos de terciopelo, acabaría así? ¿Y que se enfrentaría a ello con tanta fortaleza? Mi nana solía decir que nunca se sabe de lo que una persona es capaz.

—Supongo que la lava lo quemaría todo a su paso, ¿no?

—No, ni siquiera estaba caliente. Era una especie de gel que producía quemaduras químicas si se te metía por debajo de la ropa, y en el suelo se volvía duro y resbaladizo como el hielo.

Supongo que por eso no había humo y no ardí.

Maysilee me limpia las heridas metódicamente y las cose con puntadas parejas y pulcras. La verdad es que no me sorprende, después de verla crear unos símbolos tan artísticos con tan pocas cosas a su alcance. Una vez parcheado, se sienta frente a mí y mira mi mochila.

—¿Tienes comida?

—Montones de comida, pero, por desgracia, nada de cubiertos.

Esboza una media sonrisa. Después se saca del bolsillo una navaja y un tenedor hecho con alambre retorcido.

—Tú no te preocupes.

—Bueno, eso lo cambia todo. ¿Estás libre para cenar? Porque resulta que cuento con dos patatas muy pintonas. Crudas, pero potencialmente asables. ¿Y tú?

—Tres rebanadas de ternera desecada y media lata de aceitunas. ¿Mitad y mitad?

—Cierra los ojos un momento.

Maysilee los entorna para mirarme, suspicaz.

—¿Por qué?

—Tú ciérralos. —Cierra uno—. Los dos. —Cuando lo hace, saco mi copa, que ha sobrevivido al día como una auténtica heroína, sirvo dentro lo que queda de la botella y se la ofrezco—. Vale, ábrelos.

Al ver la elegante copa y el exquisito zumo de uva, deja escapar un grito ahogado.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—Es tuya. Un agradecimiento por salvarme la vida.

Ella sonríe.

—Mitad y mitad o no hay trato.

—Hecho. —Porque quiero ese zumo más que el fuego a las brasas—. Pero tú primero.

Maysilee coge la copa, olisquea el buqué como si fuera el mejor de los vinos y le da un traguito. Se le saltan las lágrimas.

—Ay, madre mía. Creía que no volvería a probar el sabor de casa. —Me la devuelve—. Ahora tú.

Cae la noche mientras nos tomamos nuestro tiempo para compartir la copa, saboreando cada gota de zumo. Me aseguro de que ella tome el último trago. Limpia la copa con su pañuelo e intenta devolvérmela.

—No, quédatela. Encaja mejor con tu servicio de mesa.

Ella se la guarda con mucho cuidado en la mochila. Apoyo la espalda en el tronco, exhausto.

—En fin. Yo apenas he visto a nadie. ¿Qué está pasando ahí fuera?

Maysilee se lo piensa un momento mientras se toca una de las quemaduras del brazo.

—Cuesta saberlo. La arena está rota, pero seguro que ya te has enterado. Si te refieres a los otros tributos, por lo que sé, podríamos ser los dos últimos que quedan.

—Bueno, si hemos llegado a eso, de todos modos estoy condenado. No dudes en usar esos dardos.

—¿Crees que dudaría?

La miro a los ojos. Recuerdo todos sus años de crueldades, aunque también tengo en cuenta cómo se ha transformado desde la cosecha. Defendió a Louella, ayudó a Ampert, cuidó de los novatos.

—Creo que sí.

Por un segundo, le veo algo en la cara. Creo que es su juventud y vulnerabilidad.

—Gracias por decirlo. Creo que tú también dudarías.

Justo antes de que el momento se vuelva demasiado bochornoso, empieza a sonar el himno. Levantamos la cabeza.

—Según mis cuentas, anoche éramos veintiséis —dice Maysilee.

—Sí, yo calculé lo mismo. Si yo me encargo de llevar la cuenta del total, ¿puedes intentar recordar quién ha muerto? Se te dan mejor los detalles que a mí.

—Haré lo que pueda.

Maysilee enreda los dedos en sus collares mientras se concentra en el cielo.

Panache aparece el primero, seguido de todos los chicos del Distrito 2.

Los dedos de mi mano derecha van presionando las agujas de pino.

—Mal día para los profesionales.

Pero después aparece Ampert y todo su equipo. Todos los niños del Distrito 3 son historia.

—Mal día para todos —dice Maysilee.

A continuación, el chico y la chica que acabo de matar, del Distrito 4. Es como si fuera la primera vez que los veo. Se me revuelve el estómago al pensar en sus familias. Defensa propia, lo sé. Me concentro en el recuento de víctimas.

—Vamos por once.

Un chico y una chica del Distrito 5.

—Nos hemos quedado sin el 5 —dice Maysilee.

Una de mis palomas, Atread, que es el último chico del Distrito 6. Un chico del Distrito 10. La chica del Distrito 11 que no es Chicory. Y fundido en negro.

—Dieciséis —digo—. Así que quedamos diez.

—Solo faltan dos profesionales: Silka, del Distrito 1 y Maritte, del Distrito 4. Ocho novatos: tú, yo, Hull y Chicory, del Distrito 11. —Maysilee respira hondo y se concentra—. Ringina y la otra chica del Distrito 7, creo que se llama Autumn. Dos más. ¿Quién me falta?

—Una de mis palomas del Distrito 6.

—Cierto, Wellie. Y alguien más. Ahora mismo no lo ubico. Un chico,

creo. Va de rojo. Distrito 10 —concluye.

Recuerdo a Ampert lanzando su lazo por el gimnasio. Se lo había fabricado un chico del Distrito 10…

—¿Buck?

—Ese.

—Lo has hecho genial. No sé cómo has conseguido recordarlos a todos.

—Me concentro en sus colores. No queda morado, ni azul eléctrico, ni naranja, ni melocotón, ni amarillo. Y pocos del resto.

—Pero solo quedan dos profesionales. A Wyatt le habrían gustado esas probabilidades.

Al mencionar a nuestro analista, los dos guardamos silencio. Treinta y ocho muertos. Treinta y nueve, si contamos a Lou Lou. Cuarenta, si contamos a Woodbine. Y solo quedamos unos pocos. No parece real. Aquí nada es real.

La luna falsa se alza en el cielo y proyecta una luz plateada sobre nuestro pequeño claro. Siento a Maysilee a pocos metros, su pulso, cómo le sube y baja el pecho, pero parece tan poco permanente como el resto. Puede que haya muerto (envenenado, en el túnel, bajo la espada de Panache) y haya pasado a uno de los mundos de Lenore Dove, donde sigo soñando la vida.

—¿Has matado a alguien, además de a Barba y a Angler? —pregunta Maysilee.

Deben de ser los chicos del Distrito 4 contra los que he luchado.

—No, solo a ellos. ¿Tú?

—Panache ha sido mi segundo. Acabé con Loupe, del Distrito 1, hace un par de días. Se había separado de la manada con Camilla, del Distrito 2. Estoy bastante segura de que a ella le clavé un dardo, pero puede que al final fuese el volcán lo que la matara.

El ruido de una olla al golpear el suelo detrás de nosotros nos sobresalta. Maysilee recoge el regalo y suelta el paracaídas.

—Espero que sea comida.

Levanta la tapa y una nube de vapor de sopa de alubias con jamón me humedece el rostro. Mags. Intenta llegar a nosotros, hacernos saber que no estamos solos en nuestro dolor y darnos fuerzas para seguir adelante. Se me llenan los ojos de lágrimas, lo que me obliga a reconocer mi presencia en el único mundo que conozco. No uno imaginario. El mundo en el que de verdad estoy en los Juegos del Hambre.

—Como cuando murió mi abuela —dice Maysilee.

—Y la mía.

No enumero a todos mis muertos. No es una competición.

Ella desengancha de la tapa las dos cucharas y me pasa una. Comemos en silencio la sopa. Mitad y mitad.

El aire nocturno está helado. Maysilee se tapa las rodillas con la camiseta para calentarse y se abraza, pero yo sigo viéndole la carne de gallina.

—Si quieres, enciendo una fogata —le ofrezco.

—Eso estaría bien. Si no te parece demasiado peligroso.

—No si uno de los dos monta guardia. De hecho, creo que podría ser bueno si los otros novatos nos encuentran.

—Podemos encargarnos de Maritte y Silka, ¿verdad?

—¿Contigo y tus dardos? Creo que no me necesitas para nada.

Recojo leña y uso mi eslabón.

—Vaya, mira tú qué listo. Se lo colaste.

—Bueno, ya sabes, me gustan las cosas bonitas y prácticas.

Se me entrecorta un poco la voz al recordar dónde escuché esa frase. Me concentro en avivar el fuego.

Maysilee alisa una loneta en el suelo, se sienta encima y se restriega las manos sobre las llamas.

—Puedes dormir ahora, si quieres. No estoy cansada.

Sus ojeras dicen lo contrario, pero me estoy quedando frito.

—Vale, pero despiértame en cuanto quieras que te releve.

Me coloco bien el eslabón al cuello, extiendo la hamaca en el suelo y me estiro mientras observo el baile de las lenguas de fuego.

—Funciona mejor si cierras los ojos —me dice.

—Sí.

Cambio de postura, pero es como si hubiera dejado algo incompleto. Como si, en realidad, no le hubiera dado las gracias por lo de hoy. Aunque sí lo hice, con el zumo. Pero eso no sirve ni para empezar. ¿Qué se le dice a la chica más mala de la ciudad, que se ha convertido en tu amiga? No, más que en una amiga. En una novata. Ser tributos y no matarnos entre nosotros, cuidar de los demás sin hacer preguntas…, eso es ser familia, supongo.

—Tienes que dormir mientras puedas, Haymitch.

—Lo sé, pero… estoy pensando… que tú y yo… ¿Recuerdas lo que dijo Ampert cuando hiciste su símbolo?

Tras una larga pausa, responde:
—Claro. Seré tu hermana.
Los dos levantamos la mano a la vez, las estrechamos y nos soltamos.
—Buenas noches, hermanita —le digo antes de darme la vuelta y dejarme llevar por el sueño.
Y ese sueño está lleno de cosas que no deseo recordar y de personas que no deseo olvidar. Revivo una muerte tras otra.
Es un alivio que me despierte.
Maysilee me ha dejado dormir casi toda la noche. Cuando intercambiamos papeles, estoy decidido a darle la misma oportunidad. Hacha y cuchillo en mano, mantengo el fuego encendido con trocitos de combustible hasta que sale el sol para dar comienzo a nuestro quinto día en la arena. Me gruñe tan fuerte el estómago que temo despertarla. La sopa de anoche es un recuerdo lejano. Debería vigilar el bosque, pero no dejo de mirar hacia arriba, con la esperanza de que llegue el regalo de algún patrocinador. Nada sería demasiado poco: una rebanada de pan, un pedazo de queso… Y nuestra reserva de agua empieza a menguar demasiado.
Me concentro en mi plan. Evidentemente, no iba desencaminado con el seto. Me han tomado el pelo, pero también han confirmado lo que sospechaba: he encontrado el final de la arena. Si logro atravesar los matorrales, encontraré el generador e intentaré destrozarlo a hachazos.
Estamos perdiendo el tiempo, pero Maysilee se merece dormir un poco. Para distraerme, me saco su lona de debajo del trasero e intento convertirla en un artilugio para recoger agua de lluvia, por si cayera más. Mis esfuerzos dan como resultado una especie de embudo torcido cuya punta ato con enredaderas. Lo considero todo un éxito hasta que oigo las risas.
—¿Te has hecho un sombrero?
Me alegro de oírla reír.
—Que sepas que esto es un recogedor de agua de primera clase. Y te vas a comer tus palabras, ya verás.
—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se supone que todas las gotas de lluvia van a entrar por ese agujerito diminuto?
Tiene razón. Hay poco espacio para que entre la lluvia, y así no se puede recoger agua. Nuestro barril se llena de agua porque hay un techo que la recoge antes de deslizarse hasta el tubo de desagüe.
—¿Tú que piensas? ¿Más superficie exterior?

—Pienso… —Maysilee alarga la mano para que le pase mi embudo. Después desenvuelve la lona y la alisa bien. Mide metro veinte por metro veinte, más o menos, con anillitas en las esquinas para asegurarla—. Primero, necesitamos una forma de montarla. —Mira a su alrededor y recoge algunas enredaderas. La ayudo a atarlas a las anillas. Toma prestado mi cuchillo y abre un agujerito en el centro de la lona—. Ahora, el agua puede salir de ahí. Ojalá tuviéramos algún tipo de tubo; así llevaríamos el agua hasta tu botella.

Hacemos inventario de lo que tenemos, aunque sin mucho éxito, hasta que me fijo en la copa de cristal. Recuerdo que el zumo llenaba todo el tallo.

—¿Le tienes mucho aprecio a esto?

—Menos que al agua —responde ella.

Con mucho cuidado, apoyo la copa en el tronco, y corto la base y el cáliz, de modo que nos quedamos con el tubo de cristal hueco. Maysilee lo introduce en el agujero. El cristal dentado se mantiene muy bien en su sitio.

—Debería funcionar —dice—. Ya solo falta que caiga un aguacero. —Dobla la lona y la guarda en su mochila—. Bueno, ¿cuál es el plan? Estaba pensando en regresar a la Cornucopia para ver si queda algo de comida. Después podemos ir a buscar a los otros novatos. ¿O crees que deberíamos buscarlos primero?

—Creo que deberíamos ir al norte.

—¿Al norte? ¿Para qué?

—Tengo un presentimiento —respondo para que los Vigilantes no sospechen de mi siguiente movimiento.

—Haymitch, necesito comida.

—Creía que no eras de las que desayunan.

—Bueno, aquí, resulta que soy de las que desayunan, comen y cenan. Antes de esto no sabía lo que era tener hambre de verdad. Lo que es estar famélica, vamos. Duele. —Se aprieta el estómago—. Y da miedo.

—Conozco la sensación. Pero estoy empeñado en ir al norte.

—Por lo menos, ¿podemos intentar localizar las mochilas de los profesionales? Seguro que las escondieron por aquí antes de salir a cazarte.

—Bien pensado, pero no nos vamos a entretener mucho. Quince minutos y nos vamos.

Maysilee me mira con curiosidad, pero empieza a buscar. Ya sospechaba

que no era sincero con ella cuando estábamos en el piso. No sé si me cree responsable de la rotura de la arena, pero sabe que le oculto algo. ¿Debería contárselo? ¿Cómo? ¿Cuándo? Estoy convencido de que tenemos las cámaras encima.

Regresamos al sitio de la pelea y partimos de ese punto para registrarlo todo, por si los profesionales tenían provisiones guardadas. Efectivamente, encontramos algunas metidas bajo un saliente rocoso, a poca distancia. Tres montañas de varios tamaños. Las volcamos en el suelo y hacemos inventario del contenido: una hamaca como la mía; dos botellas de agua vacías; tres pañuelos; una botella de jarabe medicinal para el veneno; una segunda lona; un soplete parecido al que he visto utilizar a Tam Amber. Pulso la palanca, se oye un clic y brota una llama de quince centímetros.

Maysilee arquea las cejas.

—Hacer fogatas va a ser pan comido.

Casi me entristece que el regalo de Lenore Dove se quede obsoleto tan deprisa.

—Hasta que se acabe el combustible —replico.

Revisamos con mucho esmero la comida. Una lata plana de sardinas. Un plátano con manchas marrones. Cuatro panecillos. Un tarro al que le quedan un par de centímetros de mantequilla de frutos secos en el fondo. Añado mis dos patatas, y Maysilee, sus tiras de cecina de ternera y las aceitunas. Podría ser peor.

—Vale, persona que desayuna, ¿qué toca ahora? —le pregunto.

Maysilee se ocupa de la comida, abre los panecillos por la mitad, les unta la mantequilla y dispone encima, con mucho arte, unas rebanadas de plátano blandengue. No termina de convencerme la combinación, pero me basta un bocado para despejar todas mis dudas.

—Esto está buenísimo —le digo.

—Bueno, soy la responsable de las combinaciones de sabores más innovadoras de nuestra tienda. ¿Has probado nuestro caramelo masticable de cereza y guindilla?

—¡Sí! ¡Era el favorito de mi nana!

Ella saca el cuchillo y el tenedor, y corta un trocito de su panecillo.

—Y el mío. También me inventé las bolas de canela y queso crema, y las piruletas de lavanda. A la alcaldesa le gustaban mucho esas piruletas.

—Pues tu trabajo no suena tan mal —comento.

Suspira.

—Era irónico, la verdad. Ni siquiera me interesan mucho los caramelos. Se pueden hacer cosas mucho más interesantes.

Me zampo los bocadillos antes de que ella termine el primero y miro a mi alrededor en busca de algo con lo que entretenerme. Les quito las tapas a las botellas de los profesionales, con la esperanza de encontrar algunas gotas. Secas del todo.

—Supongo que ellos también tenían sed. —Tras arrancar algunas enredaderas de un árbol, preparo la segunda lona para recoger agua—. No tenemos tubo para esta.

—Ya nos las apañaremos. Con una segunda hamaca, quizá podamos dormir los dos entre las ramas de los árboles.

—Claro. Creo que es más seguro. Si subimos lo suficiente, no tendremos que montar guardia. Oiríamos llegar a quien fuera.

Guardamos nuestro botín y ella me hace un gesto para que vaya primero.

—Después de ti.

El problema es que no sé dónde estamos. Echo a andar como si lo supiera. Quizá caminar por el bosque me ayude a reorientarme. Como ya no confío en la posición del sol, espero encontrar algún punto de referencia que me ubique. Encontramos uno al cabo de diez minutos: los arbustos de arándanos con las ramas rotas en los que me escondí la primera noche. Está claro que el seto del final me escupió bastante lejos del lugar por el que entré.

—Aquí me encontró Lou Lou —le digo a Maysilee.

—Ah. Arándanos.

Saca un cuenquito y se pone a recogerlos a puñados, lo que me alarma.

—Sabes que no se pueden comer, ¿no?

—Por supuesto, pero me estoy quedando sin veneno. Tengo que reabastecerme.

Supongo que los dardos no venían envenenados. Típico de Maysilee convertirlos en un arma letal. Aplasta las bayas hasta formar una pasta jugosa.

—¿De verdad tienes que hacerlo ahora?

Es última hora de la mañana y empiezo a ponerme nervioso.

—¿Qué prisa tienes, Haymitch?

Eso me cierra la boca. Sabe que tengo un secreto que merece la pena

contar y lo está usando contra mí. Como hizo con Lenore Dove, supongo.

Maysilee vierte parte del líquido en un frasco de cristal con forma de corazón que cuelga de uno de sus collares.

—Está diseñado para perfume, así que tiene una tapa bastante estanca que evita la evaporación. Aunque ojalá cupiera más. —Vuelve a enroscar la tapa del corazón—. ¿Cómo murió? Lou Lou, me refiero.

—Inhaló bergamota. Ampert me contó lo de Wyatt.

—Estaba intentando escudarla. Cuando murió, ella salió corriendo. Intenté seguirla, pero la perdí en la montaña. —Limpia su cuenco con unas hojas—. Me pregunto qué estarán pensando en casa. Seguro que todos están deseando que ganes.

—Puede que antes del gong, pero ya no. Tú eres la que ha intentado quedarse con los novatos. Yo te apoyaría a ti.

—Una cosa es intentarlo y otra conseguirlo.

—Ya, pero es mucho mejor que no intentarlo.

Evidentemente, yo he estado intentando hacer unas cuantas cosas que seguro que no se han retransmitido. Pero intentarlo no es conseguirlo, no. Al menos, ahora sé hacia dónde ir. Puede que en el seto consiga hacer algo de verdad.

Seguimos caminando en silencio, pendientes de los profesionales, los novatos y los mutos, aunque sin encontrarnos con ninguno. De vez en cuando pasamos junto a una víctima de la inundación: árboles que gotean sangre en vez de savia; un agujero en el que estalló algo que ha dejado una capa de un líquido claro y viscoso sobre todo lo que había cerca; un tocón que eructa un gas sulfuroso y brillante. Lo evitamos todo.

Me detengo a examinar un trío de mutos de zorro muertos que tienen un pelaje del mismo tono naranja del atardecer y parecen haber caído tras comer huevos venenosos.

—¿Para qué crees que los diseñaron? —pregunto.

—Para robarnos la comida, probablemente.

«O para comernos —pienso—. Como las ardillas. ¿Quién sabe? Quizá estos estaban programados para mí».

A mediodía llegamos al seto.

—Es un laberinto —le digo a Maysilee—. No tiene sentido intentar resolverlo. No hace más que dar vueltas sobre sí mismo durante varios kilómetros.

—¿Cuál es tu plan?

—Mi plan es atravesarlo directamente y echarle un vistazo a lo que hay al otro lado.

Suelto la mochila en el suelo, me arremango y saco mi cuchillo largo.

Maysilee examina el seto (la altura, el largo) y se acerca un poco para observar las hojas de acebo y las bayas moteadas.

—Este seto tiene algo malo. —Vuelve la vista atrás, meditabunda—. Aunque eso no es nuevo.

—Ayer me pasé varias horas ahí dentro, y lo único malo fue que me perdí. Creo que ese es su objetivo —afirmo para tranquilizarla.

Ella deja la mochila y saca la daga que le quitó a Barba. Nos introducimos en la abertura y aprovechamos los tres metros de sendero recto hasta llegar a una curva. Cuadro los hombros para mirar al norte.

—Aquí. Por aquí tenemos que entrar. Cuanto más deprisa mejor, imagino.

—Entendido. —Maysilee se pone a mi lado—. ¿A la de tres?

Asiento y contamos juntos mientras alzamos lentamente las armas.

—Una, dos ¡y tres!

Dejamos caer a la vez las armas y cortamos limpiamente el follaje. Sin embargo, apenas hemos terminado de dar los primeros golpes cuando docenas de bayas se salen de sus tallos y nos suben por los brazos. Los dos gritamos y empezamos a sacudírnoslas.

—¡¿Qué narices son?! —exclamo.

—¡Mariquitas! —responde Maysilee.

¿Mariquitas? Levanto la mano para examinar una. Es una mariquita, cierto, o se le parece mucho. Las criaturas se me han enganchado a la piel de los brazos. En pocos segundos, se inflan hasta alcanzar el tamaño de una bellota y empiezan a estallar. La sangre me salpica la cara.

21

Maysilee ya ha huido del seto y yo salgo pitando tras ella. Los dos gritamos a voz en cuello y corremos intentando despegarnos los mutos de la piel. Una vez que se han enganchado con sus diminutas bocas de aguja hipodérmica, son cabezotas como ellas solas.

—¡Tira! —me ordena Maysilee—. ¡Tira!

Sigue bailando sin moverse del sitio, pero ha frenado lo suficiente para pellizcarlas una a una y arrancarlas de golpe.

La imito. Las ventosas se han metido bien adentro, como las de una garrapata muy decidida. Si las agarro cerca de la cabeza, y tiro fuerte y despacio, estallan en una nube de sangre. Planto los pies en el suelo para coger fuerzas mientras me las arranco de los brazos, del cuello, del rostro, y mascullo:

—Una a una… Una a una… Una a una…

Me deshago de la camiseta y los pantalones, pero hay pocas por debajo de la tela suelta. Cuando por fin me he librado de casi todos los bichos, me pongo con Maysilee, que, sin mangas, se ha llevado la peor parte.

—Una a una… Una a una…

Está temblando de pies a cabeza y, mira tú por dónde, yo también.

—Una a una… —cantamos juntos—. Una a una…

Cuando ya no vemos ninguna más por fuera, se quita la ropa.

—¿En la espalda?

Sí, ahí tiene media docena. Estoy mareado y quiero sentarme, pero no paro hasta que todos los bichos están bien muertos.

—Vale, estás limpia —le digo—. Estás limpia del todo.

Los dos nos dejamos caer en el suelo, pálidos y exhaustos, con la ropa interior ensangrentada. Muerto de sed, busco el agua en mi mochila e insisto en que ella beba primero.

—Lo siento, ha sido culpa mía. Me he puesto en plan creído, como si

supiera lo que había ahí dentro. Te juro que ayer no me molestaron.

—Creo que los Vigilantes no quieren que entremos en ese seto —comenta Maysilee.

—Mensaje recibido —respondo.

—¿Cuánta sangre crees que hemos perdido?

—No lo sé. ¿Medio litro? ¿Un cuarto? —Una mariquita me estalla detrás de la oreja y me deja más mareado todavía. Saco las tres tiras de cecina de la mochila y se las doy a Maysilee—. Toma. Repón algo de hierro.

Ella las divide en dos.

—Mitad y mitad.

Mientras comemos, comenta:

—Tu plan no es viable.

La miro aserrar la cecina con su navaja y su tenedor improvisado y no puedo evitar reírme un poco.

—No, está claro que no. —Tengo la cabeza demasiado embrollada como para pensar en un plan nuevo. Lo único que soy capaz de hacer es tumbarme de espaldas y contemplar el cielo, que es de un perfecto azul cerúleo—. No consigo hilar dos pensamientos seguidos.

—Ni yo. —Rebusca en su mochila—. ¿Te gustan las aceitunas?

—Ni idea. No las he probado nunca.

Me ofrece una.

—Chúpala un momento para quitarles la sal. Tienen hueso.

Me pongo una en la lengua y noto la piel suave, el sabor extraño e intenso, ácido y metálico.

—No está mal.

Ella me deja otras dos en la palma de la mano. Las saboreo poco a poco, haciéndolas rodar dentro de la boca y abriéndome paso con los dientes hasta llegar al hueso.

El tiempo pasa, aparecen nubes y empieza a llover.

—¡Las lonas! —exclamo.

Con piernas temblorosas, nos levantamos y desplegamos las lonas. Como no nos atrae la idea de colocarlas debajo de los árboles venenosos, clavamos ramas en el suelo para formar postes y estirar sobre ellos las lonas hasta que no hay ningún obstáculo entre el cielo y nuestros artilugios. Obtenemos resultados casi de inmediato: un lento hililllo de agua cae por los agujeros en las botellas que esperan debajo.

La lluvia se intensifica, así que nos levantamos, echamos la cabeza atrás, y nos quitamos la sangre de la cara y el cuerpo. Una vez que estamos medio limpios, sostenemos la ropa bajo el aguacero para lavarla lo mejor que podemos. Al cabo de unos veinte minutos, las nubes se apagan como si alguien hubiera cerrado el grifo.

Nos vestimos y dejamos que la fina tela se nos seque sobre el cuerpo, y después nos vamos pasando una de las botellas de agua.

—Bueno, puede que antes no lo fuéramos del todo, pero ahora sí que somos de la misma sangre —dice Maysilee.

—Sin duda, hermanita. Creo que he tragado sangre tuya de sobra para que seamos familia.

—¿Alguna vez has querido tener una hermana de verdad?

—Tuve dos durante un momento. Gemelas, como Merrilee y tú. No sobrevivieron.

—Lo siento. No lo sabía.

—No tenías por qué saberlo. Fue antes de que fuéramos al colegio y todo eso.

Una expresión triste le asoma al rostro.

—No dejo de preguntarme si Merrilee seguirá siendo una gemela cuando yo muera.

—Siempre —respondo sin vacilar; me imagino a Sid viéndonos; espero que ahora no se vea como un hijo único.

—Va a ser muy difícil para ella.

Después de los Juegos quedan los efectos secundarios de los Juegos. Se propagan como las ondas en un estanque tras lanzar una piedra. Círculos concéntricos de daños que bañan a las familias de los tributos muertos, a sus amigos, a sus vecinos… y así hasta el extremo del distrito. Los más cercanos son los que se llevan la peor parte. Licor blanco y depresión, familias rotas, violencia y suicidio. Nunca nos recuperamos por completo, solo seguimos adelante lo mejor que podemos.

Sid todavía es pequeño, demasiado tierno para este mundo.

—A mí también me preocupa mi hermano.

—Viene a veces por la tienda. Le encantan los caramelos masticables. Sid, ¿verdad?

Me conmueve que sepa su nombre y que recuerde ese detalle sobre él.

—Sí, Sid. —Suenan dos cañonazos que nos pillan desprevenidos—.

Supongo que es demasiado pedir que sean Silka y Maritte.

—Ya no sé ni qué prefiero. Porque eso nos dejaría solo a los novatos. Y, entonces ¿qué? —pregunta Maysilee con aire sombrío.

Eso, entonces ¿qué?

—Otra reunión, como dijiste en el Capitolio.

—¿Y si acordamos seguir con el pacto?

—Más mutos —respondo—. Otra erupción del volcán.

—Hambre. —Se frota el vientre—. Bueno, ¿podemos volver ya a la Cornucopia? ¿A buscar comida?

—Deben de ser unos diez kilómetros de caminata. ¿No deberíamos recuperarnos un poco más?

—Recuérdame qué nos queda para comer.

Miro en la mochila.

—Sardinas, aceitunas y dos patatas.

—Será mejor que vayamos ya para la Cornucopia —dice ella.

Lo cierto es que estoy tan destrozado que preferiría quedarme sentado aquí y esperar a que nos caiga comida del cielo, pero le debo una, así que habrá que probar su idea. Además, cuanto más duren los Juegos, más caro cuesta enviarnos algo, y puede que ya se hayan agotado las donaciones de los patrocinadores. Lo recogemos todo y nos dirigimos al sur.

Arrastramos los pies durante unos tres kilómetros, hasta que Maysilee se detiene y levanta la cabeza.

—Escucha.

Me esfuerzo por hacerlo, pero sigo sin oír del todo bien por culpa de la explosión y demás. Todo suena como amortiguado y a medias, como si tuviera algodón en los oídos.

—No oigo nada.

—¡Chist! —susurra con urgencia—. Ahí.

Señala algo a nuestra derecha, hacia el oeste.

Ladeo la cabeza para mejorar la recepción, y esta vez sí capto algo.

—¿Es un bebé?

El cerebro empieza a mostrarme imágenes de bebés hambrientos diseñados con fuerza sobrehumana que se arrastran por el bosque llorando para que corramos a ayudarlos, cuando lo que en realidad quieren es abalanzarse sobre nosotros y arrancarnos la carne a tiras con sus deditos regordetes hasta dejarnos más pelados que un hueso de pollo.

—Eso he pensado al principio, pero también suena a algo animal. Como una especie de chillido o maullido… Como una cabra o un gato.

Mi cabeza empieza a añadirles cuernos y colas mullidas a los bebés mutos.

—Mejor no nos acerquemos. Sea lo que sea, no necesita nuestra ayuda.

Un grito agónico retumba entre los árboles. De un chico, sin duda.

—Pero él sí. Todos los profesionales varones están muertos, Haymitch. —Maysilee carga su cerbatana—. Ese es Hull o Buck.

Saco el cuchillo y el hacha.

—Vamos.

Suelto mi mochila entre unas saetas y partimos hacia el ruido. No me quito de la cabeza la imagen de esos bebés mutos, pero sigo adelante, pensando ya en cómo protegerme las rodillas. Los extraños ruidos de bebé se vuelven más claros y menos reconocibles, pero, por encima de ellos, oímos unos gemidos humanos de dolor muy familiares. De repente, Maysilee me tira al suelo y me veo observando a través de unos arbustos una pendiente que acaba en un claro.

A unos cuatro metros de nosotros, Buck y Chicory se retuercen en el suelo. Unos largos pinchos metálicos que parecen agujas de punto les sobresalen de la carne. Intentan quitárselos con movimientos torpes, como si tuvieran las manos congeladas o algo les impidiera usar bien los dedos. Estoy intentando comprender la escena; ¿tiene Silka un arma que dispara proyectiles? ¿Se han estrellado contra un pino con agujas envenenadas extraíbles? ¿Hay un ejército de mutos de avispas con aguijones enormes? Hasta ahora, los mutos a los que nos hemos enfrentado atacan en grupo, ya sean mariposas, murciélagos, ardillas o mariquitas, así que me quedo pasmado cuando consigo ver la única fuente del ataque.

En las colinas del Distrito 12 hay puercoespines. Lenore Dove les tiene mucho cariño (cerdos con púas, los llama) y dice que son unos incomprendidos. No pueden disparar las espinas, como creen algunas personas; hay que entrar en contacto con ellos, sobre todo con las colas, y, si los dejas en paz, te dejan en paz. Sin embargo, ni a ella le gustaría esta gigantesca bestia mutante. Es del tamaño de un oso; de hecho, puede que lo cruzaran con uno en el laboratorio, dado el aspecto de sus zarpas y sus dientes. Como todo lo demás de este sitio, es impresionante, a su manera. Las hileras de púas de oro puro, plata y bronce que le adornan el lomo, los

costados y la cola reflejan la luz del sol. Pero hace tiempo que no me seduce la belleza de este sitio.

El animal no deja de emitir ruiditos de bebé distorsionados mientras husmea por el claro. Hull, que tiene media docena de espinas colgándole de la cara hinchada, aúlla al lanzarse contra él con una horca. El puercoespín responde retrocediendo hacia él, con su mortífero lomo levantado y erizado. Hull podría huir, pero está intentando llegar hasta sus aliados. Con la esperanza de que solo estén heridos, en vez de moribundos.

—Necesitamos algo que nos sirva de escudo —susurra Maysilee, que se quita la mochila y saca las lonas.

Paso los dedos por la gruesa tela, cubierta de alguna sustancia que la impermeabiliza, aunque no creo que también repela las espinas.

—¿Y si las ponemos dobles? —sugiero. Una encima de otra, parecen algo más seguras—. Vale, ¿cuál es el plan? Creo que estaremos a salvo si mantenemos las distancias. Para ensartarnos, tiene que tocarnos.

Sopesamos nuestras opciones.

—Puedo intentar lanzarle dardos si estamos más cerca —decide Maysilee —. Aunque me temo que les costará penetrar en su piel. ¿Crees que podrías clavarle un cuchillo?

—No estoy seguro. Parece bastante bien protegido. ¿Y si lo tiramos boca arriba? ¿Y atacamos al vientre?

—¿Y cómo lo tiramos?

En el suelo, localizo una rama de árbol muy robusta.

—Puede que una rama funcione.

Justo entonces, el puercoespín gira sus cuartos traseros y clava un montón de púas en el muslo de Hull, que grita de dolor y cae al suelo. Recojo la rama y empiezo a cortar los brotes más pequeños para que la vara sea más estilizada. El ruido llama la atención de la bestia, que empieza a entrechocar los dientes. Cuando se gira en nuestra dirección y se acerca, un hedor a almizcle y rosas nos envuelve; me lagrimean los ojos.

Maysilee levanta la lona doble delante de nosotros y nos asomamos al otro lado.

—No confío mucho en este cacharro —dice—. Y sigue demasiado lejos para los dardos. ¿Qué tal tu hacha? ¿Puedes lanzarla?

Con la cantidad de leña que me ha reclamado la vida, entre cortarla para preparar el licor blanco y la lavandería, estoy bastante familiarizado con las

hachas. Esta es de las largas y nunca he practicado con ella, aunque no se diferencia demasiado de la que lancé con Ringina en el entrenamiento.

—Puedo intentarlo, pero será mejor que tengas esos dardos a punto. —Me guardo el cuchillo en el cinturón y cojo el hacha con las dos manos, que es lo que me recomendaron en el gimnasio—. Vale, listo.

Cuando Maysilee baja la lona, echo el hacha hacia atrás por encima de la cabeza y se la lanzo al puercoespín. Da un giro antes de clavarse en el costado del animal.

La bestia deja escapar un chillido de dolor e indignación. Se coloca de modo que estamos en línea directa con su trasero, pero no me preocupa demasiado porque todavía está a unos tres metros. Entonces empieza a demostrar una conducta inusual: primero tiembla y después se sacude como un perro mojado. Las púas salen disparadas y Maysilee apenas tiene tiempo de levantar las lonas antes de que una docena de ellas las perforen. Una me pincha en la nariz y otra está a puntito de cegarme. Retrocedo de un salto y me arranco la de la nariz. Unos diminutos pedacitos de carne se quedan pegados al extremo dentado, de modo que me dejan una herida irritada y al aire.

Todavía con las lonas en alto, Maysilee se saca una púa de la mejilla y hace una mueca.

—De nuevo, estabas mal informado.

—Lo siento. Aquí nada se comporta como en la naturaleza.

Ella gira las lonas noventa grados para que las púas no nos den en los ojos, y nos asomamos por encima. Localizo mi hacha en el suelo; se ha caído al sacudirse el muto.

—¿Crees que mi hacha le ha hecho daño?

—Cuesta saberlo.

El puercoespín se desmadra, patea el suelo y se irrita como un bebé con una rabieta. Salvo que sé que no es el bebé de nadie, sino una abominación creada en un tubo de ensayo con el objetivo de asesinarnos. Empieza a temblar de nuevo. Nos agachamos debajo de las lonas para protegernos antes de que otra lluvia de púas nos caiga encima.

Se oye un cañonazo y sé que hemos perdido a uno de los novatos. Quedan dos vivos. No sé qué veneno llevarán las espinas, pero se me ha hinchado la nariz como una fresa madura. Si les damos el antídoto, ¿se recuperarán? ¿Debería beber yo un poco? ¿Basta una púa para matarte?

—Debemos llegar hasta ellos —le digo a Maysilee—. Y probar el antídoto.

—Sí, pero no creo que tu palo sirva de mucho.

—Creo que nada va a servir de mucho porque puede disparar las púas. —Observo a la criatura, que sigue con su rabieta, y pienso en Sid cuando era pequeño—. Puede que estemos enfocándolo mal. Puede que haya que intentar calmarlo.

—¿Calmarlo?

—Sí, como cuando intentas calmar a un bebé. Y, después, conseguir que siga su camino.

—¿Cantarle una nana, a lo mejor? —bromea ella, muy seria.

—Puede —contraataco—. O darle un chupete.

—Supongo que se atrapan más moscas con miel que con vinagre —dice Maysilee, que saca las latas de su mochila—. ¿Aceitunas o sardinas?

—Bueno, las aceitunas son más fáciles de lanzar.

Saco una y la lanzo frente al puercoespín, que no le hace caso. Le tiro unas cuantas más que le rebotan en el hocico. Los gritos se transforman en gemidos cuando se pone a olisquear la tierra y engulle las aceitunas.

—¿A quién no le gusta la sal? —comento.

Lanzo otra a unos cuantos metros del muto, que avanza pesadamente hacia ella. Después otra y otra, cada vez más lejos, hasta tenerlo a unos diez metros del claro. Ya sin aceitunas, lanzo la lata hacia el bosque, lo más lejos que me permite mi fuerza, y oigo al puercoespín correr entre los árboles como un perro detrás de un hueso.

Oímos un segundo cañonazo. Maysilee llega al momento al claro e intenta verter el antídoto entre los labios de Hull. Compruebo el pulso de Chicory y el de Buck, por si acaso esos cañonazos eran por otro pobre tributo. Nada. Me uno a Maysilee, que ha conseguido que un poquito del jarabe se cuele por la garganta de Hull, y empiezo a arrancarle púas de la pierna para reducir el veneno.

—Venga, Hull —le dice—. Tienes que beberte esto. Vamos, venga.

Él lo intenta, vemos que los músculos de la garganta le tiemblan del esfuerzo, pero el antídoto regresa entre borboteos y se le derrama por la comisura de los labios. Seguimos intentándolo, ella hablándole, yo arrancando espinas, hasta que suena el cañonazo; y, aun así, seguimos unos cuantos minutos más porque puede que alguien tan joven, tan fuerte y tan

digno de vivir como Hull consiga encontrar el camino de vuelta. Pero no lo hace, así que, al final, nos rendimos.

El aerodeslizador se acerca, es un buitre hambriento que busca los restos de nuestros aliados. Del interior del bosque nos llega el sonido del puercoespín masticando la lata de aceitunas, olvidados hace tiempo sus principales objetivos. El aire de la noche me refresca las mejillas y disipa el almizcle de la criatura. Maysilee me pasa la botella y le doy un trago al antídoto. No sé cuánto veneno tiene una púa, pero ¿para qué arriesgarse? Sabe como si alguien hubiera mezclado tiza con suero de mantequilla y se le hubiera olvidado removerlo.

Nos acercamos a los tributos muertos, les cerramos los ojos e intentamos dejarlos en una postura adecuada para que lo último de ellos que vean sus familias no sean sus extremidades retorcidas. Al salir del claro, recogemos el hacha, las lonas y sus provisiones. La pinza empieza a descender cuando llegamos a mi mochila. Nos sentamos justo encima de las saetas, codo con codo, completamente reventados.

Apenas la oigo susurrar:

—Uno de nosotros tiene que ganar los Juegos.

Recorro con la mirada los largos tallos que llevan hasta las hojas con forma de flecha y los pétalos blancos que nos ocultan de las cámaras del Capitolio.

—¿Por qué? —le susurro yo.

—Uno de nosotros tiene que ser el peor vencedor de la historia. Para hacer trizas sus guiones, amargarles las celebraciones y prenderle fuego a la Aldea de los Vencedores. Para negarse a jugar a su juego.

Me recuerda a mi padre.

—¿Para asegurarse de que no usen nuestra sangre para pintar sus carteles?

—Exacto. Pintaremos nuestros propios carteles. Y sé dónde vamos a conseguir la pintura. —En un gesto que recuerdo del patio del colegio, hace años, extiende el meñique—. Promételo.

Le rodeo el dedo con el mío y los apretamos con fuerza. Nunca permitirán que yo venza, sobre todo después de haber intentado romper la arena, pero sí que puedo jurar que intentaré mantenerla viva.

—Uno de nosotros pintará los carteles.

Ella se levanta y me levanta.

—Vamos a echarles un vistazo a las provisiones.

Nuestros aliados deben de haber recibido un paracaídas hace poco, porque en una mochila hay galletas saladas, alubias en lata y un regalo inesperado: pasas mezcladas con frutos secos y caramelo. También encontramos una manta y más botellas de agua, una de ellas medio llena. Decidimos dejar la Cornucopia para mañana, así que enciendo una fogata. Maysilee calienta las alubias, y cada uno se las come a su manera, con tenedor o con galletas; después pasamos al dulce, que nos comemos poco a poco.

Suena el himno, y aparecen Ringina y Autumn, seguidas de Buck, Chicory y Hull.

—Cinco perdidos, quedan cinco —informo.

—Tú, yo, Silka, Maritte, Wellie.

Wellie. Ahí fuera, de noche, enfrentándose a todo esto ella sola.

—Mañana encontraremos a Wellie.

—Eso. La encontraremos —dice Maysilee—. También funcionaría que ganara ella. Duerme tú primero, Haymitch. Yo vigilo.

No tiene sentido fingir que no estoy agotado. Le echo una manta sobre los hombros, preparo una cama con la hamaca y me acurruco sobre la red.

—Ahora mismo no me vendría nada mal esa nana.

Ella me sorprende con un resoplido muy poco femenino.

—No vas a querer escuchar la que tengo metida en la cabeza. Empezó en el laberinto de acebo y no me la quito de encima.

—Se te ha pegado, ¿eh? Bueno, la única cura para eso es pasársela a otra persona.

—De acuerdo. Tú lo has querido.

Empieza a cantar en voz baja.

> Mariquita, mariquita, vuela corriendo al pueblo
> que tu casa arde y tus hijos han muerto,
> todos salvo una que se llama Sarah
> y está escondida bajo la cuchara.

Esta canción tan tonta de nuestra infancia me arranca una sonrisa.

—Bueno, supongo que me lo he buscado. Buenas noches, hermanita.

Intento dormir, pero la canción pegadiza de Maysilee se me ha metido en el cerebro… Mariquita… Arde… El eslabón… No, el soplete… Miedo… Volar… Las piezas dan vueltas como un tornado hasta que encajan unas con otras, como amantes que se reencuentran.

Y, de repente, sé cómo vamos a atravesar ese laberinto.

22

Las migajas se me pegan en la garganta, así que le doy otro trago a la botella para bajarlas. Qué lujo es despertarse con un desayuno de pan de maíz recién hecho, leche cuajada y melocotones, en vez de tener que conformarse con restos rancios. Maysilee tenía la comida extendida sobre la lona, como en una fiesta. A modo de servilletas, dobló dos pañuelos para darles forma de flores, e incluso llenó el cuenco de la copa de vino con unas flores rosas, seguramente letales pero innegablemente decorativas.

Sexto día. No sé cómo sigo con vida. No tengo ni idea de por qué los Vigilantes, siguiendo las órdenes de Snow, no me han destrozado todavía. ¿Es posible que sea tan popular que me mantengan en escena para contentar a la audiencia? ¿Planean un final espectacular para mí? No lo sé, pero sí sé que la arena está pidiendo a gritos que la destruyan.

El paracaídas llegó mientras yo dormía, lo que al final ocurrió después de que se durmiera Maysilee, porque la idea me espabiló tanto que me ofrecí a ocuparme del primer turno. Si puedo usar el soplete para quemar el seto, mariquita, mariquita, ¿qué encontraré? Con suerte, un generador que también arda. Quizá consiga quemar el lateral para llegar a alguna especie de panel de control y…

—¿Vamos a la Cornucopia o a buscar a Wellie? —pregunta Maysilee.

Cojo un trozo de melocotón y empujo el último pedazo hacia ella, mientras medito sobre la mejor estrategia para que apoye mi plan sin contárselo (ni a ella ni a todas las personas que nos observan). Lo mires como lo mires, la Cornucopia no me viene bien porque está al sur. Así que respondo:

—Wellie, ¿no?

—Sí. Hoy podemos alimentarnos de pescado y patatas.

—Claro. Y gracias por montar un desayuno tan elegante.

—Me pareció buena idea empezar el día con un cartel.

Pienso sobre ello. Su énfasis en los modales, sus cuidados picnics. Y recuerdo lo que dijo el primer día, en el tren: «Mira, Louella, si permites que te traten como un animal, lo harán. Así que no se lo permitas». El cartel de esta mañana dice: «Somos civilizados. Apreciamos las cosas bonitas. Somos tan buenos como vosotros». Es una extensión de toda su campaña para demostrarle al Capitolio lo que valemos. ¿Se darán cuenta de que se refiere a la rebelión? Lo dudo. No saben lo que me dijo mi padre. Un cartel podría servir simplemente para promocionarnos como tributos. Además, ¿qué tienen de malo unas cuantas servilletas con forma de flor?

—Muy bien pintado —respondo, y consigo arrancarle una sonrisa.

Después de recoger todas nuestras pertenencias, examinamos el bosque.

—Vamos de nuevo hacia el norte —digo, y empiezo a caminar.

Ella me sigue, aunque vacilante.

—¿Por qué?

—Porque me da la sensación de que Wellie querría que nos alejáramos todo lo posible del volcán.

—No sé. Hemos recorrido toda esa zona y no hemos visto ni rastro de ella.

—Exacto. Es por lo que dijo Mags: en la arena, lo normal es estar siempre en movimiento. Y ella todavía no ha ido por allí. Vamos a intentarlo.

Maysilee sigue sin estar convencida, pero no me lo discute. Al menos durante kilómetro y pico.

—Creo que no la vamos a encontrar por este camino —dice al fin.

—¿En serio? Yo creo que hemos acertado.

—¿Por qué? La arena se estrecha hasta acabar en punta por el norte, ¿no? ¿Como en el sur?

No es bueno subestimar su capacidad de observación.

—Bueno, no de inmediato.

—Pero lo hace. Wellie se sentiría atrapada.

—Y justo por eso a las profesionales no se les ocurrirá buscar por aquí. Como has dicho.

Noto que piso terreno resbaladizo, pero intento proyectar confianza y procuro caminar con algo más de brío.

Maysilee me mira con desconfianza, aunque sigue arrastrando los pies un rato, pensando. De repente, se para en seco.

—No, te equivocas. Wellie tendría más posibilidades en la pradera que aquí arriba. Como es poquita cosa, podría desaparecer entre la hierba. Se extiende durante varios kilómetros. Así pasaría desapercibida y podría ir a buscar comida a la Cornucopia. Nunca la encontrarían. Y, aunque viniera al bosque, es demasiado lista para dejarse acorralar de ese modo. Y tú lo sabes. Pero me llevas otra vez al norte, Haymitch. ¿Por qué?

Se cruza de brazos y espera.

Voy a tener que contarle algo si no quiero que se vaya todo a la porra.

—El seto. Creo que deberíamos echarle otro vistazo.

Ella se estremece.

—Puaj. Aunque tuviera medio litro de sangre de sobra, ¿qué sentido tiene?

Extiendo las manos para señalar la arena.

—Porque esto tiene que acabar en alguna parte, ¿no? La arena no es interminable.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé. Pero quizá algo que nos sirva.

—¿Te refieres a algo mecánico? ¿Eléctrico?

—Puede. O, si no, quizá podamos recoger algunas de esas mariquitas para usarlas como arma. Convertir el laberinto en una trampa para las profesionales. Atraerlas hasta allí, soltarles encima una lona llena de mariquitas y dejar que se pierdan. No es fácil escapar de ahí. Creo que, si somos listos, podemos usarlo en beneficio propio. —Arqueo las cejas e intento hacerle llegar el mensaje de que, aunque no puedo contárselo todo, es imperativo que vayamos—. Te juro que, si haces esto por mí, no volveré a pedirte nada más en toda mi vida.

Ella pone cara de fastidio.

—Bueno, mira qué oferta más generosa.

—Vamos, hermanita. Necesito esto para mi siguiente cartel.

Qué deprisa se ha convertido eso en nuestra clave para desafiar al Capitolio. Ella cede.

—De acuerdo. Pero espero que sea bueno.

—Ay, mariquita, te lo prometo.

Creo que he terminado de recuperar el oído, me llega todo mejor y más claro. Mientras avanzamos, soy el primero en captar un gemido agudo procedente del oeste, una zona que no he explorado tan al norte.

—¿Oyes eso?

—Sí —responde Maysilee—. Creía que formaba parte de los sonidos de la naturaleza de esta zona. Como los pájaros.

—Eso es lo que me preocupa. Piensa en lo grande que tendría que ser un mosquito para hacer ese ruido.

Me imagino un bicho chupasangre de metro y pico de largo que haría que las mariquitas parecieran un chiste.

—Está bastante lejos. Vamos a mantener las distancias.

Le da un trago al agua y me la pasa.

Hay un momento de confusión en el que la botella estalla y nos salpica a los dos, antes de que veamos el cuchillo, las botas que corren hacia nosotros y la innegable verdad de que nos han tendido una emboscada. Con la guardia baja, huimos de las profesionales (porque seguro que no es Wellie) y corremos directamente hacia el zumbido de mosquito gigante. Espero que podamos usar a lo que sea que lo produce para quitarnos a Silka y Maritte de encima.

Si lográramos sacarles ventaja, quizá mereciera la pena dar media vuelta para enfrentarnos a ellas, pero nos están pisando los talones, así que de poco serviría. Las tendríamos encima antes de poder defendernos. Ahora mismo, solo los árboles que esquivamos nos protegen de sus proyectiles letales. No me queda otra que sacar el cuchillo y esperar encontrar un hueco para usarlo.

De repente, resbalo y acabo de culo en el suelo, deslizándome hacia un claro, como si hubiera dado con una pista de hielo. En ese momento, mi cerebro intenta encontrarle sentido a una imagen incomprensible. Dos Vigilantes jóvenes, con su típico traje blanco, están inclinados sobre un caballón abierto cubierto de amapolas de color escarlata. Una lleva una máscara protectora y sostiene una especie de taladro que emite un gemido agudo. Un tercer Vigilante está inclinado sobre una fregona. Por la cara que ponen, sé que la sorpresa es compartida.

Freno a pocos metros de ellos, en un charco de algo que me recuerda al limo que se produce cuando hierves ocra. Maysilee pasa volando junto a los Vigilantes y se agarra a un árbol joven al borde del caballón; no sé cómo, pero consigue mantenerse de pie. Por un instante, todos nos quedamos paralizados; la conmoción es universal. Entonces, Silka llega corriendo al

claro, cae, vuelca un cubo enorme y desparrama unos cinco litros de cieno por el suelo del bosque.

—¡Eh! ¡Cuidado! —exclama con indignación el Vigilante de la fregona, que parece más o menos de nuestra edad.

Por experiencia, sé que fregar es el trabajo más arrastrado de todos, así que ver hacerlo a un Vigilante me resulta rarísimo. Como ver a Plutarch Heavensbee pelar patatas o al presidente Snow limpiar de pelos un desagüe.

Maritte, que, al parecer, ha percibido algo extraño, se detiene al borde del claro.

—¿Qué está pasando? ¿Sois Vigilantes? —exclama.

La Vigilante del taladro se baja la mascarilla y se endereza.

—Sí. Y vosotros cuatro estáis quebrantando todas las normas. Debéis retiraros de inmediato o habrá consecuencias.

—Eso sonaría mucho más impresionante si no temblaras como una hoja —comenta Maysilee, que toca su cerbatana—. Si os han enviado a ordenar esto, os deben de considerar bastante prescindibles a los tres.

Durante unos segundos, todo el mundo se para a pensarlo. Hasta que los tres Vigilantes salen corriendo hacia la escalera que conduce al Sub-A.

Maritte echa el brazo hacia atrás y creo que va a acabar conmigo, pero el tridente me pasa volando por encima de la cabeza y se clava en el de la fregona, que acaba sobre una almohada de amapolas. Casi a la vez, la mujer del taladro se lleva la mano a un punto detrás de la oreja y se saca un dardo. Se derrumba mientras el último Vigilante cae de cabeza por el caballón abierto. Tarda unos segundos, pero al final oímos el crujido de su cráneo al partirse contra el hormigón de abajo. Me imagino ese suelo (que tan bien conozco después de haber corrido por él para no morir) y me quedo embobado imaginando la escena.

Parece ser que Silka también se ha quedado paralizada del pasmo.

—¿Qué habéis hecho? ¿Habéis matado a unos Vigilantes? ¡Ahora no nos dejarán ganar!

La voz de Maysilee chorrea miel.

—¿Todavía persigues ese triste sueño, Silka? —Con manos hábiles, carga otro dardo y mira a Maritte—. Ahora casi me da pena matarte, Maritte. De todos modos, ¿qué pasa con el Distrito 4? ¿Por qué os aliasteis con un puñado de lameculos? ¿No tendríais que haber estado de nuestra parte?

Maritte vacila y mira al tridente con anhelo, pero después saca el cuchillo y empieza a retroceder para alejarse de Maysilee, que levanta la cerbatana.

El aerodeslizador aparece de la nada y suelta una bomba que estalla en una nube de tierra y gas lacrimógeno. Agarro a Maysilee y corremos a trompicones por el bosque, golpeándonos la cara contra las ramas y tropezando con los troncos, intentando escapar de la toxina. Caen más bombas que liberan más gas, y los ojos nos arden y lloran tanto que no nos sirven para nada. Al cabo de un rato, parece que las explosiones se oyen más lejos. Mi teoría es que el aerodeslizador solo podía seguir a un grupo de tributos y que les ha tocado a las profesionales.

Mi brújula interna me lleva hacia el norte y dejamos atrás el gas lacrimógeno a la entrada del seto. Abro a toda prisa una de las mochilas y echo agua en los ojos de Maysilee y en los míos.

Está tan furiosa conmigo que escupe al hablar.

—¿Qué leches te pasa, Haymitch? ¿Dónde estabas? ¿Por qué ha sido Maritte la única que me ha cubierto las espaldas?

Tiene razón, me he quedado paralizado. El encuentro inesperado me ha pillado con la guardia baja o me han intimidado los uniformes blancos, ni idea. El caso es que no he hecho nada.

—No sé qué me ha pasado, Maysilee. Todo iba muy deprisa, estaba cubierto de cieno y…

—¡Se supone que tú eres mi aliado! ¡No ella! ¡No esa basura lamebotas y chupagambas a la que no le quedan bien los rizos por mucho que se empeñe! ¡Tú!

Bueno, me siento fatal y sin ninguna defensa. Tenía el cuchillo en la mano y los Vigilantes estaban al alcance. Nadie estaba mejor situado para matarlos. La voz de Plutarch se mofa de mí: «La pregunta es: ¿por qué no lo habéis hecho?». Ya no puedo decir que no soy un asesino. Eso me deja con las opciones de tener el cerebro lavado o ser un cobarde. Madre mía, espero que Sid no lo haya visto. No, claro que no lo ha visto. Esa parte de la acción no la verá nunca la audiencia. Seguro que habrán enseñado a Wellie, esté donde esté.

—Tienes razón —le digo a Maysilee—. Tienes toda la razón del mundo y lo siento.

—¿Que lo sientes? —se burla—. Quizá deberías ganar tú, Haymitch. Así tendrías algo de tiempo para que te crecieran las agallas.

Aquí está de nuevo la chica más cruel de la ciudad. Solo me duele porque es cierto.

Saca la lata de sardinas y arranca la tapa.

—Me voy a comer la lata entera. Son mías.

Elige un pescado y se lo mete en la boca. Tiene que estar pero que muy enfadada para comer con las manos.

Dejo que se zampe todas las sardinas, aunque desprenden un olor delicioso y me gruñe el estómago. La he decepcionado y necesito que me ayude con el seto. ¿Cambiaría algo que supiera que hice estallar el depósito y que mi misión es destruir la arena? ¿O mi inútil reacción al tener a los Vigilantes a nuestra merced lo borra todo? No lo sé, solo espero que, después de llenarse la barriga de sardinas, quiera echarme una mano.

Al cabo de unos minutos, deja de sorber. Por el rabillo del ojo, veo que se acerca la lata. Quedan tres. Niego con la cabeza. Ella las empuja hacia mí. Tengo tanta hambre que las acepto.

—¿Ha sido por tu cartel? —pregunta, todavía tensa.

Creo que se refiere a evitar enfrentarme a los Vigilantes por la fabulosa declaración de principios que pienso hacer.

—Ojalá pudiera decirte que sí, pero no, creo que no ha sido eso. No sé qué ha pasado. Supongo que estoy programado para que me pisoteen. Tú lo has clavado.

—No, lo que te he dicho no ha sido justo. Has cumplido con tu parte. Con Louella en el carro. Sacando un uno en el entrenamiento. Y, sospecho, con lo que sea que estás manteniendo en secreto. —Humedece un pañuelo y se limpia las manos—. La verdad, quizá si hubiéramos empezado a cargarnos a los Vigilantes antes de entrar aquí, habríamos tenido una oportunidad.

Pienso en el momento en el que entrenábamos con los cuchillos, en el país en general y en cómo dejamos que nos someta el Capitolio. ¿Por qué? No es una conversación que podamos mantener delante de las cámaras, así que me concentro en aprovechar las últimas gotas de aceite de la lata. Después me pongo a rasparme el cieno de los pantalones. Al menos, no huele mal, ni me quema la piel, ni se endurece, lo que lo convierte en una de las cosas más inofensivas que me he encontrado en este sitio.

La respiración de Maysilee ha vuelto a la normalidad. Decido darle otros

cinco minutos para que se recupere antes de insistir en lo del seto. La veo recorrer con el dedo la telaraña de un arbusto.

—Mira esta obra de artesanía. Son las mejores tejedoras del planeta.

—Me sorprende verte tocarla.

—Bueno, me encanta todo lo sedoso. —Acaricia el hilo entre los dedos—. Tan suave como la seda, como la piel de mi abuela. —Abre el medallón que lleva al cuello y me enseña la foto del interior—. Aquí está, justo un año antes de morir. ¿A que es guapa?

Me fijo en los ojos sonrientes, traviesos, que se asoman a través de su propia telaraña de arrugas.

—Sí. Era muy amable. A veces me regalaba caramelos a escondidas.

Maysilee se ríe.

—Y no eras el único. Se llevó alguna regañina por eso. —Sostiene el medallón entre las manos y la mira—. Nadie me ha querido tanto. Tenía la esperanza de llegar a parecerme a ella, pero supongo que no me veré envejecer.

—Puede que sí.

—No, qué va. No después de lo de hoy. —Se muerde el labio—. Cuando tenía miedo, ella me decía: «No pasa nada, Maysilee, no hay nada que robar que merezca la pena guardar».

—Conozco esa canción. Lenore Dove la canta.

—¿Es una canción? —pregunta Maysilee, sonriendo—. Bueno, tu chica está llena de sorpresas. Supongo que al final se nos adelantó a todos.

—¿Con qué?

—Nada. —Cierra el medallón y se levanta—. Vamos a visitar su seto, señor Abernathy.

—De acuerdo, señorita Donner. —Me acerco a un árbol y rompo una rama que me resulta familiar—. Sostén esto.

—¿Qué hago?

Saco el soplete, lo enciendo y señalo con la cabeza el seto.

—Eres mi antorcha: si tiene alas, lo quemas. ¿Lista?

—Todo lo que se puede estar.

Me abro paso por el seto, corriendo hacia el punto por el que intentamos entrar la vez anterior. Enciendo el soplete y corto una línea recta desde mi hombro hasta el suelo. Las mariquitas empiezan a arremolinarse cuando las hojas se incendian. Maysilee interviene rápidamente y agita la antorcha para

espantar la plaga. Los mutos prenden, se hinchan y estallan como granos de maíz seco en grasa caliente. Abro otra línea, paralela a la primera, medio metro a la derecha. Más bichos salen del seto y vuelan hacia nosotros. Maysilee se gira con la antorcha y canta mientras los extermina:

> Mariquita, mariquita, vuela corriendo al pueblo
> que tu casa arde y tus hijos han muerto,
> todos salvo una que se llama Sarah
> y está escondida bajo la cuchara.

Me uno a ella mientras sigo quemando el seto para abrir una puerta, moviendo la llama de un lado a otro. El hedor a insectos fritos, productos químicos y azúcar quemado me rodea, y el crepitar de las hojas de acebo y los caparazones de los bichos recalca el mensaje de la canción. El seto emite una cantidad de calor exagerada, pero seguimos adelante, abriendo un túnel a través de él. Cuando llevamos unos cuantos metros, la luz del sol asoma al otro lado.

—¡Ya casi hemos llegado! —le grito a Maysilee.

Mi llama empieza a espurrear. Aprieto con fuerza el gatillo y la última capa de hojas con espinas se convierte en ceniza. Suelto el soplete vacío en el suelo y salgo a un terreno reseco y llano que conduce a una pendiente. Maysilee aparece a mi lado, pasa la antorcha por el interior de nuestro túnel y la lanza para achicharrar al último puñado de mariquitas. Se sacude las chispas de la camiseta.

—Bueno, ¿hemos llegado al final?

Me acerco al borde de lo que resulta ser un barranco. Una caída en vertical de unos tres metros que acaba en una alfombra de rocas puntiagudas. Entre ellas espera una máquina gigantesca que ronronea como un gato satisfecho. El generador. A tiro de piedra, aunque bien podría ser la luna. Dejo escapar un sonido, entre gemido y suspiro.

—Sí —le digo—. Este es el final del camino.

23

Maysilee se me une al borde del barranco y se queda mirando el cañón.

—Eso es todo lo que hay en la arena, Haymitch. Volvamos.

Mi último plan para inutilizar el generador me ha conducido a otro callejón sin salida. Claro que sí. Es todo tan absurdo, los Juegos, las dos tramas fallidas en la arena, la vida en general, que todo se me viene encima. ¿Habrá una tercera forma de romper la arena que no esté viendo? Puede. Seguramente. Pero, ahora mismo, no se me ocurre.

No encuentro mejor forma de resistencia que negarme a volver a atravesar el seto. Maysilee se equivoca: este terreno no forma parte de la arena; no es nada bonito. Si los Vigilantes me quieren muerto, tendrán que seguirme hasta aquí, hasta el mundo real, lo que sería una especie de victoria para mí. En cierto modo, habré sido más listo que ellos. Y, al menos, aquí el aire es fresco y el sol está en el lugar correcto. En cualquier caso, no pienso volver a su jaula venenosa.

—No, me quedo aquí.

—De acuerdo, solo quedamos cinco —responde ella tras una larga pausa —. Es tan buen lugar como cualquier otro para despedirnos. No quiero que al final solo quedemos los dos.

Yo tampoco. Y es de risa pensar que seguir participando en los Juegos serviría para ayudar a Maysilee o a Wellie. Todos mis aliados mueren, mientras que, al parecer, los Vigilantes están tan seguros como en casa conmigo.

—Vale —le digo.

La oigo regresar al seto.

Suena un cañonazo. Vuelvo la cabeza justo a la vez que ella. Ambos esperábamos que el otro hubiera caído muerto, y ninguno de los dos tiene tiempo de ocultar la angustia.

Maysilee traga saliva como puede.

—Ya solo quedamos cuatro.

Parece tan perdida que me destroza. Puede que debamos seguir juntos. ¿Cómo saberlo? Me da la sensación de que siempre tomo las decisiones incorrectas. No me siento cualificado para elegir entre huevos fritos o revueltos. Nada tiene sentido cuando han muerto cuarenta y cuatro tributos, además de Lou Lou y Woodbine.

—¿Seguro que quieres que nos separemos? —le pregunto.

Ella tampoco lo sabe. Me doy cuenta de que, en el fondo, está tan perdida como yo. No hay ningún manual de instrucciones para situaciones como esta. No existe ninguna estrategia genial.

—Ahora mismo solo estoy segura de que no quiero que nadie nos robe las patatas —reconoce—. Iré a por ellas. Después sopesamos nuestras opciones, ¿vale?

Levanto los brazos, derrotado.

—Bueno, si vas a meter a las patatas en esto, ¿cómo voy a decir que no?

Maysilee se encoge de hombros y desaparece en el interior del seto. Paseo por el borde del barranco y me pregunto si sería capaz de bajar por él y llegar hasta el generador. Sin querer, le doy una patada a un guijarro rojizo que cae por el borde, así que presto atención a lo que tarda en golpear el fondo. Demasiado. No lo conseguiría. Doy un paso atrás y me dejo caer de culo pensando en que es otro plan fallido cuando, de repente, el guijarro vuelve volando y rebota hasta parar a mi lado.

Lo examino, desconcertado por su reaparición. ¿Lo habrá lanzado alguien? No parece probable. Me levanto de un salto, cojo una piedra cercana y la lanzo al generador mientras observo su descenso. Unos cuantos metros antes de llegar a la máquina, rebota inexplicablemente y vuelve conmigo, haciendo la trayectoria inversa hasta aterrizarme en la mano, un poco más caliente que antes. Tiene que ser un campo de fuerza encima del generador. Supongo que es más fácil que extender una lona. Una forma de protegerlo de los elementos, la vida salvaje y, cosas que pasan, un tributo granuja. Supongo que no es imposible que un rebelde intente sabotearlo, pero parece poco probable que consiguiera llegar hasta aquí, en medio de la nada. Aunque aquí estoy yo. Sin embargo, aunque le soltara una roca encima, ni lo tocaría.

De verdad, tengo tanta mala suerte que se me escapa la risa.

Entonces es cuando oigo gritar a Maysilee. Me levanto como un rayo y

regreso por el túnel humeante del seto. Veo unas manchas de color rosa más adelante y oigo graznidos que me recuerdan a los gansos de Lenore Dove. Saco el hacha del cinturón y ya la tengo preparada al salir de los arbustos de acebo y encontrarme con un remolino de plumas.

Hay dos docenas de aves acuáticas parecidas a las del lago. De patas largas. Con picos como hojas de espada: finos, estrechos y letales. No son de un gris azulado, ni blancos como el papel, sino del color de los chicles que se venden en la tienda de los Donner. Atacan una y otra vez a Maysilee, que está arrodillada en el suelo e intenta usar la lona para protegerse mientras les mete tajos enérgicos con la daga. Un par de pájaros muertos yacen en el suelo, pero se han cobrado un precio: a Maysilee le sangran la mejilla, el pecho y la palma de la mano. Como las ardillas de Ampert, no están interesados en mí. Están programados para atacarla a ella; es un castigo muy personal. Asesto hachazos a los mutos y acumulo una colección de alas rosáceas y patas que parecen tallos de enea, pero nos superan en número.

Un pájaro cae en picado y atraviesa el cuello de Maysilee. Cuando se retira, lo decapito cortándole el fino cuello. La bandada por fin se dispersa y me doy cuenta de que mi compañera no se va a recuperar. Caigo de rodillas a su lado y le cojo la mano, tan firme, que se agarra a la mía como un cepo. Sube la mano herida para apoyarla en su nido de collares, que ahora flota en un charco de sangre. A pesar de la respiración entrecortada, intenta hablar, pero el último muto ha silenciado su voz para siempre. La mía parece igual de silenciada, ya que no logro pronunciar ninguna palabra de consuelo, esperanza o disculpa. Me limito a mirar esos ardientes ojos azules para que sepa que no va a morir sola. Está con su familia. Está conmigo.

En los últimos momentos, me suelta lo justo para enganchar su meñique en el mío. Creo que busca una confirmación final de la promesa que nos hicimos. Asiento para que sepa que lo entiendo y que haré todo lo posible por acabar con el Capitolio, aunque jamás, en toda mi vida, me había sentido tan impotente.

Y entonces se marcha allá donde vaya la gente cuando muere.

No ha suplicado ni rogado; ha conservado su furia y su aire desafiante. Aunque, para mí, la desesperación de una persona al final no indica nada sobre su vida, sé que a ella le importaba. Maysilee se marcha de este mundo como ella quería: herida pero no doblegada. Aunque siento el impulso de

limpiarla, este es su último cartel y no quiero ponerlo bonito para que esos monstruos del Capitolio duerman mejor esta noche.

Aparecen los aerodeslizadores y suena el cañón. Le quito la cerbatana y uno de sus collares (el medallón de cobre con la flor) como recordatorio de su fuerza.

Como estoy demasiado aturdido para hacer nada más, retrocedo a gatas unos metros y apoyo la espalda en un árbol, sujetando su símbolo contra el pecho. Cuando el Capitolio se percata de que no pienso moverme, bajan la pinza. Me imagino la toma: mi rostro afligido, visible a través de las garras metálicas que alzan el cadáver de Maysilee al cielo y me dejan solo.

Si algo me atacara ahora, permitiría que acabara conmigo. Lo sé, lo sé, acabo de prometerle a mi amiga en su lecho de muerte que seguiría luchando, pero no logro recuperarme. Le doy unos golpecitos al collar en los pantalones para limpiar la sangre (esta ropa negra no deja de darnos alegrías), me lo pongo al cuello, con sus amigos, y cierro el elegante enganche. Ahora tengo mi propia colección de joyas, entre el girasol del Distrito 9, la moneda de Wyatt y el pájaro y la serpiente en guerra de Lenore Dove. Vamos, que voy casi tan engalanado como la señorita Donner.

Parece que solo queda un dardo en la cerbatana. Metí la pata al no recoger la bolsa y el frasco de veneno, pero al menos me queda un disparo. Me pone nervioso tener el dardo tan cerca de la cara, así que me lo ato al cinturón con un trozo de enredadera.

Adiós, Maysilee Donner, a quien odiaba, pero después respeté a regañadientes y, por último, quise. No como novia, ni siquiera como amiga. Como hermana, le dije. ¿Qué significa eso exactamente? Pienso en nuestro viaje, en todo, desde las malas palabras de los primeros días tras la cosecha hasta la batalla contra los pájaros rosas. Supongo que esa es mi respuesta: una hermana es alguien con quien te peleas y por quien peleas. Con uñas y dientes.

Un paracaídas baja flotando entre los árboles y aterriza delante de mí. Espero que no sea sopa de alubias con jamón. Estoy bastante seguro de que ahora mismo no podría tragarla. Cuando abro la cesta, veo dos recipientes. En un cuenco hay helado de fresa, lo que parece tener algún tipo de significado que no logro dilucidar. En el segundo, una taza con tapa, hay café solo caliente. La bebida favorita de Maysilee. Le doy un trago, aunque me achicharro la lengua. Le doy otro.

El helado me refresca la memoria. Estábamos en la cocina del piso de los tributos y Proserpina llevaba un rato parloteando sobre su nota. Su hermana, Effie, le había dicho que con una actitud positiva se tiene el noventa y siete por ciento de la batalla ganada. Y Maysilee… Maysilee le dijo…: «Procuraré tenerlo en cuenta en la arena. ¿Más helado?».

Mags y yo intentamos no reír porque Proserpina no era mala por naturaleza, solo tenía mucho que desaprender. No sé bien qué me quiere decir Mags ahora. ¿Que mantenga una actitud positiva? ¿Que recuerde el descaro de Maysilee? ¿Que disfrute de un delicioso cuenco de helado? Puede que las tres cosas. Cojo la cuchara y lo pruebo. Se me saltan las lágrimas y dejo que caigan sin frenarlas hasta que vacío el cuenco. No pasa nada por llorar delante de Mags.

El sol se acerca al horizonte y, poco a poco, me bebo el café, ya más frío, lo que me ayuda a aclararme las ideas. Ya no hay una Maysilee que proteger. Supongo que debería regresar al barranco para pintar mi último cartel. Decido meter las provisiones que me quedan en la mochila de Maysilee. Añado media botella de agua y guardo las patatas en el cuenco. Al meter los pañuelos de repuesto, me fijo en que hay una raja en la pared interior de su mochila. Meto los dedos por la abertura y encuentro una bolsita de plástico. Se me había olvidado el kit de luz de patata. Supongo que no lo sacó cuando hicimos inventario de suministros porque no era legal. Aunque tampoco es que eso me preocupe mucho ahora. Han pasado tantas cosas, desde depósitos volados en pedazos a Vigilantes muertos, que unos cuantos cables y monedas de contrabando no merecen la pena.

Empiezo a pensar en los Vigilantes con los que nos encontramos. Ninguno era demasiado mayor. El chico de la fregona tendría unos veintipocos años, máximo. ¿Fueron dolorosas sus muertes? ¿Dejan algún ser querido? ¿Están sus padres, amigos y vecinos llorando por ellos, como hacen los nuestros cuando nos pierden? ¿Sabrán alguna vez cómo murieron realmente o se inventarán un accidente para ocultar la incompetencia del Capitolio? Imagino que usar dobles sería poco práctico.

Mientras guardo mi mochila verde en los arbustos, las opresivas notas del himno suenan en el cielo. Primero, Maritte; después, Maysilee. No parece aleatorio. Las han eliminado rápidamente, en castigo por matar a sus guardianes. Al abstenernos, a Silka y a mí nos han recompensado con unas cuantas horas más de vida.

Y ¿qué pasa con Wellie? No he tenido tiempo de concentrarme en ella, pero también está ahí fuera. Maysilee dijo que, si ninguno de nosotros dos sobrevivía, serviría que Wellie siguiera con la lucha. Pienso en lo serena y elocuente que fue en la entrevista. Sería una vencedora mucho mejor, más lista y convincente para representar los derechos de los distritos que un granuja creído y egoísta, y eso suponiendo que ese granuja tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, que no la tiene. ¿Debería dedicar a eso mis últimas horas? ¿A proteger a Wellie de Silka y de los mutos del Capitolio? ¿A asegurarme de que la corona acaba en su cabeza y no en la de una profesional? Sí, estoy seguro de que eso es lo que habría querido Maysilee que hiciera, de haber conocido toda la historia.

Si voy a proteger a Wellie, primero debo encontrarla. La verdad es que, llegados a este punto, solo hay una forma. Si me encuentro con Silka, pues vale, le lanzo el dardo.

—¡Wellie! —grito—. ¡Wellie!

Iluminado por los últimos rayos del sol, empiezo a buscar en dirección sur, hacia la pradera. Me siento muy solo sin Maysilee. No me había fijado en la soledad antes de tenerla como compañera, pero ahora la oscuridad se abalanza sobre mí, sin nada que la suavice, y me aterra.

—¡Wellie!

Es como si fuera la última persona viva que queda en el mundo. Estar cerca de la muerte no ayuda. Recurro a Lenore Dove para consolarme, sabiendo que debe de estar pegada al televisor, viviendo conmigo mis últimas horas. En realidad, es mucho peor para ella. Por la impotencia. Pensar en Lenore Dove mirándome me impulsa a ser valiente o, al menos, a parecerlo.

—¡Wellie! ¿Dónde estás? ¡Soy Haymitch!

Espero que Lenore Dove no se separe de Sid cuando yo ya no esté, que siga enseñándole las estrellas y otras cosas, que se asegure de que…

¿Qué ha sido eso?

He captado un ruido extraño detrás de mí, algo que no encaja con los sonidos nocturnos de fondo del bosque. Me detengo y escucho.

¡Ring, ring!

Ahí está otra vez. No es natural, sino de fabricación humana. Metal contra metal, sin duda. Conozco ese sonido por un verano de hace mucho tiempo. Todavía era lo bastante pequeño como para tener tiempo libre.

Unos cuantos de nosotros (Lenore Dove, Blair, Burdock, un par de los McCoy y yo) estábamos jugando al pillapilla en un campo. Nos topamos con la bicicleta de un agente de la paz escondida entre las zarzas, junto a la carretera. A veces las usan para moverse por la ciudad, entregar mensajes y demás. Parecía que alguien la había soltado muy deprisa, y seguramente volvería a por ella. Pero, mientras tanto, era nuestra.

Las bicicletas son un bien preciado en el Distrito 12. Solo hay unos cuantos hijos de comerciantes que las tienen. Recuerdo que Maysilee y Merrilee presumían de tener una cada una, rosas, a juego, y que a veces las conducían por la plaza, para envidia de todos. Sin embargo, para los niños de la Veta eran un sueño imposible. Encontrar una bici de agente de la paz reluciente y abandonada era como si una camada de gatitos cayera por casualidad en un campo de menta de gato. Juramos guardar el secreto, apostamos vigías y, durante la siguiente semana, todos aprendimos a usarla. Era una máquina fantástica, robusta, cómoda, con los frenos en el manillar y una campanilla plateada reluciente con la que avisar de tu llegada. Entonces desapareció; lo más probable es que el agente de la paz regresara a buscarla, porque nunca había sido nuestra.

¡Ring, ring!

Es la campanilla de una bicicleta, no cabe duda. La que Maysilee tejió en el collar de Wellie cuando estábamos en el gimnasio. Ha oído mi llamada y esta es su respuesta. Me callo y sigo el sonido. Me conduce de vuelta al norte. Me da la sensación de regresar sobre mis pasos al lugar en el que ha muerto Maysilee.

¡Ring, ring!

Me detengo en la base de un gran árbol. La campanilla deja escapar un tintineo metálico desde lo más alto.

—No pasa nada, Wellie. Estoy aquí. Puedes bajar.

Espero, pero no hay respuesta. No se oye el crujido de las ramas ni el susurro de las hojas. Mi aliada no dice ni pío.

—¿Wellie? ¿Estás ahí?

La otra alternativa posible, Silka, no me parece capaz de subir tan alto como diría que está la campana. Y, si Silka se ha acercado lo suficiente a Wellie como para robarle el símbolo, habría visto otra paloma en el cielo. Empiezo a trepar.

Arriba, arriba, arriba, tan alto que empiezo a preguntarme si habré

acertado con el árbol. Las ramas escasean y tengo que plantar las botas en el tronco para no arriesgarme a que se partan. Cuando llego hasta ella, está tan quieta que casi ni la veo. Está tumbada en una rama estrecha, boca abajo, como una zarigüeya a la luz de la luna, con la campanilla encajada debajo de la mejilla y un cuchillo de tamaño infantil en la mano.

—Hola, Wellie.

Mueve levemente los labios resecos, pero no produce sonido alguno. Tiene la misma mirada vidriosa y encogida que he visto en las peores épocas de la Veta. Otra víctima del arma preferida del Capitolio: el hambre. Tengo que bajarla antes de que caiga rodando del árbol y darle algo de comer. El problema es que está tan frágil que no sé cómo hacerlo, y menos de noche. Le doy un traguito de agua de la botella y se le derrama por la comisura de los labios. Va a ser imposible conseguir que coma patata cruda.

Sigo con el agua.

—Intenta tragarla, Wellie —le suplico.

Ella consigue hacerlo un par de veces antes de perder el conocimiento.

La luna se esconde detrás de una nube y nos deja a oscuras por un momento, así que me abrazo al tronco para tener más estabilidad hasta que regresa la luz pálida. El aire parece volverse más denso, en general; ¿están preparando una tormenta? Me asusta la idea de estar atrapado tan alto y a oscuras mientras la corteza se vuelve resbaladiza, pero no puedo abandonar a Wellie. Podría usar mi eslabón para conseguir unas cuantas chispas, pero ¿cómo hacer una fogata aquí arriba? Hurgo en la mochila de Maysilee en busca de combustible, y entonces doy con el kit de la batería de patata. En teoría, podría encender una luz. Seguramente no iluminaría mucho, aunque quizá me ofrezca algo de consuelo.

Oigo un trueno lejano que me impulsa a intentarlo. Me encajo como puedo entre el tronco y una rama, y uso la mochila como mesa de trabajo. Beetee dijo que no se podía comer la patata después de usarla de batería, así que me limito a usar una y guardo la última para el desayuno de Wellie. La corto por la mitad, saco los componentes de la bolsa de plástico y me esfuerzo por imitar la demostración de Beetee. Envuelvo las monedas de cobre y los clavos de zinc en alambre, dejando un rabo, y los clavo en las mitades de la patata. Como hay poca luz, tardo un rato. Paso por un momento de apuro cuando una de las monedas se me escapa entre los dedos y cae al suelo del bosque. Estoy a punto de rendirme cuando recuerdo el

medallón de Maysilee y lo saco del cordón trenzado. Tras unos cuantos intentos fallidos, uno el alambre del final a una bombillita diminuta que me recompensa con un brillo muy tenue. En otras circunstancias, sería apenas visible, pero, en la penumbra de la arena, me da la vida. Wellie parpadea, abre los ojos, los clava en ella y suspira un poco.

Las primeras gotas de lluvia tamborilean en las hojas mientras busco algún sitio cercano en el que colocar la hamaca. Las ramas no parecen lo bastante resistentes, así que tapo a Wellie con una lona para que no se moje y la envuelvo varias veces en la manta de Maysilee. Después corto algunas tiras de lona, le rodeo las piernas y el vientre y las ato a su rama. No parece darse cuenta, está concentrada en la luz.

No hay forma de moverla hasta la mañana, así que preparo la segunda lona y unas cuantas tiras con las que sujetarme yo. Llueve a cántaros durante un rato, nos envuelve la niebla y a continuación se retiran las nubes. Estoy cabeceando cuando algo se engancha en las hojas sobre mi cabeza. El paracaídas trae una taza de pudin de vainilla caliente y un paquete de bolas envueltas en un papel arrugado muy alegre. Chocolate.

En el Capitolio todavía queda alguien con corazón.

Con paciencia, consigo que Wellie se coma el pudin poquito a poco. Y, aunque perdemos la mitad porque se le cae de la boca, la otra mitad le entra en la barriga. Después parto por la mitad una bola de chocolate con los dientes y le meto una mitad en la boca. Ella chasquea un poco los labios.

Yo también me permito comer un par de bolas. El chocolate es muy caro en la Veta. Se reserva exclusivamente para los cumpleaños y las ocasiones especiales. Este es de primera calidad, cremoso, dulce e intenso. Si es lo último que como, me daré por satisfecho.

Sacudo mi lona para usarla como manta y estoy a punto de volver a dormirme cuando oigo llorar a Wellie. Intento consolarla, pero está profundamente dormida, así que los llantos proceden de mucho más abajo, en la base del árbol. ¿Silka? ¿Quién si no? No está intentando cazarnos, sino que se acurruca contra el tronco. No la había tomado por una llorona. Aunque, claro, es probable que yo todavía tenga las mejillas manchadas de lágrimas por Maysilee. Seguro que Silka también tiene mucho por lo que llorar. Aunque esté claro que es la favorita de los Juegos, todos tenemos críos muertos como para llorar toda una vida.

Soy muy consciente de que estamos los tres hechos un ovillo alrededor

de este árbol, el último trío de latidos humanos en la arena. Es triste, es desesperado, pero también es un momento excepcional de unidad de los distritos en los Juegos del Hambre. Y sé cómo mejorarlo aún más: dejo caer un puñado de bolas de chocolate hacia la oscuridad de la noche. Un ruido de sorpresa. Los sollozos paran hasta convertirse en sorbidos de mocos. El crujido de un envoltorio. Silencio.

Con todo, el cartel no ha quedado nada mal.

24

Lo poco que duermo está cuajado de pesadillas y desasosiego, y al amanecer me encuentro tan débil y agotado como el tipo del poema de Lenore Dove. La arena no es amiga de darle tiempo a nadie para poder llorar en condiciones a sus muertos, y yo me siento engañado, superficial y desalmado. Louella, Ampert, Maysilee y todos los demás se merecen algo mejor, pero no soy capaz de generarlo.

Le echo un vistazo a Wellie, que duerme tranquilamente en su rama. No hace falta despertarla todavía.

Silka se ha ido. No es que esperase una gran alianza entre nosotros. Ha tenido un momento vulnerable, ha aceptado el chocolate y después se habrá sentido avergonzada por ello. Supongo que el Distrito 1 no recompensa a sus profesionales por ser humanos. Sí, Silka está ahí fuera, probablemente cerca, a no ser que busque comida. Puede que se le haya ocurrido ir a la Cornucopia o volver a por las provisiones de Maritte. Sin embargo, sabe dónde estamos y volverá para matarnos.

Saco los brazos de la lona para restregarme los ojos y me doy cuenta de que tengo manchas negras en los dedos. No sé bien de dónde han salido; no me fijé en ellas anoche. No creo que sea la corteza del árbol, la verdad, ni la lona… ¿Algo en la batería de patata? Tampoco importa mucho. A no ser…

De repente, se me encienden un puñado entero de bombillas. Me veo sacando el medallón de bronce del collar de Maysilee. Veo el residuo negro que me quedó en las manos tras preparar la mecha en el depósito. Y las últimas palabras de Beetee en el bufé: «Y si Ampert no aparece… También hemos sustituido el…».

Pero después apareció Wellie y no me enteré de qué más habían reemplazado, aparte de los símbolos del Distrito 9. Una mecha de repuesto. Por si fallaba la de Ampert. ¿Es eso lo que he llevado colgado del cuello, disfrazado de collar de Maysilee? Finjo concentrarme en el amanecer

mientras jugueteo con la cuerda trenzada, restregándola entre el pulgar y el índice, y después toco, como distraído, la tapa de la botella de agua. No cabe duda: las manchas proceden de su símbolo.

Una última oportunidad. Una última oportunidad para arruinar los Juegos de un modo que el Capitolio no pueda esconder. No estaré completamente seguro hasta que desenrolle el cordón y busque el detonador, pero, si tengo razón, no debo desperdiciar este regalo de despedida.

Apoyo la espalda en el tronco, intentando fingir indiferencia, mientras le doy vueltas a la cabeza. ¿Qué objetivos quedan? He destruido el depósito, el generador queda fuera de mi alcance y será difícil entrar de extranjis por segunda vez en el Sub-A. Eso nos deja con la Cornucopia. Y ¿por qué no? ¿No es el símbolo más importante de su despreciable espectáculo? Y ¿acaso no es puramente simbólico el único gesto que me queda, dado que no puedo acceder a la maquinaria? Podría abrir un bonito agujero en el lateral de su reluciente cuerno dorado. Convertirlo en un recordatorio humeante y feo de la historia de los Juegos del Hambre. Un cuerno de la abundancia, pero solo para unos pocos. La desesperación para muchos. La destrucción para todos.

De nuevo, lo más difícil será que lo muestren en pantalla, aunque, como solo quedamos tres, quizá sea posible. Si logro revivir un poco más a Wellie, meterle calorías suficientes para que aguante y esconderla en un sitio seguro, podría montar un enfrentamiento final con Silka en la Cornucopia. Intentar acabar con ella y con el cuerno en la misma explosión. Si estamos justo al lado, ¿cómo no van a mostrarlo? Y, entonces, si sobrevivo, Snow ordenará a los Vigilantes que me maten y Wellie se llevará la corona.

Le echo un vistazo a su carita demacrada y me paro a pensarlo un momento. Wellie está a punto de morir de hambre. Aunque aguante, la falta de comida la vuelve vulnerable a muchos otros peligros, desde la debilidad física a la deshidratación, pasando por la enfermedad. Nos queda un poco de chocolate, pero meterle eso directamente en el estómago encogido podría surtir el efecto contrario al deseado. Queda la última patata, que es buena y blanda para la tripa, pero hay que asarla. De acuerdo. Esa es la prioridad. Asar la patata. Alimentar a Wellie. Esconder a Wellie. Atraer a Silka a la Cornucopia. Volarla en pedazos con la Cornucopia. ¿Qué puede salir mal?

Bueno, para empezar, hay un problema: después del incidente del

depósito, si los Vigilantes me ven desenrollar un símbolo, todos los mutos de la arena van a ir a por mi cabeza. Necesito un momento fuera de cámara.

Para qué esperar. Como si me protegiera del sol, me echo la lona sobre la cabeza. Procurando moverme lo mínimo posible, abro el enganche del collar de Maysilee y desenrollo el cordón. Me animo al ver el detonador bien sujeto al extremo; puede que todavía quede esperanza. Tras envolverlo bien en la mecha, me lo escondo en el bolsillo y me restriego bien las manos en los pantalones para limpiarlas. ¿Se fijarán los Vigilantes en la ausencia del símbolo? Cuando se despierte Wellie, debería fingir perderlo. Podría haber acabado como el medallón de latón. Por otro lado, llamar la atención sobre su ausencia podría ser un arma de doble filo.

Hago inventario del equipo. Mecha, sí. Detonador, sí. Explosivo, sí. Eslabón, sí. Tengo todo lo que necesito, incluso un puñado de envoltorios aceitosos que sirvan de yesca. Deseando ponerme en movimiento, me quito la lona, me estiro y me suelto de las tiras que me sujetan al árbol.

Wellie abre los ojos de golpe. Me mira, como sopesando mi valía, y frunce el ceño.

—No vuelvas a dejarme sola —susurra.

Sin duda, desde su punto de vista, soy el novato que ha abandonado a todo el mundo. No se equivoca. Tenía cosas más importantes que hacer, pero no se equivoca.

Intento sonar alegre.

—Oye, Wellie. ¿Y si bajo y te aso una patata? ¿Crees que podrías con ella?

—No me dejes sola.

—Bueno, estoy bastante seguro de que Silka está cerca. Me parece que aquí arriba estarías más segura.

—No. No puedo quedarme sola otra vez. —Empieza a forcejear con sus ataduras—. Te seguiré.

—¡Vale, vale! —La calmo—. Deja que te desate.

No es lo ideal, pero no puedo arriesgarme a que intente bajar detrás de mí; seguro que se cae y se mata. Le quito con cuidado las tiras de lona y la manta, y lo guardo todo en la mochila.

—Necesito que te agarres a mí. ¿Te ves capaz?

Ella asiente, pero, cuando me rodea el cuello con los brazos, están tan flojos como fideos cocidos. Tendré que llevarla sobre los hombros.

—Mejor probamos con la técnica de los mineros —le digo, y lanzo la mochila al suelo.

Después la levanto con cuidado y me la pongo sobre los hombros, como nos enseñaron si tenemos que sacar a los heridos de la mina después de un accidente. La niña nunca ha sido gran cosa, aunque dudo que ahora llegue a los veintisiete kilos. Bajo poco a poco del árbol y estoy a punto de caerme dos veces porque las ramas se parten debajo de mis botas. Cuando llego al suelo, la coloco con delicadeza sobre las agujas de pino.

Tras darle una bola de chocolate para que la roa, preparo un nido de mantas para ella. Cuando la toco para ver si tiene fiebre, está fría como el mármol.

—¿Tienes frío?

—Un poco —responde, y veo que tiene los labios algo morados.

—Bueno, con un fuego te calentarás. Después te aso una patata.

Examino por encima los arbustos locales y me doy cuenta de que va a ser todo un reto. La lluvia de anoche, aunque relativamente breve, cayó con ganas y mojó todo el combustible a nuestro alcance. En pocas horas, el sol me echará una mano, pero, por el momento, parece haber poco combustible seco. Voy a tener que ir a buscar algo que haya quedado protegido por las ramas más largas y gruesas o por formaciones rocosas.

¿Qué hago con Wellie? ¿Cargo con ella? Va a ser complicado si quiero recoger leña. ¿Cruzo los dedos y espero que Silka esté lejos? Demasiado arriesgado. Eso significa que la tengo que esconder.

—Wellie, tengo que alejarme un poquito para buscar combustible.

—No me dejes sola.

—No será mucho rato y no me iré lejos. Me aseguraré de que estés bien escondida.

—No.

—Necesitamos fuego. No pasa nada. Mira lo que tengo para ti. —Le cuelgo al cuello la cerbatana—. Era de Maysilee. Está cargada. Solo tienes que respirar hondo, soplar muy fuerte por este extremo y saldrá volando un dardo envenenado. Con esto mató a Panache. Me salvó la vida.

—Maysilee también nos dejó solos —dice con tristeza.

—No, se separó sin querer cuando buscaba a Lou Lou y no pudo volver con vosotros. Ella habría querido que te quedaras con esto. Me dijo que pensaba que serías una buena vencedora.

—Ah, ¿sí? —Abre mucho los ojos—. ¿Qué quería decir? ¿Una buena vencedora?

Gran pregunta.

—Creo que quiere decir que nunca has dejado de ser una novata.

A Wellie se le llenan los ojos de lágrimas y después se arma de valor, decidida.

—Puedo hacerlo. Por los demás. Escóndeme.

Extiende los brazos para que la lleve.

Cerca de nosotros descubro un árbol casi escondido por una cascada de vides silvestres. Meto a Wellie tras ellas y dispongo la cortina de hojas lo mejor que puedo, presionado tanto por el tiempo como por la geografía. Esperará a que regrese, armada con su cuchillo de mondar y su cerbatana.

—Recuerda —le digo—, solo tienes un dardo, así que úsalo bien. Ahora, quédate aquí y volveré antes de que te des cuenta.

Aunque mi intención es que sea cierto, mientras busco recorriendo un círculo cada vez más amplio, empiezo a perder la confianza. La leña disponible echaría una barbaridad de humo, aun suponiendo que fuera capaz de prenderle fuego con mi puñado de envoltorios de bombón, lo que tampoco está tan claro. La idea de asar una patata pierde su atractivo. Quizá si la corto muy finita, aunque esté cruda, Wellie sea capaz de digerirla. Lo que de verdad ayudaría (¡hola, patrocinadores!) es una bonita cesta llena de comida. Vamos, ¿a qué están esperando? Seguro que dos de los tres últimos tributos de la arena tienen lo suficiente acumulado en sus cuentas como para pagar un caldo de pollo. Creo que Mags me ha leído la mente porque, cuando vuelvo para reunirme con mi aliada, un paracaídas casi me roza la nariz al caer al suelo, sobre mis botas. Me agacho para abrirlo y encuentro una recargada cesta de pícnic. Sobre ella hay una tarjeta de papel grueso en la que se lee: «Cortesía del Capitolio». ¿Es que hay algo en esta arena que no lo sea? Dentro, rodeada de una servilleta de lino blanco como la nieve, encuentro una jarra. Me estremezco al levantarla para que le dé el sol. El cilindro blanco que descansa sobre la escalera de caracol. El águila dorada posada en la tapa. Pulso la cola con el pulgar para abrirla, y veo la leche fresca y cremosa del interior. Si no es la jarra de la biblioteca de Plutarch, se trata de una réplica exacta.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo y meto la jarra otra vez en la cesta para disimular lo mucho que me tiemblan las manos. ¿Cómo debo interpretar

este nuevo regalo? Solo hay dos posibilidades, y son tan opuestas como el día y la noche.

Si lo analizo en positivo, Plutarch podría estar haciéndome un regalo a través de Mags. Una pizca de sustento, ánimo líquido. Podría significar: «Bien hecho, Haymitch. A través de la niebla de la propaganda, las cartas en tu contra y las mentiras, veo que has tenido éxito en tu misión. Has cumplido. Y, aunque la explosión del depósito no ahogara por completo el cerebro, lo que no es culpa tuya, ha conseguido que todo caiga en picado. Llévale esta leche a Wellie, mantenla viva, juega tu mano lo mejor que puedas».

Por otro lado, quizá Mags no tenga nada que ver con esto y el malvado mensaje sea tal que así: «Saludos de tu presidente. Creías que no había visto tu pequeño truquito con la jarra de leche en la biblioteca, pero te equivocabas. Porque lo veo todo. Tus bombas, tus complots, e incluso el eslabón que te regaló tu pajarito. Y ahora tienes que elegir. ¿Bebes la leche? ¿Se la das a tu aliada enferma? ¿La tiras al suelo? Porque, como es natural, sospechas que está envenenada. ¿Qué vas a hacer, Haymitch Abernathy? Debes saber que los ojos de Panem, y los míos en concreto, observan todos y cada uno de tus movimientos».

Sí, todos me observan. Si no llevo de inmediato esta leche a Wellie e intento salvarle la vida, parecerá que finjo ser amable con ella, aunque, en realidad, intento matarla para estar un paso más cerca de ser el segundo vencedor del Distrito 12. No obstante, estoy casi seguro de que está envenenada y procede de Snow. No creo que Plutarch sea tan descuidado como para vincularse en público conmigo, teniendo en cuenta lo del depósito. Seguro que muchas personas, muchos Vigilantes, reconocen este símbolo de la escalera dorada que está repartido por la mansión de los Heavensbee. A conjuntito. Teniendo en cuenta que lo asignaron a cubrir a los tributos del Distrito 12, es probable que patrocinarnos vaya contra las normas. Como dijo Proserpina que les pasaba a Vitus y a ella.

Esta muerte lechosa es de Snow. El destino que he intentado desafiar desde que vi aquella perversa tarta de cumpleaños en el tren se ha posado ante mí y me observa como el cuervo del poema, encaramado para siempre sobre la puerta de mi habitación. Estoy en sus manos y puede manipularme como desee. Soy su marioneta. Su peón. Su juguete. El cartel que estoy pintando es el suyo. Su propaganda. Estoy condenado a obedecer sus

órdenes en los Juegos del Hambre, la mejor propaganda con la que cuenta el Capitolio.

Mi padre se debe de estar revolviendo en la tumba.

La orgullosa alianza de los distritos, los novatos, nunca ganará, no se lo van a permitir. Wellie morirá envenenada o de hambre o a manos de una profesional. Silka, la aspirante a ciudadana del Capitolio, se llevará la corona.

¿Y yo? Solo me queda una cosa por hacer si no quiero morir como un traidor a los distritos (como el asesino de Wellie por negligencia, ya que me niego a envenenarla) y Snow lo sabe. Ha seguido todos y cada uno de mis movimientos hasta esta resolución final, y espera mi inevitable rendición. Tengo que beberme la leche. Este es el momento. Se acabó el juego.

Saco la jarra, abro la tapa y examino el contenido. Mi cuerpo entero se resiste a claudicar. Me pregunto si podría fingir tropezar y soltar la jarra, con lo que al menos pospondría la victoria de Silka, cuando suena un cañonazo. Me quedo paralizado, perplejo. ¿No era este el momento en el que el presidente saboreaba mi derrota? ¿Qué está pasando? ¿Quién ha interferido con su plan?

Tiro la jarra, oigo que se rompe contra una roca y salgo corriendo hacia las vides silvestres. Tal y como le prometí, no estoy lejos. Me aferro a la esperanza de que los mutos hayan acabado con Silka. Eso lo simplificaría todo.

Tras rodear un último bosquecillo de árboles jóvenes, el horror me deja helado. Silka permanece inmóvil como una estatua, con el traje verde moco salpicado de rojo brillante. En la mano derecha, su hacha. En la izquierda, la cabeza de Wellie, con los ojos y la boca abiertos. Lo único que se mueve, lo único que se oye es la sangre que gotea sobre las agujas de pino del bosque. El cuerpo de Wellie está hecho un ovillo, a pocos metros. La reluciente campanilla de bicicleta. La cerbatana. Las botas tamaño infantil. El cuchillo diminuto en su patita de pájaro. Plumas de color gris paloma. Un polluelo decapitado. Aunque viviera mil años, jamás lograría borrarme esta imagen de la cabeza.

—¿Qué has hecho? —pregunto entre dientes.

Silka se esfuerza por enfocar la mirada. Sostiene en alto la cabeza de Wellie, como para defenderse.

—Me ha atacado.

Ahora es cuando me fijo en el dardo envenenado que le cuelga de la amplia manga, sin tocarla. Wellie ha intentado protegerse. Ha defendido el honor de los novatos. Es probable que apenas le quedara aire para sacar el dardo del tubo. La he abandonado, como ella temía. Cegado por el deseo de pintar mi cartel, he dejado solo al verdadero tesoro.

—Tenía que morir. Tú también —sigue diciendo Silka—. Es la única forma de volver con los míos.

—Todos tenemos a alguien con quien volver. ¿Crees que los tuyos serán capaces de olvidar lo que has hecho? Sé que los míos no.

Dame por perdido, Sid. Reniega de mí. Escupe cuando oigas mi nombre. Que fracasara con el plan de romper la arena no es nada comparado con esto.

—Cuando llegue a casa, les explicaré cómo era esto —dice ella.

—Ah, pero es que no vas a volver a casa, Silka —respondo, sacando el hacha del cinturón.

Ninguno de los dos volverá a casa. La mataré y después Snow me matará a mí. Los Juegos no tendrán vencedor.

Ese es el cartel del segundo Vasallaje de los Veinticinco.

Ayuda ver cómo tira al suelo la cabeza de Wellie, sin miramientos y sin compasión por ella, ni siquiera una vez muerta. También ayuda verle una mancha de chocolate en lo alto del pómulo, supongo que de limpiarse anoche las lágrimas durante nuestra tregua unilateral. Y, por último, ayuda que grite:

—¡Yo seré la que honre al Capitolio!

Nos enfrentamos, hacha contra hacha. Ojalá poder afirmar que soy más veloz o más fuerte, pero estamos igualados. Su entrenamiento es superior, aunque yo cuento con una ventaja que ella no tendrá nunca. ¿Esos treinta y un aliados de los que presumí ante la Vigilante Jefe? Siento que todos ellos me acompañan.

Su primer golpe va derecho a mi cabeza, como si pretendiera dividirme en dos partes iguales. Consigo bloquearlo por los pelos. Mi contraataque le da en la pierna, que sangra. Le veo la sorpresa en el rostro durante un segundo. Silka no esperaba que lograse superar sus defensas. Bueno, puede que no haya recibido entrenamiento, señorita Silka, pero te apuesto lo que sea a que he pasado más tiempo que tú con un hacha en la mano, y tengo el licor blanco y la colada limpia para demostrarlo. El tiempo que pasé

pegándole hachazos a la arena después de la muerte de Ampert tampoco me vino mal. Ahora mismo, es como si hubiera nacido con un hacha en la mano.

Bárbaro. Brutal. Sangriento. No hay forma de embellecer lo que sigue. Seguimos asestándonos golpes, y algunos aciertan. La cabeza de su hacha choca contra la de la mía, forcejeamos y me da tal patada en las rodillas que veo las estrellas. Esquivo un ataque, y su hacha acaba clavada en un tronco, así que, mientras intenta sacarla, le doy un hachazo cerca de la cadera. Unos cuantos movimientos después, se vuelve hacia mí y me corta el muslo. Cuando nuestras armas se enganchan, le aplasto la cara con el mango y le salto un par de dientes. Sin embargo, al final, el entrenamiento de Silka da sus frutos. Alza el hacha sobre la cabeza con un giro muy intrincado y me pilla distraído. Deja caer la hoja de repente y, antes de tener tiempo para retroceder, me da un tajo en el vientre.

Ahogo un grito. De un golpe, me quita el hacha de la mano. Me toco la herida. Es grave. Viene a por mí. Me vuelvo para huir, pero me atrapa con una llave de cabeza que me deja sin respiración. Empiezo a ver motas negras en los bordes de mi campo visual y siento que empiezo a desaparecer, hasta que veo el cuerpo decapitado de Wellie. No puedo permitir que gane Silka. Con un último esfuerzo, me saco el cuchillo del cinturón y lo empujo hacia atrás, por encima del hombro. Un chillido. Con el cuello libre, huyo sin saber qué daño le he causado.

Apretándome la herida con ambas manos, corro en zigzag a través del bosque; sé que tengo que enfrentarme a ella, aunque estoy seguro de que es imposible; me enloquecen el dolor y el miedo. Las ramas me azotan el rostro, las raíces se me enganchan en las botas, y reboto de un árbol a otro. Mi único objetivo es aumentar el espacio que me separa de los gritos de Silka. Sin embargo, oigo que se acerca. Empiezan a temblarme las piernas cuando el olor a insectos quemados me avisa y me encuentro de vuelta en la abertura del acebo. ¡Mariquita, mariquita, aquí estoy otra vez! Pero, ahora, su hogar ofrece tanto refugio como una oportunidad para recuperarme. Puede que una profesional que adora al Capitolio, cumple las normas y va vestida de verde moco tema seguirme más allá de los límites establecidos de la arena.

Me acerco, tambaleante, al borde del barranco y noto el aire caliente que sube del cañón. Incapaz de seguir corriendo, me vuelvo hacia mi

contrincante. Con límites o sin ellos, Silka entra en el seto detrás de mí. Ahora puedo evaluar el daño causado por el cuchillo y hacerme responsable de la cuenca vacía en la que antes estaba su ojo. Parece poca cosa comparado con lo que me cuesta mantener mis entrañas en su sitio. Sin vacilar, levanta el hacha y la lanza. Mis rodillas, que ya estaban a punto de ceder, se doblan como cartón y me dejo caer en la tierra justo cuando el hacha pasa silbando por encima de mi cabeza y cae al desfiladero.

Entonces recuerdo el campo de fuerza. Y lo que sucede cuando sueltas un objeto. Espero, sin aliento, a lo que el amor de mi vida llamaría justicia poética.

Silka se queda donde está, con la mano sobre la cuenca del ojo ensangrentada. Con el ojo bueno me examina la herida y calcula la llegada de mi muerte. Entonces regresa el silbido, y Silka pasa por un momento de confusión cuando el hacha, dando vueltas en el aire, refleja la luz del sol, hasta que se le clava en la cabeza con un ruido nauseabundo.

Ahora estamos los dos en el suelo. Ruedo para ponerme boca arriba y veo el aerodeslizador que flota sobre nosotros. Silka se niega a morir, le brota de los labios un gorjeo estrangulado. Solo tengo que aguantar más que ella. Me hurgo en el bolsillo en busca de un pañuelo con el que ayudar a contener mi hemorragia. Sin embargo, lo que encuentro son las reliquias de mi último plan, o penúltimo, o lo que fuera. Las herramientas que necesitaba para abrir un agujero en la Cornucopia. Bueno, eso queda descartado, claro. Morir fuera de la arena tendrá que bastar. Aunque sí que parece una lástima no intentar pintar un último cartel. ¿Todavía puedo morir haciendo todo el ruido posible? Sí. Ahora me queda todo claro. Sé lo que tengo que hacer.

«No te preocupes, papá. No te preocupes, mamá. Levanta bien la cabeza, Sid. Nadie más que yo pintará este cartel».

Noto que la consciencia amenaza con marcharse mientras me quito el girasol del cuello y le pincho el detonador. Corto la mecha con los dientes, le dejo unos pocos centímetros y tiro al suelo lo demás.

«Esta vez funcionará, Ampert. La bomba de relojería va a estallar, Louella. Wyatt. Lou Lou. Wellie. Engancha tu meñique con el mío, Maysilee. Presta atención, Panem. Los novatos siempre caen de pie».

La tarjeta del presidente, cortesía del Capitolio, se rompe sin problema.

Arrugo los trocitos y los apilo con los envoltorios. Finalmente, me saco el collar del eslabón y le doy un largo beso.

«Ay, Lenore Dove. Ay, amor de mi vida. Contigo antes, ahora y siempre. Y te encontraré. Te encontraré».

—Haymitch. Haymitch Abernathy. Detente ahora mismo.

Sostengo el cuarzo con una mano temblorosa, mientras que la otra se cierra en torno a la cabeza de la serpiente y del pájaro cantor. Qué preciosidad, qué bien hecho. Bonito y práctico, como dijo ella. Ahora ha encontrado su verdadero propósito.

Suena un cañonazo. No hay corona para ti, Silka, solo pinza. Escucha, esas trompetas deben de sonar en mi honor.

Una lluvia de chispas vuela hasta la pila y florece en una llamita. Una lluvia de balas me baila alrededor de las manos. Ja. Fallasteis.

—¡Quieto! Haymitch Abernathy, has… ¡Suelta eso! ¡Suelta eso ahora!

La llama ya muere cuando sostengo en alto la bomba, que besa la punta de la corta mecha y empieza a comerse el hilo negro, hambrienta.

—¡No sabes lo que estás haciendo! ¡Para! ¡No la lances!

Pero lo hago. Con mis últimas fuerzas, lanzo el girasol al barranco. Como mínimo, el estallido será impresionante. Sin embargo, el pánico en la voz del Vigilante me da esperanzas de que sirva para algo más. ¿Qué pasará cuando la explosión se encuentre con el campo de fuerza? No tengo ni la más remota idea. Pero parece que les da miedo. El cuarzo se me cae al suelo y se mezcla con las otras piedras. Me meto el eslabón bajo el cuello de la camiseta para que descanse sobre el corazón. Ella lo entenderá.

El viento dispersa las últimas cenizas y se las lleva al olvido. Las motas negras me anegan los ojos y forman una nube que tapa la luz del sol. Un estallido sacude el mundo.

Lo último que siento es el tacto resbaladizo de mis intestinos en la mano, el pájaro cantor contra la piel y el temblor de la tierra bajo el cuerpo.

Muero feliz.

25

Plic. Plic. Plic.

«Parece que mamá ha colgado la ropa dentro».

Plic. Plic. Plic.

«Qué frío. Tengo que echar carbón al fuego. Qué frío. Dónde está mi colcha. Sid, ¿me has quitado la colcha?».

Plic. Plic. Plic.

«Hattie está embotellando un lote nuevo. Siempre apesta así. Hay que tirar la primera tanda. “Tira la espuma, Haymitch, que eso te mata. Te mata”».

Plic. Plic. Plic.

«Demasiado tarde, Hattie. Ya estoy muerto. ¿Hattie?».

Plic. Plic. Plic.

«¿Hattie? ¿Mamá? —No hay respuesta, algo malo pasa—. ¿Mamá?».

Me despierto de golpe. ¿Por qué está Hattie con el alambique en mi cocina? Nos van a detener a todos. ¿Por qué no me responde nadie? Esto no es la cocina. ¿Qué narices está pasando? ¿Por qué me duele tanto?

Un brillo verdoso similar al del cielo en un tornado. Noto en la nariz y sobre la lengua el olor fuerte del alcohol unido al de productos químicos. Un goteo constante mezclado con un murmullo lejano, palabras que no logro distinguir del todo. Metal frío que me sujeta a metal frío. Miedo.

Parpadeo con ganas y enfoco la vista. A través de la luz pantanosa, veo un techo surcado de tuberías. Me humedezco los labios, que están secos como la lija, e intento tragar saliva. Al mover el brazo para restregarme los ojos, descubro que no logro subir las manos más allá del vientre. Toco con los dedos la larga hilera de puntos que me cruza la barriga. No les encuentro sentido. Una mesa de acero debajo de mí. No hay ni colchón ni sábana ni almohada. Esposas metálicas con cadenas cortas en las muñecas y los

tobillos. Correas sobre el pecho. Desnudo como un arrendajo. Nada encima. No, algo queda. Mi eslabón…

El recuerdo aparece de repente. El barranco. La bomba. Los estertores de Silka. Las advertencias desde el aerodeslizador. Las chispas volando. La mecha que se enciende. El arco del girasol contra el cielo abierto. Y, entonces, un ruido ensordecedor.

Tengo que estar muerto. Toqué los intestinos que se me salían del cuerpo. Me apagaba. Quería irme. El trabajo estaba hecho, había terminado de pintar mi cartel.

«¿Qué me ha pasado?».

El eslabón me descansa sobre el pecho, como en mis últimos momentos, salvo que ahora me cuelga del cordón de las botas. Alguien me lo ha atado al cuello, y no ha sido mi madre.

«¿Dónde estoy, Lenore Dove? ¿Dónde estás tú, mi único amor?».

Me salen tubos de los brazos. Tengo uno en la barriga. Giro la cabeza a un lado y el dolor me abrasa las tripas. A unos cuantos metros veo rostros apretados contra una pared de cristal. Bocas abiertas sin lengua. Avox desnudos y sucios golpean el cristal y me suplican algo que no puedo darles. Aterrado, vuelvo la cabeza hacia la izquierda.

Un momento de alivio al encontrarme con mi viejo amigo, el conejo gris de la arena. Mi paloma en la mina de carbón, que me avisó del peligro, que me sacó del laberinto. ¿Ha regresado para salvarme de nuevo? «Ayúdame. ¿Puedes ayudarme?». Los ojos verdes no parpadean dentro de su tanque. Se aprieta contra el cristal. ¿Por qué tiembla de ese modo?

Algo sale de entre las sombras y ataca. Una serpiente de dos metros de largo se traga a mi aliado. Un bulto en su cuerpo fibroso.

Cierro los ojos con fuerza. Esto debe de ser una pesadilla. O puede que me haya ido a otro mundo, uno muy malo. Intento obligarme a perder la consciencia para escapar de este lugar malvado, pero, en el fondo, sé que es real. Tiemblo tanto como el conejo. Más. A la espera de mi serpiente. Por favor, enviadme ya a la serpiente y acabad con esto.

Oigo pasos amortiguados. Un tirón de los tubos. Una mujer enmascarada cambia una bolsa vacía por otra llena de un fluido claro.

—¿Dónde estoy? —pregunto con voz ronca. No me hace caso. Se limita a limpiar mis puntos con una esponja empapada en un líquido apestoso, lo que me dispara el dolor por todo el tronco—. ¡Para! ¡Me haces daño!

Forcejeo. Ella no para. Yo sí, porque moverme empeora el dolor.

Se marcha. Más murmullos. Esta vez distingo algunas palabras. «Laboratorio». «Septicemia». «Alborotador». Algo frío brota de la aguja que tengo metida en el brazo. La nada.

Cuando despierto de nuevo, cuento con más información. En este lugar, si alborotas te recompensan con el olvido. Te lo meten en el cuerpo desde lejos, como las drogas de la bomba de Lou Lou. Pruebo a ser lo más alborotador posible durante varias ¿horas? ¿Días? ¿Semanas? Estoy aquí encerrado. Cuando estoy consciente, los avox suplican. Los pies acolchados traen dolor consigo. Unos mutos grotescos sustituyen a los humanos. Más conejos mueren. Me meten sustancias asquerosas entre los labios. La luz del sol no atraviesa las paredes, no tengo ningún aliado que me consuele. Estoy completamente solo e indefenso.

Más confusión cuando despierto dentro de un nido de color naranja tostado. No sé cómo, pero vuelvo a estar en el piso de los tributos. Al otro lado de la habitación, la cama de Wyatt, desnuda, me pilla desprevenido. Todavía no he tenido tiempo para llorar su muerte.

Poco a poco, muevo los dedos de las manos y de los pies. Han desaparecido todos los tubos y ataduras, pero tengo una bomba como la de Lou Lou insertada en el pecho, desafiándome a quitármela. Echo atrás la colcha peluda y las sábanas buenas, y me examino la herida del vientre. No hay puntos, solo una cicatriz roja y arrugada, como una sonrisa torcida. Al muslo le ha ido mejor, aunque llevará una marca de por vida. Sigo desnudo. Me levanto, pero caigo de nuevo en la cama y me tengo que agarrar a las sábanas porque la habitación me da vueltas. Espero a que se asiente antes de volver a intentarlo. Con los pies bien planta dos en el suelo, me levanto muy despacio. Mi pijama está hecho un ovillo en el suelo, donde lo dejé la mañana de los Juegos del Hambre. Sin otra opción a mano, me lo pongo.

Entro tambaleándome en el salón y me apoyo en la jamba de la puerta del dormitorio de las chicas. Sobre los muebles y el suelo está la ropa de cama de cuando dormimos todos juntos. En la almohada de Lou Lou hay manchitas de sangre seca. El pijama de Maysilee está doblado con mucho esmero sobre su cama. Aquí no hay nadie porque todos han muerto.

—¿Mags? —grazno—. ¿Wiress?

No hay respuesta. El edificio entero es como una tumba. La calle a la que da está desierta. Bloqueada. Con barricadas. Está claro que soy un joven

peligroso. El granuja encantador ha resultado ser un rebelde letal. Woodbine Chance ha crecido hasta convertirse en uno de sus parientes impredecibles, condenado a colgar del cuello mientras el Distrito 12 mira. Siento el impulso de huir, así que corro al ascensor y pulso el botón repetidas veces. No hay ni zumbido ni luces ni escapatoria posible.

En la cocina, la mesa está vacía, pero en el frigorífico encuentro una bandeja con panecillos y un estante lleno de cartones de leche de medio litro. La dieta de Snow después de las ostras mortíferas. Aunque se me ha encogido el estómago hasta quedar reducido al tamaño de una nuez, todavía me pide comida. Mojo trocitos de pan en la leche y los chupo. Ya no me preocupa envenenarme. Si el presidente me quisiera muerto, ¿por qué molestarse tanto en mantenerme con vida? Tiene grandes planes para mí. La cámara de la esquina me recuerda que vigilan cada uno de mis movimientos o, al menos, que los graban. No, llegados a este punto, seguro que me vigilan. Tengo a alguien pendiente de mí las veinticuatro horas del día. No permitirán que muera. Me resucitarán en el Capitolio para que los entretenga. Puede que incluso estén retransmitiéndome en directo. Quizá, ahora que soy un vencedor, nunca vuelva a estar fuera de cámara…

Exhausto tras mi excursión, regreso a la cama y me sumo en un sueño inquieto.

Pasan los días. Aquí no hay nadie que me imponga un horario. Me sobra tiempo para meditar sobre las consecuencias de mis acciones en la arena, la joya perfecta de Snow que he procurado socavar cada vez que se me ha presentado la oportunidad para ello. Ahora no es algo de lo que disfrute, ya que me pregunto quién habrá pagado el precio. Beetee. Mags. Wiress. Seguro que los están torturando para que revelen los nombres de sus cómplices. Los simpatizantes de los rebeldes que crearon las bombas de girasol y los collares de mecha. Los Vigilantes y los agentes de la paz que ayudaron a introducirlos en la arena. Espero que se libren Effie y el equipo de preparación, que no son más que peones del Capitolio que no se enteran de nada. Dudo que nadie sospeche que Magno Stift y Drusilla son simpatizantes, ni tampoco me importa si lo hacen. ¿Y Plutarch? Todavía no estoy seguro de su papel en todo esto, aunque tenía razón sobre el sol y los caballones, y, sin esa información, habría sido imposible llevar a cabo mi plan. ¿Es un aliado? ¿Un agente del Capitolio? ¿Ambas cosas? Imposible saberlo.

No me atrevo a pensar en mis seres queridos del Distrito 12. Todo lo que he hecho, todas las decisiones que he tomado, se basaban en saber que mi muerte los protegería. En la biblioteca, Snow me lo garantizó: «Cuando desaparezcas, Lenore Dove y tu familia deberían ser libres para disfrutar de una vida larga y feliz». Como dijo Beetee, si él hubiera muerto, Ampert seguiría vivo. Snow quería que sufriera el horror de ver la ejecución de su hijo; si no, no tenía sentido matarlo. Sin embargo, como Snow necesitaba a un vencedor para su perfecto Vasallaje de los Veinticinco, supongo que ha cambiado de idea sobre mi muerte.

Para empeorarlo todo, las transgresiones de Beetee eran clandestinas, mientras que las mías las televisaban a todo el país. ¿O no? No tengo ni idea de cómo habrán editado, suprimido o manipulado mis actos. Es posible que no hayan retransmitido nada significativo, lo que habría dado al traste con la eficacia de mis carteles, aunque quizá sirva para mitigar mi castigo.

Solo sé una cosa: he estado retando en público a Snow y a su Vasallaje desde que llegué al Capitolio. Incluso después de la reunión privada en la biblioteca, presumí de desafiarlo. Si le sirvió ostras envenenadas a Incitatus Loomy, el director del desfile, ¿qué banquete tendrá reservado para mí y para los míos?

Por los cambios de luz en la calle, puede que ya haya pasado una semana. Sigue mi confinamiento en solitario. El aislamiento da casi tanto miedo como aquel laboratorio espeluznante. Cuando empiezas a echar de menos a los mutos está claro que algo va mal, pero la verdad es que anhelo compañía.

Los panecillos se han quedado duros y la leche empieza a agriarse, aunque sigo comiendo, impulsado por el apetito voraz de un convaleciente. Fantaseo con comida. Ciruelas frescas. Puré de patatas. Estofado de conejo. Tarta de bizcocho y manzana. ¿Volveré a probarla? Es poco probable. Si consigo volver a casa, seguro que las celebraciones infantiles son cosa del pasado. Porque, en cualquier caso, ya no estaré en casa. Tendré una vivienda en la Aldea de los Vencedores, con todos los detalles de los que me habló Beetee: electricidad fiable, aire frío y caliente, retretes con cadena y toda el agua caliente que desee con tan solo abrir un grifo. Nada de bombear y cortar leña. Como en esta prisión en la que estoy ahora.

Puede que mi celebración de la victoria se haya cancelado por culpa de

mi insurrección. Quizá me hayan encarcelado para después proceder a mi ejecución pública. Ojalá.

Empiezo a pasarme mucho tiempo en la bañera. Han quitado la toalla que lancé sobre la cámara y no me molesto en reemplazarla. Se limitarían a drogarme y quitarla otra vez. Quizá incluso me encadenaran de nuevo. Para qué. Me sumerjo durante horas, reponiendo el agua caliente, y observando cómo los dedos se me quedan como pasas mientras mi cicatriz va soltando trocitos de carne muerta. Las imágenes de la arena me consumen. Una muerte tras otra. Aquellas de las que no fui testigo, como el baño de sangre, me las invento. Intento recordar a los otros cuarenta y siete tributos, y a Lou Lou. El sistema de colores de Maysilee ayuda un poco, aunque no consigo acordarme de la mitad, más o menos. El Distrito 5, el Distrito 8. Todos prácticamente olvidados.

Como la ausencia de Wyatt me impide descansar en el dormitorio, me llevo mi ropa de cama al sofá y acampo allí. El televisor, que no reacciona a mis intentos de encenderlo con el mando, empieza a encenderse y apagarse solo. Me ponen vídeos de otras ediciones de los Juegos del Hambre, diseñados especialmente para mí. Fragmentos brutales, niños aterrorizados, desesperación. Los de los primeros años, que rara vez aparecen en la televisión del Capitolio, son programas de bajo presupuesto que no intentan ser ostentosos ni espectaculares, como los de hoy en día. Solo un puñado de críos en un viejo estadio con un puñado de armas. Sin disfraces ni entrevistas.

Una noche, una melodía inquietante se mete entre mis sueños. Me despierto de golpe, llamando a Lenore Dove. El televisor brilla. En pantalla, una chica con un arcoíris de volantes entona una canción familiar con palabras desconocidas.

No tardaré en estar enterrada,
no tardarás en quedarte a solas.
¿A quién recurrirás mañana?
Porque al final, amor, se van todas.

Actúa en un escenario con un telón de fondo destartalado, delante de un

público del Capitolio vestido con ropa anticuada. La tía abuela Messalina y el tío abuelo Silius encajarían perfectamente.

Su voz, el acento, la forma en que domina las cuerdas de la guitarra con los dedos… Es una chica de la Bandada, sin duda. Pero no la mía…

> Y yo soy la que te vio llorar,
> la que conoce el alma que quieres salvar.
> Lástima que perdieras mi apuesta en la cosecha.
> ¿Qué harás cuando me vayan a enterrar?

El público se sorbe los mocos. Alguien grita: «¡Bravo!». La multitud enloquece. La chica hace una reverencia y le extiende la mano a una figura que se encuentra justo al otro lado de la luz del foco. La silueta de un hombre. Recta, esbelta. Una corona de rizos. Espera un momento, como si estuviera decidiendo si unirse a ella o no. Entonces da un paso adelante y la pantalla se funde en negro.

¿Ha dicho «en la cosecha»? Seguro. ¿Qué, si no, iba a hacer una chica de la Bandada en el Capitolio? ¿Podría ser la única vencedora del Distrito 12? De repente, estoy convencido de que lo es. Con razón Lenore Dove nunca quiere hablar sobre ella. Conoce la historia, pero es demasiado secreta o, quizá, demasiado dolorosa para compartirla conmigo. Pienso en las notas de color que Lenore Dove añade siempre a su ropa, los intensos tonos de azul, amarillo y rosa. ¿Son retales del vestido de esta chica? ¿Una forma de mantener viva su memoria? ¿Qué color llevó en su nombre esta muchacha arcoíris a los Décimos Juegos del Hambre? ¿Qué le pasó después? ¿Volvió a casa? ¿Murió en algún laboratorio de pesadilla? ¿Qué hizo para que la borraran de una forma tan absoluta?

¿Quién era el chico al que le dio la mano al final de su actuación? Es posible que su compañero de distrito, que moriría en la arena. Era alguien que le importaba, por lo que se ve. O puede que fuera otra persona, la que presentaba el espectáculo. Un Flickerman anterior al nuestro. Si siguieran con vida, ahora tendrían cuarenta años más que entonces.

Cuarenta años. No hacía tanto de los Días Oscuros. Si el Distrito 12 la ha olvidado, es poco probable que alguien la recuerde en el Capitolio. No, espera. Alguien de aquí recuerda a la Bandada. Alguien que sabe cómo

llaman a sus bebés y que les encantan los pájaros. Y es un conocimiento íntimo, personal. La información que atribuía a los informantes del Capitolio podría tener un origen completamente distinto. Hago cálculos. Cincuenta y ocho menos cuarenta. Dieciocho. El presidente Snow tenía dieciocho años durante los Décimos Juegos del Hambre. La chica de la Bandada no podía ser mayor que eso. El hombre de pelo rizado de las sombras, al que le ofrecía la mano…, ¿era él?

Recuerdo la biblioteca, su sonrisa cómplice…

«Seguro que sé un par de cosas sobre tu paloma.

»—¿Cómo cuáles?

»—Como que da gusto verla, que se pasea por ahí vestida de colores alegres y que canta como un sinsajo. Que la quieres. Y, ah, que ella parece quererte. Salvo que a veces lo dudas, porque da la impresión de que no te incluye nunca en sus planes».

Ay, Lenore Dove, ¿qué te he hecho? ¿Qué precio te harán pagar por mi supervivencia?

Pierdo el control; lanzo una silla contra la ventana, tiro los cristales rotos contra una mesa de gatitos de porcelana y golpeo los barrotes con la lámpara más pesada que encuentro. Sigo haciéndolo hasta que una lluvia de balas me pasa por encima de la cabeza y me desconcentra.

Un par de agentes de la paz armados hasta los dientes ha aparecido de la nada y me apunta con sus fusiles. Detrás de ellos, mi equipo de preparación se abraza y seguramente huiría si Effie Trinket no los tuviera bien sujetos por los cinturones de herramientas.

—Bueno —dice ella con falsa alegría—, ¿quién está listo para una noche absolutamente fantástica?

Los agentes de la paz me esposan y me empujan hacia el centro de la habitación, donde mi equipo de preparación me mira, horrorizado. Soy un saco de piel y huesos, visto un pijama sucio y tengo los pies descalzos sangrando por culpa de los cristales rotos. En algún momento de las últimas semanas, las uñas se me han transformado en garras y el pelo, en pelaje. He matado más de una vez y no he salvado más vida que la mía. Me fui siendo un simple cerdito de los distritos y he regresado convertido en el animal asesino que siempre han sospechado que escondía dentro.

—Solo me falta una flor en el ojal —digo.

Sin embargo, es imposible contener a Effie, que sostiene una rosa blanca.

—La tengo. ¿Por qué no empezamos por una ducha? Seguro que quieres tener el mejor aspecto posible para la Ceremonia de la Victoria.

Entonces, no hay ejecución. Al menos, por ahora.

Me enjabonan, enjuagan, pelan, afeitan, cepillan los dientes, vendan los pies. Tras expresar y asimilar el asco que les produce mi cicatriz, el equipo me viste con otro traje del tío Silius.

Toco las burbujas de champán bordadas en la chaqueta.

—¿Dónde está Magno Stift?

Effie arruga la nariz, asqueada.

—Más sapos. Sigue recuperándose, aunque piensa hacer su aparición esta noche, dado que tú eres el vencedor.

—Les contaré a todos que me vestiste tú.

—No, por favor. —Suspira—. Se limitará a montar una escena, y ya tengo suficiente con ser una Trinket. —Me coloca el eslabón sobre la camisa. Intento esconderlo bajo el cuello, pero ella se resiste—. Me ha dicho que tienes que llevarlo fuera, donde todos lo vean.

—¿Quién? ¿Magno?

—No. —Effie corta el rabo de la rosa, me la mete en un ojal y le da un toquecito—. Él. —Da un paso atrás—. Estás muy presentable. Recuerda, actitud positiva.

A pesar de mis galas, me encadenan y me transportan en la furgoneta, que parece muy oscura e inhóspita sin Maysilee, Wyatt y Lou Lou. Esta vez, nada de salón verde. Todavía tirando de las cadenas, me escoltan hasta el escenario y me sientan de un empujón en una silla, con cuatro guardias vigilándome.

Effie tiene el valor de permanecer a mi lado. Cuando los agentes de la paz objetan, ella dice:

—Es el vencedor del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Drusilla y Magno no están disponibles. Alguien debe quedarse con él para honrar su hazaña.

—Allá tú —responde un agente.

Pienso en lo que he hecho en la arena. En lo que habrán tenido que mostrar. Matar a la pareja del Distrito 4. La brutal lucha de hachas con Silka. Puede que tengan razón al encadenarme como si fuera una bestia. Me siento agradecido por el gesto de Effie.

—No te voy a hacer daño —mascullo.

—Lo sé. Sé quién eres desde que me ayudaste con el estuche de maquillaje. Y sé que tu situación no ha sido fácil.

Sus palabras me conmueven, lo que me pilla por sorpresa.

—Gracias, Effie.

—Pero de verdad que son por el bien común. Los Juegos del Hambre, me refiero.

Y ahora vuelve a perderme.

La zona bajo el escenario empieza a llenarse de personas y encargados. La actividad se centra alrededor de cinco plataformas metálicas que ascenderán con los protagonistas de la noche. Proserpina y Vitus, nerviosos, vuelan el uno en torno al otro, retocándose mutuamente el maquillaje. Drusilla, que parece vestir un águila disecada en la cabeza, se tambalea sobre unos tacones de quince centímetros. Magno entra dando tumbos, cubierto con reptiles vivos, y unos cuantos ayudantes lo mantienen de pie, aunque con los dedos cruzados. Extiendo el cuello para probar de localizar a mis mentoras. Por fin, veo a Mags en silla de ruedas, mientras que Wiress, todavía móvil pero con aspecto afligido, mueve la cabeza a un lado y a otro, como un pájaro, sin dejar de hablar. Les han hecho de todo, y nada bueno. Mags me ve e intenta levantarse, pero la empujan de vuelta a la silla. No habrá reencuentro para nosotros.

La tortura a la que las han sometido hace que me resulte imposible seguir descartando el castigo de mi familia. ¿Estarán ya muertos? ¿O esperará Snow, como con Beetee, a un momento en el que yo sea testigo de su sufrimiento?

Suena el himno y oigo a Caesar Flickerman dar la bienvenida a la audiencia a la Ceremonia de la Victoria del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Dice que estos Juegos han sido históricos, sin parangón, inolvidables, y el recordatorio más devastador hasta la fecha de los Días Oscuros. Empieza a presentar a mi equipo, a lo que el público responde con gritos y vítores. Suben Proserpina y Vitus, que se aplauden. Drusilla los sigue en una pose teatral que imita a un águila con las alas extendidas. Cuando su plataforma se levanta, Magno está a punto de caerse de ella, pero consigue recuperar el equilibrio a tiempo y subirse de nuevo. Hace su entrada con una rodilla en tierra y las manos unidas en gesto de victoria sobre la cabeza. Los agentes de la paz levantan a Mags. Wiress y ella, rodeándose la cintura con un brazo, se apoyan la una en la otra para no caer.

Liberado de mis esposas, me sujetan sobre mi plataforma hasta que empieza a subir. ¿Qué vio la audiencia durante los Juegos del Hambre? ¿Me abuchearán o me aplaudirán? ¿Y quién se supone que soy? ¿Es posible que siga siendo un granuja adorable? ¿O se les hace la boca agua esperando ver al monstruo asesino del Distrito 12? Effie Trinket, la única a la que se lo podría preguntar, ha desaparecido entre las sombras.

Me preparo para que me lancen fruta podrida o me saquen del escenario a silbidos. Las luces brillantes me ciegan un poco, así que levanto una mano para protegerme los ojos. Cuando me acostumbro a la iluminación, me doy cuenta de que todo el público se ha puesto en pie para dedicarme una ovación cerrada. Vítores demenciales y lágrimas.

Soy el héroe del momento. La estrella de Panem. El vencedor del Vasallaje de los Veinticinco. Y eso solo puede significar que el presidente Snow ha ganado.

Los presentes empiezan a gritar una mezcolanza de sonidos que se reducen a: «¡Enséñalo! ¡Enséñalo! ¡Enséñalo! ¡Enséñalo!».

Me vuelvo hacia Caesar y él se dibuja una línea en el abdomen. Mi cicatriz. Quieren que les enseñe mi cicatriz. Al parecer, no tengo alternativa. Me levanto la camisa, me desabrocho los pantalones todo lo que me permite el pudor y se la enseño. El aplauso dura cinco minutos enteros.

Las pantallas gigantes repartidas por todo el auditorio cobran vida con el himno y la bandera ondeante de Panem. Caesar me guía hasta una silla tapizada que han colocado en el centro del escenario, para el resumen. Es mi primer vistazo a cómo se retransmitieron los Juegos al público.

El resumen comienza con la lectura de la tarjeta, que es algo que ya vi en casa con mamá y Sid, en primavera. Una niñita vestida de blanco, la pura imagen de la inocencia, levanta la tapa de una caja de madera llena de sobres. Amplían el plano para incluir al presidente Snow, que entona:

—Y, ahora, en honor a nuestro segundo Vasallaje de los Veinticinco, respetaremos los deseos de los que lo arriesgaron todo para traer la paz a nuestra gran nación. —Se inclina, selecciona con cuidado el sobre marcado con un número cincuenta y lee la tarjeta del interior—. El quincuagésimo aniversario, como recordatorio de que dos rebeldes murieron por cada ciudadano del Capitolio, cada distrito tendrá que enviar el doble de tributos a los Juegos del Hambre. Dos hembras y dos varones. Con este desagravio

doble, recordamos que la verdadera fuerza no reside en la unión de muchos, sino en la virtud.

¡Pum! Empiezan a sacar los nombres en la cosecha, empezando por el Distrito 1.

—¡Silka Sharp! ¡Panache Barker!

Pasan como una metralleta por los tributos, poniendo una imagen rápida de cada uno y un contador en la esquina de la pantalla para ir contando del uno al cuarenta y ocho. Como el Distrito 12 es el hogar del vencedor, se les concede algo más de tiempo.

—Las damas primero —dice Drusilla, con las plumas de su sombrero amarillo dando botes, antes de—: ¡Louella McCoy! —El corazón se me acelera—. ¡Maysilee Donner! —Ahí están Maysilee, Merrilee y Asterid, abrazadas entre la multitud. Una de las lacrimógenas despedidas captadas por Plutarch—. Y el primer caballero que acompañará a las damas es… ¡Wyatt Callow!

Enfocan brevemente a Wyatt y, a continuación, Drusilla anuncia mi nombre. La negativa de Lenore Dove a actuar no ha entrado en esta versión. No era lo bastante lacrimógena para Plutarch y sí demasiado Bandada para Snow. Pero tampoco salen ni mi madre ni Sid. Esa omisión me estremece. ¿Por qué no han puesto la grabación de Plutarch?

—Damas y caballeros, ¡demos la bienvenida a los tributos del Distrito 12 de los Quincuagésimos Juegos del Hambre! —dice Drusilla, como si retara al Distrito 12 a no hacerlo—. ¡Y que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte!

Me borra un remolino de confeti.

Quiero gritar la verdad. ¡Le volaron la cabeza a un niño! ¡Dispararon a los habitantes del distrito! ¡Amañaron mi elección! Pero me quedo sentado donde estoy, mudo, irradiando sumisión implícita. Snow me tiene cogido por el cuello y lo sabe.

Incitatus Loomy no podría haber dirigido un desfile mejor. La frenética preparación entre bastidores no aparece, sino un despliegue majestuoso y ordenado de los tributos. Al final se ofrece una toma aérea de los doce carros avanzando por su ruta en perfecta sincronización, que acaba unos quince segundos antes de que estallara el petardo azul y el caos se apoderara de todo el acontecimiento. De todos modos, esto fue lo único que vio el resto del país. Para saber lo del choque de las cuadrigas y mi intento

de hacer a Snow responsable de la muerte de Louella, había que estar allí en persona. Una muerte que, como ya sabemos, tampoco sucedió porque, mira, ha llegado el momento de las entrevistas y ahí estamos los cuarenta y ocho tributos.

Han editado a los profesionales para que parezcan más listos y a los novatos para que parezcan menos unidos. ¿Lo nota alguien más o solo yo? Lou Lou ha quedado reducida a una chica que lleva ropa de reptiles vivos, y las memorables réplicas de Maysilee y Wyatt se omiten por completo, mientras que a mí solo me dejan un intercambio sarcástico con Caesar:

«Bueno, Haymitch, ¿qué te parece que este año los Juegos tengan el doble de competidores de lo normal?».

«Tampoco cambia mucho la cosa. Van a ser tan estúpidos como siempre, así que imagino que las probabilidades son más o menos las mismas».

El público se ríe, y yo les dedico una sonrisa que me confirma como un imbécil egoísta y engreído. No se menciona mi apoyo a los novatos. No se incluye la interacción tonta sobre fabricar alcohol para los agentes de la paz. El granuja no es más que un payaso.

Ahora estamos entrando en la arena. La secuencia de apertura es una carta de amor a los Vigilantes, ya que disfrutamos de la belleza de la flora y fauna. Sin embargo, para mí, es un recordatorio de aquel aire, tan engañosamente dulce, que te nublaba la mente.

El payaso, es decir, yo, recoge su equipo y sale pitando de allí, y entonces nos muestran con todo lujo de detalles el baño de sangre, en el que matan a dieciocho niños. El público que tengo ante mí emite gritos ahogados y de emoción, aunque ya lo han visto todo antes. Wyatt muere como un héroe altruista, protegiendo a una desconcertada Lou Lou, que consigue huir ilesa. Maysilee lucha y después sigue a Lou Lou para protegerla. Caen muchísimos novatos. Dos palomas, dos chicos del 7, todos los del 8 y el 9, Lannie y la otra chica del 10, y Tile, del 11. Con Wyatt, eso hace dieciséis. Las únicas víctimas de los profesionales son un chico y una chica del Distrito 5. Dieciocho en total.

¡Ah, hola otra vez, payaso! Sí, venga, tómate tu tiempo. Recupera el aliento en la roca. Échale un vistazo a tu mochila. No te preocupes por los novatos, que ya se las apañan solos. Ay, mira que bosque tan bonito. ¡Aprovecha para darte un buen paseo!

Después salimos unos cuantos envenenados con la fruta y el agua. Carat,

del 1, y Urchin, el chico del 4 que me derribó del carro, mueren retorciéndose de dolor. Con estos ya suman los veinte niños que vi en el cielo en la primera noche. El resto de los profesionales han formado su manada en la montaña cubierta de nieve.

Hasta el momento, creo que el resumen ha sido una representación justa de lo ocurrido en la arena. Sin embargo, el segundo día, las cosas empiezan a torcerse. En algún momento, Maysilee, ella sola, mata al chico del Distrito 1, Loupe, lo que creo que es cierto porque ella me lo contó. Hay muchos tributos que todavía se están recuperando del veneno, y la manada de profesionales persigue a los novatos. Eso también parece probable. Pero el relato de lo que pasó en el bosque, mi relato, empieza a desviarse casi de inmediato. Los tiempos están cambiados. Las conexiones inducen a confusión. No es tanto mentir lisa y llanamente como mentir por omisión. Por ejemplo, me veo luchando contra las ardillas, aunque no aparecieron hasta el tercer día, cuando me enfrenté a ellas para salvar a Ampert. Sin embargo, en este momento todavía no nos habíamos encontrado, así que parece que lucho por salvar mi vida. Enseñan a Lou Lou jadeando entre las flores, aunque yo no aparezco por ninguna parte. Más adelante, salgo huyendo de las mariposas sin que se vea ni un segundo del momento en el que escapé con su cadáver, me oculté entre los sauces y usaron las descargas para castigarme. No sé qué enseñarían durante los Juegos en sí, pero, en el resumen, ni siquiera intento proteger a mis aliados. El tercer día, las ardillas, como si fuera su segunda aparición, caen sobre Ampert, y después enseñan su esqueleto en el suelo. De nuevo, no salgo por ninguna parte. De hecho, no aparece ni un segundo de nuestro pícnic, ni del campamento, ni del estallido del depósito, ni de mi desenfreno, ni del descontrol de la arena.

Los horrores del volcán son el centro de atención. Los tributos experimentan la erupción de llamas, la asfixia por la nube de cenizas, las quemaduras de la lava líquida. Mueren doce. El resto escapa por los pelos y cruza la pradera en dirección al bosque.

Entonces me sacan a mí, que despierto cubierto por la ceniza centelleante. Sigo con mi lento camino hacia el norte. Después de la explosión del depósito de agua, parece que mi único objetivo era llegar al final de la arena, lo que, supongo, era mi tapadera durante la emisión. Llueve, aunque han ocultado todos los daños de la bomba. La arena está tan

perfecta como siempre. Me quedo atrapado en el seto, sigo al conejo hasta la libertad, y me encuentro con Panache y compañía.

No sé quién es esa persona que sale en pantalla asesinando brutalmente a los profesionales del Distrito 4. Supongo que soy yo, pero no me reconozco. Dejo de pensar en mí como en un payaso porque parece demasiado elogioso para la criatura en la que me he convertido. No ayuda que enseñen cada sílaba de mis balbuceos pelotilleros para convencer a Panache, al que al final silencia al dardo de Maysilee.

—Viviremos más tiempo si somos dos.

Ay, Maysilee. Qué vergüenza estar aquí sentado.

Durante unos minutos, todo sigue su debido curso. Maysilee y yo cuidamos el uno del otro, y Silka y Maritte acaban con Ringina y Autumn en combate. Sin embargo, en una alucinante recombinación de los acontecimientos, desaparecen el momento en el que Maysilee y yo espantamos al muto de puercoespín, y el momento en el que Maritte y Maysilee matan a los tres Vigilantes junto al caballón. En un instante perdido en el tiempo, Maritte y Silka nos persiguen por el bosque, y Buck, Chicory y Hull mueren a causa de las púas, aunque parece como si el puercoespín se marchara por voluntad propia.

¿Es el cuarto o el quinto día? Mis intentos de entrar en el seto con Maysilee se han fundido en una sola secuencia alargada en la que salen las mariquitas y el soplete. Estamos en el barranco que da a las rocas traicioneras, pero procuran no mostrar el generador. Han borrado el cañonazo que anunciaba la muerte de Maritte y, con él, la parte en la que Maysilee dice que solo vuelve a por las patatas, así que parece que, en realidad, hemos decidido separarnos. Sorprendido, compruebo que mantienen mi descubrimiento del campo de fuerza. Supongo que lo necesitan para la muerte de Silka.

Los pájaros rosas atacan a Maysilee y ella grita. Por primera vez, da la impresión de que podría redimirme, porque corro en su ayuda. Oh, no. No habrán convertido esto en una historia de redención, ¿verdad que no? ¿El granuja egoísta aprende a preocuparse por los demás? Por favor, que no lo hayan hecho.

¿Es el quinto o el sexto día? ¿Quién sabe? No es nada más que un día absolutamente fantástico.

La leche que me envió Snow ha desaparecido. Mientras corro por el

bosque, añaden los gritos de Wellie, cosa que nunca ocurrió. Parece como si de repente recordara que pertenezco a una alianza mayor y por eso voy al rescate, cuando suena el cañonazo y me encuentro con Silka, que tiene la cabeza de Wellie en la mano.

Corte repentino para mostrar a las ardillas doradas comiéndose a Maritte hasta los huesos. Da igual que, en esos momentos, llevara ya tiempo muerta. Pero la gente debe de saberlo, porque Maysilee y Maritte aparecieron juntas en el cielo. ¿Es que nadie se acuerda? ¿O es que les da igual? ¿O quizá durante los Juegos enseñaron a la audiencia un cielo diferente? ¿O ningún cielo? ¿Y se guardaron adrede la muerte de Maritte para aumentar la tensión al final? Llegados a este punto, los Vigilantes debían de estar desesperados por controlar la narrativa. Sea como fuere, el público del auditorio ha aceptado de buen grado esta versión de los hechos, y aplaude y vitorea cuando toca. Su falta de criterio transforma el resumen y lo valida como la verdad. Espero que en los distritos sepan verlo como la propaganda que es, aunque sea imposible adivinar qué les habrán enseñado.

Volvemos con Silka y conmigo, frente a frente, sabiendo que somos los dos últimos. Sin palabras, se inicia la pelea. Intercambiamos heridas mortales. Corro hasta el borde.

En el precipicio, Silka me arrincona y me lanza el hacha. Me tiro al suelo. Muestran una toma de su rostro expectante y después vuelven a mí, que me retuerzo en el suelo, entre convulsiones. Eso tuvo que pasar después de perder la consciencia.

El hacha rebota y se le clava en la cabeza. Y ¿entonces? Y ¿entonces?

Silka muere, suena el cañonazo y yo estoy a punto de morir. La bomba de girasol, el cuarzo, el eslabón… No sale nada de eso. El aerodeslizador se lleva el cadáver de Silka. Las trompetas declaran mi victoria. Una pinza me recoge.

¿Existen reglas sobre salir de la arena y usar el campo de fuerza para ganar? Es posible que sí, implícitas, pero nunca las he oído mencionar. Entonces ¿qué soy? ¿Un granuja? ¿Puede que incluso un tramposo? Quizá. Lo que está claro es que no alcanzo el nivel de rebelde.

La cámara se retira despacio mientras me sacan de allí y, por primera vez, desvela la arena en su conjunto. Parece un ojo gigante. La Cornucopia marca la pupila. El amplio círculo de pradera verde es el iris. A ambos lados, el verde más oscuro del bosque y el terreno montañoso se estrechan

hasta formar puntas; son el blanco del ojo. Bueno, a nadie se le escapa el simbolismo. Hasta los niños pequeños de la Veta saben que las fuerzas del Capitolio nos observan.

Me pregunto si alguna vez se pararán a pensar que nosotros también las observamos a ellas.

Todos me miran cuando me levanto ante la estruendosa multitud. Suena el himno y el presidente Snow desciende de las alturas sobre una plataforma de cristal, con una rosa rojo sangre en la solapa. Lleva una corona dorada en la mano.

Algunos vencedores se inclinan, otros se arrodillan, pero yo me limito a quedarme donde estoy, intentando descifrar su expresión cuando se me acerca y me pone la corona en la cabeza. Es pesada. Me atrapa.

—Supongo que los Snow siempre caen de pie —digo entre los aplausos.

Culpable de todos los cargos posibles, espero su sentencia.

Él se limita a sonreír y dice:

—Disfruta de la vuelta a casa.

26

La fiesta posterior se celebra en el salón de baile de la mansión presidencial. Me exhiben en una gigantesca jaula dorada para pájaros que cuelga de la lámpara de luces principal, a la altura de los ojos. Supongo que es una especie de broma; seguro que a los invitados les hace muchísima gracia. Aunque de broma no tiene nada. Cuando pruebo a girar la manecilla de la puerta para abrirla, está cerrada con llave.

Mis amigos agentes de la paz permanecen cerca, lo que envalentona a los invitados. Les sigo la corriente, bromeo con mis patrocinadores y poso para las fotos; intento pintar el mejor cartel posible para convencer al presidente Snow de que ahora estoy en su equipo. De que soy su marioneta. Su juguete. Porque tengo la sangre helada desde su comentario sobre mi vuelta a casa. ¿Qué me espera? Y, si me comporto, ¿podré arreglarlo?

La gente me trae golosinas y me alimenta con la mano, como si fuera un perrito, y yo me lamo los labios, agradecido, y como hasta que mi estómago encogido está a punto de reventar. Espero que no enseñen esto en el Distrito 12. Puede que la gente olvide, pero no perdonará un comportamiento semejante, y menos teniendo en cuenta que no se me reconocerán todos los problemas que he causado y que me han llevado hasta esta jaula. Esta vergüenza me acompañaría para siempre.

No obstante, todo ha quedado grabado para la posteridad. Plutarch Heavensbee y su equipo, todavía asignados a mí, revolotean a mi alrededor y ruedan. Se niega a permitir que lo mire a los ojos. Vuelvo a dudar de él (al fin y al cabo, parece que la trama rebelde no le ha pasado factura), pero hay mil preguntas que me gustaría plantearle.

No veo al presidente Snow en toda la noche. Ni tampoco a muchos miembros de mi equipo. Proserpina y Vitus se acercan a felicitarme, medio borrachos y con la cara rosa. Drusilla y Magno, que parecen haberse reconciliado después de su éxito, se besan y hacen arrumacos, y posan un

momento para hacerse fotos conmigo. Magno ni siquiera recuerda mi nombre e insiste en llamarme Hamwich, que para mí suena como un sándwich de jamón. La única persona que no me quita el ojo de encima es Effie Trinket. Socializa cerca de mí, vigilante, aunque procurando no atribuirse el mérito de mi éxito.

Ya de madrugada, cuando todo empieza a calmarse, Plutarch se acerca con disimulo a mi jaula, fingiendo estar concentrado en una cámara poco colaboradora.

—¿Qué le está pasando a mi familia? ¿Y a Lenore Dove? —le susurro.

—No sé nada sobre tu familia. Ella sigue en la base —responde.

—¿Qué? Me dijo que la iban a soltar por la mañana. ¿La han vuelto a detener?

—No. No la soltaron.

—¿Qué?

Sigue su camino y me deja analizando esas palabras tan horribles: «No la soltaron». Era una mentira, de ellos o puede que de ella. Un regalo que me hizo para que no me preocupara por ella, sino solo por mí. Y funcionó. Pero ahora sé que ha estado completamente indefensa, todo este tiempo, mientras yo saboteaba la arena. Encerrada. Hambrienta. Torturada. Violada. Asesinada. Me aferro a los barrotes, petrificado, mientras las palabras que me había negado a considerar me dan vueltas en la cabeza.

La mujer de las orejas de gato aparece y me pone delante una gamba. Abro la boca automáticamente y mastico el manjar mientras su amigo nos hace fotos. Ahora no puedo echarme atrás. La vida de Lenore Dove está en juego.

Cuando por fin llega el alba, me permiten aliviarme en un cuarto de baño de mármol rosa con florituras y jabón con olor a rosa. Espero que me envíen a la estación de tren, pero me devuelven al piso. Han reabastecido el frigorífico con panecillos frescos y leche. Ropa limpia. Parece que no volveré pronto a casa.

Durante los días siguientes, me llevan de un lado a otro del Capitolio (a fiestas, entrevistas y reportajes de moda) para que disfrute públicamente de mi victoria. No existe un lameculos mayor en toda la historia de los Juegos. No hay ninguna humillación a la que no me someta. Lo soportaré todo con tal de mantener con vida a mis seres queridos.

Por fin, tras una fiesta que dura toda la noche en el zoo del Capitolio, los

agentes de la paz me transportan hasta la estación de tren vacía, en la que todavía cuelgan las banderolas propagandísticas. ¡SI NO HAY PAZ, NO HAY PROSPERIDAD!, ¡SI NO HAY JUEGOS DEL HAMBRE, NO HAY PAZ! Y la réplica final del presidente Snow: EL MEJOR AGENTE DE LA PAZ DE PANEM.

En la puerta del tren me espera un médico que me quita con manos hábiles la bomba del pecho; me quedan unos agujeritos supurantes en los puntos en los que se me clavaban los dientes. No puedo fingir que me entristezca desprenderme de ella, aunque, en cuestión de minutos, se pasa el efecto de la medicación y empieza a dolerme la cicatriz.

No hay litera con colcha tiesa para mí. De vuelta a las cadenas, me encierran en la habitación de la que una vez me libró Plutarch. Ahora no lo veo por ninguna parte. Supongo que el espectáculo se ha acabado de verdad. Me envuelvo bien en la chaqueta de burbujas de champán del tío abuelo Silius y me siento en una esquina, con el vientre cada vez más dolorido.

El Capitolio tiene todas las razones del mundo para deshacerse de mí, pero el tren no se mueve. Tengo que volver a casa. Tengo que saber qué ha pasado.

Al cabo de un par de horas, aparece un agente con un panecillo y un cartón de leche. Sigo con la dieta de Snow.

—¿Por qué no nos movemos? —pregunto.

—Hemos estado esperando a tus amigos —contesta, señalando la ventanilla, y se va.

¿Mis amigos? Aquí no tengo amigos. ¿Se refiere a mi equipo? Miro por la ventana de mi celda. Están empujando tres carros por el andén. En cada uno de ellos hay una sencilla caja de madera. Tras un momento de confusión, logro atar cabos: son ataúdes. Louella, Maysilee y Wyatt van a volver a casa conmigo. Creía que ya los habrían enterrado, que ya estarían descansando en paz en las tumbas familiares, en lo alto de la colina del Distrito 12, pero resulta que terminaremos el viaje juntos.

Vuelvo a deslizar la espalda pared abajo, sin parar de temblar. Pienso en el estado de sus cuerpos, violados por cuadrigas, hojas afiladas y pájaros. Me imagino a sus familias, llorando y esperándolos en la estación, dándome la espalda o, peor, volviéndose hacia mí para exigirme explicaciones. ¿El Capitolio siempre envía a los caídos con el vencedor? ¿O es un regalo de despedida especial para mí?

Oigo golpes amortiguados cuando cargan los ataúdes en el tren. Bastante cerca de mí. Creo que en el vagón de al lado. Se cierran las puertas. El tren empieza a moverse. Me acurruco en el suelo, con la cara contra la pared; ojalá haberme ganado yo también un ataúd. Pero no, tengo que disfrutar de la vuelta a casa.

De nuevo, pienso en Lenore Dove. Mi chica de la Bandada. ¿Qué le pasaría a la de Snow? La misteriosa ganadora del Distrito 12. Podría seguir viva. Él lo está. Y, sin embargo, ella prácticamente ha desaparecido de la memoria del Distrito 12. ¿Ordenó su muerte el presidente Snow? No, por aquel entonces era demasiado joven. Apenas mayor que yo. No habría tenido tanto poder. No como ahora. ¿Qué planea para mi paloma? Pienso en la canción de la Bandada, la que la nana de Maysilee citaba cuando su nieta tenía miedo… «No hay nada que robar que merezca la pena guardar». En la arrogancia de esas palabras tan valientes. A mí sí me pueden robar muchas cosas (mi madre, mi hermano, mi amor) que son las únicas que merece la pena guardar.

De repente, otra canción me viene a la cabeza. También prohibida. Lenore Dove la toca a veces para Burdock…

> ¿Vas, vas a volver
> al árbol en el que colgaron
> a un hombre por matar a tres?
> Cosas extrañas pasaron en él,
> no más extraño sería
> en el árbol del ahorcado reunirnos al anochecer.
> ¿Vas, vas a volver
> al árbol donde el hombre muerto
> pidió a su amor huir con él?
> Cosas extrañas pasaron en él,
> no más extraño sería
> en el árbol del ahorcado reunirnos al anochecer.

Cosas extrañas. Un hombre muerto que pide algo a su amada. Su fantasma. No, Lenore Dove me dijo que era un pájaro. Charlajos. Los mutos fallidos que el Capitolio soltó en el Distrito 12 para que murieran. Pero desafiaron

la condena a la extinción al engendrar una nueva especie, los sinsajos. ¿Por eso la canción es tan peligrosa? ¿Por inmortalizar a los mutos rebeldes?

> ¿Vas, vas a volver
> al árbol donde te pedí huir
> y en libertad juntos correr?
> Cosas extrañas pasaron en él,
> no más extraño sería
> en el árbol del ahorcado reunirnos al anochecer.

¿O habla de que el Capitolio colgó a alguien que seguramente era un rebelde? Esos son los que morían en el árbol del ahorcado. Conozco ese árbol, es real, mi padre me lo señaló una vez. Ahora tenemos un patíbulo en el Distrito 12, cortesía del Capitolio, pero, antaño, muchos rebeldes murieron colgados de sus ramas.

> ¿Vas, vas a volver
> al árbol con un collar de cuerda
> para conmigo pender?
> Cosas extrañas pasaron en él,
> no más extraño sería
> en el árbol del ahorcado reunirnos al anochecer.

Puede que Lenore Dove y yo colguemos juntos. Podría ser más sencillo encontrarla así, en ese otro mundo suyo.

Es lo más parecido a un consuelo que logro encontrar.

Viajamos todo el día, hasta entrada la noche. De vez en cuando nos detenemos a repostar. Cada pocas horas, me sirven panecillos y leche, aunque no he probado nada. Me duele el estómago y el suelo duro se me clava en los huesos sin carne. Cuando consigo adormecerme, los tributos muertos me visitan. Parecen querer que haga algo, aunque no tengo claro el qué. La visita más extraña es la de Louella y Lou Lou, vestidas con trajes idénticos, sentadas al otro lado de una mesa mientras yo pelo y me como un

cuenco lleno de huevos duros. «¿Quién es una y quién la otra?», me preguntan, pero el Capitolio ha ganado. No soy capaz de distinguirlas.

Me despierto de golpe y descubro que el tren ha entrado en la estación del Distrito 12. Estoy en casa. Los agentes entran, me quitan las esposas y me conducen a la salida. La puerta se sabre.

—Sal —ordena uno.

Muy agitado, bajo al andén vacío, que está cubierto de carbonilla. Nadie me espera. Nadie sabe que vuelvo. Sigue estando oscuro y en el reloj de la estación pone que son las cinco de la madrugada. Los agentes de la paz empujan sin miramientos los ataúdes para que caigan a mi lado, de modo que se dañan algunas tablas. Después, el tren se aleja y me deja completamente solo, salvo por mis compañeros tributos. Me acerco a ellos y apoyo una mano en el que está más cerca. En la tapa del ataúd han atornillado una placa de metal parecida a las de la casa de Plutarch y las de los caballones de la arena. Toco la inscripción. LOUELLA MCCOY.

El olor a muerte brota de la madera agrietada. Me vuelvo y, rígido, me obligo a recorrer el andén.

El silencio de la estación es sepulcral. Raro, a pesar de la hora. Puede que sea un domingo por la mañana, que es el único día que cierran las minas. Con tanta droga dentro, no tengo ni idea de la fecha. No se me ocurrió preguntar. Tiene que ser agosto. Empujo la pesada puerta de cristal y respiró con ganas el aire nocturno, que es cálido, húmedo y huele a polvo de carbón, y, por primera vez, me permite creer que de verdad estoy en casa.

Me da un vuelco el corazón y, como soy idiota, una chispa de esperanza se abre paso entre el frío de mi desesperanza. ¿Será posible que, en menos de una hora, sienta los brazos de mi madre rodeándome, le alborote el pelo a Sid, me quite la ropa de muerto del tío abuelo Silius y me ponga unos pantalones cortos de saco de harina? ¿Será posible que liberen a Lenore Dove? ¿Están de nuevo a mi alcance los dulces momentos de mi antigua vida, esos que daba por sentados antes de los Juegos? ¿Podría volver a ser feliz un miserable desgraciado como yo?

Mientras recorro las calles solitarias en dirección a la Veta, me pellizco para descartar que se trate de un sueño. Qué tonto, ya que tengo dolor de sobra. Es que se suponía que no iba a regresar, con sabotaje de la arena o sin él. La idea de que quizá haya triunfado en unos Juegos del Hambre dobles es casi imposible de creer. Sin embargo, estos son mis pies,

embutidos en zapatos de charol puntiagudos, pisando ceniza de camino a casa. Acelero el paso. Si es un sueño, quiero seguir en él hasta poder ver a mi familia de nuevo.

Al principio, confundo el brillo que veo delante con el amanecer, hasta que me doy cuenta de que es demasiado local y fuerte. Un olorcillo a humo atraviesa el aire denso y húmedo. Fuego. Pero no de carbón. Corro todo lo que el cuerpo me permite. Tengo los músculos débiles, las cicatrices me rabian y los pies hinchados hacen que más bien renquee frenéticamente. Puede que me equivoque. El incendio podría ser en cualquier casa, con tantos fogones oxidados y cocinas sin vigilar. Puede que no sea la mía.

Sé que es la mía.

Ahora oigo las voces que gritan pidiendo agua y a una mujer llorando. Al doblar la esquina, veo las llamas contra el cielo todavía oscuro.

—¡Mamá! —grito—. ¡Sid!

Me abro paso a través de la cola de cubos, alimentada por las bombas de agua de tres vecinos, además de la nuestra; esos lentos chorros, esas salpicaduras lamentables contra este desastre. La gente se aparta, sorprendida y atemorizada por mi aparición. No están preparados para este espantapájaros con mirada de loco vestido con ropa de gala del Capitolio.

—¡Mamá! ¡Sid! —Agarro a la primera persona que veo, una de las hijas de los Chance, que no debe de tener más de ocho años—. ¿Dónde están? ¿Dónde está mi familia?

Aterrada, señala la casa en llamas.

Mi madre y Sid se queman vivos.

Bailo a un lado y a otro unos segundos, buscando una abertura en el muro de fuego, antes de lanzarme de cabeza al incendio.

—¡Mamá!

Cuando llego a la puerta, cae una viga y doy un salto atrás por puros reflejos, bajo una lluvia de chispas. Cegado por un momento, vuelvo a acercarme a la casa, pero alguien tira de mí hacia atrás. Los zapatos de charol, con sus suelas resbaladizas, me traicionan cuando me arrastran hacia el patio y me sujetan contra el suelo. Con un hombre en cada extremidad y Burdock sobre mi pecho, solo puedo aullar.

—¡Soltadme! ¡Soltadme, cab…!

Burdock me tapa la boca.

—Es demasiado tarde, Haymitch. Lo hemos intentado. Es demasiado

tarde.

Le muerdo la palma de la mano y él la retira de golpe, aunque solo me sirve para poder chillar:

—¡Mamá! ¡Sid! ¡Mamááá!

Blair, que me sujeta el brazo derecho con una rodilla, se inclina sobre mí. Tiene el rostro negro de hollín, surcado de ríos blancos de lágrimas.

—Lo sentimos de corazón, Haymitch. Lo hemos intentado. Sabes que lo hemos intentado. No hemos podido salvarlos.

—¡No! ¡Soltadme! —Forcejeo para liberarme, pero me superan en número y sigo débil después de tantos días de recuperación, así que es imposible—. Dejadme ir con ellos, ¡por favor!

No lo hacen, me siguen reteniendo. Me quedo tumbado, sollozando, suplicando, llamando a mi madre y a Sid, hasta que ya no me sale sonido alguno.

—¿Puedes ayudarlo? —oigo que pregunta Burdock.

Una mano fresca me toca la frente. El perfume a flores de manzanilla. Entonces veo el rostro de Asterid March, apesadumbrado, pero con una calma sorprendente.

—Bébete esto, Haymitch —dice, poniéndome una botellita en los labios —. Bebe hasta que yo te diga que pares. —A pesar de mi desesperación, o puede que justo por ella, obedezco sus órdenes. Un sabor dulce me llena la boca y me alivia la garganta—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… vale, ya. —Retira la botella y me acaricia el pelo—. Eso es. Muy bien. Ahora, intenta descansar.

Me pesan los párpados.

—¿Qué…?

—Solo es un jarabe para dormir.

—Mamá… Sid…

—Lo sé, lo sé. Haremos todo lo que podamos. Tú duerme un poco. Duerme.

Me paso más de un día dormido como un tronco. Despierto con la lengua hinchada y medio atontado en casa de los McCoy, donde la madre de Louella está junto a mí con una infusión en una taza de lata. No mide sus palabras cuando me cuenta lo sucedido en el incendio, puede que porque ella también sufre tanto que sabe que lo último que necesito es que me suavice el golpe.

—Fue nuestro chico, Cayson, el que lo vio cuando volvía a casa de uno de sus paseos. La casa ya ardía. Gritó hasta quedarse ronco. Todos nos pusimos con el agua. Pero la bomba es lenta y tu cisterna está seca.

La cisterna está seca por mi culpa. Me largué la mañana de la cosecha y le dejé las tareas a Sid.

—Por mi culpa —mascullo.

—Seguro que te pasarás mucho tiempo pensando que todo lo que ha pasado es por tu culpa. Pero eso va a tener que esperar. Hoy los enterramos. Ya sabes lo que le habría gustado a tu madre.

Ya sea por la conmoción o por el jarabe para dormir, no le encuentro sentido a nada, así que hago lo que me dicen. La hermana mayor de Louella, Ima, ha limpiado el traje del tío abuelo Silius y ha abrillantado los zapatos. No tengo nada más que ponerme, mi ropa ha quedado reducida a cenizas. Fuera hace un calor asfixiante, pero me pongo la chaqueta de burbujas de champán sobre la camisa para ocultar las manchas de sangre de la bomba que me suministraba las drogas; se han borrado un poco, pero no del todo.

—Lenore Dove —le digo a Ima—. Tengo que verla.

—Cayson conoce a un agente de la paz que dice que hoy tiene que comparecer ante el comandante de la base. Si te presentas, no la vas a ayudar en nada, Hay. Además, estamos a punto de ir al cementerio.

Fuera espera una sencilla caja de pino.

—Estaban abrazados —dice el señor McCoy—. Hemos pensado que debíamos dejarlos así para la eternidad.

Burdock, Blair y un par de los clientes de mamá cargan con el féretro. Los McCoy sacan a Louella de la parte de atrás de la casa, y los dos grupos avanzan, uno al lado del otro. Cojeo tras ellos. Cada vez se unen más dolientes. Todo el mundo debería estar trabajando, pero afirmarán que estaban enfermos. Para cuando llegamos al cementerio, se han reunido unas doscientas personas. Parece mucho comparado con el entierro de mi nana, hasta que me doy cuenta de que no somos los únicos que enterramos a alguien.

Nos esperan cinco tumbas abiertas. Una para mi madre y para Sid. Louella. Maysilee. Wyatt.

—¿Para quién es la quinta? —oigo preguntar a Burdock.

—Jethro Callow —responde una mujer sin molestarse siquiera en bajar la

voz—. Se colgó ayer, cuando trajeron a su hijo. No soportaba la vergüenza.

La muerte de un corredor.

La alcaldesa se coloca por encima de nuestros seres queridos para hablarnos, pero las palabras que pronuncia tienen tanto sentido como el gorjeo de los pájaros de los árboles cercanos. El sudor me empapa la camisa y me llega hasta la chaqueta. Aunque lo único que quiero es arrodillarme y pegar la cara a la fresca lápida de los Abernathy, intento conservar la dignidad porque es lo que le gustaría a mi madre.

Paso un mal momento cuando levanto la vista, veo a mi aliada con su ropa negra del Distrito 12 y doy un paso hacia ella.

—¡Maysilee!

Ella se deshace en lágrimas y se esconde tras un pañuelo. No es Maysilee. Es Merrilee. Como dos gotas de agua. El señor Donner solloza a su lado. Me conducen de vuelta a mi sitio. Está claro que he perdido la cabeza.

Los ataúdes descienden. Muchas palas se ponen en movimiento para enterrar a los fallecidos. Aplanan la tierra. Un alma bondadosa coloca una corona de flores silvestres sobre cada montículo. La gente llora y gime. Es horrible, quiero huir.

Entonces, Burdock empieza a cantar con esa voz suya, tan clara y dulce.

> Vas camino del cielo,
> directo al dulce más allá,
> y yo ya tengo un pie en la puerta,
> pero antes de poder volar,
> tengo cabos sueltos que atar,
> justo aquí,
> en el viejo más acá.

Los sinsajos, que anidan en los árboles que nos rodean, guardan silencio para escucharlo.

> Me uniré a ti
> cuando termine mi canción,
> cuando despida a la banda,

cuando me quede sin cartas,
cuando pague mis deudas,
sin saldar ya más cuentas,
cuando de nada me arrepienta,
justo aquí,
en el viejo más acá,
cuando nada
quede ya más.

Los dolientes guardan silencio.

Cuando sea pura como el mar,
cuando haya aprendido a amar,
justo aquí,
en el viejo más acá,
cuando nada
quede ya más.

La canción, que sugiere que nuestra separación es solo temporal, me calma el corazón. Creo que Lenore Dove la aprobaría. Los sinsajos lo hacen, porque aprenden la melodía y la hacen suya.

Mientras observo a los presentes, veo que una persona tras otra se llevan los tres dedos centrales de la mano izquierda a los labios y después los extienden hacia sus muertos. Es nuestra forma de despedirnos de las personas a las que apreciamos. Las imito levantando la mano bien alto, ya que tengo muchos a los que honrar.

Cuando todo acaba, me sacan de allí. A pesar de mi confusión, me doy cuenta de que Cayson, con las manos y el rostro vendados, escupe sobre la tumba de Jethro Callow. Nadie se lo echa en cara.

Quiero soltarme para ir a ver a Lenore Dove a la base, pero me lo discuten de nuevo. ¿De verdad creo que la ayudaré si aparezco por allí? Lo mejor es esperar a tener noticias. Que sus tíos la defiendan. Con tantos niños perdidos en el Vasallaje de los Veinticinco, los distritos están revueltos. El comandante de la base no querrá echar más gasolina al fuego

del Distrito 12. Puede que les baste con una buena reprimenda y el tiempo cumplido en prisión preventiva.

Los McCoy se llevan a los dolientes a su casa, donde se sirven cuencos con sopa de alubias con jamón. Sin embargo, no puedo quedarme allí. Les veo en los ojos que rebosan de preguntas sobre Louella y sé que les debo las respuestas, pero ahora mismo no puedo, no sin volver a perder la cabeza. Me despido en cuanto encuentro el momento.

Mi intención es volver a casa, hasta que me doy cuenta de que ya no tengo casa. No es más que una pila de vigas ennegrecidas y una bomba de agua. Estoy de pie, ante las cenizas, cuando la niebla mental se aclara lo suficiente como para preguntarme: «¿Qué ha pasado?».

Los incendios son habituales en el Distrito 12, donde el polvo de carbón, siempre presente, y las viejas estructuras de madera invitan a la ignición. Desde que era un bebé, mi madre me metió en el cuerpo el miedo a las chispas sueltas y las brasas en reposo. Nadie alimentaba el fuego por la noche con más cuidado que ella. Por eso sé que no ha sido un accidente. Ha sido provocado y organizado de tal modo que mi familia ni siquiera pudiera llegar hasta una ventana para huir. Ordenado por Snow. Para darme la bienvenida a casa.

Los fragmentos de mi corazón roto se mueven y se me clavan en los pulmones, de modo que cada aliento es una agonía.

—Es por mi culpa —digo por segunda vez esta mañana.

Burdock y Blair me alcanzan justo cuando empiezo a caer y cargan conmigo hasta dar con un tocón en el que sentarme. Intentan convencerme para que vaya a casa de uno de los dos, pero la idea de ver a su familia cuando yo ya no tengo ninguna es insoportable.

—Bueno —dice Burdock con voz sombría—, también está tu casa nueva.

Es entonces cuando recuerdo la Aldea de los Vencedores. Deseando estar a solas, les dejo que me lleven a esa extraña jaula del Capitolio, y la odio de inmediato. En el dormitorio, con su aire enfriado artificialmente, me tumban en la cama. Me quedo mirando al techo.

—Voy a buscar a Asterid —oigo susurrar a Burdock—. A ver si tiene más jarabe.

—Yo lo vigilo —dice Blair, que deja la puerta ligeramente entornada—. Búscale también algo de ropa, ¿vale?

Me encuentran ropa usada. Me administran el jarabe, aunque no mucho,

porque me despierto sobresaltado en plena noche, con el cerebro acelerado y un único pensamiento en mente: debo llegar hasta Lenore Dove. Tengo que sacarla de aquí. Permanecer en el Distrito 12 es una muerte segura. A través de la rendija de la puerta, distingo a Burdock y a Blair dormidos en los sofás del salón. Salgo por una ventana del dormitorio y me interno en la noche.

La casa de la Bandada está a oscuras. Los tíos le dejaron a Lenore Dove la buhardilla para ella sola. Trepo por el caño de desagüe e intento averiguar si mi chica ha llegado a casa, pero todo parece vacío. ¿Se han pasado toda la noche en la base? ¿También han detenido a Tam Amber y a Clerk Carmine? Dudo que estén tocando, teniendo en cuenta cómo están las cosas. No quiero quedarme en la casa por si vuelven. Si Clerk Carmine no me aprobaba antes de los Juegos del Hambre, me imagino lo que pensará de la racha asesina del granuja. Me dirijo a la Pradera y me escondo detrás de unos arbustos. Si liberan a Lenore Dove, sé que una de las primeras cosas que hará será llevar a sus gansos a pastar. A no ser que vaya a buscarme a la Aldea de los Vencedores, en cuyo caso tendrá que cruzar por la Pradera.

Sentado en un tronco caído, descalzo y con la ropa desgastada de algún minero, hacía semanas que no me sentía tan seguro. Me gusta ocultarme aquí, en la oscuridad, donde nadie puede encontrarme. Sin que me vea el Capitolio, ni tampoco mis vecinos del Distrito 12, que me miran con lástima. Intento concebir un plan para Lenore Dove y para mí. No podemos quedarnos. Sin embargo, ¿adónde huir? Solo a la «horrenda tierra salvaje» de Snow. Me encanta, aunque, claro, no vivo allí. No soy Burdock, con su fiel arco y sus conocimientos sobre plantas. Ni siquiera soy todavía un contrabandista de alcohol en toda regla. No soy nada. Y, mientras que Lenore Dove se encuentra como en casa en el bosque, es tan poco capaz de sobrevivir en él como yo. Quizá esté siendo egoísta al querer que huya conmigo, cuando la verdad es que ella estaría bien aquí sin mí. Snow no tendría motivos para convertirla en su objetivo si yo estuviera muerto o huido. Lo correcto es marcharme solo y dejarla que siga con su vida.

Ella no querrá dejarme marchar, y por supuesto que yo no quiero dejarla marchar. Pero ¿cuál es la alternativa? Esperaré para verla una vez más, regresaré a la Aldea de los Vencedores, y le pediré a Burdock un arco y sedal. Si muero ahí fuera, que así sea. Lenore Dove estará a salvo.

El cielo adquiere el suave brillo que precede a la llegada del sol. Los

primeros pájaros empiezan a cantarle al nuevo día. Se les une un coro de graznidos y voces enfadadas. Levanto la cabeza y veo a la insólita y radiante Lenore Dove conduciendo a su manada de gansos a la Pradera.

—¡No puedes alejarte! —le vocifera Clerk Carmine desde el borde de la Pradera; nervioso, agita un dedo para darle más énfasis a la orden.

Tam Amber está a su lado, un poco más encorvado de lo que lo recordaba.

—Tiene razón, Lenore Dove. Esto ya es estirar al límite el arresto domiciliario.

El comandante de la base debe de haberles dado una orden firme. Tam Amber es el padre permisivo, aquel al que se dirige siempre que tiene una petición cuestionable, así que si él está preocupado…

—¡Lo sé! ¡Te he oído las diez primeras veces! —le responde ella a gritos, exasperada—. Solo quiero estar cinco minutos a solas. ¿Se me permite? ¿O sigo en la cárcel?

—Vale. Cinco minutos. Después te quiero de vuelta en casa para desayunar, ¿me oyes? —le dice Clerk Carmine.

Ella lo saluda como una agente de la paz.

—Sí, señor. Entendido, señor. Puede contar conmigo, señor.

Clerk Carmine da un paso adelante, pero Tam Amber le pone una mano en el brazo, así que se resigna a despedirse con un:

—No nos obligues a ir a buscarte, señorita.

Los tíos vuelven a la casa.

De repente, me abruma el afecto por Clerk Carmine. En realidad, ambos queremos lo mismo: que Lenore Dove esté a salvo y sea feliz. Y él tenía razón. Al preocuparse por mí, me refiero. Un chico de una familia rebelde que fabrica alcohol blanco y desaparece durante horas con su sobrina en el bosque no es lo más seguro del mundo. Además, ni siquiera se me da bien la música. Creo que me lo habría acabado ganando de haber tenido la oportunidad. Sin embargo, ahora, me consuela que, cuando huya, él estará aquí para protegerla. Supongo que nunca tendré la ocasión de decírselo, por cierto que sea.

Mientras espero a estar seguro de que no hay nadie a la vista, me empapo de la belleza de Lenore Dove. Da vueltas con la cabeza echada hacia atrás y los brazos alzados al cielo. Para ella tiene que haber sido un infierno estar encerrada. No soporta que nada lo esté, y menos las criaturas silvestres,

como ella misma. Los gansos corretean a su alrededor y la regañan por dejarlos solos. Ella se los gana con palabras dulces y caricias en el cuello. Está a punto de encaramarse a su roca favorita cuando deja escapar una exclamación de sorpresa y recoge algo.

Es mi bolsa de gominolas. Las que le pedí a Sid que le llevara después de la cosecha. Supongo que ella las dejó allí antes de salir a actuar aquella noche. Se lleva los dulces al corazón y baila, sonriente, antes de meter la mano en la bolsita. No puedo esperar ni un segundo más. Mientras cruzo la Pradera, me ve, grita mi nombre y corre a recibirme. La alzo en volandas y doy vueltas con ella; nos reímos y besamos como locos.

—Lenore Dove. Mi amor —le digo.

—Has vuelto —dice ella con lágrimas en los ojos, aunque de felicidad—. Has vuelto conmigo. ¡En este mundo!

—¡Y tú has logrado que no te cuelguen! —exclamo.

Nos abrazamos tan fuerte que es como si fuéramos una única persona. Y así es, en realidad.

Me recorre la cara con las manos.

—¿Estás bien? ¿Estás bien de verdad?

—Como una flor —le prometo.

Me da todo igual, no puedo abandonarla. Querrá huir conmigo, y se lo permitiré. Ya encontraremos el modo de sobrevivir. Porque creo que ninguno de los dos es capaz de vivir sin el otro.

Nos dejamos caer en la hierba de la Pradera, cogidos de la mano. Ella coge la bolsa de gominolas que se le ha caído al encontrarnos.

—Gracias por los dulces. Madre mía, ¡mira cómo tiemblo!

—Toma —le digo, y recojo la bolsa, aunque tampoco es que me tiemblen las manos menos que a ella.

Saco una gominola de la bolsa y se la meto en la boca.

Ella se ríe.

—Ahora que estás en casa, supongo que puedo comerme las otras.

—¿Qué otras? —pregunto mientras le doy la segunda.

—Las que me trajo Sid. Las guardé debajo de la almohada.

—Pero…

Miro la bolsa. Es una bolsa normal, con la etiqueta de los Donner. Entonces me fijo en las gominolas. No son multicolores. No es un arcoíris.

Son todas de un intenso color rojo sangre. Recuerdo la rosa de Snow, sus palabras de despedida, y todo encaja de repente.

—¡Escúpela! —le ordeno, poniéndole una mano bajo la boca—. ¡Escúpela ahora mismo!

Pone cara de sorpresa al escupir una gominola a medio comer en la palma de mi mano.

—¿Qué? Si no pasa nada.

—¿Dónde está la otra? ¿Dónde está la primera?

La sacudo.

—Supongo que me la he tragado. ¿Por qué?

—¡Vomítala! ¡Sácala del estómago!

Lenore Dove empieza a sentir pánico.

—¿Qué está pasando, Haymitch?

Pienso en la arena.

—¿Tienes pastillas de carbón en casa? No, creo que no. ¿Por qué iba a…? —Veo el instante en el que lo entiende. Se inclina, se mete un dedo hasta la garganta e intenta vomitar—. No puedo. Apenas he comido en varios días. ¡No hay nada que sacar!

—Vamos —digo al ponerla en pie—. Vamos. —Empiezo a gritar pidiendo ayuda—. ¡Clerk Carmine! ¡Clerk Carmine!

—Haymitch… —Una mirada de perplejidad le cruza el rostro y se lleva una mano al pecho. Le ceden las rodillas—. No puedo levantarme.

La levanto yo.

—¡Tienes que hacerlo! Solo hasta la casa. —Echo la cabeza atrás y grito —: ¡Clerk Carmine! ¡Ayuda! ¡Ayúdanos! —Ella se derrumba entre mis brazos. Me arrodillo en el suelo, con su cuerpo sobre el mío—. Lenore Dove… —le suplico—. No. No. —Una burbuja de espuma teñida de sangre le aparece entre los labios—. Oh, no… No…

Ella fija la vista en algo, a lo lejos.

—¿Ves eso? —dice con voz ronca.

Me vuelvo y veo el sol que asoma por el horizonte.

—¿Qué? ¿El sol?

—No permitas… que… vuelva a… amanecer —consigue responder.

Las lágrimas me ahogan.

—No puedo evitarlo. Ya sabes que no puedo.

Ella sacude la cabeza a un lado.

—… en la cosecha —susurra.

No, por favor. No me dejes así. No me dejes.

—¿Lenore Dove? Aguanta, por favor, cariño. ¿Lenore Dove?

—Prométélo —dice, y se le cierran los párpados.

—Vale, vale, lo prometo. Pero no puedes marcharte. No puedes dejarme. Porque te quiero más que el fuego a las brasas.

—Y yo a ti —creo que dicen sus labios.

—¿Lenore Dove?

Aprieto mis labios contra los suyos, intentando obligarla a quedarse conmigo. Negándome a decirle adiós.

Sin embargo, cuando los retiro, noto el sabor del veneno y sé que ya se ha ido.

27

La pesadilla siempre empieza dándole esa gominola. Estamos en la Pradera, abrazados con fuerza, ella con el rostro reluciente de lágrimas de alegría. Y no compruebo la bolsa. Nunca compruebo la bolsa. ¿Por qué no recordé hacerlo? Simplemente le pongo aquella gominola rojo sangre en los labios, y ya no hay forma de impedir lo que ocurre a continuación. El momento de la comprensión, su terror, la espuma ensangrentada, mi súplica para que se quede, la promesa que me exige. Entonces aparecen los tíos. Clerk Carmine me la quita de los brazos e intenta reanimarle el corazón mientras la llama a gritos. Tam Amber permanece rígido, de pie, sacudiendo la cabeza mientras masculla:

—Otra vez no. No, otra vez no.

Es entonces cuando empieza la música, el poema de su nombre, su canción, dándome vueltas por el cerebro como un tren a la fuga.

> En cierta medianoche sombría, mientras, débil y
>   agotado, discurría
> sobre un pintoresco volumen de olvidado conocimiento,
> mientras cabeceaba, casi dormido, oí un golpe, un crujido,
> como si alguien llamara a la puerta de mi aposento…
> «Alguien de visita —mascullé—, que llama al portón…
>   Nada más que eso y se acabó».
>
> Sí, recuerdo claramente que fue en un crudo diciembre
> y que cada brasa moribunda forjaba en el suelo una
>   sombra espectral.
> Con ansia esperaba la mañana; en vano había
>   intentado tomar

de mis libros prestado un alivio para el alma, alivio por la perdida Lenore,
por la insólita y radiante doncella a la que los ángeles llaman Lenore,
cuyo nombre aquí por siempre se apagó.

El cuervo. Ese despiadado pájaro cantor. Que me recuerda constantemente el claro mensaje de Snow sobre mi vuelta a casa. Que jamás volveré a querer a nadie. Nunca más. Porque él se asegurará de que esa persona sufra una muerte horrible.

Así que me alejo de todos por los que una vez sentí algún afecto. Antiguos vecinos. Hattie. Clientes. Compañeros de clase. Blair y Burdock son los que más aguantan. Blair al final reconoce que mi postura es la correcta, me abraza por última vez y se marcha, sollozando. Incluso entonces, Burdock insiste en seguir apareciendo, a veces con Asterid, que me trae botellas de jarabe para dormir. Desafiante. Sordos a mis súplicas. Recurro a lanzarles pedradas. Al final consigo que me dejen solo cuando acierto a Asterid en la frente y la sangre le chorrea sobre su rostro perfecto. Hacerle daño así me duele más que todo lo que hice en la arena.

Y cada susurro sedoso, triste e incierto de las cortinas moradas
me estremecía y me rebosaba la imaginación de
desconocido pavor;
así que, para acallar el latido de mi corazón, me repetía las palabras:
«Alguien de visita que suplica entrar en mi habitación;
Alguien que llega tarde y suplica entrar en mi
habitación…
Nada más que eso y se acabó».

En breve mi alma se fortaleció y de vacilar cejó.
«Señor —dije— o señora, apelo de veras a vuestra
comprensión,
pues cabeceando me encontraba, y su llamada fue tan
delicada,
y con tal sutileza llamaba quedamente a mi habitación,
que apenas la escuchaba», y entonces abrí de par en par
el portón.

Oscuridad al otro lado, y se acabó.

El mundo guarda silencio. No veo a nadie. Nunca antes había estado solo de verdad, siempre había tenido a mi familia. O a mis amigos. O a mi amada.

Cada semana, un agente de la paz mete por debajo de la puerta un sobre con mi sueldo de vencedor y me deja un paquete de comida en el porche. Del contenido del sobre restan meticulosamente la carne, el pan, la leche y los distintos suministros. ¿Quién ha organizado este servicio? ¿El presidente? ¿Sigue insistiendo en mantenerme con vida?

Le daría la bienvenida a la muerte, si no fuera porque le prometí a Lenore Dove que, no sé cómo, conseguiría evitar que volviera a amanecer en un mundo en el que siga existiendo la cosecha. Es una imposibilidad de tal magnitud que solo sirve para desesperarme más. Me bebo todas las botellas de jarabe para escapar de la realidad, aunque solo me sirve para darle las gominolas en sueños.

Largo tiempo a esa oscuridad estuve asomado,
preguntándome, temiendo, dudando,
soñando sueños que ningún mortal se atrevió a soñar jamás;
pero el silencio permaneció y la quietud no cesó,
y la única palabra que allí se pronunció fue aquel susurro,
«¿Lenore?».
Y, tras mi susurro, un eco la palabra me devolvió,
«¡Lenore!».
Solo eso y se acabó.

De vuelta a mi habitación me revolvía, el alma entera me ardía,
y no tardé en escuchar un golpe algo más fuerte que el anterior.
«Sin duda —dije—, hay algo en la ventana, en la celosía;
veré, pues, de qué amenaza se trata y cuál es el
misterioso clamor;
veré, pues, si mi corazón se calma y me permite investigar
el misterioso clamor.
¡Es el viento y se acabó!».

Una noche voy en su busca; me interno en el cementerio de la colina e intento dar con la tierra recién removida y la lápida nueva. Los demás están aquí (mamá, Sid, mis compañeros tributos), pero no Lenore Dove.

La casa torcida de la Bandada se alza, oscura y silenciosa, a la luz de la luna. Doy vueltas por el patio como un perro callejero y me acurruco bajo su ventana, deseando que su fantasma me encuentre. Deben de ser las tres de la madrugada cuando empieza a sonar el violín, suave y bajo, tocando su canción.

¿Sabe Clerk Carmine que estoy aquí? ¿Intenta volverme loco de remate? Llamo a la puerta, gritando a pleno pulmón:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

El violín guarda silencio. Pero es demasiado tarde. Ya tengo la melodía metida en la cabeza.

Entonces abrí la contraventana y, con aleteo y jarana,
un majestuoso cuervo de tiempos postreros hizo su
    aparición.
En nada me obedecía; ni un minuto se detuvo ni paró,
sino que, con maneras de cortesano, se posó sobre la puerta de mi habitación,
allí, sobre un busto de Palas justo encima del portón.
                    Se encaramó allí y se acabó.

Este pájaro de ébano logró tornar en sonrisa mi triste
    semblante
ante el serio y adusto decoro de su elegante expresión,
«Por más que tu cresta esté ajada y rala, tu actitud es
    bien osada.
Espantoso cuervo de antaño que, desde la oscura orilla,
    acudes a mi balcón,
dime cómo a ti se refieren en la oscura orilla de Plutón».
                    El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

Se me acaba el jarabe para dormir y, desesperado, empiezo a visitar al viejo Bascom Pie y a salir de allí cargado con un saco lleno de botellas de garrafón que tintinean durante todo el camino de vuelta a casa. Algunas

noches logro sumirme en el olvido; otras, vago por la oscuridad. Una mañana, me despierto medio desnudo en el césped de la entrada de mi casa, cubierto de picaduras de mosquito, y entonces caigo en dónde tiene que estar Lenore Dove. Que sus tíos no le habrán dado descanso eterno en el cementerio del Distrito 12, sino en algún sitio que ella amara. Que todos amaran. El bosque.

Soy un hombre con una misión. Me paso semanas dando vueltas entre los árboles, rodeando el lago, examinando la tierra bajo los manzanos, buscando cualquier rastro de ella. Ruego a los sinsajos que me den alguna pista sobre su paradero. Grito su nombre al viento. Las hojas se tiñen de escarlata y oro, y me crujen bajo los pies.

—¡Lenore Dove! ¡Lenore Dove! —aúllo, pero no se me revela.

Entonces aparece Burdock, como salido de la niebla. Lleva la chaqueta de cuero bien cerrada para protegerse de la helada, el arco en la mano y un par de pavos salvajes colgados de la cadera. No me ha perdonado, no lo hará nunca, aunque no le falta compasión. Puede que porque sabe lo que es amar.

—Si es lo que quieres, ven conmigo —se limita a decir.

Y sí que quiero, tanto como hace tiempo quería las manzanas que él me prometió, así que lo sigo hasta lo más profundo del bosque. Más allá del lago, más allá de lo conocido, hasta un bosquecillo oculto que ningún ojo humano normal sería capaz de detectar. Y allí me deja.

Un cementerio pequeño y secreto con bellas lápidas labradas. La Bandada. En cada piedra han grabado un fragmento del poema del nombre correspondiente.

Entre ellas, en una lápida blanco crema:

SEÑORA, MAUDE CLARE —DIJO ÉL—,
MAUDE CLARE, Y OCULTÓ LA TEZ.

En una losa cubierta de musgo:

PERO ALGUNOS AFIRMAN TODAVÍA
QUE LA DULCE NIÑA NO ESTÁ MUERTA,
QUE A LUCY GRAY SE LA VEÍA

por la solitaria ladera.

Y, sobre una roca gris, moteada de rosa y morado:

Pero el silencio permaneció y la quietud no cesó,
y la única palabra que allí se pronunció fue aquel
susurro, «¿Lenore?».
Y, tras mi susurro, un eco la palabra me devolvió,
«¡Lenore!».
Solo eso y se acabó.

Me tumbo sobre su sepultura y me quedo aquí hasta que cae la noche, rompe el alba y cae de nuevo la oscuridad. Se lo cuento todo y le suplico que vuelva conmigo, que me espere, que me perdone por todas las veces que le he fallado.

Cuando amanece el segundo día, no ha regresado. Entierro el eslabón de la serpiente y el pájaro frente a su lápida. Le pido que me libere de mi última promesa. Le pido que me deje ir ahora con ella. Le pido una señal. Entonces, no sé cómo, consigo volver a casa y quedarme dormido… para ponerle en la boca otra gominola.

Qué maravilla escuchar a aquella fea ave con tal
claridad hablar,
aunque su respuesta poco significara y no me diera
solución;
porque es por todos sabido que ningún ser humano vivo
se ha visto bendecido por la presencia de un pájaro
sobre su portón,
ni pájaro ni animal posado en el busto esculpido sobre su portón,
por nombre «Nunca más» y se acabó.

Pero el cuervo, posado en soledad en el plácido busto,
no dijo más
que esas palabras, como si toda su alma en ellas volcara.

Tras eso, no volvió a agitar pluma ni emitió expresión
alguna
hasta que susurré mi amargura: «No es el primer amigo
que voló…
Por la mañana me dejará, como mi esperanza ya antes
me dejó».
Raudo el pájaro dijo: «Nunca más», y se calló.

Le doy a la botella, mucho más que antes. Bebo, desaparezco en la noche y recupero la consciencia en los lugares olvidados del Distrito 12. Una mañana, al romper el alba, me despierto de golpe, temblando, en un callejón de la ciudad. Estoy mirando un mensaje en la pared, escrito en naranja chillón: ¡SI NO HAY CAPITOLIO, NO HAY ÁRBOL DEL AHORCADO! Es una versión rebelde de la propaganda del Capitolio. «¡Si no hay Capitolio, no hay cosecha!». Aquí, oculto, un grito a la revolución más allá del radar de los agentes de la paz.

Me viene un recuerdo a la cabeza… Maysilee en la arena… después de matar a un Vigilante de los Juegos… Seda de araña y la canción de su nana…

«Bueno, tu chica está llena de sorpresas. Supongo que al final se nos adelantó a todos».

Llena de sorpresas. Llena de secretos, incluso conmigo. Pero Maysilee supo atar cabos. Pintura naranja bajo las uñas. Esto es obra de Lenore Dove. Su señal. Su mensaje para mí. Su recordatorio de que tengo que evitar otro amanecer en la cosecha.

Y dice: «Me lo prometiste». Con eso, me condena a vivir.

Sorprendido de que el silencio rompiera de forma tan
certera,
«Sin duda —dije—, lo que masculla es lo único que
aprendió
de algún infeliz dueño al que un desastre poco halagüeño
siguió deprisa y con empeño hasta que solo una canción
le quedó…
Hasta que la endecha de su esperanza en una frase
resumió,

la de “nunca… nunca más”, y se acabó».

Pero el cuervo seguía tornando en sonrisa mi triste guisa,
y acerqué un cómodo sillón frente a ave, busto y portón;
después, sobre el terciopelo del cojín, me dediqué con
esmero a unir
un detalle con otro, a cavilar sobre lo que el viejo pájaro
agorero,
lo que aquel pájaro serio, espantoso y demacrado querría
decir al graznar: «Nunca más», y se acabó.

Ahora que Lenore ha dicho lo que tenía que decir, otros fantasmas llenos de odio y rabia me visitan por las noches. Panache parece tener poco que hacer, salvo perseguirme, y Silka cree que le debo una corona. El terror me acompaña también cuando estoy despierto. Empiezo a dormir con un cuchillo en la mano.

Es Effie Trinket la que me encuentra así la mañana de la Gira de la Victoria. Me despierto, sobresaltado, y descubro que ha tomado posesión del cuchillo.

—Siento mucho el accidente de tu familia, Haymitch. Y qué tragedia lo de la apendicitis de tu novia. Pero esto no puede seguir así. Tenemos unas responsabilidades que atender.

¿El accidente de mi familia? ¿La apendicitis de Lenore Dove? Tiene razón. Tengo responsabilidades que atender. Pero ¿cómo?

Dejo que me sirva café. Que me envíe a la bañera hasta que Proserpina y Vitus son capaces de mirarme. Que me abotone un traje de cachemir que el tío abuelo Silius nunca tuvo ocasión de estrenar y que me ponga presentable para subir al tren camino del Distrito 11.

—Se corrió la voz. Despidieron a Magno por negligencia y Drusilla se rompió la cadera al caerse por una escalera mecánica —me cuenta Plutarch en confianza—. Parece que Maysilee estaba en lo cierto con lo de los tacones. Total, que sugerí a Effie en el último minuto y les encantó la idea, sobre todo porque traía con ella el guardarropa de su depravado tío.

—¿Por qué estás aquí, Plutarch? —le pregunto.

Es una cuestión con varias respuestas posibles, pero elige la más

superficial.

—Estoy aquí para grabar tu Gira de la Victoria. Está en mi contrato. Oye, tienes cara de necesitar un bocadillo. ¡Tibby!

Es un tren distinto al anterior. Más elegante. Mucho acero y cromo. Con tapizado de terciopelo gris paloma, para que no lo olvide. Ahora mismo, intentar olvidar es mi trabajo a tiempo completo.

Effie hace lo que puede por mantenerme sobrio, pero el tren está cargado de alcohol.

Sobre eso meditaba, aunque ninguna sílaba expresara,
ante el ave cuyos ojos ardientes ahora hasta el corazón
me quemaban;
sobre eso y más discurría, con la cabeza cómodamente
reclinada
en la tapicería aterciopelada que la lámpara iluminaba
con presunción,
pero esa tapicería aterciopelada que la lámpara iluminaba
con presunción
ella, ay, nunca más tocaría; eso se acabó.

Entonces creí notar que el aire se tornaba denso,
perfumado por el invisible incienso
de un serafín cuyos pasos tintineaban sobre el suelo
almohadillado.
«¡Miserable! —exclamé—, tu Dios te ha enviado, a través
de estos ángeles alados,
alivio, alivio y nepente para tus recuerdos de Lenore;
¡embriágate, sí, con este amable nepente y olvídate de tu
perdida, Lenore!».
El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

En el Distrito 11, me colocan en los escalones de su Edificio de Justicia, frente a las afligidas familias de Hull, Tile, Chicory y la otra chica, Blossom. En el ancho mar de rostros, busco los de los parientes de Lou Lou, sin encontrar nada.

Empieza la fiesta. Bebo durante todas las celebraciones, que se alargan hasta entrada la noche. Cuando el Edificio de Justicia al fin duerme, Plutarch me conduce por varias escaleras y me lleva al desván.

—Alivio y nepente —mascullo con la botella junto a los labios.

Plutarch me la arranca de la mano.

—Escucha, Haymitch, no tenemos mucho tiempo. Este desván es el único punto de todo el Edificio de Justicia en el que no hay micrófonos.

Bueno, quizá tenga razón. Parece como si nadie hubiera entrado aquí en cien años. Hay una capa de polvo tan gruesa que se podría dormir cómodamente sobre ella. Por qué esconderse aquí para un momento privado en vez de salir fuera, ni lo sé ni me importa. Ya no pueden hacerme nada más. A diferencia de a Plutarch.

—¿Cómo es que tienes tan buen aspecto, Plutarch? Torturaron a Wiress y a Mags, ¿verdad? Y supongo que Beetee está muerto.

—Beetee es demasiado valioso para matarlo.

—Suponía que se habría suicidado.

—No puede. Su mujer está embarazada. Además, no decepcionaría de ese modo a Ampert.

—Ah, ya veo. Va a derrocar al Capitolio, ¿no?

—Quizá algún día. Pero ninguno de nosotros puede hacerlo solo. Has demostrado mucho valor e inteligencia en esa arena. Necesitamos tu ayuda.

—¿Yo? —pregunto, incrédulo—. Soy la prueba viviente de que el Capitolio siempre gana. Intenté evitar que aquel sol volviera a salir en un mundo con cosecha, intenté cambiar las cosas, y ahora están todos muertos. No me necesitáis.

Y yo no lo necesito. No quiero ayuda de nadie del Capitolio, nunca más. No volveré a confiar en ellos.

—Sí que te necesitamos. Has hecho temblar los cimientos del Capitolio, tanto real como literalmente. Fuiste capaz de imaginar un futuro distinto. Y quizá no se haga realidad hoy, quizá ni siquiera en el tiempo que nos quede con vida. Quizá se tarden varias generaciones. Todos formamos parte de un continuo. ¿Acaso significa eso que no tiene sentido?

—No tengo ni idea. Pero sí sé que necesitáis a alguien que no sea yo.

—No, Haymitch, necesitamos a alguien como tú.

—¿Pero con más suerte?

—Con más suerte o con mejor don de la oportunidad. Un ejército a sus

órdenes tampoco vendría mal.

—Claro, eso siempre ayuda. ¿De dónde vas a sacar un ejército, Plutarch?

—Si no encuentro ninguno, tendremos que reunirlo. Pero, claro, encontrarlo es más sencillo.

—¿Y después podemos matarnos entre nosotros, como en los viejos tiempos de los Días Oscuros?

—Bueno, sabes mejor que nadie a lo que nos enfrentamos con Snow. Si se te ocurre otra forma de evitar ese amanecer, me cuentas.

«¡Profeta! —respondí—, ¡ser malvado! ¡Aun así, profeta,
seas demonio o pájaro!
Ya te haya enviado el Tentador o la tempestad te haya
lanzado,
desamparado pero impávido, a este páramo hechizado,
a este hogar presa del desaliento, te lo imploro, dímelo
sin cerrazón.
¿No hay… no hay bálsamo en Galaad? ¡Te lo imploro,
por favor!».
El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

«¡Profeta! —respondí—, ¡ser malvado! ¡Aun así, profeta,
seas demonio o pájaro!
Por el cielo que nos cubre, por ese Dios que adoramos
los dos,
dile a esta alma postrada por la pena si, en el lejano Edén,
se unirá a la santa doncella a la que los ángeles llaman
Lenore,
a la insólita y radiante doncella a la que los ángeles
llaman Lenore».
El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

Evito hablar con Plutarch durante el resto de la Gira de la Victoria. Durante mi paso por todos los distritos, donde me suben a escenarios frente a las familias de los tributos muertos. Durante todas las fiestas que culminan en

el Capitolio, donde me devuelven a mi cómoda jaula. Durante las tensas festividades en el Distrito 12.

Mi equipo se dirige al tren. Plutarch y el suyo graban un reportaje de estilo sobre mi nueva casa y una toma mía de despedida en el patio. Mientras estoy aquí, contemplando mi prisión, poco dispuesto a cruzar el umbral y reanudar mi condena, se me acerca.

—¿Va todo bien, Haymitch?

—No tengo nada por lo que vivir —digo sin tan siquiera un ápice de autocompasión. Simplemente, afirmo un hecho.

—Entonces, no tienes nada que perder. Esto deja todo el poder en tus manos.

Me gustaría matarlo ahora mismo, aunque ¿para qué? Así que respondo:

—Crees que eres una buena persona, ¿verdad, Plutarch? Crees que eres un buen hombre porque me contaste lo del sol y los caballones. Cuando lo que en realidad hiciste es ayudar a crear la propaganda del Capitolio y a retrasmitirla a todo el país. Cuarenta y nueve niños murieron por su culpa, pero le diste el viejo toque Heavensbee y, en esa propo, eres una especie de héroe.

Plutarch se toma un momento para responder.

—Nadie me consideraría un héroe, Haymitch. Pero, al menos, sigo en el juego.

«¡Pájaro o demonio —grité, levantándome de la silla—,
que esa sea nuestra despedida!».
«¡Regresa a la tempestad y a la oscura orilla de Plutón!
¡No dejes pluma negra que recuerde la mentira que tu
alma me contó!
¡Deja mi soledad intacta! ¡Abandona el busto sobre el
portón!
¡Aparta tu pico de mi alma y que tu silueta no
ensombrezca más mi portón!».
El cuervo dijo: «Nunca más», y se calló.

Pero el cuervo no partió; sigue posado, aquí sigue posado
sobre el pálido busto de Palas, justo encima de mi portón;

y sus ojos me recuerdan a los de un demonio que sueña,
y la lámpara que lo ilumina su sombra proyecta en el
suelo, sobre el tablón;
y mi alma de esa sombra que yace flotando sobre el tablón
no se alzará nunca más, y se acabó.

Así que aquí me quedo, atrapado para siempre en mi habitación.

Estoy desesperado por olvidar. Por escapar de la pena, de la dolorosa soledad, de la pérdida de mis seres queridos. No tengo objetos que me los recuerden; todos ardieron o se enterraron. Me esfuerzo por olvidar su voz, su rostro, su risa. Incluso cuando pienso, mi lenguaje se vuelve apagado y monótono, despojado del color y la música de antaño.

El único contacto humano que me permito son las noticias del Capitolio, que pongo en el televisor las veinticuatro horas del día. Así, si el fantasma de Lenore Dove se me aparece alguna vez, le puedo decir que trabajo en una estrategia para evitar que ese sol salga.

No hago planes, no tengo esperanzas, no veo a nadie, no hablo con ningún ser humano, salvo con Bascom Pie cuando se me acaba el nepente. Sin embargo, tampoco puedo decir que no tenga futuro, porque sé que cada año, por mi cumpleaños, me regalarán un nuevo par de tributos, una niña y un niño, para que sea el mentor de su muerte. Otro amanecer en la cosecha.

Y, cuando recuerdo eso, oigo la voz de Sid al despertarme la mañana que el cuervo llamó por primera vez a la puerta de mi habitación.

«¡Feliz cumpleaños, Haymitch!».

EPÍLOGO

Ahora, cuando Lenore Dove viene a visitarme, no está enfadada ni moribunda, así que creo que me ha perdonado. Ha envejecido conmigo, tiene el rostro surcado de finas arrugas y el pelo pincelado de gris. Como si hubiera estado viviendo conmigo a lo largo de los años, en vez de yacer muerta en su tumba. Sigue siendo insólita y radiante. Cumplí mi promesa sobre la cosecha o, al menos, eché una mano, aunque ella dice que todavía no podemos estar juntos. Que debo cuidar de mi familia.

La primera vez que vi a la chica en el Quemador no era más que un bebé. Burdock estaba muy orgulloso de ella, la llevaba en brazos a todas partes. Cuando él murió en la explosión de la mina, ella empezó a ir sola de vez en cuando para hacer trueques con ardillas o conejos. Parecía fuerte y lista, y llevaba el pelo recogido en dos trenzas, lo que me recordaba punto por punto a Louella McCoy, mi preciosa novia de antaño. Y, después de que se presentara voluntaria para los Juegos, era inevitable que se me escapara ese apodo. No quería dejarlos entrar, ni a Peeta ni a ella, pero los muros del corazón no son inexpugnables, no si alguna vez han conocido el amor. Al menos, eso dice Lenore Dove.

No quería tener nada que ver con su libro conmemorativo después de la guerra. ¿Para qué? ¿De qué sirve? Para revivir todo lo perdido. Sin embargo, cuando tocó la página de Burdock, tenía que mencionar que él me enseñó la tumba. Y me sentí obligado a hablarles de Maysilee Donner, la antigua propietaria del broche del sinsajo. Y que a Sid le encantaban las estrellas. Antes de darme cuenta, se abrió la presa y salió todo: familia, tributos, amigos, camaradas, todo el mundo, incluida mi amada. Por fin conté nuestra historia.

Unos días después de eso, Katniss apareció en mi puerta con una vieja cesta llena de huevos de ganso.

—No son para comer, sino para empollarlos. He saqueado varios nidos,

para que se críen bien.

Le da igual que hayamos comido ganso asado para cenar. No es una persona fácil; Peeta siempre dice que se parece a mí. Sin embargo, fue más lista que yo o tuvo más suerte. Es la que por fin evitó que ese sol volviera a salir.

Peeta diseñó una especie de incubadora y, cuando los huevos eclosionaron, mi cara fue lo primero que vieron esas crías. A veces, se limitan a pastar en el césped, pero, cuando hace bueno, deambulamos hasta la Pradera. A Lenore Dove le gusta más, y, si ella está contenta, yo también. Como los gansos, sí que nos emparejamos de por vida.

No sé bien si estaré mucho más tiempo en el viejo más acá. Tengo el hígado destrozado y solo dejo de beber cuando el tren llega tarde. Aunque estos días me emborracho por otros motivos, más por costumbre que por olvidar. Mi hora llegará y me parecerá bien, pero no sabría decir cuándo.

Lo que sí sé es que el Capitolio no volverá a quitarme a Lenore Dove. Nunca me la quitó, en realidad. No hay nada que robar que merezca la pena guardar, y ella es lo más preciado que he conocido nunca.

Cuando se lo digo, siempre responde:

—Te quiero más que el fuego a las brasas.

A lo que contesto:

—Y yo a ti.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi querido amigo y colaborador creativo, James Proimos, falleció el 8 de julio de 2024, cuando yo estaba terminando esta novela. Era maravilloso tanto en su faceta de artista como en la de escritor, y sus libros, que derrochaban humor e imaginación, animaban a los lectores a construir un mundo más amable y humano, dulce a dulce. Entre mis favoritos se encuentran *The Many Adventures of Johnny Mutton*, *Joe's Wish* y *Paulie Pastrami Achieves World Peace*.

Estoy bastante segura de que *Los Juegos del Hambre* no existirían sin Jim (por eso le dediqué el primer libro). Nos conocimos en *Generación O!*, una serie de dibujos animados que él había cocreado. Jim creía que yo debía dedicarme a escribir libros y no dejaba de insistir en que lo intentara. Me pidió que escribiera algo, lo que fuera, y que después él ilustraría mi texto, y su agente, Rosemary Stimola, le echaría un vistazo. Así empezó todo. Los libros sobre el abecedario o los números que hicimos juntos no llegaron a ninguna parte, aunque las ilustraciones de Jim eran fantásticas. Sin embargo, me ayudaron a conocer bastante a Rosemary, de modo que, la mañana que me desperté muy emocionada con la idea de *Gregor* en la cabeza, no dudé en llamarla a una hora muy poco apropiada para contárselo. El resto surgió de ahí. Sin Jim, es poco probable que hubiera encontrado el camino a los libros, y siempre le agradeceré que abriera esa puerta y, poco a poco, con constancia, me empujara hacia ella.

Jim era una de las personas más creativas con las que he tenido el privilegio de trabajar. Colaboramos en varios proyectos para televisión, pero en una sola publicación. Me estaba costando encontrar el modo de transformar en un libro ilustrado mis recuerdos del año que destinaron a mi padre a Vietnam. Un día, mientras comíamos juntos, empecé a contarle la historia a Jim. A medida que me respondía, vi que el libro cobraba vida con su arte, no oscuro y fuerte, sino a través de los ojos de una niña de seis

años. La historia de *Un año en la selva* era muy dura para mí, mucho más personal que lo que suelo escribir, y contar con un amigo empático y de confianza a mi lado me dio el valor que necesitaba para explorarla. Sus increíbles ilustraciones, que transforman la selva de un mágico patio de recreo en una pesadilla aterradora, pero manteniendo siempre un estilo visual infantil, hicieron posible el libro.

Por sus ánimos, por la selva y por los muchos años de amabilidad, humor, paciencia, talento y amistad, gracias, Jim. Llegados a este punto, creo que puedo decir con certeza que: «Siempre estaremos juntos».

Además, me gustaría dar las gracias a mi ganso y primer lector, Cap Pryor; a mi hijo, Charlie; y a la antedicha agente, Rosemary, por el impacto de su respuesta a la primera lectura de este libro. Mis buenos amigos Richard Register y Michael Arndt también me ofrecieron un apoyo y unos comentarios que resultaron ser de enorme valor para la historia.

Volver a Scholastic es como volver a casa. De nuevo, me gustaría expresar mi eterno agradecimiento y gran aprecio por mi director editorial, David Levithan, que siempre se ha mostrado tan generoso conmigo compartiendo sus extraordinarios conocimientos como autor; por la que fue mi primera editora y seguirá siéndolo, Kate Egan, que me ha aconsejado de maravilla desde el primer libro de *Gregor*; por la atenta Emily Seife, cuyas notas tan sentidas y emotivas me dieron el empujón que tanto necesitaba cuando me quedaba sin batería; por mi fantástica correctora, Joy Simpkins, que encontró las erratas que los demás éramos incapaces de ver; y por Elizabeth Parisi y Tim O'Brien, que han diseñado otra cubierta increíble.

Un enorme agradecimiento para el resto de mi fabulosa familia editora: el difunto y maravilloso Dick Robinson, Iole Lucchese, Peter Warwick, Ellie Berger, Rachel Coun, Lizette Serrano, Tracy van Straaten, Katy Coyle, Madeline Muschalik, Mark Seidenfeld, Leslie Garych, Erin O'Connor, JoAnne Mojica, Melissa Schirmer, Maeve Norton, Bonnie Cutler, Nelson Gómez, Lauren Fortune, Paul Gagne, Andrea Davis Pinkney, Billy DiMichele y todo el equipo de ventas de Scholastic.

Una nota sobre las canciones: «El cuervo», de Edgar Allan Poe, se publicó en 1845. «Ah, girasol», de William Blake, apareció en sus *Canciones de experiencia* en 1794. La versión en inglés de la canción del ganso y el pueblo, «The Goose and the Common», la escribió un autor anónimo en el siglo XVII o XVIII. La canción de la mariquita del Distrito 12

es una versión de una canción infantil que se conoce desde hace siglos, «Ladybug, Ladybug». Escribí «La canción de Wiress para la arena» y «La canción de la cosecha» para esta historia. «La canción de cumpleaños» y «Joya de Panem» aparecieron por primera vez en la novela *Balada de pájaros cantores y serpientes*; James Newton Howard escribió la música de esta última para la pantalla. La letra de «El árbol del ahorcado» procede de *Sinsajo*, y la versión para la película la compusieron Jeremiah Caleb Fraites y Wesley Keith Schultz, de The Lumineers, y la adaptó James Newton Howard. «No hay nada que robar», «La balada de Lucy Gray» y «El viejo más acá» aparecieron por primera vez en la novela *Balada de pájaros cantores y serpientes*, y Dave Cobb escribió su música para la película. Toda mi gratitud para estos artistas, desde los del pasado hasta los del presente, que tanto han enriquecido Panem con sus geniales obras, llenas de fantasía y también de sentimiento.

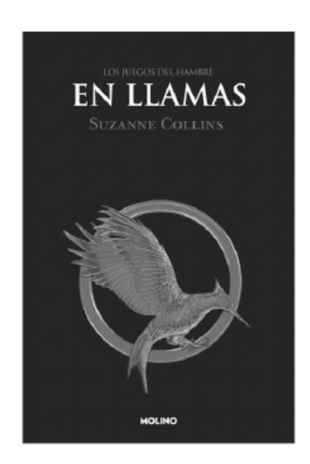
Gestionar este mundo ficticio es un trabajo demasiado complejo e increíblemente creciente. A Rosemary; a mi agente para el mundo del espectáculo, Jason Dravis; a las expertas legales, Eleanor Lackman, Diane Golden y Sarah Lerner; y a mi hija, Izzy, que mantiene en forma la oficina del Distrito 12: gracias a todos por vuestro excelente trabajo, que hace posible que todo funcione como debe.

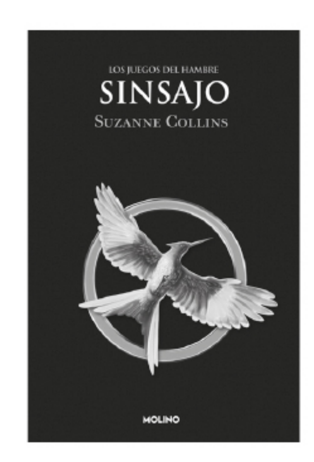
Ojalá mi padre estuviera aquí para ver que nuestros debates sobre David Hume han inspirado *Amanecer en la cosecha*, y espero que mi madre, graduada en Literatura, que comparte conmigo mi amor por ella, disfrute de esta historia. Siempre os querré a los dos.

A todos mis maravillosos lectores, gracias de nuevo por regresar a Panem y entregaros a estos personajes y su lucha, incluso sabiendo lo que les ocurrirá al final. Por más que los Snow caigan de pie, el sol siempre acaba por salir.

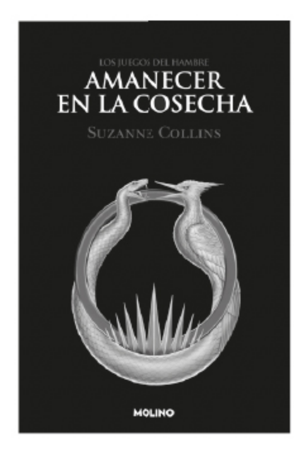
QUE LA SUERTE ESTÉ SIEMPRE,
SIEMPRE DE VUESTRA PARTE.



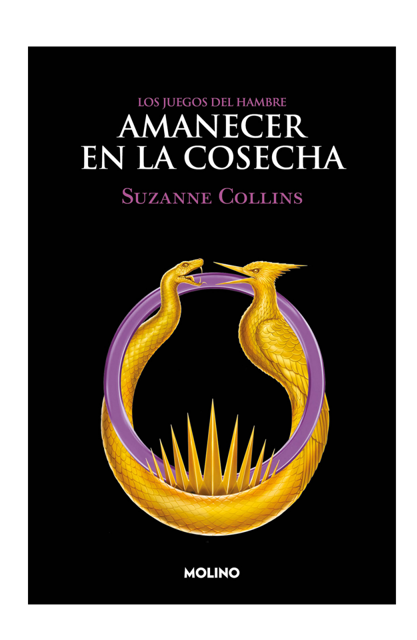








¡Llega la increíble quinta entrega de la saga Los Juegos del Hambre!



Cuando te roban todo lo que amas, ¿queda algo por lo que luchar?

Amanece el día de los Quincuagésimos Juegos del Hambre y el miedo atenaza a los distritos de Panem. Este año, en honor al Vasallaje de los Veinticinco, se llevarán de sus hogares al doble de tributos.

En el Distrito 12, Haymitch Abernathy intenta no pensar demasiado en sus probabilidades. Lo único que le importa es que se acabe el día para poder estar con su chica.

Cuando anuncian el nombre de Haymitch, todos sus sueños se rompen en pedazos. Lo separan de su familia y de su amada, y lo envían al Capitolio con los otros tres tributos del Distrito 12: una amiga que es casi como una hermana pequeña para él, un chico obsesionado con analizar apuestas y la chica más estirada de la ciudad. Cuando empiezan los Juegos, Haymitch comprende que en el Capitolio quieren que fracase. Sin embargo, algo

dentro de él desea luchar… y que el eco de esa lucha llegue mucho más allá de la mortífera arena.

Suzanne Collins es la autora de la serie superventas "Gregor", que dio comienzo con *Las tierras bajas*. Sus revolucionarias novelas juveniles, *Los Juegos del Hambre*, *En llamas*, *Sinsajo* y *Balada de pájaros cantores y serpientes* fueron superventas de The New York Times, recibieron reconocimiento en todo el mundo y sirvieron de inspiración para cinco películas de éxito. *Un año en la selva*, su libro ilustrado sobre el tiempo que su padre pasó destinado en Vietnam, se publicó en 2013 y recibió el aplauso de la crítica. Hasta la fecha, sus libros se han traducido a cincuenta y tres idiomas.



Título original: *Sunrise on the Reaping*

Primera edición: marzo de 2025

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Sourcebooks / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: © Stocksy / © Shutterstock

ISBN: 978-84-272-4997-4

Compuesto en: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Mula

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Índice